

# TÚ, YO Y ESTA HISTORIA DE LOS DOS

JOSSY LOES



**TÚ, YO**  
**Y ESTA HISTORIA DE LOS DOS**

JOSSY LOES

*Tú, yo y esta historia de los dos*  
1ª Edición: febrero 2020  
© 2019 Jossy Loes  
Corrección: Raquel Antúnez  
Maquetación: Raquel Antúnez  
Diseño de Portada: Cristian Matos E.  
Imágenes del interior maqueta:  
*Designed by studiogstock / Freepik*  
*Designed by ibrandify / Freepik*

Esta es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.  
Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, ya sea electrónico u otro medio, sin el permiso de los autores. Todos los derechos reservados.

*A todos los que decidieron darse una nueva oportunidad en el amor, aceptándose y queriéndose como son.*

*«El que mira afuera sueña, el que mira adentro despierta».*  
*Carl Gustav Jung*

# Índice

## Prólogo

- 1 ¿Será que el cargo de jefe viene con algún chip de prepotencia?
- 2 Según la RAE «oficina» significa: departamento donde trabajan los empleados públicos o particulares. Según Fitz...
- 3 Nilson O'Neill a tus servicios, superagente
- 4 En realidad, es un patético plan, Jenny
- 5 Tiran más dos tetas que dos carretas
- 6 ¡Me he equivocado de granada!
- 7 Con el pulgar de César
- 8 El canapé está delicioso
- 9 Tartaletas y suéter rojo
- 10 Me he mordido la lengua
- 11 Cher Adele Mary Bond
- 12 *The Damage Twister*
- 13 Mi ático es el mejor sitio para esconderse a comer helado
- 14 Ni el conejillo te trajiste...
- 15 La decadente muerdepolvos de Jennifer Bond ha caído
- 16 Aquellas afortunadas visitas
- 17 Los lunes fueron creados por gente insensible
- 18 Los lunes fueron creados por gente insensible. II parte
- 19 Fingir no conocerme te traerá problemas
- 20 Entre comidas y sonrisas
- 21 Jenny chef: 0 – guindilla: 1
- 22 Hablando de guindilla
- 23 El hechizo de la guindilla
- 24 Entonces este será nuestro gran secreto
- 25 Veo que lo tuyo va de amores imposibles
- 26 Un maldito mensaje
- 27 Bienvenidos al taller de sushi de la escuela Sabores Orientales
- 28 El refrán reza que «el corazón se gana con un buen plato», os aseguro que es así
- 29 ¿Por qué eres tan comedido, Fitz?
- 30 El papel de hurgar en la herida se te da genial
- 31 Había olvidado que eras dramática para algunas cosas
- 32 El *wakeboard* de Jennifer Bond
- 33 Todo era bonito hasta que recordaste esa patética respuesta por mi parte
- 34 Eres un hombre muy raro de esos con los que una no se suele tropezar
- 35 Eres una mujer hermosa que no tiene que esconderse de nadie ni de ti misma
- 36 Zapatito blanco, zapatito azul
- 37 No sabes cuánto echo de menos verte sonreír
- 38 Si es que no se puede ser bueno en esta vida...
- 39 No voy a negar que no soy un santo, en cambio, tú, amigo, callas más de la cuenta
- 40 No sé si puedo llamarlo amor
- 41 Ahora vas a escucharme, te guste o no
- 42 Veis que estoy a punto de palmarla...
- 43 Cómo se podía poner de acuerdo al corazón y a la mente...
- 44 Un don nadie
- 45 La vida te volverá a sonreír, esta vez de verdad
- 46 Finjamos que es de burra, por favor
- 47 El «otra vez me engañaron, otra vez me mintieron» inunda tu mente, tu corazón

## Epílogo

## Agradecimientos

## Biografía

## Prólogo

—¡Jennifer! —gritó Emily, mi jefa, a la que había apodado cariñosamente «Jadis», por eso de ser extremadamente pálida e increíblemente prepotente. Era de imaginar que su nerviosismo tenía que ver con la licitación que debíamos entregar y en la que llevaba todo el fin de semana trabajando.

Sí, esa licitación cuyos presupuestos de costes había terminado y entregado hace tres meses, y que Emily, el pasado viernes a las dos de la tarde, decidió que no le eran útiles y que debía reestructurarlo antes del miércoles al mediodía. La realidad de Jadis es que se aprovechaba de que estaba más sola que la una gracias a Brad.

«*Jenny, en el fondo no tenías futuro con él*». ¡Maldito Brad! Con su pelo rubio grafilado que le caía de lado cuando cantaba con esa voz rasgada, mientras te miraba con esa sonrisa ladeada. ¡Brad, Brad! Debí ignorarte esa noche que nos conocimos y en la que terminamos liados en los baños de ese *pub*. Sexo de vez en cuando que se hizo habitual hasta que tuve la malísima idea de sugerir mi casa en vez de un hotel cutre al que siempre acudíamos.

Debí ignorarlo en cuanto me miró fijamente la primera vez. Suspiré en alto, resignada a que había sido mi decisión, y me quedé con el chico malo pensando que, por fin, iba a disfrutar lo que era vivir una relación intensa. He de reconocer que ninguna mujer podría decir que no caería en sus garras, si durante seis años llegase a creer que le dedicaba canciones de amor. «*Ahora te preguntas quién sabe a cuántas más*. No, prefiero no hacerlo, querida conciencia».

Tengo que admitir que no fueron sus canciones las que me hipnotizaron, fue esa maldita sonrisa con la que me bajaba las braguitas, el empotrarme con ferocidad cuando discutíamos o comenzaba a preguntarle dejándome sin aliento. Había sido yo quien le había pedido que se mudara a casa para tener al dios del sexo para mí y le aconsejé que no siguiera en esos trabajos malvivientes para que se centrara en hacer música, ya que estaba segura de que tendría futuro y no me equivoqué.

Unos años después, un agente lo contactó para hacer un sencillo que lo llevó a viajar fuera de Londres y del país, dándose a conocer, por lo que pedí que mis primeras vacaciones del año anterior coincidieran con uno de sus conciertos en Ámsterdam. Todo marchaba sobre ruedas o eso creía después de haberme empotrado con ansias contra la puerta de la habitación del hotel en cuanto la cerró.

El muy miserable me dijo que iría a dar una vuelta para despejarse y calmar sus nervios. Se duchó y se cambió, al mismo tiempo que una sensación extraña me invadió. Mi instinto femenino me llevó a seguirlo y descubrir que había sido la mujer más estúpida del mundo.

El muy cabrón se había detenido en el escaparate de una mujer voluptuosa en el Barrio Rojo y entró.

Pude haber tocado y armado el mayor escándalo de celos de la historia. Sin embargo, mi lógica me dijo que había una mejor forma de vengarme, así que volví a la maldita habitación y allí descargué mi rabia en su guitarra recién comprada, dejándole una nota que rezaba: «Que te den», junto a una enorme peineta. Deseé tener alguna tijera para cortarle todas las prendas de vestir y comprendí que con la guitarra había sido suficiente, por lo que volví a Londres maldiciendo a todos los hombres del universo.

En cuanto pisé el aeropuerto, mis amigas me abrazaron viendo lo destruida que me encontraba. Deseaba que Brad me llamara y me pidiera perdón, siempre hacía eso, ya que no era la primera

vez que nuestras discusiones terminaban cuando yo lo echaba de casa, y luego él me llamaba pidiéndome perdón, pero no lo hizo, por lo que me refugié en Ruperta y en Yanira Guacimara.

Gracias a ellas salí adelante, me avergonzaba contarle a mi familia que de nuevo habían tenido razón y ni muerta dejaría que vieran mi lamentable estado. Ruperta y Yanira Guacimara eran grandes en todos los sentidos y era curioso porque éramos distintas.

A Ruperta la había conocido hacía años y me era difícil esconderle secretos, y a Yanira Guacimara, en un cursillo de AutoCAD. Ella había decidido dejar sus islas Canarias para aventurarse en la vida, el cambio fue de isla, de idioma y de clima; sí, había decidido vivir en Londres.

Nunca olvidaré ese día en el que me preguntó sobre unos datos y me explicó cómo quería que la llamase. No Yanira, sino Yanira Guacimara.

¡Vaya que me costó hacerlo!

Era un nombre tan largo y difícil que terminé preguntándole por ello, y me contó que eran los nombres de sus abuelas y los llevaba con orgullo.

Al principio pensé que solo quería dar el cante, pero, un día, otro español la llamó «Yani», ella lo miró de arriba abajo respondiéndole con el dedo del medio para advertirle luego que, por muy pequeña que fuera, era matona, ya que era tercer DAN en cinturón negro.

Ese día la invité a comer junto con Ruperta, y enseguida congeniaron, para qué me miento; ambas eran maquiavélicas y retorcidas, pero con un enorme corazón y amigas de sus amigos cuando lo requerían. De hecho, en cuanto Yanira Guacimara supo lo que me había hecho Brad, lo maldijo en español y regó un rumor sobre su miembro diminuto y el uso de cierta píldora azul.

Ellas habían calado a Brad desde un principio, pero yo estaba cegada; no solo por su labia, sino por sus manos ágiles y su voz rasgada cuando me llamaba «gatita». Al fin había comprendido lo estúpida que fui y mi actitud sumisa. Ruperta no paraba de decirme que debía olvidarme del gilipollas con unos cuantos polvos, Úrsula no se merecía que la maltratase así, necesitaba sí o sí disfrutar.

Sí, mi amiga era un tanto especial, ya que había bautizado a las vaginas con ese nombre, de hecho, cuando ligaba terminaba diciendo: anoche Úrsula se tragó un tridente y, tras ello, detallaba la forma, el color... Y, a pesar de que tenía razón en eso de que «un clavo saca a otro clavo», para mí no era suficiente. Brad había logrado que desconfiara de todos los hombres.

Ante esa situación, decidí darme unos meses para estar sola, eso quería decir que me alejaría de lugares públicos en los que me tropezaría con algún músico u hombre con sonrisa de lado que logran bajar mis bragas. Es decir, que entraría en celibato hasta que aprendiera que los hombres que necesitaba no estaban en un bar de copas, aunque tampoco sabía muy bien dónde.

Tenía ciertas opciones; el trabajo o los hijos de los amigos de mis padres. En ambas era renuente, por lo que decidí dejarlas como último recurso y que lo mejor era cambiar mi vida diaria buscando lo más fácil y rápido; registrarme en varias plataformas de series. Al cabo de una semana percibí que pasaba demasiadas horas delante de la tele comiendo helado y buscando información sobre los actores y las siguientes temporadas.

Asumí que aquella era una muy mala idea, así que un día, en vez de volver a casa para postrarme en el sofá, fui a la librería de toda la vida, al *hobby* que me gustaba: leer. Había dejado de hacerlo desde que Brad entró en mi vida, estaba tan ocupada con mi trabajo, hacer el de mi jefa enchufada y en ir a apoyar a Brad, para luego follar como locos, que mis *hobbies* los dejé de lado.

Justo al entrar a la librería para conocer todos esos títulos nuevos, comprendí que necesitaba hacer mucho más, un verdadero cambio, una nueva historia en la vida de Jennifer Bond; todo aquello lo reafirmé cuando me topé con un diario. Sí, un diario de esos que usaba de adolescente



para escribir toda clase de tonterías, pensé que era la mejor forma de controlar mi nueva rutina y lo compré de inmediato para escribir varios propósitos.

El primero de todos ellos era dejar de comer helados mientras veía las series de la plataforma de televisión, me miré al espejo observando ese michelín que aparecía debido al sedentarismo. Siempre me había mantenido en un peso ideal y no podía dejarme de lado, a mis treinta y dos años, por otra mala experiencia amorosa. Era hora de volver a hacer ejercicio, de correr cada día al regresar del trabajo y quitarle minutos al sillón.

Les pedí a Ruperta y Yanira Guacimara que nos reuniéramos una vez al mes para cenar en casa de alguna. El problema era que cuando tocaba en casa terminaba siempre pidiendo comida, y ellas burlándose de mí por ser tan torpe en la cocina, así que escribí dentro de los nuevos propósitos «hacer un curso de cocina», a pesar de saber que era una negada en las artes culinarias.

También pensé en aprender otro idioma, quién sabía si en algún futuro próximo encontraba una empresa mejor y terminaba en otro país. Barajé varios y me decidí por español. Cuando Yanira Guacimara lo supo, se ofreció a enseñarme, pero ni ella tenía paciencia ni yo era buena para entender a la primera, por lo que dio la batalla por perdida al tercer día que trató de que vocalizara «paralelepípedo», por lo que me inscribí en un curso de español *online*.

Sí, *online*. Llevaba meses saliendo una hora y media más tarde del trabajo y ya que me había propuesto correr en cuanto regresaba a casa, no me daba la vida para cumplir todo lo que quería como era debido y qué mejor que recurrir a nuestro mundo cibernético. Por supuesto, aparte de todas esas metas, incluí visitar a menudo mi librería favorita, esa que me llevó a toparme con el diario y en la que había encontrado excelentes libros.

Hasta el momento había leído un gran número en los que todos terminaban felices para siempre, pero leer tantas novelas eróticas me ponía cachonda y decidí meterme de nuevo en la red para buscar algún *sex-shop* y comprarme un juguete.

Me había quedado soltera, me había autoimpuesto una especie de celibato y estaba segura de que un juguete no me sería infiel en ningún Barrio Rojo y que la única forma de dejarme a medias sería que su batería se acabase. No voy a negar que Ruperta y Yanira Guacimara se mearon de la risa cuando les confesé mis propósitos, sobre todo uno; que decidí que debía tomármelo con calma, intentar ser feliz.

Las ignoré durante semanas, nadie iba a cambiar mi idea. Los propósitos eran para cumplirlos y yo iba a mantenerme firme todo lo que pudiera. Necesitaba tener mi mente despejada y olvidar de una vez para siempre al capullo de Brad y, cuando por fin estuviera lista para volver al mundo de la soltería, tendría la gran capacidad de escoger bien con quién me liaba y no terminar con otro con sonrisa de lado.

—¡Jennifer! —volvió a gritar Jadis acercándose con el repicar de los tacones hasta mi escritorio, deseaba que terminara el maldito día para no verla pulular más por allí—. ¿Tienes ya la licitación?

—Sí, Emily —le dije—. En breve te la envío por correo junto a las estadísticas de riesgos.

—Bien —añadió—. Hoy es un día crucial para la empresa —prosiguió—. No sé si lo sabes, si logramos ganar la licitación me ascenderán y confío en que esté todo tal y como te pedí.

—Por supuesto, Emily —le respondí—. Llevo trabajando toda la semana en ello.

—Perfecto. No debo recordarte que, si fracaso, será por tu culpa. —Me señaló con el dedo.

Deseé de verdad que fracasara. ¿Cómo se atrevía a culparme cuando no tenía ni puñetera idea de su trabajo?, era yo la que siempre la sacaba de apuros, la que le explicaba al detalle desde hacía más de seis años cada licitación para exponerla a aquellos que buscaban una empresa que se encargara de su proyecto.

Emily no tenía ni idea de planificación de proyectos, había llegado al puesto por recomendación, por ser la prima de la mujer de uno de los jefes de la empresa, y yo no era más que una simple ingeniera rasa que deseaba que su suerte algún día cambiase. Proseguí con mi trabajo adelantando algunas futuras licitaciones. La oficina de reuniones estaba en el lado este del edificio, así que me tocaba esperar. Vi a Gregory levantarse con el teléfono en la mano y acercarse a mí.

—Jennifer —me llamó—. Es Emily, quiere hablar contigo.

Me extrañó que lo llamara a él y no a mí, y recordé que la había bloqueado el fin de semana para que no me llamase preguntándome si estaba trabajando. En ese instante supe que estaba a punto de ir al paredón y me imaginé varias maneras de cómo me asesinaría Jadis.

Cogí el móvil, pensando en cómo sería decapitada con un cortapapel o, en el peor de los casos, empujada contra el cristal, para terminar cayendo desde la quinta planta en la que nos encontrábamos.

—Dime, Emily.

—Te he estado llamando —me dijo con esa voz de: «¡qué coño le pasa a tu puto móvil!».

—Debo de tener el móvil apagado —mentí como una cosaca.

—Necesitamos que vengas para que expliques a nuestros clientes ciertos detallitos.

«¡Mierda! —pensé—. Sé que es cortita, pero no hasta el extremo de no saber explicarlo». Había diseñado todo de manera tan sencilla que un niño de primaria lo podía entender.

—Iré enseguida.

Me levanté y le di a Gregory el móvil, me alisé un poco la blusa y el pantalón, mientras iba a toda pastilla hasta la otra ala. En cuanto llegué a la oficina de reuniones disminuí el paso, me pasé la mano por la cara por si tenía gotitas de sudor y me limpié el dorso de la mano en el pantalón. Toqué en la puerta con los nudillos y, justo cuando pasé, un hombre que en mi vida había visto explicaba con precisión el proyecto.

Él me miró frunciendo el ceño y siguió hablando. Jadis, con disimulo, se acercó hasta ponerse a mi lado.

—Crees que no sé que bloqueaste tu puto móvil —masculló a la vez que sonreía.

La miré de reojo y estaba tan roja que no sabía muy bien si era de rabia, por descubrir mi pequeño pecado, o porque ese desconocido estaba salvando su culo.

—Muy bien, Fitz. ¿Sería tan amable de ampliarnos las estadísticas de semanas por cada objetivo? —solicitó uno de los directivos.

—Según los gastos indirectos, el cálculo del margen de beneficio incluye un retraso de al menos un mes, así daría el margen de beneficios reales según el gráfico de costes que veis en pantalla y, si os fijáis también en el análisis de riesgo que se ha realizado, identificaréis con probabilidades el impacto y alcance.

—Ahora puedo entenderlo. Muy buen trabajo, Fitz, no me cabe duda de que hemos escogido muy bien y espero que a partir de hoy sea el jefe del proyecto.

Mis ojos se abrieron ante la sorpresa. «¿Quién demonios es ese hombre que acaba de patearle el culo a Jadis?», me pregunté.

—Por supuesto —dijo Leonard, el gerente general de la empresa—. Fitz se encargará del proyecto.

—Muy bien —añadió el cliente—. Tengo otra duda —indicó—. Me parece que a la señorita se le ha olvidado traer el champán para celebrarlo. —El desconocido fijó sus ojos en mí.

Dejé de parpadear cuando todos los pares de ojos de la habitación hicieron lo mismo. «¡Maldita sea! —pensé de nuevo—. ¿Cómo voy a explicar que mi presencia ha sido solo para

salvarle el culo a Jadis y no lo que cree en realidad; que soy una simple asistente?».».

## ¿Será que el cargo de jefe viene con algún chip de prepotencia?

Me apresuré a aclararles quién era. No es que se me fuera a partir una uña si tuviera que ir a por el champán, siempre y cuando fuera Pol Roger Sir Winston Churchill, 1988, pero dudo de que en esa compañía se atrevieran a invertir en tan costosa bebida para celebrar una licitación.

El caso era que Emily, alias Jadis, me había llamado para salvarle el pellejo y en segundos a ambas nos había cambiado la vida. Si a ella la relevaban del proyecto, quería decir que...

—En realidad... Soy Bond, Jennifer Bond, la planificadora que lleva parte del coste del proyecto y, no, no tengo ninguna relación con el agente secreto del MI6<sup>[1]</sup> —resumí.

Todos me miraron desconcertados por mi presentación —mi nefasta presentación, mi gran cagada de presentación— hacia las personas que podían echarme de patitas a la calle.

La culpa de aquella maldita estupidez que había cometido venía de mi época de instituto, cuando me hacían *bullying* por mi apellido, que era el mismo del superagente. Al final, lo tomé a broma para presentarme en lugares informales e intentar ligar. En esa ocasión, lo había soltado en mi trabajo que peligrosamente pendía de un hilo.

—Muy bien, señorita Bond, Jennifer Bond —me dijo el tal Fitz con una sonrisita mordaz en sus labios—. Gracias por honrarnos con su visita, pero hemos entendido la licitación que ha preparado, por lo que puede volver a su lugar de trabajo.

Me sorprendí por su tono irónico, me estaba haciendo quedar como una imbécil y todo por la zorra de Emily, que al mirarla de reojo destilaba a través de esa sonrisa veneno.

—Está bien —respondí orgullosa—. Me satisface saber que mi licitación se entiende. —Tenía esa mala costumbre de tener la última palabra—. Agradezco la confianza que pondréis en la empresa —comenté a los clientes.

Me di la vuelta para largarme cuanto antes y comenzar a recoger mis cosas, a la espera de que Emily me gritara por haberla dejado en pelotas delante del cliente.

Llevaba meses evitando el tiempo libre para aprender a vivir de nuevo una vida de mujer soltera, pero el destino quería reírse de mí. Sujeté el pomo para abrir la puerta, maldiciéndola por haberse cargado la presentación y porque ella seguiría de enchufada en algún departamento de la empresa, como la rémora que era, mientras yo me iría a la puta calle.

—Señorita Bond, Jennifer Bond —me llamó de forma burlona el tal Fitz.

Respiré con lentitud sin saber si era buena idea girarme y sonreír o decirle que el tiempo de reírse de mí había pasado hacía cinco minutos. Opté por lo primero, al fin y al cabo, necesitaba una carta de recomendación y por primera vez logré verlo de frente.

Cuando entré en la sala estaba de lado y solo había atisbado su perfil, pero... ¡Maldición! ¡Mil veces maldición!, me había prometido huir de hombres de sonrisa de lado y al parecer no iba a poder lograrlo.

Fitz era guapo, pero no guapo de romperte las bragas. Tenía un semblante petulante combinado con risa sardónica que daban ganas de abofetearle. Bueno, eso lo percibí, ya que estaba segura de que se reía de mi apellido. Lo que no podía obviar era su porte, a pesar de que iba informal, se veía como se hubiera salido de alguna revista sin dejar de lado que las gafas le quedaban sumamente bien, diría que sin ellas no tendría ese sexapil.

—Tendremos una reunión con el equipo del proyecto el viernes, espero que tenga las

estimaciones y las empresas subcontratas ya seleccionadas.

—Las tengo seleccionadas —respondí de nuevo queriendo ser la última en dar la palabra.

«Pero ¿quién se cree? —me dije, indignada—. Sé que soy buena en mi trabajo para que este desconocido se atreva a dudar». Seguí justificándome.

—Hum, hum —contestó.

Abrí los ojos, ni en mis más remotos pensamientos me esperaba esa respuesta tan irónica. Ni siquiera me había mirado el muy miserable. Se distrajo con unos papeles que quién sabe qué tenían escrito y me di cuenta de que los clientes, el gerente general y Emily fijaron los ojos en mí, esperando alguna respuesta por mi parte.

No iba a negar que tenía ganas de decirle: «¡Eh, tú!, hombre sacado de la chistera, te puedes ir a la mierda por grosero». Sin embargo, decidí sacar a la Jenny educada que había en mí.

—Feliz día.

Sujeté el pomo de la puerta, maldiciendo al destino por el cambiazo de jefe. Si antes tenía a Jadis, en ese momento me estaba enviando a un Thanos para aniquilar todo mi esfuerzo de aquellas últimas semanas.

Caminé apresuradamente hacia mi mesa, indignada, preocupada y deseando saber quién demonios era ese hombre. Recordé que había una persona en la empresa que podía darme esa información y esa era Elly.

Todo lo que necesitabas saber de alguna persona que trabajara allí, Elly lo sabía, era algo así como la máquina central de espionaje de la empresa. Incluso apostaría que había puesto algún chip de alarma en la mesa que le informaba cuando alguien se acercaba al *office* y, como buena cotilla, debíamos llevarnos bien o, de lo contrario, podía suceder lo que le ocurrió a la pobre Helena.

Elly no solo era el centro de espía de la empresa, también era la auténtica autócrata del *office*, en pocas palabras: era una gran «hija de Putin».

Un buen día decidió que cada uno debíamos darle cinco libras mensuales para darle vida al *office*. Ella se encargaría de comprar las cápsulas de la máquina, café normal, servilletas, etc. Helena se opuso a ello, le echó en cara cuánto era el total de recaudación y el coste aproximado de cada producto, enzarzándose en una discusión que llevó a Elly a pasar a modo venganza, lanzando el rumor de que Helena estaba embarazada y que el padre estaba entre los hombres del departamento en el que trabajaba. Meses después el escándalo se anunció; estaba embarazada de uno de los jefes.

Desde entonces Elly se sintió poderosa y asumió ese papel.

Una vez al mes pasaba por la mesa de cada uno y, quien no le daba las cinco libras, se iba directo al tablón de anuncios que había en el *office*, en una lista que decía «morosos del mes». Opté por poner una alarma en mi móvil como recordatorio y evitar pasar por semejante vergüenza.

Me acerqué al *office* con la esperanza de que Elly, que jamás se ponía enferma, se acercara. Con parsimonia puse una cápsula en la cafetera y cogí el vaso de plástico a la espera de que se hiciera y darle tiempo a que se acercase; lo hizo disimulando buscar una taza para el café normal.

—¿A que no sabes la última?

—Elly, sabes que siempre estoy en la luna —le respondí con disimulo. Ella sonrió y me rozó el hombro con la mano.

—¡Ay! ¡Qué mona eres! Ya sé que desde que te dejó el cantante estás más distraída de lo normal. —Deseé decirle unas cuantas verdades. Elly sabía perfectamente que no había sido así, pero era una mujer tan retorcida que necesitaba fastidiar a los demás—. A lo que iba; a tu querida jefa la van a cambiar de departamento. —«Eso lo suponía», pensé—. La pobre es tan ineficaz que

han traído a uno de una multinacional de Edimburgo y al parecer es el mejor.

—¿En serio? —exclamé fingiendo.

—Sabes que mis fuentes son de total confianza —me dijo orgullosa—, pero hay más, viene a subsanar la empresa, gracias a Dios, ya me temía en la calle. El viernes cerrará el trato de varios proyectos.

—¿Cómo?

—¿No me digas que no sabías que la empresa había caído en números rojos? —me preguntó desconcertada por mi desconocimiento—. Con lo de Brad, ¿cómo ibas a estar pendiente del problemón de la empresa?, pero, afortunadamente, ha venido este salvador.

Volteé los ojos dispuesta esa vez a aclararle que parara de hablar de alguien que no estaba en mi vida y que no me afectaba.

—Muy buenas —saludó el que menos me imaginé que entraría en el lugar. Nos miró de arriba abajo y sonrió—, chicas...

Hacía dos años que no veía a Nilson pasearse por la empresa. Durante todo ese tiempo intentó lanzarme la caña a mí y a todas las asistentes de los departamentos. Era sumamente popular entre ellas. «Realmente se ha ido a la cama con la mayoría», me dije y tenía que reconocer que estaba bueno.

Por lo que cuando aparecía, se acercaba a mi mesa y me dejaba un bombón acompañado de su sonrisa quemabragas —esa maldita sonrisa— me ponía cachonda y me hacía respirar lentamente recordando que tenía pareja. «Tú siendo fiel, y Brad follándose quién sabe a quién en ese momento», me reproché. Toda esa parafernalia iba acompañada de un saludo que no sabía definir muy bien si era seductor o de engréido. El caso era que, en ese entonces, tenía la imagen de Brad en un portarretrato y eso no lo frenaba para tratar de que cayese en sus garras.

En mis primeras Navidades había llegado con una clara intención, se acercó ofreciéndome un vaso de ponche, jugueteó un poco con la mirada, se acomodó a mi lado y me habló al oído sobre la fiesta y todos los que estaban en ella. Una excusa estúpida mientras esperaba mi reacción ante esa actitud y, al ver que no le seguía el juego, desistió y desapareció.

Y, no solo ese día, desapareció de la vida de todos hasta el momento o al menos eso creía, ya que al parecer estuve seis meses como una zombi debido a mi ruptura con Brad. Lo que sí no me esperaba era la reacción de Elly y recordé que ella llevaba apenas un año en la empresa, tal vez por eso la había pillado a lo grande, hasta tal punto que no podía fingir su desconcierto, bebí mi café evitando reírme.

—¿Y tú eres? —Sin tanto palabrerío fue directa, como solía ser.

Opté por mantenerme en segundo plano, me supuse que si no respondía iría a su centro de comando y buscaría su ficha policial en cinco minutos.

—Soy yo el que debería preguntar qué hace la asistente de Leonard Callaghan cotilleando la vida de todos los de la empresa —respondió burlándose de ella. Mantuve el vaso cerca de mi boca, presenciando cómo le estaban dando un buen golpe bajo a Elly—. ¿Por qué no has estado en la sala de juntas para contar a *vox populi* todo lo que ha pasado allí adentro?

«¡Lo que le ha dicho! —vociferé en mi mente—. Este no es el Nilson que conocía», recapacité. Él fijó sus ojos en ella levantando ambas cejas provocándola aún más.

—¿Usted cómo sabe el puesto que tengo en esta empresa? —respondió indignada.

—Verás, querida Elly, sé cuál es tu puesto, me gusta espiar también. —La miró de arriba abajo para finalmente guiñarle el ojo—. Deberías bajar y preguntarle a George quiénes somos los intrusos que pululamos en el día de hoy por tu reinado.

Sorprendida por esa contienda que no tenía ni pies ni cabeza pensé en soltar el vaso y hacerle

una ola por tener los huevos de mandar a paseo a Elly. Ella lo miró con rabia, tensó la mandíbula y se alejó hasta la puerta del *office* en la que se detuvo.

—Me encargaré de saber quién eres y te aniquilaré, bicho.

No pude disimular mi asombro. «¿Lo ha llamado bicho?», Nilson se acababa de ganar mis respetos. Era la primera vez que veía a Elly tan cabreada y que amenazara de esa manera: «Te aniquilaré, bicho —repetí de nuevo en mi mente—. ¡Vaya forma de presentarnos!».

—Peores cosas me han dicho —dijo Nilson dos minutos después de irse Elly. Metió un par de monedas en la máquina dispensadora y tecleó los números para una lata de Coca-Cola—. Anda, Bond, no te comas la cabeza preguntándote dónde cojones he estado. —De nuevo no pude disimular mi sorpresa al adivinar mi pensamiento. Buscó una servilleta para limpiar la lata y la abrió fijando sus ojos en mí—. ¿A que sigues comiéndote la cabeza? —me preguntó de nuevo. No me iba a dejar amilanar, lo miré con una ceja levantada esperando que el minuto y medio o dos de gilipollez pasaran. No sabía de dónde demonios había salido, pero era imposible ignorar que estaba mejor que nunca. Llevaba las mangas remangadas hasta el comienzo de su bíceps, bajé hasta su vaquero, ¿estaba empalmado o ese era su tamaño natural? No, no podía ser, eso no sería fácil de olvidar. Aquello debía de ser un puto mal sueño producto de tantas horas metida en el proyecto—. Jennifer Bond, ¿te rindes o no? —indagó logrando llamar mi atención y fue cuando vi su risa de lado.

¡Maldita sea! La risa quemabragas que tanto me ponía, aquello era una mala señal cuando aún estaba vulnerable con todo lo de Brad. Me mordí el labio inferior y sentí mis bajos festejar.

«Es normal, llevas mucho tiempo sin disfrutar —me dije a mí misma. Estaba en problemas y graves—. Y eso que te has prometido huir de estos hombres, Jenny», me reprendí.

—Nilson, ¿todavía por aquí? —preguntó el nuevo que salió de la nada. Entró al *office* con una taza de café que lavó cuidadosamente y se sirvió buscando luego la bolsita de edulcorantes como si conociera el lugar desde antes—. Deja a Jennifer Bond en paz, sé perfectamente lo que andas buscando —le ordenó sin mirarnos—. Leonard me ha dicho que le has prometido dar el todo por el todo. —Lo miró a los ojos—. Lo pongo en duda, en todo caso, deberías ir a presentarte a la plantilla del proyecto que te han asignado.

No sabía qué coño pasaba en aquella empresa ese día, sobre todo, cuando Nilson me miró riéndose.

—Oye, Fitz, que te hayan dado el proyecto más importante no significa que seas el mandamás.

—En una sola cosa tienes razón y es en que tengo el proyecto más importante —le respondió—. Recuerda que te estaré vigilando —añadió repitiendo parte de la irónica respuesta de Nilson—. Y usted debería estar trabajando en el informe de las subcontratas o ¿también tendré que sacarme del sombrero esa información como sucedió en la presentación? Entretenerse en el *office* no le hace ningún bien, señorita Bond, Jennifer Bond.

Me miró a los ojos fijamente, juré que me desafiaba y se alejó sin más. No solo me decía ineficiente, volvía a burlarse de mí de forma despectiva. Un fuego subía por mi cuerpo con ganas de mandarlo por un tubo. Me sentí humillada, sin conocerme de nada me había señalado prejuiciosamente, solté aire por la nariz enfadada.

—Se va enterar... —espeté sin percatarme de que lo hacía en alto.

—Así es como el puesto de jefe se le sube muy rápido a algunos —contestó Nilson logrando de nuevo mi atención—. Fitz compite por el premio al jefe cabrón del año.

Según la RAE «oficina» significa: departamento donde trabajan los empleados públicos o particulares. Según Fitz...

Nilson se fue con la sonrisa quemabragas del *office*, dejándome con montón de preguntas rondando por mi mente y dándome cuenta de que me había metido tanto en mi mundo que ni siquiera me había percatado de que la empresa estaba mal. La conciencia me removió, de hecho, comprendí que mi puesto había estado pendiendo de un hilo desde antes.

Volví a mi mesa para revisar el proyecto y hacer un informe actualizado para el nuevo jefe, el tal Fitz. «¡Idiota! —pensé—. Ya te demostraré de lo que soy capaz».

Me senté, abrí el programa y me centré al completo en las mejoras. Una hora después, escuché el repiqueteo de unos tacones y supuse que Emily, alias Jadis, vendría a echarme en cara su frustración. Tenía ganas de decirle que la culpa era suya, que se había ganado a pulso que la cambiaran de departamento y que ese título lo había sacado a base de copiarse en todos los exámenes en la universidad.

Dudaba de que pasara días y semanas metida entre libros, ejercicios de cálculo y problemas que debía resolver. Apostaría que no se había perdido ninguno de los conciertos de verano en la época universitaria. «*Tú tampoco te los perdías*. Gracias por recordarlo, querida conciencia». Rememoré con anhelo mi época universitaria; las fiestas, las salidas y los *polvazos* que echaba.

No tenía grandes responsabilidades, un trabajo a media jornada que me ayudó a independizarme de mis padres a un apartamento compartido con compañeros, estudiaba y mucho, pero también follaba con el que me apeteciera descubriendo el arte del amorío.

—Quiero aclararte que no me han echado del proyecto —comenzó Emily—. He sido yo la que ha dimitido, no puedo seguir soportando rehacer tus errores.

«¡Será hija de puta! —grité en mi mente—. ¿Rehacer mis errores?», qué poca vergüenza tenía esa mujer, y yo dejando que mi conciencia me fustigara. Esa vez no iba a controlarme al atreverse a calumniarme de aquella manera.

—Verás, Emily —respondí—. No puedes colgarte medallitas de algo que no tienes idea, si te echaron del proyecto es porque eres incapaz de distinguir los gráficos de futuro de los de contratiempos.

—¿Quién diablos te crees para decirme algo así?

—La tonta que llevaba tres meses salvándote el culo, ahora seguiré haciendo mi trabajo que sabes perfectamente que apenas tiene errores, porque aquí vengo a trabajar, no a fingir ser supervisora. —Decidí ponerme los auriculares e ignorarla deliberadamente.

¡Menuda gilipollas!, me alegro de que la echaran del proyecto, que ese tal Fitz la dejara con el culo al aire, se merecía eso y mucho más.

Volví a repasar las estimaciones de coste junto a la eficacia, para una futura parada de otro proyecto. Estaba indignada, este día se estaba convirtiendo en un auténtico episodio de la dimensión desconocida hasta que vi la lucecita de mi móvil anunciándome mensajes de wasap.

RUPERTA: 

Jenn, cariño, recuerda que el viernes es nuestra comida mensual.



Suspiré frustrada, había olvidado por completo la cena con Ruperta y Yanira Guacimara. Les había prometido que la próxima cena que tocara en casa, iba a dejarlas enmudecidas, debí callarme.

El día que les conté de mis fallidos intentos culinarios, las muy cabronas se habían reído y desde entonces insinuaban que se liarían con algún bombero para llevarlo por si terminaba quemando mi cocina. Deseé taparles las bocas, el problema estaba en que no había podido hacer ninguna receta decente.

Me tenía tan absorbida el proyecto que, al llegar a casa, me cambiaba para ir a correr, volvía para ducharme rápido y sentarme delante del portátil para seguir trabajando.

Me maldije por hablar de más en un intento de salvar mi orgullo, alardeé de que se asombrarían con lo que había mejorado en mis artes culinarias y que cocinaría *sunday roast* cuando ni siquiera había hecho alguna prueba de la receta.

«¡Mierda!, ¡mierda!, ¡mierda!», ¿qué diablos respondía? Si les pedía que lo aplazáramos me restregarían el resto de mi vida que me había rajado. Necesitaba pensar en algo y rápido. Abrí el navegador y escribí: «receta sencilla de *sunday roast*», hice clic en el primer *link* y, cuando vi la cantidad de ingredientes junto al proceso de cocinado, quería suicidarme.

Hice un segundo intento y fue peor. Cambié la palabra «sencilla» por «fácil» y encontré más de lo mismo, resoplé y decidí copiar una receta, hacer una especie de presentación, incluso poner el lector de texto para que cuando estuviera cocinando me indicase qué paso seguir después. Cerré los ojos sintiéndome agotada, pero al abrirlos vi a Gregory en su mesa tecleando quién sabe qué.

Fijé mis ojos en la pantalla intentando ver qué diablos hacía. Forcé la vista hasta tal punto que una lágrima recorrió mi mejilla y no podía creerlo; Gregory no trabajaba, estaba observando imágenes de comida. Comencé a pensar si era una señal del universo, si era así, iba a por ella de cabeza, me levanté y fui hasta su mesa con alguna excusa estúpida.

—¡Gregory! —lo llamé—. ¿Recuerdas la empresa de las grúas Pulkad? —proseguí con mi mentira—. No encuentro el correo electrónico de Recursos Humanos y lo necesito. —Gregory minimizó la ventana de navegación de inmediato, aunque logré ver una carpeta que decía recetario.

«¡Te pillé!», pensé. Movié el cursor del ratón con rapidez abriendo el bloc de notas. Me di cuenta de que tenía todo perfectamente organizado, a diferencia de mi portátil que estaba lleno de carpetas que tenía nombres de: proyecto I, enumeración de cargas proyecto I.I, nombres de empresas subcontratas para la parada de planta, proyecto del año 2017, subproyecto del año 2018, canciones románticas para relajarme, canciones de *rock* para cuando está a punto de venir el periodo, etc. Era un desastre en toda regla.

—¿Quieres que te lo envíe por correo electrónico? —me preguntó.

—Sería perfecto para finiquitar el informe, por cierto, ¿sabes lo de Emily?

Era la manera perfecta para hablar sobre comida, incluso se me acababa de ocurrir invitarle a comer, pero lo medité. Nunca se lo había propuesto y tal vez no sería buena idea y recordé la carpeta que podría salvarme el culo.

Tenía que seguir adelante.

—Sí —respondió—. Es tan extraño todo lo que ha pasado, pero sabemos quién es la que ha trabajado horas en ese proyecto. —Sonreí por ese guiño literal que acababa de hacerme, al menos alguien sí se daba cuenta de mi esfuerzo y dedicación—. Con lo que sigo sorprendido es con mi nombramiento como ingeniero supervisor adjunto —añadió—. Apenas conozco los entresijos del proyecto para que me dieran ese cargo.

Quería seguir fingiendo, el universo sabía que sí, pero esa noticia era lo más parecido a que tu

peor enemigo te empujara al precipicio.

—Cierto —respondí tratando de que me diera más información—. ¿Cuándo era la reunión?

—El viernes, Jenny —contestó con tono aburrido—. En el *email* lo dice —añadió frunciendo el ceño.

«¿*Email*? —me pregunté—. ¿Acaso han enviado uno?», ahora no sabía cómo terminar la conversación sin olvidar invitarlo a comer y sonsacarle alguna receta, incluso había decidido confesarle mi apuro para que me ayudase. Lo único que me quedaba era sonreír forzosamente.

—¡Es cierto! ¡Esta cabeza mía! —indiqué—. Tengo tanto por hacer que creo que me va dar un infarto.

—¿Qué te ocurre? —indagó, y suspiré en alto. Definitivamente tenía que haberme fijado en Gregory y no en el cretino de Brad.

—Es tan largo que no podría resumirlo. —Fingí mirar el reloj—. ¿Qué te parece si comemos juntos? —Mi sugerencia lo tomó fuera de juego, lo comprendía, nunca le había propuesto algo así—. Así te cuento, es que con todo esto de presentar una licitación atractiva para los clientes, el cambio de jefe y otros compromisos me siento agotada.

—Por mí no hay inconveniente, lo que no sé si te gusta la comida vegetariana.

Aquello iba peor de lo que me imaginé, lo único que tenía de vegetariana era los vegetales que consumía en forma de guarnición.

—¿Eres vegetariano?

—¿Y qué tiene de malo ser vegetariano? —espetó casi ofendido.

—Bueno..., es que me parece chocante que me preguntes eso cuando acabo de ver en la pantalla una imagen de un pedazo de carne. —Su rostro palideció sintiéndose descubierto.

Fruncí el ceño, algo ocultaba, dudaba que fuera algún fetiche de vegetarianos y comencé a pensar que era uno de los «peros» que ponía con la gente del trabajo.

—Bueno, creo que debería contarte que...

—¡Jennifer Bond! —me llamó Nilson. Iba a pensar que de verdad quería robar el puesto de espía a Elly, ladeé mi cuerpo hacia él esperando saber qué deseaba—. Te veo ocupada.

—Lo estoy —respondí con cierta sequedad.

Era de vida o muerte saber qué ocultaba Gregory, quizás era un chef aficionado y podía chantajearlo lo suficiente para que me ayudase a preparar la cena con mis amigas y callarles la boca.

—Quería darte la enhorabuena por la presentación del proyecto. —De nuevo traté de contener mi reacción.

—Gracias. —Lo miré con una ceja levantada—. Para eso no has venido —le dije directamente y la sonrisa quemabragas hizo acto de presencia.

—¡Rayos, me has pillado! —soltó—. Me preguntaba si estabas libre para ir a comer.

¿Comer? Volví a mirarlo de reojo y me imaginé que ya había confirmado que había pasado a la lista de apetecibles para follar. No es que me fuera a ir de inmediato con él, tendría que trabajarlo un poco más. «*Solo un poquito*». Además, ¿por qué tenía que ser ese día? Si hubiera sido otro diferente no le daría tantas vueltas.

«Recuerda que te has prometido ahora poner condiciones de no ceder —me dije—. Acuérdate que debe ser el sábado la cena con las chicas», ¡mierda! Eso de romper el celibato con un buen polvo en los baños de una disco el sábado... «*¡Jennifer, sensatez!*».

—Jenny, podemos ir otro día —nos interrumpió Gregory.

«Pero ¿qué le pasa a Gregory?», no podía creer que fuera de esos hombres que apenas aparecía el guaperas de turno le cedía a la pareja.

De inmediato negué con la cabeza, yo no era su pareja, mi verdadero interés era culinario y usar su alma caritativa. Vi el reloj que estaba en la entrada, se acercaba la hora de la comida, tenía que saber ese secreto que Gregory me iba a contar y debía terminar el informe.

—Gregory, habíamos quedado para que me contases sobre eso... —Él frunció el ceño al no seguirme la corriente y mi mundo se fue a la mierda al ver cómo Nilson sonrió de lado al darse cuenta de que estaba buscando una maldita excusa. Definitivamente, Gregory pasaba a la lista de los que en la vida nunca me liaría.

—Creo que tu cita se ha ido al garete —me murmuró Nilson y tenía razón el muy cretino, por lo que intenté salvar mi orgullo.

—¡Qué gracioso eres, Gregory! Te encanta tomarme el pelo, pero si no quieres que te cuente al detalle cómo echaron a Emily lo haré otro día. —El móvil de Nilson sonó y se alejó de nosotros, aproveché y me escabullí sin darle tiempo a que me dejara más en evidencia.

Volví a mi mesa pensando que Gregory necesitaba una ayudita de Ruperta o Yanira Guacimara para que lo estimulara.

Me senté frustrada y miré la pantalla del portátil pensando en qué diablos hacer. Decidí leer el maldito *email* del que me había hablado, a la vez que empecé a imaginarme cómo contarles a mis amigas lo que sucedía, tal vez se apiadarían de mí. Me dispuse a leer el *email* y esperar alguna reprimenda.

Fitz explicaba que a pesar de haber tenido puntos importantes en la presentación de la licitación necesitaba trabajar más a fondo los planteamientos. Sentí cierto alivio, tenía el archivo del proyecto debidamente detallado, tanto en mi portátil de trabajo como en el de casa y en el USB.

Estando más segura de mi trabajo, decidí buscar mi otro dispositivo para guardar la receta que había copiado y así ir al terminar la jornada al supermercado para experimentar aquella noche.

—No sabía que eras aficionada a la cocina —me dijo Nilson al oído asustándome.

—Voy a terminar pensando que tu trabajo en esta empresa es ganarte a pulso el puesto de espía.

—Por mucho que sea tentador, no me van los rollos de andar indagando en la vida de otros, soy un honrado trabajador.

—Y ahora viene la parte en la que debo creerte.

—Deberías o me veré tentado a usar todas mis artimañas para que aceptes mi invitación a comer y sacarte información sobre cierta foto que no veo ya —me sugirió, y me eché a reír. ¡Menudo cabrón! Tenía anunciado con fluorescente en su cabeza lo que realmente buscaba—. ¿Qué me dices? —preguntó levantando ambas cejas. «¿Que qué te digo? Te falta un empujoncito más y terminaré comiendo quién sabe qué». Pero debía mantenerme firme para demostrarle a Fitz que requería de mis conocimientos para poner en marcha toda la maquinaria del proyecto—. Esos dispositivos son muy llamativos —prosiguió—. No sé si llamar a la policía por si son granadas de verdad. —Volví a reír.

—Son para intimidar cuando me siento amenazada —le dije siguiendo la broma.

—No sé si tomármelo como una advertencia.

—Tal vez —respondí señalando los *pendrives*—. Si observaras mejor te darías cuenta de que tiene que ver con la empresa. —Se acercó y cuando lo leyó rio a carcajadas.

—¡Vaya! Sí que es incendiaria esa granada, la número dos, seguro que ahí guardas oscuros secretos. —Reí de nuevo.

Definitivamente, terminaría liándome con Nilson, apenas tenía fuerza de voluntad, era fácil averiguar que a la primera de cambio mis días de celibato acabarían por su maldita sonrisa quemabragas.

—¡Bond, Jennifer Bond! —gritó Fitz—. ¡Será posible que siempre estés hablando con el personal de la empresa! —Abrí los ojos ante esa afirmación. Apenas conocía a mis compañeros para que me acusara de esa manera—. Debo recordarte que aquí se viene a trabajar, no a confraternizar con ciertos personajes, para eso están los bares de copas.

Me había quedado de piedra, sabía que en algún lado estaba Elly copiando en su memoria cada detalle y lo que hasta entonces era un limpio historial se había convertido en la oveja negra del departamento.

No, no podía dejar que también terminase siendo ese animalito en mi trabajo, ni tampoco que me tratara de esta manera, no era la primera ni la última empleada que tomaba unos minutos para hablar y bromear en la empresa.

Por mucho que fuera el nuevo jefe había llegado al límite.

—Sé perfectamente el trabajo que se hace en esta empresa —le respondí—. Lo que no sé si tu afición es humillar al personal para no aburrirte en el intento.

—¿Crees que te estoy humillando?

—Sí.

—A mi parecer en lo que llevo de mañana la he visto en el *office* con este individuo. —Nilson rio de lado negando con la cabeza—. Y ahora de nuevo te encuentro en lo mismo.

No salía de mi asombro y la sangre comenzó a hervirme, estaba en mi puesto de trabajo y no tenía culpa de que él se acercase hasta mí. Me incliné en la mesa y reescribí ambos documentos, cogí el *pendrive* y se lo estrellé en su pecho.

—Ya que dudas de mi capacidad, en este dispositivo puedes analizar todos los archivos en los que he trabajado para sacar adelante este proyecto. Ya no tendrás que sacar de la chistera la información requerida. —Sujeté el brazo a Nilson y le dije—. Aceptaré encantada la invitación a comer, eso sí, necesito muchos carbohidratos, la fibra se la dejo a otros.

## Nilson O’Neill a tus servicios, superagente

Caminamos hasta el ascensor en silencio. Temblaba con lo que había hecho, era la primera vez que le hablaba así a un jefe inmediato. «*La segunda, Jenny, recuerda que a Emily también le hablaste mal. Sí, pero ya no era mi jefa*».

Apreté los ojos cuando las puertas se cerraron, lamentándome por haberme dejado llevar por los impulsos. Aquel era uno de esos tantos propósitos que había escrito en el diario: «No volver a dejar que ningún hombre me menosprecie». Me di cuenta meses después de haber echado de mi vida a Brad de que él me menospreciaba de manera sutil y, sí, yo lo justificaba.

—¡Mierda! La acabo de cagar.

—Pocos se han atrevido a decirle a Fitz energúmeno —respondió Nilson.

—Eso exactamente no fue lo que le grité, aunque no iba a permitir su atropello.

—Tampoco gritaste —repuso con esa sonrisita de medio lado—. Con Fitz ocurre el problema de siempre; su actitud de caballero honorable. —Abrió la boca y metió un dedo simulando potar.

Ladeé la cabeza y sonreí un tanto desconcertada. No tenía que pensar mucho, se notaba que se conocían. Me pregunté si lo que buscaba era increpar a Fitz y conmigo encontró a la persona idónea para hacerlo y, no, a eso no me apuntaba, estaba convencida de que ni siquiera me dejarían subir a las oficinas en cuanto regresara.

Me imaginé que, al volver, en la recepción me encontraría con una cajita con mi nombre en grande. Me había pasado, era el nuevo jefe, y yo, una más del montón. Suspiré desalentada, tanto esfuerzo para nada, tantas semanas dando lo mejor de mí para ganar esa licitación y me dejé llevar por mi orgullo.

Era miércoles y debía retomar el cómo explicarles a mis amigas que no solo iba a hacer el *roast sunday*, sino que me habían echado del trabajo por haberle dicho a mi jefe «amargado», literalmente. Imaginé cómo sería el fin de semana, lamentándome y atiborrándome de helado de galletas Oreo, viendo por milésima vez *La Boda de mi mejor amigo* para terminar cantando *I say a little prayer for you*.

Resoplé en mi mente, pensando en lo patético que sería. «Jenny —me dije—. Si decides irte por ese camino, nunca lograrás que reconozcan tu trabajo y todos esos propósitos que decidiste hacer cuando le diste una patada en el culo a Brad se irán a la mierda».

—¡Jennifer Bond!, ¡hola! —Me manoteaba Nilson para llamar mi atención.

—Lo siento —contesté avergonzada—. Todo lo que ha pasado me ha trastocado —le confesé saliendo del edificio ubicado en Tower Hamlets. Cruzó su brazo con el mío y me guio el resto del camino.

—Querrás decir perdida —repuso de nuevo dejándome callada y odiaba que sucediera eso con un desconocido—. Me imagino que esta mañana te has levantando pensando que sería un día crucial, la empresa dependía de que ganaseis la licitación y lo primero que sucedió fue que la rompelotas de Emily os echada del departamento por un gilipollas aún peor. —Sonreí al comprobar que daba en el clavo.

—Definitivamente, Elly no tiene nada que hacer —le dije tomándole el pelo—. Eres muy bueno como espía.

—No la subestimes —me respondió—. A Elly solo la he incentivado, comenzaba a ablandarse.

—Volví a sonreír.

—Conoces muy bien lo que se cuece en la empresa —añadí a modo de provocación.

—Esa etiqueta se la dejo a don energúmeno Fitz.

—No quería ofenderos, muy señor mío.

—¿Así que te gusta tomar el pelo? —preguntó con su maldita sonrisa de lado.

—Podría ser, el caso es que desapareciste por un buen tiempo sin dejar rastro.

—¡Me has pillado! —soltó levantando la mano—. Trabajaba en otra sede hasta que volví con la intención de saber si Jennifer Bond por fin me daría una oportunidad.

—Sigues sin aclararme cómo conoces a Elly —contesté evitando que su respuesta hiciera mella en mí. «*No te engañes, te alegró el día*».

—Es sencillo —indicó con una ceja levantada—. En la otra sede llegó la leyenda de cierta asistente abusadora que necesitaba un escarmiento. —Volví a reír.

—No sería conveniente que ella lo supiese, no quiero imaginar cómo se le subirían los humos.

—Si se entera, sabré quién se lo ha chivado —me dijo deteniéndose y mirándome a la cara—. Y te advierto que sé muchas formas de someter... —Sonrió de lado logrando que mi entropierna finalmente protestara—. E interrogar a sospechosos. —Me miró de nuevo y levantó ambas cejas.

¡Menudo cabroncete! Extendió el brazo para que me diese cuenta de que ya habíamos llegado.

—Al menos no es un vegetariano.

—Me gusta comer carne, tierna y jugosa. —No pude reprimir una sonrisa.

—Y a mí, sobre todo, si la carne es gruesa. —Rio a carcajadas viendo que seguía su juego.

Dejando a Brad de lado, podía decir que llevaba años sin ligar, dejé que me pusiera una venda en los ojos desde la primera vez que me llevó a la oficina del bar y enterró su polla dentro de mí.

Comenzaba a temer que mis propósitos se fueran en cualquier momento a la basura. «*Eres una mujer con deseos y ganas de sexo. Lo sé y esto me lleva a recapacitar sobre si mis prendas de ropa interior son las apropiadas. Te apuesto lo que quieras a que Nilson va fijarse si son de algodón, de nailon, incluso si son culote o normales*».

Deseé callar a mi conciencia, hasta el momento no sabía que era tan sarcástica y por sus conclusiones me aferré a recordar cuáles tenía puestas y eran las típicas bragas de algodón que se compraban en cierta tienda reconocida a nivel internacional. No es que fueran las más sexis, pero al menos eran decentes, por lo que di gracias de no haber elegido esa mañana las bragas de la abuela que solía ponerme con faldas de tubo para así lucir figura.

Todo ello me llevó a pensar en si estaba depilada recordando ese meme de: «Si la tenía depilada, la tenía ocupada, ya que el monte no crecía en vereda caminada».

Comprendí que le daba muchas vueltas a la cabeza, en los polvos rápidos nadie se fijaba en la ropa interior que se llevaba puesta, no obstante, no podía ignorar que tenía que comprobar si los preservativos que siempre llevaba en el bolso estaban caducados.

«*Solo una acotación, Jenny, tengo la sospecha de que te estás precipitado a los hechos ¡Dios mío! Amiga conciencia, tienes razón. Parezco muy desesperada*».

Debía hacerme la dura unos días más y seguirle el juego con sus insinuaciones.

—¿Entramos, Jennifer Bond?

—Por supuesto, Nilson... —Fruncí el ceño y lo miré—. Nunca supe tu apellido, solo tu nombre.

—No sé si ofenderme por eso, en todo caso te lo perdonaré y, para saciar tu curiosidad, es O'Neill.

—¿O'Neill? —pregunté—. ¿Como uno de los socios?

—Sí, pero no tengo una gruesa cuenta corriente. Soy simplemente Nilson O'Neill a tus

servicios, superagente.

—¡Mierda!, ¿me pasé de ridícula? —pregunté.

—Nunca había conocido a nadie que se sienta tan feliz cuando bromean con su apellido —me dijo alejando la silla para que me sentara y, tras hacerlo él, tomó la carta del menú—. Me contaron que dejaste impactados a los clientes hasta tal punto que pidieron que estuvieras en el proyecto. Vamos, ¡que les caíste simpática!

—Me alegro de que al cliente le cayera en gracia, pero no al nuevo jefe con el que me reuniría en breve.

—No seas pesimista —me animó—. Llámalo capullo, ahora mismo no está con nosotros. —Soltó aire exageradamente—. Apuesto a que el palo que tiene metido en el culo lo hace ser tan... —Nos miramos y reímos—. Pensándolo bien, esa recomendación que le has dado puede ser la mejor de las soluciones. —Fingió meditar y volvió a reír—. Nota metal —dijo en alto—, darle galletas de fibra a Elly para cambiarle su estado de ánimo.

Estallé en risas recordando la mirada de odio que le otorgó en el *office*. Después de pedir y bromear un poco con la comida, me miró con esa sonrisa de lado que cada vez me estaba costando más ignorar.

—Jennifer Bond —me dijo—. Soy observador por naturaleza y no he olvidado algo que vi antes de que el capullo de tu jefe apareciera.

—¿Qué quieres decir? —Bebió de la cerveza que había pedido.

En cuanto nos trajeron la bebida, desechó el vaso argumentando que una cerveza no podía beberse así y que, para poder saborearla a gusto, era mejor hacerlo directamente del botellín. Agarró una servilleta, con la cual la limpió con esmero, y bebió un buen trago.

—Dudo que olvidaras mi pregunta sobre la comida —comentó guasón—. Espero que no termines siendo una de esas mujeres tiquismiquis.

Recordé que me había pillado cuando guardaba las recetas para experimentar por la noche y que... «¡Al fin te acordaste! Sigo sin responderle a Ruperta. ¡Maldita sea!». Tenía que pensar muy bien qué decirle y con Nilson allí no sería tan fácil.

«Mira el lado positivo, en cuanto te den la caja de las pertenencias tendrás muchas horas libres para pensar. ¿De nuevo con el sarcasmo, conciencia?», y lo peor era que tenía razón, podría pasar por el supermercado con tranquilidad y hacer la comida siguiendo paso a paso la receta hasta que quedara perfecta y entonces contarles que me unía a la cola del paro.

Nilson me miraba a la espera de que le explicase más sobre mí y carraspeó llamando mi atención, sonreí con nerviosismo. Había visto cómo había hecho el ridículo en menos de dos horas, ¿qué importaba que conociera otro aspecto de mi decadente vida?

—No, no soy tiquismiquis con la comida —repliqué—. Me propuse varias cosas cuando mandé a mi ex al infierno y entre ellas estaba aprender a cocinar.

—Y has decidido hacer un *sunday roast* este fin de semana.

—En realidad no es para este fin de semana. —Se acomodó en la silla con su sonrisa de lado—. Verás, la cocina y yo nunca hemos sido buenas compañeras, por eso decidí hacer las paces haciendo un curso.

—Buenos propósitos para mantenerte ocupada.

—Algo así —le respondí—. Lo cierto es que me ha ido mal y en la última comida con mis amigas me atreví a asegurar que haría un *sunday roast* que no olvidarían en la vida, sin pensar en que, esas reuniones mensuales que solemos hacer, esta vez tendría lugar en mi casa y que he estado tan metida en el proyecto que no he tenido tiempo de preparar una prueba para encontrar mis fallos.

—O que los bomberos fueran.

—¡Qué empeño tenéis con los bomberos! —protesté—. Estoy en un lío, la comida es el viernes y, sí, temo que termine siendo un desastre.

—Eres valiente si te has propuesto hacer tu primer *sunday roast* para una cena. —Reí.

—La culpa es de ellas, las zorras no paraban de reírse de mí. —Él también lo hizo—. Lo bueno es que, ya que me han echado de la empresa... —seguí ignorando su burla—, tendré tiempo para hacerlo siguiendo la receta que encontré.

—Dudo de que tu jefe te eche —me aseguró—. Su orgullo no lo dejará, preferirá hacerte la vida de cuadros.

—No me estás animando —protesté.

—¡Rayos!, he fallado —soltó riéndose, pasó la mano por mi pelo en señal de preocupación para dejarla caer luego en la mesa, él puso la suya encima palmeando la mía—. Entonces, me contabas que has elegido una receta de internet. De esas que te muestran unas fotos fantásticas que no se parecen en nada a como queda en realidad.

—Sí, esas —confirmé riéndome—. Y, repito, no me estás animando. —Rio a carcajadas.

—¿Y no es más fácil decirles que has estado demasiado ocupada?

—Lo es, pero mis amigas son unas zorras y no se lo creerían.

—Si me das el móvil podría encontrar la manera de que se sintieran mal.

—Así que eres también manipulador.

—¡Cómo piensas eso de mí! —exclamó fingiendo ofenderse—. Solo quiero ayudar en la pobre tarea de explicarle a tus amigas que es mejor comer fuera por esta vez, antes de que mueran de indigestión.

—Serás... —No pude evitar reírme.

El camarero nos interrumpió para retirar los platos y cambió el tema por tonterías sin sentido.

Cuando fuimos a pagar, no dejó que fuéramos a medias, me convenció de que yo escogiera el sitio otro día.

—¿Ya has pensado qué le dirás a las zorras de tus amigas? —me preguntó al salir del restaurante.

—No tengo ni idea aún, esperaré hasta saber qué va pasar conmigo en la empresa.

—Te dije que me ofrecía de voluntario para ayudarte.

—¿Crees que te voy a dejar ver la conversación? —Se carcajeó de nuevo.

—Intentarlo no estaba de más, a lo mejor conocía algo más de Jennifer Bond —me dijo con la sonrisa de lado.

Ni loca le daría mi móvil para que viera todas las sandeces que estaba segura de que Ruperta y Yanira Guacimara habían escrito por pasar de ellas. Era cierto que debía responderles y contarles la verdad, volverían a reírse de mí, pero mi cabeza no podía dejar de pensar en lo que ocurriría con mi puesto de trabajo.

—Gracias por la intención —respondí.

Nilson no dijo nada más y dejó que siguiéramos el camino en silencio. Me sentía agradecida con él por hacerme olvidar durante una hora un poco la realidad de lo que estaba a punto de suceder. Regresamos al edificio donde estaban las oficinas y lo primero que hice al entrar a recepción fue buscar la caja en la que estuviera escrito en grande «Jennifer Bond», pero no había ninguna.

Tal vez Nilson tenía razón, y Fitz no me iba a despedir, me torturaría lentamente, y no sabía si eso sería peor, en todo caso, proseguí pasando mi identificación.

—De momento nadie de seguridad ha dicho: señorita Bond, usted no tiene permitido el acceso



—soltó guasón—. Fitz es tan simple que se pueden conocer sus pasos rápidamente.

—Tal vez lo haga en cuanto me vea —respondí—. Has dicho que me torturaría.

—La verdad es que no dije eso, en caso de que no lo haga, si quieres lo hago por él —añadió guiñándome el ojo.

En ese momento el móvil sonó y lo saqué de mi bolso viendo que era Gregory.

—Hola, Gregory —contesté nerviosa.

—Jennifer, necesito urgentemente hablar contigo sobre el proyecto. —Me imaginé lo peor y debía afrontarlo.

—Estoy subiendo. —Colgó de inmediato.

Miré a Nilson al darme cuenta de que tenía razón, Fitz iba a por mí, me destrozaría lentamente, buscaría una tras otra diferentes formas para que renunciara y así evitar quedar como el malo. De nuevo venían a mi mente todas las horas dedicadas tiradas por tierra por la idiota de Emily y su ignorancia en el departamento. Sentí rabia, mucha rabia.

—Jennifer, no te tortures más —me dijo y, para llamar más la atención, me quitó el móvil de las manos.

—¡Qué haces! —le reclamé.

—Primero, hacer una llamada perdida a mi número desde tu móvil y luego ayudarte un poco —respondió. Tecléo con rapidez, sonrió, tecléo de nuevo, levantó una ceja y sonrió de nuevo, para finalmente darme el dispositivo—. No mires la conversación hasta que pase al menos una hora —me pidió en cuanto las puertas del ascensor se abrieron.

Me dio un beso en la mejilla muy cerca de los labios y se marchó en otra dirección.

## En realidad, es un patético plan, Jenny

No esperé ni diez segundos cuando abrí el wasap. A lo mejor me daba tiempo de eliminar alguna tontería de las que había dejado escritas. Me imaginé a Ruperta leyéndolo y preguntándose qué diablos me había fumado o, lo que es peor, Yanira Guacimara respondiendo con algunos de esos refranes españoles que nunca comprendía.

JENNY: 🗣️

Hola, chicas, escribo en nombre de vuestra amiga Jennifer Bond.

Le ha surgido un problema con respecto a la cena del viernes.

Lamentablemente, no podrá hacerla, pues cenará con un compañero. En cuanto le devuelva el móvil les contará sobre mí;

Nilson..., el espía.

Estaba sorprendida por su desparpajo y por lo seguro que estaba en relación a lo que ocurriría el viernes. Que no estuvieran mis pertenencias en información con el chico de seguridad, no significaba que no fuese Gregory el encargado de decirme que estaba en la calle. Mi móvil vibró y me di cuenta de que Ruperta había respondido.

RUP: 🗣️

No, no tengo muy claro si lo que he leído es cierto.

YANIRA GUACIMARA: 🗣️

¡Hostias! Al parecer han vuelto los hombres a la vida de Jenny.

RUP: 🗣️

Hasta que no se presente con un audio no daré mi opinión explícita.

YANIRA GUACIMARA: 🗣️

Ja, ja, ja, ja, ¡quiero ver eso!

Y allí estaban mis queridas amigas con sus burlas y sarcasmos, si no respondía asumirían que había sido una patraña para no hacer la cena, por lo que no me quedaba más remedio que contarles lo que había pasado en un audio.

Hola, he tenido una mañana de mierda y, sí, ese es el mismo Nilson de hace un tiempo que ha vuelto, gracias a él no le di un guantazo a mi nuevo jefe.

Os explico, tengo un problema con la cena del viernes, aparte de que no sé hacer un maldito *sunday roast*, mi compañero asume que me enrollaré con él en algún baño del primer *pub* que pisemos. La buena noticia es que el proyecto lo concedieron, la mala es que Gregory me dirá en unos minutos que estoy de patitas en la calle.

Un beso, voy camino al paredón.

Lo más probable era que se preocuparían, pero ya hablaría con ellas con tiempo, quería terminar con aquello de una vez. Caminé hacia mi mesa y vi a Gregory mirándome con el ceño fruncido. Apenas había tardado cinco minutos desde que me llamó, no es que me alegrara saber que él sería el encargado de darme la mala noticia. Ya que estaba allí, iba poner mi mejor cara para atajar el golpe que iba a recibir a continuación.

—Hola, Gregory.

—Hola —me saludó con seriedad, levantándose con varias carpetas—. Si me acompañas a la sala de reuniones —me pidió.

Evité todo lo posible cualquier gesto de desconcierto. Me parecía absurdo que me llevase allí cuando podíamos trabajar en conjunto con tan solo buscar alguna silla y sentarme a su lado.

—No es que no quiera ir, pero no sé para qué.

—Fitz me ha hablado sobre la presentación y me dijo que faltaban datos que conciernen a mi trabajo.

—¿Tu trabajo?

—Sí y deseo verlo con detenimiento en un lugar en donde ambos podamos trabajar codo con codo.

—Pero...

—Por favor, es lo mejor para todos y para el proyecto.

«Ni que fuéramos a crear un misil», me dije sorprendida por su seriedad, sonreí evitando cualquier gesto que delatase mi incomodidad.

—Está bien, déjame buscar la información con la que he estado trabajando —le respondí, y el muy capullo torció la boca, pero ¿qué coño se creía? Respiré lentamente ignorando su gesto.

—Usa mi dispositivo para dejar también la información en mi portátil.

No quería seguir pensando mal de Gregory, no me había dicho que estaba despedida, aún, y tal vez aquello era una táctica para que en cuanto le diese los datos me gritara: «¡A la puta calle!».

—Está bien, eres el jefe —le dije sonriendo, no sirvió de nada.

Mantenia esa mirada ceñuda que me estaba agobiando más de la cuenta. Alargué mi mano para que me diera su dispositivo y lo introduje en la clavija para copiar los archivos en los que había trabajado. Cogió su portátil y me invitó a seguirle hasta la sala de reuniones.

«¡Llegó la hora! Lo sé, no tenías que recordármelo».

—Trae también tu portátil —sugirió. Lo hice, lo seguí, y nos sentamos.

—No le des tantas vueltas —le dije finalmente.

—¿Qué quieres decir?

—Si vas a echarme, hazlo de una vez.

—No entiendo.

«¿En serio tienes que decírselo?». Ignoré a mi conciencia.

—Que el nuevo jefe del proyecto te ha pedido que me digas que estoy despedida.

—¿Qué? No, de hecho, solo me ha pedido que revise los datos y que me reúna con él mañana a primera hora.

¿Cómo? ¿Y lo que le había dicho no le había ofendido? «*Al parecer no, Jenny*». Me mordí el carrillo por dentro evitando soltar alguna tontería que pudiera comprometerme más de lo que debía.

—Disculpa, es que todo esto me tiene nerviosa, dime por dónde comenzamos —le pedí tratando de que olvidara mis conjeturas absurdas.

—Déjame revisar los datos. —Metió en la clavija del portátil el *pendrive* y comenzó a inspeccionar por encima. Su rostro cambiaba conforme pasaban los minutos. Fruncía tanto el ceño que me hizo dudar, hasta que respiró profundo y miró el reloj de pared.

—No se parece en nada a lo que me enviaba Emily.

—La mente de Emily no puede entender tantos gráficos. —Se giró hacia mí con los ojos abiertos.

—¡Eres cruel! —«¿Cruel? ¿Me ha llamado cruel?», me pregunté. Quería soltar una carcajada, si le confesaba mis verdaderos pensamientos desde que la llamaba Jadis entonces me quemaría por bruja—. Prefiero trabajar en lo que me parece que no ves bien y no en Emily, ella no está. — Era lo único bueno que le había pasado a aquel enorme proyecto.

—Creo que el trabajo en este caso será para Nancy y para mí, ante los datos que he visto.

—Lo siento, Gregory —le dije con sinceridad—. Tenía que hacerlo tan simple para que ella pudiese defenderlo.

—¿Te das cuenta de que has echado mi trabajo por tierra? —me reprendió—. Solo me queda mejorar parte de los datos y contarle alguna milonga a Fitz para que al menos retrase un par de semanas el comienzo del proyecto y así poder entregar la planificación correcta.

Me sentí tan avergonzada que no sabía dónde meter la cabeza. Se levantó, se alejó, y cerré los ojos maldiciendo a Emily. «*La culpa no es de ella, Jenny*». Era verdad, tenía que asumir mi responsabilidad.

—Muy bien, vamos a trabajar, comencemos por revisar de nuevo el presupuesto que has hecho y el cronograma.

En cuanto llegué a casa y después de correr como nunca, decidí hacer una videollamada contándoles a las chicas la verdad, por esa vez accedieron a que esperarían al siguiente mes para que pudiera salvar mi puesto y durante las siguientes cuarenta y ocho horas me metí de lleno en el maldito proyecto, era mucho trabajo el que se había perdido y lo que Gregory le presentó a Fitz no había sido suficiente, por lo que seguimos a destajo los siguientes días.

El viernes Gregory me indicó que debía irse, y le dije que no se preocupara, que podía quedarse sin problemas un rato más. Se despidió y seguí planificando la construcción con las memorias descriptivas, los bancos de datos que había tenido que recuperar junto con las correlaciones.

—¿Jennifer? —Aún no estaba preparada para enfrentarme a él. Después de varios días comprendí que lo que había hecho era lo más estúpido que a cualquier persona se le ocurriría. Ya era tarde para disculpas y lo único que me quedaba era lograr recuperar las horas perdidas—. ¿Qué haces todavía aquí?

—Adelantar el banco de datos y las correlaciones.

—Puedes hacerlo el lunes, he hablado con el cliente y no tiene problemas con demoras.

—Me sorprende que un cliente no los tenga.

—Ha sido su respuesta, así que puedes ir a disfrutar del fin de semana como todos.

—En cuanto termine, me iré —respondí decidida, esperando que con ello se largara de mi lado, no fue así. Se acercó tanto que me puso nerviosa.

—Venía a dejarte esto en la mesa. —Era una de las granadas—. He metido los datos que habéis estado actualizando, aunque estoy viendo que el cálculo de las horas correspondientes a las mejoras prácticas es más óptimo que el que me pasó Gregory esta mañana.

—He tratado de que, con el nuevo sistema que has incluido, sean precisa y cuidadosamente planificadas.

—Entonces, la atención recae en los periodos de inactividad.

—Es lo que estoy intentando, prestarle toda la atención posible por las dificultades que pueda traer el retraso.

—Lo comprendo, pero tienes que pensar en que necesitas los datos con los que Nancy ha estado trabajando y... —Se irguió observando nuestro alrededor—. Solo estamos los dos. —Tenía razón, sin los datos de Nancy no podría avanzar, ¡vaya mierda! Si no fuera porque antes tenía mayor acceso y en ese momento el puesto había recaído en Gregory podía haber seguido avanzando. Cerré los ojos, frustrada—. Guarda los datos y desconecta del trabajo, esa cabeza lo necesita.

—Es lo que haré.

—Puedo esperarte y bajar juntos.

Ladeé la cabeza y comencé a preguntarme sobre aquel repentino interés. «*Los asesinos en serie actúan así. Y las conciencias manipuladoras también*». En todo caso, no quería ninguna relación con él más que la del jefe del proyecto y la ingeniera que bajaron de cargo... «*Recuerda que fue él quien hizo que te bajaran de tu cargo*». ¡Maldita conciencia!

—No hace falta, debo ir al servicio primero, gracias, buen fin de semana —me apresuré a decir levantándome sobre la marcha. Fitz fijó sus ojos en mí, y tuve la sensación de que me diría algo, sin embargo, asintió con la cabeza.

—Feliz fin de semana. —Se giró y se marchó.

Guardé los datos y cerré los programas para fingir lo que había indicado que haría. En cuanto entré al baño me miré al espejo y me pregunté qué demonios iba a hacer. Yanira Guacimara y Ruperta ya tendrían planes, estuve tentada a guardar en mis granadas de *pendrives* los datos y seguir trabajando en casa cuando acepté que ese era el mejor plan. «*En realidad, es un patético plan, Jenny*».

Era consciente de que lo era, pero desde que volví a la soltería me di cuenta de que, todos esos amigos de los que llegué a presumir una vez, los había perdido por Brad. Chasqueé la lengua, resignada salí de los servicios para coger el ascensor y al hacerlo mi móvil comenzó a vibrar y a escucharse la melodía estúpida que le había puesto, saqué el teléfono y vi el nombre de Nilson.

—Hola, Nilson.

—Pensaba que no me responderías —contestó desde el otro lado de la línea.

—¿Y por qué no?

—Mi espíritu de espía me dice que sigues en Callaghan & O'Neill. —Me volteé del todo y lo vi.

—Me imagino, lamento decirte que alguien ha usurpado tu identidad. —Sonrió a medida que se acercaba a mí hasta que se detuvo delante.

—La que es familia del superagente eres tú. —Y colgó.

—¿Qué haces aún por aquí?

—Estaba a punto de irme y justo cuando salí a fumar vi bajar al cretino de tu jefe de proyectos, y me pregunté si era capaz de teneros aquí un viernes hasta tarde.

—No, ha sido iniciativa mía.

—No sabía que le dedicabas tanto tiempo.

—Solo quiero arreglar la cagada que hice.

—¿Y has podido?

—Hasta cierto punto, así que tuve que cerrar programas para irme a casa y...

—¡De eso nada! —me interrumpió—. Tú y yo iremos a tomar una copa, y me cuentas qué ha pasado con la cena de tus amigas. —El ascensor anunció su llegada y entró para invitarme a ir con él.

No perdía nada, unas copas era lo que más necesitaba y comer también, me moría de hambre, por lo que accedí y las puertas se cerraron.

Media hora después reía a carcajadas con las tonterías que soltaba Nilson en cuanto llegamos a Soho, uno de los mejores barrios para el entretenimiento. Caminamos un buen rato hasta detenernos en un bar donde no solo pedimos un par de pintas, sino unas hamburguesas y patatas fritas.

Nilson no dejaba de lanzarme la caña para ver si caía y cada vez se me hacía más difícil, quizás por las pintas o porque llevaba tanto tiempo sin ese jueguillo que mi cuerpo necesitaba sentir de verdad. No es que con el conejillo no lograra correrme, lo hacía, pero no era lo mismo que tener sexo de verdad, por tanto, decidí seguir hasta el final y pensé en Ruperta, en cuanto le

contase todo aquello buscaría donde fuese una botella de vino y brindaría por haber sacado a mi Úrsula del celibato.

Se situó frente a mí observándome con atención. Me gustaba que me viera de esa manera y esa actitud comenzaba a llenarme de curiosidad por saber si iría directo al grano o seguiría tanteando. Sus ojos descendieron hasta mis labios pasándose la lengua por los suyos.

Sí, no había nada más provocador que un hombre hiciera eso, te llevaba a imaginar lo que pudiese hacer con la lengua.

—Los baños serían perfectos para lo que tengo ganas de hacer.

—Sabes que esa es una típica respuesta bastante patética. —Se echó a reír—. Mi casa no está tan lejos.

—¿Estás segura de que quieres que vaya a tu casa?

—No es que quiera que conozcas todo de mí, pero eso que quieres hacer es más cómodo allí que sentándote en un retrete y...

—Buena deducción, has ganado por esta vez.

Sujetó mi mano, a la vez que con la otra detenía un taxi que nos llevó a mi casa. Sí, finalmente cedía después de tantos meses. «*Casi un año, Jenny, es cierto*». Un año en donde mi cuerpo no había rozado a otro desnudo, en el que pudiera escuchar al oído lo que desearían hacerme o gemir mientras me penetraban cada segundo sin dejarme pensar.

En cuanto llegamos a casa, apenas pude abrir la puerta principal del edificio. Nilson rompió todo espacio que nos separaba, levantó su mano para retirar los mechones de pelo que caían a un lado de su cara, dejando que entreciese sus largos dedos junto con el vello de su brazo que asomaba por las mangas del jersey. Llevó su mano a mi cara, bajándola por el cuello, logrando que la excitación apareciera como un volcán a punto de explotar.

—Dime que tu casa es en el siguiente piso o tendré que follarte aquí mismo.

Acerqué mi cuerpo al suyo rozándolo, no me importaba dónde lo hiciera, solo quería que pasase y punto. Sentí su polla grande y gruesa que sin disimulo alguno frotó contra mi cuerpo. Nos miramos retándonos a cuál de los dos podía aguantar más y esa vez fui yo la que frotó mi pelvis con la suya. Nilson sonrió y, mientras contoneaba mis caderas, deslizó las manos hasta mi culo y lo alzó. No pude reprimir un gemido que acalló pegando sus labios en los míos.

—¡Vamos! —solté aún con su boca sobre la mía. Me dio espacio y subimos un par de escalones hasta llegar a la puerta que abrí con premura y, justo al cerrarla, me arrinconó en la pared en donde apoyé mis manos. Desabrochó el botón de mi falda y bajó la cremallera dejándola caer, sentí su polla dura pegarse entre mis nalgas mientras sus dedos fueron directos a mi sexo, apartando las bragas a un lado y jugueteando con mi clítoris.

Cerré los ojos sintiendo cómo el deseo cada segundo crecía en mi interior. Acomodé un poco más mi culo para que así tuviera más acceso y entrase, jugueteó y jugueteó, arrebatándome más de un suspiro y obligándome instintivamente a apretar las piernas para sentir los dedos intrusos dentro de mí.

—No hagas eso o terminaré corriéndome como un adolescente, no pensé que fueras tan receptiva —masculló sacando su dedo de mi interior. Separó un poco su cuerpo, y escuché cómo se zafaba el cinto y bajaba la bragueta de su vaquero, también el rasgado de un paquete—. ¡Joder, Jennifer Bond! No tienes ni idea de las ganas que tengo de follarte.

Apenas pude comprenderlo, cuando sus manos volvieron a mis caderas para acomodarme mi cuerpo y sentí cómo su miembro buscaba mi abertura colándose así en mi interior.

«*¡Al fin! Volvemos a estar en la gloria*». Maldita conciencia que no se pierde ni una.

Una, dos, tres embestidas seguidas con rapidez y, mientras bombeaba, sus manos subieron por

el interior de mi blusa hasta llegar a mi sujetador, para sacar por debajo mis tetas apretujándolas. Cuatro, cinco, seis embestidas, esa vez con ferocidad. No sabía qué hacer con mis manos, quería enterrarlas en algún sitio y contenerlas en la pared estaba siendo una labor difícil, con la oleada de sensaciones por su jugueteo con mis pezones y el constante bombeo de su miembro.

Nilson paró alejándose de mí de nuevo, ladeé la cabeza con la poca cordura que me quedaba y vi cómo se descalzaba los zapatos y terminaba de deshacerse de sus vaqueros. Cogió mi mano y me llevó hasta el sofá. Di gracias a que era grande, me dejó caer en él mientras terminaba de desabrocharme la blusa y mordisqueó con ansias los pezones. Dios mío, estaba a punto de correrme, le ofrecí mi cuerpo, perdida con todo lo que sentía; su lengua perversa mordiendo y chupando los pezones, su polla cercana a mi vagina, mis manos cogieron la tela del sofá y gemí como nunca, sobre todo, cuando volvió a embestirme.

Sus manos volvieron a mis caderas alzándolas un poco para profundizar hasta lograr que mi cuerpo convulsionara, llevándome a un orgasmo como hacía tiempo que no sentía.

## Tiran más dos tetas que dos carretas

De todas las cosas que creí que pasarían esa semana, nunca me imaginé que terminaría teniendo sexo con Nilson y no un polvo rápido y punto. Fue rápido, pero con ímpetu, con deseo de que no terminara nunca y de que si lo hacía apenas no pudieras emitir sonido.

Después de ello, Nilson prometió llamarme para vernos el domingo y repetir todo lo que fuese posible. Tenía un compromiso familiar el sábado temprano y debía irse. El problema sucedió cuando el domingo mi madre me llamó pidiéndome que fuera a comer a su casa, omitiendo que no solo éramos los tres, también estarían mis tíos Fred y Mary, los padres de Adele y Tom, quienes de alguna manera terminaron comprometiéndome a otra comida, esa vez en su casa.

Esa comida pasó a ser merienda y tuve que enviarle un mensaje a Nilson para retrasar el encuentro para otro día, su respuesta me llenó de ideas la cabeza al dejar dicho que en la oficina existían miles de rincones que podíamos usar.

El lunes a primera hora volví al trabajo con esa idea en la cabeza, decidí ponerme un vestido aprovechando el buen tiempo. Apenas encendí el ordenador, Nancy se acercó para actualizar los datos y comenzar a trabajar con ellos y con las mediciones que había dejado el viernes.

Cerca del mediodía recibimos un correo de Fitz en el que nos rectificaba varios errores que habíamos visto. Gregory decidió que volviéramos a la sala de reuniones, para allí hablar sobre ello y lo que teníamos que hacer durante la semana. Solo entonces supe que Nilson había tenido que salir de viaje por motivos del proyecto que dirigía, así que mis planes tendrían que esperar a quién sabía cuándo. Suspiré de alivio por mantenerlo en secreto y no contarles nada a Ruperta y Yanira Guacimara, no me creerían y me echarían en cara que tenía tiempo para follar y no para cenar con ellas.

Los siguientes días volvimos a centrarnos en sacar adelante el retraso y, de vez en cuando, nuestro jefe aparecía y nos indicaba dónde mejoraba, se sentaba cerca de mí y me mostraba a través de los diagramas los gastos que se generarían si manteníamos esos datos.

El jueves nos dimos cuenta de que estábamos un poco atascados con unos diagramas y unas especificaciones que podían obstruir de nuevo el proyecto, causando errores de funcionalidad en instalaciones de equipo. Nancy tenía una consulta médica, por lo que no podía quedarse hasta tarde en la oficina, y le propuse ir a casa junto a Gregory, que al principio fue renuente, finalmente aceptó, afirmando que era una buena manera de adelantar trabajo los tres.

A las siete de la tarde el telefonillo de casa me anunciaba que Nancy o Gregory habían llegado, por lo que abrí para que subiera quien fuera, al igual que la puerta de casa. Mientras terminaba de colocar la mesa de trabajo para que todos estuvieran cómodos, a su vez, también corrí a apagar la música que me había acompañado durante un buen rato en el que recogí un poco.

Sonó una canción de un grupo español que Yanira Guacimara me había pedido que escuchara y al hacerlo me atrapó la melodía.

—*De prienceisa quei buuscat, typos quei coleccionaal...* —intentaba repetir el estribillo en un lamentable español.

—¿Qué cantas? —preguntó Nancy al girarme para responder y saludarme, me sorprendí al ver a Fitz con ellos.

—Hoo..., hola.



—¿Qué cantabas? —indagó de nuevo Nancy.

—Una canción en español. —Carraspeé un poco—. Ya que estamos todos podéis sentaros para comenzar a trabajar.

—Le he pedido a Fitz que nos acompañe, si no te importa, le comenté lo que haríamos y pensé que podía orientaros, ya que debo irme pronto, ¿recuerdas las especificaciones que no terminamos en estar de acuerdo?

—Sí —respondí aún bastante sorprendida por su presencia. Imponía, no sabía si era por su aspecto serio o porque entre él y yo hubo ese pequeño enfrentamiento—. Bueno, no perdamos más tiempo si debes irte pronto.

Les pedí que me siguieran con una sensación bastante rara, vergüenza porque me había visto en algo que odiaría que descubrieran y porque sí, estaba en casa, sin embargo, los minutos siguientes fueron de un enorme desconcierto para mí.

Fitz se dedicó a evaluar y mirar lo que habíamos avanzado y empezó a explicarnos con ejemplos las posibles dificultades que podrían sobrevenir si la instalación tenía que convivir con sistemas anteriores.

No podía ignorar que la forma que tenía de explicar y la importancia que nos daba en cuanto al trabajo que realizábamos me gustó. Sobre las diez de la noche, Nancy se levantó pidiendo que termináramos al día siguiente. Fitz se ofreció a llevarla a casa, y ella aceptó encantada.

Al despedirnos, no pude pasar desapercibida la intensa mirada de él, por lo que decidí cortarlo.

—Buenas noches, Fitz.

—Hasta mañana, Jennifer.

Al cerrar la puerta no pude dejar de lado lo que significó ese «hasta mañana».

«*Te estás volviendo loca*. Te culparía por eso, eres mi conciencia, mi subconsciente, así que manejas muy bien todos mis pensamientos, y lo que quería decir es que esa frase de Fitz esconde mucho detrás».

Ese fin de semana lo dediqué a disfrutarlo con Ruperta, Yanira Guacimara y las compras. Sí, cuando nos uníamos a comprar nadie podía con las tres, no solo eran las típicas visitas a las tiendas, le sumábamos, también, tomar copas, comer juntas y, justo cuando estábamos en ello, Nilson me llamó.

—Jennifer Bond, espero que estés disponible. Acabo de aterrizar y me encantaría volver a meterme entre tus piernas. —Responderle delante de mis amigas me hubiera delatado, por lo que me las ingení para disimular que estaba más que dispuesta.

—Papá, estoy con mis amigas, Yanira Guacimara y Ruperta. Dudo que quieran que las deje por ir a jugar al póker contigo. —Nilson soltó carcajadas ante mi estúpida excusa.

—Jenny, ¿te has olvidado de que soy juez y que reconozco una puta mentira?

—No sabía que tenías amigas tan importantes —respondió burlón Nilson.

«*¡Ahora me toca sacarte de este lío, Jenny? Diles la verdad, al final es solo sexo*».

—En diez minutos te llamo. —Le hice saber colgando para mirarlas—. El viernes anterior me acosté con Nilson y es él el que me ha llamado para repetir.

—¡Serás cabrona! ¿Por qué demonios nos lo habías ocultado? —protestó Yanira Guacimara añadiendo un par de palabras en español que supuse que era insultos.

—Para que no le dijéramos que su Úrsula acababa de quitarse las telarañas que llevaba encima—añadió Ruperta

—Ojalá que ese tal Nilson tenga un gatillazo.

—Gracias por vuestros deseos, no os había dicho nada porque todo fue sobre la marcha; una

llamada, una sonrisa, unas copas y un...

—Úrsula urgida, y una polla con ganas de bombear —concluyó Ruperta, y Yanira Guacimara se echó a reír.

—No voy a responder a semejante vulgaridad —advertí—. El caso es que ha sido él quien me ha llamado. —Ruperta suspiró, cogió su mojito y bebió lentamente, venía de nuevo otro ataque.

—Así que nos deja por un desconocido.

—Tan desconocido no es que ya conoce su herramienta. Me alegro de que por fin dieras el paso, la próxima vez que te calles tendrás consecuencias.

—Herramienta que no sabemos el tamaño ni el grosor.

—Me remito a mi anterior respuesta —le dije cuando volvían a retomar el mismo camino y aproveché para escribirle un mensaje rápido a Nilson para indicarle dónde estaba.

—¡Egoísta!, nosotras siempre hemos compartido ese cotilleo, y ahora tú te lo reservas.

—He madurado, no como vosotras. —Dos sonoras carcajadas se dieron paso.

—De todas las absurdecas que has dicho, esa es la que menos te representa.

—Creo que deberíamos escoltarla —chinchó Yanira Guacimara solo para molestarme.

—Eso implicaría terminar el mojito rápido y no me apetece, pero si es solo para avergonzarla no es mala idea.

—Sois de lo peor —respondí riéndome por sus antipatías.

—Amiga, yo lo reconozco, ¡somos malas! —añadió Ruperta con una sonrisa casi demoniaca.

—Yo creo que siempre le salvamos el culo, ¿recuerdas esa vez antes de conocer al imbécil de Brad que el barman le lanzaba la caña y ella aceptó decidiendo meterse en el depósito del *pub* para aquí te pillo y aquí te cepillo...?

—Sí, ¿cómo olvidarlo? —Volvieron a reírse a carcajadas.

Volteé los ojos, nunca olvidarían ese detalle, no era para menos. Estaba buenísimo y se le notaba un paquete enorme. Mi mente no dejaba de fantasear con cómo sería ese encuentro con ansias, rápido y preciso, me preparaba para tener uno de los mejores polvos de mi vida. Para cuando se bajó el pantalón y el *boxer*, un enorme tatuaje de Pinocho con la nariz envarada apareció delante de mí.

Juro que traté de evitarlo, respiré varias veces profundo, pero mi maldita lengua fue más rápida y solté: «ahora puedo definir el tamaño de la nariz de Pinocho». La libido se fue al mismo infierno con la carcajada que vino detrás de mi acotación, por supuesto, él se ofendió, se subió los pantalones, me dijo que me arrepentiría de no haber catado su miembro y me dejó.

Al contárselo a las chicas, toda clase de chistes asquerosos se dieron paso y nunca pudieron olvidar al barman y su tatuaje de Pinocho en sus partes íntimas.

—Olvidáis que no soy la única que ha tenido situaciones surrealistas, pero ya llegará mi momento para echarlas en cara. —La melodía de mi móvil se escuchó de nuevo y supuse que era Nilson. Ruperta comenzó a hacer movimientos obscenos, y yo le pedí que parara.

—Rup, en mi país hay un refrán que dice que tiran más dos tetas que dos carretas. —Esperé con paciencia a que terminara de lanzar su veneno.

—Quieres decir que, en el caso de Jenny, ¿tira más una polla que dos amigas...?

—¿Sabéis qué?, iros al puto infierno. —Me levanté y recogí mis cosas—. Entiendo vuestra envidia, pero hoy Úrsula será feliz de nuevo.

Sus risas me acompañaron hasta que las dejé de escuchar. Atravesé medio centro comercial hasta llegar a la entrada, mi móvil volvió a sonar, metí la mano en el bolso para sacarlo y me detuve al encontrarme con Fitz.

—Hola, Jennifer, qué casualidad.

—Hola. —Quería decirle que tenía razón, pero una fuerza poderosa impedía que lo hiciera. De nuevo esa sensación de imposición que no era miedo ni respeto, lo que sentía era difícil de entender, hasta que el móvil volvió a sonar y sus ojos recayeron en el aparato que mostraba el nombre del que llamaba.

—¡Nilson!

—Sí, me está esperando. —«¿Por qué le das explicaciones, Jenny? Ni yo misma lo sé».

—Mantén los ojos abiertos.

—¿Cómo? —¿Quién se creía que era para decirme qué hacer?

—Nada, lo siento, no es mi problema.

—Así es, no es tu problema, hasta luego. —Seguí mi camino, volví a escuchar mi móvil y esa vez contesté—. Lo siento.

—Pensé que te arrepentías.

—Aún no. —Escuché el bufido de una sonrisa—. ¿Puedes decirme cuál de todos los coches es el tuyo?

—El rojo. —Enseguida lo vi y me apresuré hasta subirme. Estuve tentada de contarle mi escueto encontronazo con Fitz, pero tenía la impresión de que eso fastidiaría la velada—. Jennifer Bond, te haces de rogar y por eso hoy vas suplicar que te haga terminar.

No se equivocó.

## ¡Me he equivocado de granada!

El lunes después de la comida volví a la oficina con premura, tenía trabajo pendiente y quería llegar a la meta que nos habíamos propuesto. Al entrar al edificio me encontré con Nilson y esa sonrisa quemabragas, era difícil ignorarla, entramos al ascensor y cuando se cerraron las puertas me arrinconó sujetándome de la cintura para besarme.

—Estaba por firmar la pipa de la paz con Elly y preguntarle por ti —me dijo separándose, dejando que el olor de su colonia cítrica invadiera el espacio de los dos. Sonreí—. He pasado varias veces por tu mesa y estaba tan solitaria como un desierto.

—¡Demonios! —solté tomándole el pelo—. Debí seguir escondiéndome para poder ver eso. —Se acomodó los mechones, fijando sus ojos en mí.

—Así que te escondías de mí —siguió mi juego—. Has elevado mi autoestima al siguiente nivel de «soy un hombre afortunado».

—Dudo que tu autoestima estuviera por los suelos —contesté levantando una ceja. Volvió a reír.

—Y, bien, ¿qué es lo que te tenía tan ocupada? —me preguntó.

—Trabajo, mucho trabajo que he tenido que rehacer para salvar mi pellejo y he estado junto a Gregory y Nancy en la sala de reuniones, según él, así los tres trabajamos en conjunto. —Frunció el ceño.

—Una medida un poco extraña y ¿qué dice el idiota de tu jefe? Bueno, estoy seguro de que, después de que le aconsejaras comer fibra, tiene mejor humor.

—Apenas lo vemos, los cambios se los indica a Gregory.

—Lo normal en él, yo también estoy a tope de trabajo, comienzo a creer que él tiene mucho que ver —me dijo guiñándome el ojo.

Las puertas del ascensor se abrieron, tras las cuales apareció Fitz esperando a entrar. Por alguna razón me separé más de lo debido de Nilson, tanto que no pasó desapercibida mi reacción, pero lo dejó entrar. No obstante, el rostro de Fitz era más circunspecto que nunca, era raro verlo sonreír, creo que era la primera vez desde que lo conocía, pero ese día sus cejas se unieron mucho más.

—Fitz Sandford, pensé que habías decidido irte a Edimburgo de nuevo.

—Acaban de confirmarme cómo algunos llevan tan mal lo de trabajar de verdad o ¿me equivoco, O'Neill?

Miré a uno y a otro, Nilson sonreía más de la cuenta; en cambio, Fitz se mantenía frunciendo el ceño, pasara lo que pasase entre ellos, no quería estar involucrada, salí del habitáculo enseguida.

—Intentaré verte al finalizar el día —declaró Nilson.

Ladeé la cabeza, afirmé y me alejé pensando que aquel tipo de situaciones las viví hace años cuando conocí a Brad, en esa ocasión me hacía sentir deseada. Después de mucho tiempo había comprendido que para ellos era una simple competencia de ver quién se quedaba con el premio, un premio que se lo llevó el peor de todos y, no, no dejaría que volviera a pasar.

Volví a la sala de reuniones donde ya estaban Nancy y Gregory y me centré en seguir con la descomposición de fases y actividades. Sobre las cinco de la tarde recibimos el correo electrónico de Fitz exigiendo una presentación para el viernes. Me sorprendió, estaba segura de

que Gregory le enviaba a diario un informe de nuestros avances, no fui a la única que le llamó la atención ese correo escueto.

Nancy frunció el ceño y miró de reojo a nuestro jefe inmediato, que soltó aire por la nariz ruidosamente dando a entender que tampoco le gustaba esa reunión improvisada.

—Jennifer y Nancy, vosotras tenéis las tablas, os encargaréis de la transmisión de los resultados y los análisis de las gráficas de cargas desde mañana. Es mejor parar, ya que tenemos varios días fuertes.

Al día siguiente llegué temprano a la empresa para adelantar trabajo, decidí ir a por un café para terminar de despertar mis neuronas y al entrar al *office* me topé de frente con Fitz.

—Buenos días, Fitz.

—Buenos días, Jennifer Bond. —El tono que usó para saludarme era más escueto de lo normal. Decidí no sacar conjeturas y hablarle sobre la presentación.

—La presentación que has mandado hacer, ¿es para el cliente?

—No, quiero ver si todo lo que habéis hecho coincide. —Abrí los ojos sorprendida.

Hacia unos días había estado en mi casa supervisando cada paso y dándonos la enhorabuena por nuestra coordinación. Definitivamente, ese hombre era muy extraño.

—Pensé que el jueves se dejó claro. —Dejó de beber café, se acercó más de la cuenta, logrando que mi corazón se acelerara. Había invadido mi espacio hasta ponerme nerviosa, un escalofrío recorrió mi piel mientras su respiración se entremezclaba con la mía.

Llegué a oler la fragancia de su perfume, a madera y musgo, naciendo esas ganas de acercarme más, de que mi nariz recorriera su cuello.

«¿Jenny! ¿Hablas en serio?». Mi conciencia tenía razón, no eran lógicos mis deseos, pero su olor era tan diferente al de Nilson, este me atraía mucho más. Fitz cerró los ojos cortando así todo ese extraño instante, se alejó y, antes de cruzar la puerta, se detuvo.

—Mi intención es verificar lo eficiente que eres, no me apetece seguir guiándote, tal vez debería cambiarte a otro proyecto, quizás seas más eficiente en Control de Calidad.

Abrí los ojos sorprendida. ¡Maldito cabrón! Sabía que era un déspota, pero no hasta el punto de ser tan cruel. Todo tenía que ver con ese mal rollo que mantenía con Nilson. «*Te lo he dicho siempre, Jenny, no confíes a la primera*». Su comportamiento en esos días me llevó a creer que era una prejuiciosa y me culpé por mi impulsividad, no debí arrepentirme de nada.

Volví a mi puesto, enfadada y frustrada, incluso revisé con detenimiento todos los datos. Sería muy vergonzoso que en mi hoja de vida apareciera ese cambio repentino de proyecto, ya el bajar de rango era duro, pero ser reasignada no era nada bueno, por lo que me dediqué más que nunca al trabajo.

El viernes me apresuré por llegar temprano para ultimar detalles. Me había quedado dormida y era lo peor que podía pasar, pero estaba cansada y estresada. En cuanto se abrieron las puertas del ascensor y llegué a mi mesa, vi a Gregory nervioso.

—Le envié parte de la información a Fitz anoche —me dijo a modo de buenos días—. Y no me ha respondido al correo electrónico.

—Por qué será que no me sorprende —respondí con ironía—. Siendo tan comunicativo.

—Jennifer, no es tu puesto de trabajo el que peligrará.

Que mi puesto no peligrara no era cierto, no sabía a qué atenerme con Fitz, sobre todo, desde la advertencia de días antes y quizás estaba esperando esa reunión para mandarme a la puta calle. Estaba segura de que, entre Gregory y yo, las papeletas para irme las tenía al cien por cien.

—Confía en tu trabajo —lo animé. Él me miró y torció la boca.

—Voy a hacer unas copias —comentó y se alejó.

Esperaba que todo el esfuerzo fuera del agrado de Fitz. Nancy apareció con un *pendrive* en la mano para que viese los últimos datos recopilados. Los añadí a los míos para luego pasarlo al *pendrive* de las granadas, decidió ir a por un café. Aproveché para echarle un vistazo por última vez tratando de ignorar ese cosquilleo en mi cuerpo.

—Jenny, ¿qué haces todavía aquí? —Estaba tan centrada que terminé dando un respingón.

—Os esperaba. —Vi unas carpetas en su mano y no quise preguntar—. Pero antes debo ir al servicio —le indiqué—. Este es el *pendrive* de la presentación —continué sin apenas mirar.

—Al salir de la reunión deberíamos hablar —me pidió—. Te esperaré dentro. —Fui al servicio y traté de calmar la sensación de nerviosismo que sentía.

Me odié por ello y odié a Fitz por hacerme sentir así, tan insegura en mi trabajo, no era la primera vez que confeccionaba un programa de base, descomponía y buscaba información; cientos de veces lo había hecho y esa vez iba casi a ciegas. Volví a mi mesa para sacar el móvil de mi bolso y seguí hasta el despacho de reuniones en donde estaba Fitz con su semblante serio.

En cuanto me vio, no pude descifrar su gesto, no sabía si le molestaba mi presencia o simplemente le era indiferente. Esperé a que entrase Nancy para dar comienzo, solo entonces escuché el taconeo peculiar de Jadis, que se detuvo en el umbral de la puerta, y cerré los ojos maldiciéndola a ella y a Fitz.

«¿Qué rayos hace Emily en esta presentación? Lo sabes, conciencia, no hay que sacar muchas conjeturas».

—Quiero ver cómo la cagarás —murmuró al pasar por mi lado—. Gracias por invitarme, Fitz.

—No recuerdo haberlo hecho. —Esa respuesta por su parte me sorprendió. De reojo miré a uno y al otro, pensando que aquello comenzaba a sobrepasarme.

«No sabía que la gente es tan morbosa hasta el punto de querer ver el declive de otros. Lo es y mucho, a la gente le gusta el chisme y ver cómo caen sus peores enemigos. No debes agobiarte, has trabajado como una esclava para obtener los mejores resultados. Sé que es así, pero dudo de que Fitz lo vea de esa manera». Decidí ignorar a Jadis, era mejor que a ella se le retorciera el hígado en cuanto comenzara a ver un verdadero trabajo en conjunto, como lo habíamos hecho, y yo sonreiría con supremacía gritando en mi mente: «¡toma!, ¡por idiota!».

Me senté al lado de Gregory, que segundos antes le había entregado a Fitz el *pendrive* junto a una de las carpetas y que al abrir la que tenía a la vista me di cuenta de que era un resumen, yo no lo había hecho. «Comienzas mal la reunión. ¡Cállate por una vez! ¡Jenny, relájate!, todo va salir bien».

Esa vez no tenía a Ruperta y a Yanira Guacimara para animarme, así que tenía que hacerlo yo misma. Entraron Nancy, junto a otro compañero más, que cerraron la puerta logrando que Fitz se levantara.

—Buenos días, gracias por la puntualidad, es bueno para el equipo y el proyecto —comenzó diciéndonos—. En el correo que les envié anoche, marqué unas pautas que seguiremos a partir de ahora.

«¿Pautas? ¿Correo?». Un solo error había cometido y era el de desconectar del todo la noche anterior, un correo electrónico que me acababa de hundir en la miseria. Con disimulo saqué mi móvil y lo busqué. Había tantas pautas y medidas reajustables al proyecto que en un principio me gustó, hasta que comencé a ver que muchas se referían a mi trabajo.

En todo caso, a pesar de que las pautas mejoraban parte de los puntos de la planificación, estaba segura de que lo dejaría callado. Fitz revisó durante unos minutos la carpeta que Gregory nos dio a cada uno, en donde estaba la fecha donde comenzaba el proyecto de ingeniería.

—Muy bien —dijo—. Ahora veamos lo que ha hecho Bond, Jennifer Bond y Nancy Smith.

—Bienvenida a la excoordinadora del proyecto —respondí mirando a Emily con retintín, ella fingió ignorarme—. En el *pendrive* encontraréis una presentación con la información más extensa de todos los costes y la descomposición del proyecto.

—Veámoslo —respondió Fitz—. Es hora de conocer ese trabajo que tanto defiendes.

Eso me ofendió.

—Parte de las pautas que has pedido en el correo tienen mucho de lo que he desarrollado.

—¡Es interesante!

¡Que cabrón era! Se iba a tragar sus palabras, aquellas últimas semanas había trabajado hasta tarde y lo vería. Nadie iba a tacharme de irresponsable ni de no hacer bien mi trabajo. Orgullosa, levanté mi cabeza a la espera de empezar a explicarlo. Fitz puso el *pendrive* en el portátil que se usaba para las presentaciones y abrió el archivo que decía: «proyecto Kuwait 2019» en donde una maldita imagen de un *sunday roast* se dio paso.

«¡Maldita sea! ¿Cómo demonios te has equivocado, Jenny?. No lo sé... No lo entiendo, hasta ahora siempre he distinguido mis granadas», cerré los ojos frustrada.

Fitz no se inmutó, simplemente siguió pasando las diapositivas para asegurarse de que había sido una equivocación. Enterré la cabeza entre mis brazos, sintiéndome terriblemente avergonzada, nunca imaginé que mi carrera terminaría por un maldito *sunday roast*. Sería difícil contar en algunas futuras entrevistas que en mi último trabajo me había cargado un proyecto importante en una empresa que dependía de ello.

El silencio reinaba en la sala, hasta que Emily no pudo disimular y estalló en carcajadas.

—Así que el *sunday roast* es la base del proyecto, será un éxito —dijo Emily sin parar de reír. Quería abofetearla, todo era por su culpa, si ella hubiera sido eficiente no hubiera estado viviendo aquella pesadilla—. Creo que sería interesante, al final seréis expertos en cocinarlo.

—¡Basta! —explotó Fitz—. Es evidente que Leonard ha decidido que sea el coordinador del proyecto debido a tu incapacidad, Emily. —Levanté mi cabeza—. Me imagino que Jennifer Bond se habrá equivocado de dispositivo. —Enseguida fijé los ojos en la granada que estaba adherida en el portátil.

—Sí —respondí de inmediato—. ¡Me he equivocado de granada! —Observó su reloj para ignorar lo que acababa de decir y fijar al segundo su mirada inquisidora en mí, la sensación que me transmitió fue distinta a la primera vez que coincidimos en ese mismo lugar.

Era extraña, agradable y a la vez no, sobre todo, cuando rompió el contacto visual entre los dos.

—Estás a tiempo de rectificar y mostrar la presentación. —Abrí los ojos sorprendida. Eché la silla hacia atrás y me levanté.

—Voy a ello. —Tenía que demostrarle a la zorra de Emily lo incapaz que era. Sí, me había equivocado de granada, y el gesto que Fitz acababa de hacer volvía a cambiar lo que pensaba de él.

## Con el pulgar de César

Corrí hasta mi mesa preguntándome cómo diablos me había equivocado. Reconocía mis granadas con los ojos cerrados, algo así como esos juegos de azar en los que engañaban a la gente con los vasos, pero en esa ocasión mi cerebro me la había jugado de manera cruel.

«¡Menuda cagada, Jenny! No sé si deberías darle las gracias a esa intervención divina que ha logrado que Fitz te concediera una oportunidad o tal vez prepara tu fusilamiento social». No me animes tanto».

Esa idea siguió en mi mente, incluso fue más allá, comenzaba a sentirme en plena rueda del Coliseo Romano, a punto de ser juzgada por el pulgar de César para que el gladiador ganador me cortara la cabeza.

Llegué a mi mesa y vi la otra granada, como si fuera el tesoro que todos deseaban. Seguía sin entender cómo demonios me había equivocado, cada dispositivo tenía una marca que los diferenciaba. El del trabajo tenía una etiqueta que decía: «para meter en el culo de Jadis» y la otra tenía un emoticono de una casa.

Cerré los ojos y rogué que Fitz no dejara el *pendrive* a un lado, ya tenía un problema gordo para tener que aguantar a Emily ofendida. No podía seguir perdiendo el tiempo en lamentaciones, por lo que lo introduje en mi portátil y busqué mi archivo, afortunadamente estaba intacto, lo guardé y volví a la sala de reuniones.

—¡Aquí está! —solté exaltada.

Se lo entregué a Fitz, que lo conectó y me entregó el equivocado tapando el nombre, quería agradecerle el gesto, pero su rostro se mantuvo serio. Me preguntaba si tendría que dar la razón de nuevo a Nilson en eso del palo metido en el culo. Opté por no darle importancia, era hora de defender mi trabajo con uñas y dientes.

Diez minutos después de haber explicado con detalles el planteamiento y los presupuestos para la licitación, Fitz me hizo una serie de preguntas a las que contesté demostrándole que sabía de lo que hablaba. Él indicó cambios en algunos aspectos y aconsejó alargar los meses por los posibles retrasos, con todo ello terminó la reunión y me di cuenta de que era el momento de darle las gracias por la oportunidad.

No iba ser fácil, habíamos tenido varios desencuentros, pero debía pedir disculpas. Me fui acercando conforme veía que hablaba con Nancy y esperé a que terminase.

—Siento mi comportamiento de hace días. —Le hice saber en cuanto me pude acercar—. Creo que no comenzamos con buen pie, pese a eso, debo darte las gracias por la oportunidad que me has dado.

Fitz fijó sus ojos en mí. Era la primera vez que podía detallarlos mejor; azules oscuros, acompañados de abundantes pestañas y ocultos detrás de esas gafas que le quedaban muy bien. Estaba recién afeitado, lo que hacía que se marcara más su mandíbula y sus labios dibujaron una línea recta, solo entonces me percaté de que fruncía el ceño, denotándose sus cejas gruesas.

—Haber si lo he entendido, Bond, Jennifer Bond —contestó ya con ironía—. ¿Crees que te he dado una oportunidad y por eso te has acercado a disculparte? —Su tono cortante me llevó a tener un presentimiento; se iba a desquitar conmigo.

«En mala hora se te ocurrió darle las gracias».



—Sí —afirmé aventurándome a lo que se avecinaba.

Debía pedir algún escudo protector, usar mi superpoder mental para conocer su próximo paso y para poder defenderme solo tenía mis dos granadas *pendrive* y ya una había explotado en forma de cagada.

«*Muy a tu estilo, Jenny*».

—No, en ningún momento ha sido mi intención —me aclaró de inmediato—. Has armado un drama diciéndome que estabas capacitada para este trabajo, me retaste a que lo viese de manera prepotente, lo único que tenía claro era que no iba a permitir que Emily Montgomery saliera de la reunión del proyecto impune —prosiguió—. Alguien tenía que recordarle que debido a su ineptitud esta empresa estuvo a punto de perder un contrato tan importante como este. No sé qué hubiera sucedido si uno de los clientes hubiera estado hoy presente.

»Vosotras dos habéis tomado el pelo todo este tiempo a los Callaghan y a los O’Neill. Sois unas irresponsables y es hora de que sepas por qué te mantengo aquí, Jennifer Bond, y es por petición del cliente, le has caído en gracia y fue un pedido personal, así que te daré un consejo: o te tomas en serio el trabajo y evitas malas compañías o con ese camino que estás tomando destruirás los objetivos que te has propuesto.

Sin decir nada más, se giró y me dejó a solas, anonadada por su reproche.

Era la primera vez en la vida que alguien me despreciaba tan seguido, me había juzgado de tal manera que estaba convencida de que le quería robar el puesto al emperador Nerón. Nunca me habían imputado tantos delitos juntos: burla, ineptitud y soborno. Acababa de ver lo que me esperaba al estar bajo su mando.

—¡Gilipollas! —solté finalmente en alto y me senté de nuevo soltando todas las malas palabras que conocía.

Todo el mundo se podía equivocar y tratar de solventar su error. Este cabrón no tenía tacto para tratar a la gente, solté aire y estaba jodida, solo tenía dos opciones: seguir la batalla hasta que terminara el proyecto, y eso serían tres años trabajando a su lado, o renunciar.

Gemí de frustración y, cuando todavía no me había recuperado de semejante humillación, mi móvil comenzó a sonar en la mesa y vi que era Ruperta.

—Hola, Rup —la saludé desalentada.

—Hola, pelirroja, ¿cómo te ha ido en la reunión? ¿Has logrado callar al cabrón ese? —Sentí ganas de llorar, no sabía cómo lo hacía, pero siempre aparecía cuando la necesitaba.

—La verdad, me ha dado un repaso que dudo que pueda levantarme, me ha hecho sentir miserable.

—¿¡Qué?! Será hijo de puta, llevas meses haciendo tu trabajo y el de la idiota de Emily.

—Me he equivocado de dispositivo y todo se fue a la mierda.

—¿Qué? Pero por una equivocación no se manda a la gente a la puta calle.

—En este caso podrá suceder, la información que debería estar en los *pendrives* no era la correcta, era el maldito *sunday roast*... —Ruperta comenzó a reírse.

—No puedo creerlo. —Siguió riéndose.

—Ha sido humillante la bronca que me ha echado, se lo he puesto en bandeja de plata y debe de estar en su despacho tachando mi nombre de su lista de venganza.

—Jennifer, no quiero escuchar más lamentos —me advirtió.

—Nadie me había denigrado tanto.

—¿Quieres que pase por tu oficina y comemos juntas?

—Me encantaría —le respondí—. Necesito salir de aquí.

—Mira el lado positivo, creo que salías de vacaciones.

—¿Crees que es conveniente?

—No eres la supervisora, has enmendado el error, ahora que se las apañen. Al final no somos más que un número en las empresas. —Solté aire decepcionada y me di cuenta de que tenía razón, quizás el que no me viera durante unos días apaciguaría su enfado. «*Lo dudo*. Estoy comenzando a pensar en comprar canutos de maría para mantenerte en el limbo cantando Bob Marley, maldita conciencia».

Debía aceptar la opción de Ruperta, lo peor que podía pasar era que, al regresar, estuviera en mi mesa la carta de despido. «*Eso seguro que estará*. ¡Zorra!».

—Ruperta, tienes razón, el martes comienzo las vacaciones y me iré a casa de mis padres para no toparme con ninguno de ellos en la ciu... —El carraspeo de Gregory me interrumpió.

—¿Estás bien, Jennifer? —me preguntó.

—Sí, lo estoy —le respondí, a pesar de que lo que deseaba era llorar y no volver en la vida a la empresa. Fitz había logrado su venganza, me sentía poca cosa, me llevó a recordar esos momentos en los que discutía con Brad y sacaba mis defectos, señalándolos de manera tan cruel que al final mermaba la seguridad de lo que creía que bordaba del todo. Aquí no podía echarlo de casa, debía ser realista, por mucho que fuera lo que más quería, tenía que pagar facturas, el irme y volver a buscar trabajo podía tardar tiempo. Lo miré fingiendo que nada me importaba—. Solo cansada después de varios días intensos de trabajo. —Me observó con detenimiento.

—Está bien —me dijo—. Quería saber si puedes ajustar las pautas para no seguir retrasándonos más.

—Ese hombre es tonto —soltó Ruperta que aún seguía al otro lado de la línea—. Si te ve mal, lo que debe hacer es consolarte con un buen empotramiento en la pared.

—Sí, Gregory —respondí—. Termino de hablar y estaré a tu plena disposición. —Gregory no disimuló nada la respuesta que di carraspeando, y Ruperta comenzó a reírse sin parar.

De todas las personas del mundo, Ruperta no tenía que haber sido testigo de lo que acababa de decir. Esas carcajadas traerían: burlas, provocaciones y toda clase de insinuaciones obscenas que aumentarían en cuanto Yanira Guacimara se enterase.

—Iré a por mi portátil —respondió—. ¿Quieres que traiga el tuyo?

—Dile que Úrsula está en plan de conocer dragones, aunque dudo que eche fuego —continuó desde el otro lado de la línea riéndose a carcajadas. Gregory me miró y por unos segundos dudé de si la había escuchado, eso sería lo último que pudiera pasarme en ese día de mierda.

—¿Jennifer? —me llamó de nuevo y me di cuenta de que me estaba apresurando más de lo que mi mente imaginaba.

—Sí, tráemelo, por favor —le indiqué. Gregory se dio la vuelta y salió de la sala de reuniones.

—Ruperta —siseé—. Tengo que colgar, pero tu sinceridad sutil me ha hecho sudar, por un momento pensé que te había escuchado. —Rio de nuevo a carcajadas.

—No tengo la culpa de que te ligan a hombres que saben que estás disponible y no son capaces de lanzarte la caña.

—A lo mejor tiene pareja.

—Y no te has enterado aún —ironizó—. Te dejaré para que estés a su plena disposición. —Rio de nuevo.

—Te puedes ir por allí, ¡bonita!

—¿Sabes qué?, si me voy a donde me sugieres Úrsula será feliz ya que engu... —No la dejé terminar, en cuanto vi a Gregory venir me apresuré a interrumpirla.

—Debo dejarte, viene Gregory.

—¡Viene Gregory! —se burló con voz aniñada—. A las dos de la tarde paso a por ti y te

aconsejo que dejes a ese papanatas de lado y busques a Nilson, que estoy segura de que él si quiere conocer a...

Colgué la llamada cuando vi a Gregory dejar los portátiles en la mesa. Me levanté dándole las gracias, lo encendí y esperé que los programas se abrieran para empezar a trabajar y a pesar de tratar de centrarme solo tenía una idea en mi cabeza y era encontrar la forma de que el cabrón de Fitz se tragara sus palabras.

No sabía cuánto tiempo pasó hasta que un correo interno de él apareció en mi pantalla, cerré los ojos imaginándome algo así como: «las pautas a continuación son exclusivamente a Bond, Jennifer Bond, debe enfatizar los siguientes puntos que enumeraré, os enviaré a cada uno un *pendrive* debidamente identificado para evitar equivocaciones posteriores que nos hagan perder tiempo».

Lo leí detenidamente y terminé pensando que tenía algún problema de bipolaridad. De inmediato deseché esa idea, el problema lo tenía conmigo. De todo lo que imaginé nada estaba escrito, pedía que disfrutáramos del fin de semana para volver el lunes con buen ánimo. Gregory miró su reloj y luego me observó de reojo. Estuve a punto de decirle: «puedes dejarme y seguir los consejos del querido jefe, total, eres su ojito derecho. *Mira que eres envidiosa, Jenny. ¡Cállate de una puta vez, entrometida conciencia!*».

—Te propongo lo siguiente, Jenny —me dijo Gregory—. El martes sales de vacaciones, tómate el lunes de descanso, reconozco que has trabajado más que todos nosotros.

—Al menos alguien lo reconoce. —Torció la boca.

—Entiendo cómo te sientes, ha sido muy violento.

Estuve a punto de preguntarle si escuchó todo el reclamo y humillación de Fitz hacía mí. ¿Cómo me sentía en esos momentos?, como una mierda, como cuando era pequeña y había sido pillada en alguna trastada y el castigo de mis padres era el peor impuesto, pero no, tenía que disimular que no me afectaba nada de lo que me dijeran, así como aparenté durante meses tras la ruptura de Brad.

—Me asusté al principio, pero Fitz entendió que todos nos equivocamos. —Ojalá hubiera sido así—. Así que sigamos adelante y, tienes razón, me tomaré el día, estoy agotada.

—Entonces nos vemos antes de que comiencen las mías —concluyó levantándose—. Felices vacaciones. —Sin dejarme asimilar que a mi regreso se iría, y yo estaría en manos de aquel miserable capullo, sonreí.

—Cierto, apenas nos veremos, feliz fin de semana.

Mi móvil vibró de nuevo en la mesa y deduje que era Yanira Guacimara después de que Ruperta le contase lo hecha polvo que estaba, pero no fue así, era Nilson.

NILSON O'NEILL: 📞

Espero que tu jefe tiquismiquis no haya sido tan tocas pelotas.

JENNY: 📞

Ha sido peor.

NILSON O'NEILL: 📞

Ofrezco mi hombro para consolarte de diferentes formas.

Sonreí, era lo único bueno que me había sucedido ese día.

JENNY: 📞

Te tomaría la palabra.

NILSON O'NEILL: 📞

Paso a por ti ahora mismo y busco el primer despacho desocupado.

Esa respuesta era la peor que podía escribirme. Estaba necesitada de mimos y de carantoñas y, a pesar de que me ayudaría, recordé las palabras de Fitz, no era nadie para decirme con quién estar, pero era la segunda vez que lo insinuaba y que me viera con él precisamente ese día podría complicarme aún más la vida, resoplé en mi cabeza.

«*Eso es fácil de solucionar, pregúntale qué coño pasa entre él y tu querido jefe. Tienes razón, debería preguntarle*».

JENNY: 

Qué te parece si nos vemos esta noche, estoy por irme a comer con una amiga.

NILSON O'NEILL: 

Está bien, te llamaré, y no te librarás.

## El canapé está delicioso

En cuanto salí de la empresa y me subí al coche de Ruperta, desahugué todo lo que tenía por dentro. Ruperta me pidió paciencia y estaba segura de que no me echaría después de todo y que si creía que irme a casa de mis padres me ayudaría que lo hiciera, pero que por nada del mundo dejara de salir esa noche con mi nueva anguila.

Después de comer con ella volví a casa y llamé a Nilson, que me pidió vernos en un bar estilo bolera que estaba ubicado en Brick Lane. Lo conocía, allí trabajaba el barman del tatuaje de Pinocho. Pensé en sugerirle otro lugar, pero tendría que darle explicaciones y no deseaba recordar ese instante, además era un lugar divertido y quizá ya no trabajaba allí, habían pasado muchos años de ello.

Recordaba que también tenían música en vivo y unos fabulosos cócteles. *¿«Vas a escuchar música o a intentar que tu noche termine con Úrsula de nuevo engullendo? Al final Ruperta ha logrado calar a fondo en ti, querida conciencia, aunque tienes razón».*

Decidí usar una cazadora marrón, una blusa de tirantes y escote uve, junto con una minifalda ceñida color verde y unos botines cortos de tacón de aguja. Me maquillé con parsimonia para luego coger el primer taxi que vi y dirigirme a Brick Lane.

Me encantaba ir a esa calle, la mezcla cultural y alternativa se veía a simple vista. En cuanto me bajé, vi a Nilson, pero no estaba solo, estaba con algunos compañeros de oficina. *«¿Sabes que serás el rumor del mes, Jenny? No tenías que ser tan directa».* Sonreí y seguí hasta ellos para saludar.

—Jennifer Bond. —Se acercó a mí.

—Hola a todos. —Me respondieron con esa sonrisita de que estaba pillada y me imaginé dentro de diez minutos todos contando con quién me había liado.

*«Jenny, que no te afecte, la que se va a divertir en unas horas eres tú».* Y acepté ese consejo de mi conciencia, sobre todo, cuando Nilson posó su mano en mi espalda escoltándome e invitándome a sentarme en unas mesas redondas que había en el lugar.

—Elly debe de saber ya que estamos liados. —Abrí los ojos sorprendida.

—Espero que no, eso ya sería el broche de oro en este día de mierda. —Comenzó a reír a carcajadas.

—No te agobies por lo que piensen, es excitante pertenecer a los rebeldes —me murmuró al oído.

—Mi bautizo de fuego en ese grupo que acabas de nombrar ha sido esta mañana y media plantilla debe de saberlo ya, soy el hazmerreír de la empresa.

—¡Eso es una completa estupidez! Enmienda el error y sigue con tu trabajo, ¿o tu malhumorado jefe tiene mucho que ver?

—Podría decirse que sí.

—Si los Callaghan te han escogido para ser parte de la plantilla, no tienes que pensar lo que diga el resto, eres graciosa y estás buena. —Sonreí.

—Si dices eso para que caiga en tus manos, no lo estás logrando.

—¡Maldición! Mira que me esfuerzo —respondió siguiéndome el juego.

Lo llamaron los compañeros que estaban junto a nosotros, y Nilson me involucró en la

conversación para que no me sintiera apartada. Le agradecí ese gesto y me di cuenta de que mi relación con Brad y posterior ruptura me habían aislado de todos.

La conversación trajo otra ronda de copas y algo de aperitivos. Nilson aprovechó para pasar a la acción, posando su mano en mi muslo subiéndola poco a poco, el lugar estaba oscuro y eso le favorecía mucho a él, lo contrario que a mí, que se me hacía difícil fingir preguntándome si su miembro comenzaba a envararse.

La mano subió más mientras intentaba seguir la conversación de uno de mis compañeros, apreté los muslos y de reojo lo vi sonreír de lado, lo estaba haciendo a propósito, el muy cabrón. Me incliné un poco simulando agarrar un maldito canapé y que así pudiera aprovechar para ascender hasta donde quería. Me volví a sentar relamiéndome el labio y bebiendo del cóctel. En esa ocasión, los dedos tuvieron más libertad de recorrer los oscuros fondos que lo llevaban hasta Úrsula, que de seguro estaba preparándose.

Por un momento creí que Ruperta se había apoderado de mi mente al sentir el roce de sus dedos en mi braguita, volví a suspirar con deseos de levantarme y guiarlo hasta el baño para que terminara lo que había encendido dentro de mí; una gran excitación. De nuevo lo miré de reojo mordéndome el labio y, como si nada sucediera, comenzó a reír siguiendo la conversación de la cual llevaba rato perdida y, tras mucho jugar entre mis bragas y mi botón, logró traspasarla erizándome toda la piel.

«*¡Me tiene hipnotizada con tanto jugueteo!* No hace falta que me lo digas, estás disfrutando y mucho, querida conciencia». No pasó ni un minuto cuando lo sacó, cogió el último canapé con esa mano para chuparse el dedo sonriendo con sorna.

—Está bueno el canapé. —Bebí del cóctel de nuevo relamiéndome los labios y lo miré siguiéndole el juego.

—El canapé me gusta, se nota que las manos que lo hicieron tienen experiencia. —Rio a carcajadas.

Uno de los comensales le preguntó sobre el proyecto en el que estaba trabajando, y él le respondió como si nada pasara debajo de la mesa.

—Espérame afuera, es hora de irnos —me susurró. Me levanté y con disimulo bajé la falda. Estaba segura de que mis pezones se habían puestos erectos ante ese jugueteo y traté de taparlos con la cazadora—. Nosotros seguiremos la ruta, tengo una reserva para cenar.

Ninguno lo creyó y decidieron tomarnos el pelo un rato, tenía una sensación entre vergüenza y reírme con ellos, pero decidí mantenerme en silencio, recogiendo mi bolso y me despedí. Sentí que mi cuerpo estaba en modo festivo, para cuando salí miré hacia abajo dando en el clavo, tenía los pezones abultados, a la espera de lo que podría pasar.

Rogué que no me dejara con las ganas, que no fuera un calentabragas porque me uniría a Elly al odio que le había declarado. Sentí su presencia detrás de mí, solo entonces nos topamos con él, con Fitz.

—¿Me persigues, Standford?

—Créeme que si tuviera el poder de adivinar que te encontraría por estas calles no hubiera dudado ni un minuto en evitar Brick Lane. —Nilson sonrió de lado, mientras Fitz empuñaba las manos. Observé que no iba solo, la mujer que lo acompañaba era bastante guapa—. Buenas noches, Jennifer Bond —me saludó fijando sus ojos en mí, hasta tal punto que me obligó a subir la cremallera de mi cazadora, podía jurar que me había desnudado con la mirada. «*Demuéstrale que no te intimidan esos ojos y ese semblante frío y serio. Además, ¿cómo se atreve a dirigirte la palabra después de cómo te trató? ¡Cállate! Llevo varias copas encima y estoy excitada*».

—¿Podemos irnos? —le pedí a Nilson.

—Por supuesto, no quiero que la velada se enfríe. —Miró de nuevo a Fitz—. Algunos sabemos disfrutar.

Abrí los ojos y evité mirar a Fitz, no sabía qué se traían esos dos, quería hacerle daño, pero no de manera tan humillante. Fitz se giró sin siquiera decir nada más, y Nilson aprovechó para sujetarme por la cintura y darme un beso fugaz. Ladeé mi cabeza cuando se separó y me fijé en que Fitz nos vio, me importaba bien poco lo que pensara... «*Yo creo que no. ¡No juegues conmigo, querida conciencia!, o te embotará de verdad*».

Nilson levantó la mano y detuvo un taxi pidiéndome que entrara y dándole la dirección al conductor, allí volvió a jugar conmigo, susurrándome obscenidades al oído hasta llegar a Kensington. En cuanto abrió la puerta de su casa atacó con desespero mi boca, enredando su lengua con la mía.

A duras penas logramos deshacernos de nuestras cazadoras, pero Nilson fue más rápido que yo y me bajó los tirantes de la blusa dejando al descubierto mis pechos. Me sujetó la mano de nuevo, llevándome hasta un sillón tántrico, al verlo supe que esa noche me iba a correr varias veces.

—¡Qué extraño sillón! —Lo observé mordéndome el labio—. Quién sabe cuántas lo han probado. —Me miró fijamente a la vez que sus dedos dibujaron uno de mis pezones, posando su sonrisa en los labios que me llamaban a lamerlos y a morderlos.

—Muchas y ninguna se ha quejado, al contrario —respondió sin titubeos—. Este sillón logra que pueda meter mi polla hasta lo más profundo de ti, solo pensarlo se me pone dura —añadió sujetando una de mis manos en su miembro, mientras las suyas volvieron a posicionarse en mis caderas, bajándolas hasta el dobladillo de mi falda y enrollándola hasta mi cintura, tras lo cual me quitó la braguita.

Cerré los ojos, ansiando sentirlo dentro de mí. Sus dedos recorrieron lentamente mi muslo, solté aire con la excitación a tope y antes de dejarme perder por la lujuria volví a mirarlo respirando fuertemente, le desabotoné la camisa hasta llegar al botón de su vaquero que lo desabroché bajándolo del tirón junto a su *boxer*.

Si le gustaba jugar dentro de mí, yo también conocía trucos y cogí con seguridad el tronco de su miembro a la vez que con los dedos de mi otra mano recorrí el caminillo de vellos que bajaba más allá de los músculos de su abdomen. Úrsula me pedía a gritos que no diera tantos preámbulos y fuera al grano. Echó atrás la cabeza cuando moví adelante y atrás su piel, gruñó a la cuarta vez que lo hice, volví a mirarlo.

—No vas a distraerme, Jennifer Bond, voy a meter los dedos en tu coño hasta hacerte gritar y que te corras. —Con más fuerza de nuevo moví su polla, sonrió de lado. Ambos nos retábamos para saber quién era el primero en rendirse, me era difícil, él me había excitado desde el *pub*. Nilson se alejó inclinándose para sacar del bolsillo de su cartera un preservativo, para rasgar el paquetito y ponérselo. Subí mis brazos a sus hombros en cuanto se acercó y sin más me penetró como tanto deseaba. Enterré mis uñas en su espalda cuando volvió a entrar con firmeza.

—¿Así que el canapé te gusta de verdad?

«*¡Vaya pregunta te hace, Jenny! ¿Será que hoy es uno de esos días en los que te suceden cosas de lo más inverosímiles? Voy a pasar de ti, querida conciencia, o si no las ganas de correrme se irán a la mierda*». Lo peor era que tenía razón, si no fuera por sus embestidas, que ya habían calentado mi interior para oprimir su miembro, la excitación se hubiera desvanecido.

—¿El canapé? Diría más bien el salchichón. —Y es que no podía pasar desapercibido el pedazo de carne que tenía. Gruesa, muy gruesa y grande.

—¡Mierda! —soltó tratando de no reírse y empujó aún más fuerte y con rapidez hasta tal punto que Úrsula se estaba dando un gustazo increíble, como nunca lo había hecho—. No vuelvas a

ponerle semejante adjetivo a mi polla —me aconsejó, acercándome para poder chupar y morder mi pezón, dándome a entender que comenzarían en cualquier momento sus espasmos para correrse. Busqué que profundizara mucho más hasta que un escalofrío recorrió mi espalda, precipitándome a un orgasmo rápido de los que no te daba tiempo de asimilar. Lo sentí convulsionar poco después.

Se separó quitándose el preservativo y apenas lo hizo su móvil comenzó a sonar por lo que se alejó, tal vez a la cocina. Busqué mis braguitas mientras lo escuchaba murmurar y maldecir a la vez. Esperaba que fuese soltero, solo me faltaba terminar siendo la otra.

Sabía lo humillante que era eso y no iba a entrar en ese juego. Volvía recogiendo su ropa interior y poniéndosela con rapidez, y la imagen que me otorgaba era para quitarle el aparato y ser él esa vez quien se recostara mientras lo cabalgaba. Desenrollé la falda y me puse la blusa.

—Debo irme —me dijo en cuanto colgó y se subió los pantalones—. Me ha surgido un percance.

Usualmente, cuando un hombre decía «percance» terminaba siendo una esposa psicópata. Sonreí fingiendo que poco me importaba.

—Está bien —respondí—. También debo irme, mañana viajaré temprano a Sutton a visitar a mis padres.

—Te llevaré a casa.

Terminó de vestirse, salimos uno junto a otro en busca de su coche. No podía describir la sensación que sentí. No es que fuera la primera vez que me liaba de esa manera, pero cuando llevabas años con una pareja retomar antiguos hábitos lograba que reflexionara en si era lo que realmente quería en aquellos momentos.

Sí, era la relación que necesitaba; sin compromisos, solo encuentros sexuales que me llevarían al límite y poco más, sin embargo, sentí que terminaría viviendo una relación de lo más parecida a la que tenía con Brad.

«*Tienes que arriesgarte, Jenny. Lo sé, querida conciencia, pero por un instante quería dejarme llevar y no ser precavida*».

Al llegar a casa se acercó a mí despidiéndose con un beso en la mejilla, un gesto más políticamente correcto que de la intimidad que debía existir entre nosotros cuando ya teníamos varios encuentros sexuales. Subí a casa, me duché y me fui a dormir con una sensación agrídulce.

El sábado a primera hora el teléfono de casa comenzó a sonar sin parar durante más de diez minutos. Me acordé de todos los antepasados del inoportuno que finalmente me hizo levantarme, imaginándome a varias personas que solían ser así de agradables.

Mi madre, Ruperta y Tom, mi primo, este no era tan frecuente como las dos primeras. En cuanto vi el nombre «casa de mis padres» deseé no responder y contar cualquier mentira sobre no ir a su casa aquellos días de vacaciones. Respiré fuertemente y contesté.

—Está llamando a la casa de Jennifer Bond, si usted no ha tenido un accidente con Chris Evans, no se ha ganado la lotería o no está hablando desde el más allá, por favor, solo llamar en horarios de oficina de lunes a viernes a las...

—¡Jennifer Bond! —explotó mi madre desde el otro lado de la línea—. Estoy llamándote para recordarte que en una hora y media pasaremos a por ti, vamos a la ciudad a comprar y luego a casa de tus tíos.

—Lo siento, estoy de vacaciones, sinónimo de descanso, antiestrés y en modo zen.

—¿Qué diablos es modo zen?

—Es lo contrario de ir a casa de tía Mary.

—¿Otra excusa más?



—La excusa la das con venir a Londres a comprar cuando en Sutton hay centros comerciales.

—Jennifer, más te vale que en cuanto toque el telefonillo de tu casa estés lista o de lo contrario me oírás. —«*Hazle caso, por el amor a Dios, Jenny. Me duele la cabeza para tener que escuchar a tu madre protestar.* En cualquier momento me pedirás independencia, querida conciencia».

—Está bien, me vestiré deprisa si papá me invita a desayunar.

—¿La has escuchado? —indicó mi madre seguido de una pequeña discusión con mi padre—. Dice que a su niña la invita siempre a donde quiera, algunas sois tan afortunadas... —Me eché a reír y colgué antes de que siguiera protestando.

Una hora y media después desayunaba con mis padres en una cafetería de Covent Garden para dar un paseo por las calles. Según mi madre, el sexto hijo de mi prima Adele cumplía su primer año el siguiente sábado y quería comprarle algo diferente. Lo que realmente quería era que fuese con ellos y, no, me negaba a ver miradas de unos a otros, sonrisitas burlonas o que soltasen ironías sobre mi anterior relación.

«*Puedes afirmarle que estás saliendo con alguien.* No, querida conciencia, no tengo que darle explicaciones. *Entonces no te quejes.* Calladita te ves más bonita».

Después de dar vueltas y encontrar el regalo supuestamente indicado retomamos el camino a casa de mis tíos. No deseaba discutir con mi madre para hacerle entender que la cuota de compartir con la familia estaba cubierta, ya que la mirada que mi padre me otorgó por el retrovisor me indicaba que él quería que pasara el día con ellos y su hermana. Sin embargo, al llegar, mi tío Fred fue el primero en lanzar las puyas.

—Qué alegría volver a verte, Jenny, en menos de un mes, ¿no estarás embarazada? —Sonreí mordiéndome el carillo interior de la mejilla.

—Estoy segura de que, si lo estuviera, ya se hubiera publicado hasta en el Daily Mirror<sup>[2]</sup>.

—Sigues siendo graciosa, Jenny, qué bueno que dejaste al músico que se comparaba con Paul McCartney<sup>[3]</sup>.

—Es cierto —soltó Tom, que entraba a casa de sus padres con su mujer—. La sobrina pródiga vuelve a casa. —Me presenté a su mujer, ya que no lo había hecho, para mirarle a él con una ceja levantada.

—Entonces deberíais hacer una fiesta por mi retorno.

—Buena idea —chinchó Tom—. Una gran comida en donde la agasajada corre con todos los gastos. —Alcé mi dedo del medio inmediatamente.

—¡Jennifer! —protestó mi madre.

—La culpa es de Tom, yo solo me he defendido.

—Esa mala costumbre de culparme nunca se olvida, ¿verdad?

—¡Hemos venido a comer! Por favor, no sigáis —advirtió mi madre pasando desapercibidas las risitas de burla del capullo de Tom.

Durante dos horas esquivé una serie de preguntas, puyas e ironías de todos. Estaba agotada y con el carrillo interior de la mejilla destrozado por evitar responder. En cuanto me sentara en el asiento trasero del coche no me rendiría hasta que mi madre me prometiese que no volvería a hacerme pasar aquel calvario. Sin embargo, no tuve tiempo, en cuanto pudo, mi madre afirmó por mí que iría al cumpleaños del sexto hijo de Adele.

Quería convertirme en Beatrix Kiddo<sup>[4]</sup>. Vaya manera de meterme en líos y, no conforme con eso, tía Mary decidió llamar en ese instante a Adele para confirmarle mi presencia. «*Me cago de la risa, ¡tu madre te ha jodido a lo bestia!* No estoy para tus estupideces, querida conciencia».

—Adele se sentirá feliz al saber que asistirá al cumple de nuestro sexto nieto.

Seis... ¿Cómo podía tener tantos?, era como los animales que tenían camadas, y con ese imbécil que tenía como marido.

«A lo mejor desconoce la televisión paga o pertenece a alguna secta llamada *Fraternidad de Imbéciles en el Mundo*, nuestro lema: “lograr traer al mundo más gilipollas”. No me extrañaría, querida conciencia, que fuese así».

—Adele, hija, ¿adivina quién ha venido a casa? —Vi de reojo a Tom carcajeándose en silencio y lo maldije todo lo que pude—. Jenny y me ha dicho que irá el sábado a la fiesta de Francis.

—¿Qué? —Mi madre levantó un dedo advirtiéndome. ¡Vaya mierda!

—¿Quieres hablar con ella? Está muy guapa, gracias a Dios dejó al guitarrista, la estaba consumiendo. Tal vez en la fiesta de Francis, Gordón puede presentarle a alguno de sus amigos, para que así retome el verdadero camino. —Tom no pudo disimular más y estalló en una sonora carcajada.

Maldito miserable, se divertía viendo cómo me estaban comprometiendo de la manera más vil. «*Con decir que estás enferma...* Por supuesto, mi madre se va creer esa mentira cuando miles de veces se la he colado».

Esa vez tampoco pude disimular mi enfado y me tapé el rostro con mis manos. Odiaba a los Bond con todo mi ser, teníamos ese maldito defecto de soltar mierdas sin importar si la persona aludida se sentía afectada por ello.

—Está bien, le diré que la llamarás durante la semana.

Mi tía colgó y sonriente me miró.

—¿Os apetece un té antes de iros? —Y, sin poder contenerme más, ladeé mi cabeza a sabiendas de que me arrepentiría con lo que le iba a decir.

—Ese de cannabis que tienes guardado en la lata que está al fondo del roperillo, lo aceptaría encantada.

## Tartaletas y suéter rojo

Los siguientes días mi madre me ignoró por completo y es que había dejado en evidencia a mi tía. Todos sabíamos que de vez en cuando se fumaba su porrito de cannabis, aunque, para mí no era uno de vez en cuando, eran muchos.

Sobre todo, por su reacción: abrió los ojos y su respiración pasó a ser rápida y fuerte, a pesar de descubrir su secreto, tía Mary me comprometió para volver a vernos el sábado, por lo que los días en casa de mis padres pasaron rápido. Desconecté de todo, incluso de la empresa. Varias veces estuve tentada a escribirle a Nancy y preguntarle sobre el proyecto, pero me recordaba que ella podía negarse a darme información, ya que estaba de vacaciones.

El jueves, al volver a casa, decidí llamar a Nilson y disfrutar de unos días de sexo salvaje en su casa o en la mía, sin embargo, no me respondió, tampoco tenía que hacerlo, éramos follamigos y nada más. Me dispuse a cambiarme para ir a la librería de siempre e invitar a las chicas a una cena de verdad, preparando algo sencillo y, cuando iba a escoger la receta, el teléfono comenzó a vibrarme, al ver el nombre, maldije por lo bajo.

—Adele, hola.

—Hola, Jenny —respondió desde el otro lado de la línea—. Llamaba para confirmar tu asistencia a la fiesta de mi pequeño. —Era «ahora o nunca», debía darle alguna excusa como que tenía varicela o acababa de salirme un grano en la frente tan grande que me apetecía disfrazarme de bruja y asustar a sus hijos. Conociéndome como me conocía, sabía que era capaz de hacerlo—. Me ha sorprendido de grata manera, hace tanto que no nos vemos...

«*Me parece que esas excusas se van a ir a la mierda. Paso de responderte, querida conciencia*».

—Sí, estoy de vacaciones y tengo más tiempo libre —añadí.

—¿Cómo? —Antes de seguir cagándola traté de justificarme.

—Deseo conocer tanto a tu sexto cachorro. —Penosamente, ella bufó.

—No son animalitos —me aclaró—. Son personitas de lo más bonitas, y mi Francis es encantador, como su padre. —Tragué fuerte al escucharla, si se parecía a su padre sería un futuro gilipollas, y es que Gordon era el ser más cretino que conocía, incluso me atrevería a decir que estaba en la misma línea que Fitz—. Solo te ruego que intentes ser puntual, sabes que mi marido odia a la gente que llega casi al final y no te olvides de que la fiesta es temática.

«*Gordon Bristol. No hace falta que me lo recuerdes con nombre y apellido, querida conciencia, sé muy bien quién es*».

Recuerdo la primera vez que Adele me lo presentó, el muy cretino me tendió la mano y la quitó justo cuando iba a estrechársela soltando al segundo: «¡pillada!».

Sí, era uno de esos gilipollas que pensaban que sus juegos debían gustarles a todos y estaba segura de que su actitud de imbécil era por creerse que todos debíamos lanzarle la alfombra roja por poseer un imperio de clínicas dentales por todo el país. El día de su boda, Gordon tuvo la osadía de insinuarme que fuera a su consulta para verme los molares, no eran muelas lo que realmente quería ver.

Ese día corrió con la suerte de que iba tan pedo que me reí, sí, me reí de su maldita broma. Ya que su único objetivo era liarme con un primo suyo, volvió a Nueva Zelanda días después, pero el

morbo de hacerlo con un jugador de *rugby* profesional debía saciarlo. Lo único malo de todo ese asunto era que el primo tenía la misma actitud que ese gilipollas. Lo descubrí al día siguiente y, para evitar que quisiera otro encuentro, decidí darme un salto improvisado a Gales hasta que el hombretón volviera a sus tierras.

—¿Me has escuchado, Jenny?

—Sí, me hablabas del motivo de la fiesta.

—¡Joder, Jenny! ¡No tienes idea de lo que dije! —Me había pillado, pero era su culpa, si no hubiera nombrado a su marido no divagaría.

—Reconozco que no sé qué dijiste, lo siento —respondí resignada—. ¿Cuál es el motivo de la fiesta?

—El motivo es el primer año de Francis, ¿no te parece suficiente? —ironizó y su tono de voz me daba a entender que comenzaba a enfadarse, la verdad era que no entendía por qué se enfadaba.

Cuando anunció que estaba embarazada me alegré por ella y me pareció valiente con el segundo, pero, cuando supe del quinto, estaba pensando en pedir a algún científico que la estudiase, ya con el sexto imaginé que era de alguna secta religiosa y no me había enterado... «¡Mierda! Eso de la secta ha sido idea mía, Jenny. Paso de ti, haré como que en ningún momento lo pensaste, querida conciencia».

Si somos objetivos, en los tiempos que corrían era de valientes eso de tener seis hijos cuyas edades apenas recordaba, deseché esa idea. A Gordon le gustaba alardear de su caserón, su coche último modelo, sus aparatos electrónicos y de su media docena de hijos. Aparte, apostaría a que se la machacaba de noche viendo porno en las plataformas de pago.

—¡Temática, Jenny! —me recalcó—. Y será del juego *UNO*. —Me callé... «¿Acaba de decir que irían disfrazados de cartas de un juego de mesa? Es lo que dijo, querida conciencia», y sin poder remediarlo comencé a reír.

—¿En serio la temática es del *UNO*?

—Sí, ¿algún problema? —respondió con voz cortante. A estas alturas me daba igual si me mandaba a la mierda, pero ¿quién demonios iba por ahí vestido como una carta de un juego de mesa sin ser Halloween o Carnaval?—. Es una idea original para diferenciar a todos los que vais al cumple y como no tienes hijos, ni pareja —soltó con bastante veneno—, te tocará el color rojo que le he asignado a los solteros.

«¡Te lo mereces! Es mejor que te calles, querida conciencia». Comenzaba a arrepentirme de verdad, no necesitaba que la gente viera que la pelirroja, Jennifer Bond, seguía soltera.

—No entiendo. ¿Es una fiesta para niños o es para adultos a los que se les tiene que etiquetar?

—Jennifer, no estás en la obligación de hacerlo, solo te he llamado para explicarte el protocolo para asistir.

—No te enfades, no estoy acostumbrada a protocolos de fiestas infantiles. —Masculló unas palabrotas.

—Dudo que te acostumbres si sigues sin madurar. —«¡Toma golpe bajo!». Se había pasado de la raya. Iba a protestar, pero los gritos de varios niños peleándose nos interrumpieron—. Debo dejarte, ya lo sabes, no estás en la obligación de venir, un beso. —Y colgó.

Podía escaquearme de nuevo, pero eso desplegaría un sinfín de reproches *a posteriori* y le darían la razón de que mi vida era un desastre. Así que anoté en mi agenda que él sábado daría lo mejor de mí en esa maldita fiesta infantil. Saqué algo de ropa y me dispuse a una ducha rápida para ir a la librería y a comprar un regalo de cumpleaños.

Solo entonces me di cuenta de que apenas me quedaban días para volver a la oficina y ver a

Fitz, no sabía qué me encontraría, tal vez me había reasignado a otro proyecto, el caso era que podría generar un ambiente bastante tenso. «¿Qué te he dicho siempre, Jenny? Que no me adelante a los acontecimientos».

Bajé a la estación del metro y me dirigí a unos grandes almacenes para comprar algo digno para Francis. Al entrar al departamento infantil, me percaté de que no sabía el tamaño del niño. Pensé en las redes sociales y de inmediato saqué mi móvil para verificar el perfil de Adele, pero no había ni una imagen de sus hijos, en cambio, de ella era sorprendente cómo podía distribuir su tiempo en atender a seis niños e irse de copas. Ver cada imagen me hizo sentir peor que nunca, apenas tenía vida social comparada con la de Adele. Al no tener idea de qué regalarle le pedí a una dependienta que me ayudara, pero, con la forma en que me miró, tuve la sensación de que me había topado con mi peor enemiga.

Opté por tirar de mi vena graciosa y bromear con que no tenía ni idea sobre niños, la dependienta me ignoró manteniendo el ceño fruncido. Era raro, no era la primera ni la última mujer que no tendría idea de ropa de niños. «Jenny, ¿qué le has hecho a la pobre chica? No tengo ni idea, querida conciencia, es la primera vez en mi vida que la veo». Intenté hacerme la graciosa.

—Tal vez se me despierte el instinto maternal.

Mi comentario no fue nada adecuado. Unas cuantas madres se giraron hacia mí con el ceño fruncido. «Me cago de la risa, pensaba que tu propósito de esta semana era intentar tolerar a tu familia en la fiesta infantil, veo que no. Me encanta tu humor ácido, querida conciencia, estoy a punto de darme a la bebida a ver si te callas de una buena vez». La dependienta me pidió que la siguiera y me mostró de manera despectiva varios conjuntos, al no entender qué diablos le hice, lo intenté por última vez, dándole la opción de elegir.

Me pidió que fuese a la caja mientras envolvía el regalo y se giró para apresurarse, saqué el monedero y mi móvil del bolso y abrí el grupo de wasap, deseaba verlas.

RUP: 📍

Jenny, ¿ya has vuelto?

JENNY: 📍

¿Qué os parece mañana cenita en casa?

YANIRA GUACIMARA: 📍

¿Quieres marcha?

JENNY: 📍

Algo así, necesito desahogarme de otra forma.

RUP: 📍

¿Desahogarte? ¿Qué ha pasado con el tal Nilson?

JENNY: 📍

¿Venís o no?

YANIRA GUACIMARA: 📍

Por mí sí, es hora de que me cuentes todo de ese hombre, estaremos a la misma hora de siempre.

No pude responderle ya que la dependienta me pidió su atención. Guardé el móvil y le sonreí de nuevo, le pagué para salir rápido de ese departamento antes de que me siguiera echando maldiciones sin entender el porqué.



Tocaron el telefonillo de casa reiteradas veces lográndome despertar, tenía resaca de la noche anterior, me había pasado de copas con Ruperta y Yanira Guacimara. Cuando llegaron a casa lo primero que pidieron era catar la comida, no las dejé hasta que nos sentamos a la mesa y vieron las *frikadelle* alemanas, una especie de hamburguesas especiadas, para fastidiarlas decidí comprar la salsa más picante que había en el mercado y vaya que se quejaron de lo picante mientras me reía de ellas.

Después de dos botellas de vino y maldiciéndome por habérselas jugado, les conté todo y al principio hicieron gestos obscenos para luego reírse a carcajadas por tener los ovarios de delatar dónde tenía el alijo la tía Mary, pero después de varias copas volvieron a llenarme la cabeza de ideas sobre cosas que podía hacer con Nilson, como si yo no tuviera experiencia en el sexo.

El caso es que, no solo me dieron consejos sexuales, también insinuaron toda clase de maneras de vengarme de Fitz sin dejar rastro, temí por mi vida y me juré no pelearme con ellas jamás.

El telefonillo volvió a escucharse y me levanté dispuesta a mandar al cuerno a aquel que tocaba.

—¿Quién demonios es?

—Somos tus padres, Jenny. —¡Mierda! «¿Qué diablos hacen aquí?, pensé que os veríais en casa de Adele. Eso creía, querida conciencia, pero ya conoces a mi madre, hace lo que le da la gana». Les abrí la puerta dirigiéndome al baño y, al verme en el espejo, me di cuenta de que tenía tan mal aspecto que en ese cumpleaños preguntarían si estaba enferma.

¡El cumpleaños! Por eso estaba mi madre allí, pensaba que me iba a escaquear. «*Te tiene pillada*. Es mi madre, conciencia, me dio la vida, me conoce más que nadie en el mundo». Respiré profundo pensando que las copas tenían embotada a mi conciencia, en cierta manera era bueno, no la escucharía en un buen rato. «*Te estoy escuchando*. Lo sé y me da igual».

—¡Jenny!

—¡Estoy en el baño, mamá! —grité dejando de lado a mi conciencia.

—No puedo creer que aún no estés vestida.

—Maamá, es un cumpleaños infantil —protesté cepillándome los dientes y escupiendo en cuanto vi a mis padres con dos suéteres verdes. Esa maldita selección de Adele era discriminación de individuos hecha con premeditación. Apostaba todas las próximas bragas que me comprara a que era para recordar a aquellos solteros, si es que de verdad alguno más asistía a esa fiesta infantil, que éramos los bichos raros.

—Jennifer Bond —me llamó mi madre—. Antes del cumpleaños habrá un aperitivo y vamos a llegar tarde.

—Podéis iros sin mí —respondí.

—¿La has oído, Richard? ¡Qué hemos hecho mal con esta chica! —exclamó mi madre, escuché a mi padre suspirar de paciencia.

—Jenny, no quiero que los pobres nervios de tu madre se vean afectados —me pidió—. Quien la tiene que aguantar luego soy yo...

—¡Richard! —Quería reírme a carcajadas—. ¡Eres un desconsiderado!

—¿A qué hora comenzarán los aperitivos? —pregunté antes de que mi madre empezara con el drama.

—A la una —soltó fingiendo estar ofendida—. Tienes media hora para cambiar ese aspecto tan deplorable. —Sonreí para no seguir protestando—. Jenny, no te olvides de llevar ropa para cambiarte.

«¿Ropa? También me estoy preguntando lo mismo. *Ni que fuerais a jugar en el jardín con el lodo, aunque de ti todo es posible*. ¡Qué cabrona eres, querida conciencia!».

—¿Para qué necesito ropa? —pregunté a mi madre ignorando a mi conciencia.

—La fiesta de Francis será en la casa de campo de los padres de Gordon. —Deseé que fuera una broma de mi madre. ¿Por qué tenía que ser allí? ¡Maldita sea!—. ¿Ocurre algo, Jennifer?

Me di la vuelta, no podía contarles a mis padres que en esa casa había perdido mi dignidad, ni recordarle que la que gritaba como una posesa en el día de la boda de Adele no era una invitada más de las trecientas personas que habían asistido, era yo mientras me la montaba con el neerlandés. Era difícil olvidar a todos cuchicheando sobre esa mujer que había gritado como si se le fuera la vida en ello.

No es que el primo de Gordon fuera un dios del sexo, mi problema fue que íbamos tan pedo que apenas recordaba qué demonios hicimos. Entré al baño para ducharme y mandar al olvido ese instante. Después de diez minutos maldiciendo porque sería un sábado horrible, salí para vestirme con rapidez.

Cuarenta minutos después entraba en la casa de campo de los Bristol, atestada de personas vestidas de diferentes colores y, como me imaginaba, apenas veía algunas con el color rojo.

El maldito color que me tocaba, llamaba la atención más de la cuenta, estaba a punto de dejar el regalo en algún lugar, irme y olvidar ese día, lo cual me fue imposible. Gordon me vio y se acercó con esa sonrisa forzada que había aprendido a tener en su cara de imbécil.

—¡Jenny!, dichosos los ojos. —Me miró de arriba abajo—. Estás más guapa que nunca, ese roquero tenía muy mala mano. —«*¡Será imbécil!* Ya lo he dicho varias veces, querida conciencia».

Cualquiera que lo escuchase pensaría que vivía en una caravana con *fumetas*. Brad era un músico decente, al segundo me arrepentí de pensar eso, era igual de cretino que Gordon.

—Ven, Jenny, tengo un par de amigos que te presentaré, tal vez esta vez tengas suerte. —«*¡Joder!, ahora es casamentero*, ni en sueños le haría caso». A pesar de que Brad era un auténtico capullo, viví momentos felices a su lado. Debía fingir que sus sandeces no me importaban, nunca había sonreído tan forzosamente. Lo detestaba, creí que había cambiado, pero seguía siendo el mismo cerdo de siempre. Me dio un beso en la mejilla y me sujetó de la cintura guiándome hasta el salón central, haciéndome sentir como si fuera el trofeo que iba a dar a uno de sus amigotes—. ¿Quieres tartaletas? —me preguntó—. Las he mandado a hacer en cuanto me dijo Adele que venías.

—Qué detalle por tu parte —respondí con burla.

A saber de dónde había sacado que me gustaban. Jamás habíamos tenido una conversación de más de cinco minutos, siguió guiándome hasta detenernos en la mesa en la que había varias clases de tartaletas, mi estómago rugió en cuanto las vio tan apetitosas.

—Sabía que serían de tu agrado —dijo Gordon, y opté por ignorarlo decidiendo coger una que me pareció que era de cangrejo y salmón, hasta que lo escuché...

Sorprendida rogué que volviera a hablar para confirmar que no me estaba volviendo loca.

—Ha sido una semana difícil —prosiguió hablando el desconocido.

—¡Fitz! —exclamó Gordon—. Te presento a mi prima buenorr..., perdón, la prima con la que mejor me llevo de Adele.

Tampoco pudo disimular su sorpresa. Estaba a punto de inventarme una nueva llave de artes marciales para asfixiar a Gordon, por cabrón y mentiroso, pero no salía de mi asombro preguntándome qué hacía Fitz allí.

—Nos conocemos. —Y ahí estaba esa mirada penetrante que imponía y que causaba ese no sé qué en mí, logrando que un cosquilleo naciera en mi interior.

Sí de por sí ya estaba arrepentida de haber acudido, tenerlo frente a mí era adelantar nuestro

encuentro en la empresa, ni siquiera había querido recordar para no tener que torturarme el fin de semana, pero allí estábamos los dos.

—¡Vaya! Eso sí que es nuevo. —Gordon dibujó su sonrisa falsa en los labios—. ¡Y sois del mismo equipo! —añadió alzando ambas cejas.

—¿Equipo? —preguntamos los dos a la vez.



## Me he mordido la lengua

—Pensé que Adele os lo había contado.

—¿Puedes ser más claro? —preguntó Fitz con esa mirada intimidante que me había dedicado segundos antes.

—¡Cierto!, he olvidado que volvéis al mercado. —Levanté una ceja ante esa ironía, mi teoría de que éramos los bichos raros del lugar cobraba fuerza—. En los cumpleaños infantiles los padres terminan aburridos y decidió hacerlos partícipes de forma divertida. Tened en cuenta que tenemos mucha más experiencia en esto. —«*De eso no me queda duda, lleva seis cachorros. Así es, en eso no nos ganan a ninguno de los que estamos aquí, querida conciencia, o eso creo...*»—. Así que Adele decidió que este año la celebración sería distinta y todo el fin de semana.

—Puedes dejarte de tanto rodeo.

—¡Vaya, Jenny! Pensaba que esa mala leche que sueles tener era por culpa del roquero, pero me he equivocado.

«*Había tardado su lado gilipollas en salir. Será su lado más capullo, porque gilipollas es normalmente, querida*». Respiré profundo y levanté una ceja tratando de mirarlo con intensidad, a pesar de que no daba resultados. Debía devolverle ese golpe con inteligencia y que quedase como el imbécil que era.

—La mala leche aparece cuando tengo que lidiar con personas que se creen Mr. Bean. —Fitz tosió simulando el borboteo que estuvo a punto de salir de su garganta, ya que, por fin, había logrado quitar esa maldita sonrisa falsa que mantenía en los labios.

—Jennifer, te hace falta divertirme y mucho —argumentó el muy cretino.

Me mordí el carillo interior de mi mejilla para no mandarlo a la mierda tan rápido, no quería dar el cante demasiado pronto y no iba a dejar que se saliera con la suya, además solía divertirme con mis amigas. No quería comenzar una discusión, no deseaba escuchar de nuevo esa etiqueta de oveja negra que me había costado horrores que olvidasen.

Y es que, a diferencia de mis primas, siempre iba de frente en todo lo que quería experimentar, que me viesen como una santa paloma no lo soportaba y por ende mi familia asumió que hacía lo contrario, un ejemplo fue con mi primer *piercing* en la ceja, que finalmente tuve que quitarme para las entrevistas de trabajo o raparme la cabeza, esa vez me divertí mucho; tío Eddy no pudo disimular y me miraba de arriba abajo, ya que también iba vestida de gótica y con un maquillaje bastante marcado, era tanta su impresión que cuando fui al baño por culpa de la visita mensual terminó tocándose en la puerta creyendo que estaba haciendo algún ritual satánico.

—Así que has venido al lugar perfecto —contestó Gordon—. Os recomiendo a los dos que comáis y que no bebáis como cosacos, que tendremos una tarde muy larga —concluyó dejándonos solos. Me apostaba de nuevo las bragas que compraría el año siguiente a que era una treta para ver si nos liábamos y no pudo escoger mejor hombre que aquel que me había hecho sentir como una mierda hacía una semana.

Me dirigí hacia la mesa de las tartaletas tratando de ignorar su presencia, a pesar de sentir que me observaba y de que esa intensidad con que lo hacía lograba trastocarme, debía mantenerme así. No tenía nada que hablar con él, solo lo haría en el trabajo, tal vez me tomaría en serio la idea de vengarme, como sugirieron Ruperta y Yanira Guacimara. Sí, ambas me dieron consejos de cómo

hacerle putadas a mi jefe; desde llenarle toda la puerta de pósts, ponerle una muñeca hinchable en su despacho y que tuviera escrito su nombre en la frente o mandarle una chica de despedida de solteros cuando se quedara hasta tarde, esto último no sabía si podía cumplirse, dudaba de que con lo preciso que era trabajara horas extras.

Todas eran considerables, pero no ese día, lo mejor era buscar la forma de alejarme de él y pescar a otro soltero o soltera y si era posible pagarle para que fuera mi pareja en esa estupidez que la psicópata de mi prima había inventado.

Y sin darme cuenta comencé a tararear aquella canción de cuando estuvo en casa...

—*Escucho música y me pongou a bailair*, que *inuoportuno* fue decir tengo que larrgarr — tarareaba en un mal español siguiendo con la idea de ignorarlo—, *perrro* qué bien estoy *ahorra*. —Solo entonces masculló un par de maldiciones.

—Creo que mejor me voy.

—Lo mejor que haces. Estos lugares no son acordes para aquellos que se creen superiores a los demás.

«¡Maldita sea, Jenny! Me dijiste que ibas a ignorarlo. No sé por qué demonios te quejas, si sabes que mi lengua es más rápida que tú y reconoce que sientes placer ahora mismo, querida».

—¿Acaso crees que lo que te dije el día de la reunión es porque me creo mejor? —Me mordí la lengua sutilmente para evitar responderle, metía la pata, no una vez, sino dos y me dediqué a seguir llenando un platito que había cogido de tartaletas sin importarme de qué eran—. ¿No piensas responderme? —Volví a morderme la lengua un poco más fuerte para tratar de mantenerla retenida y pensé que era el momento ideal para ahogar a mi conciencia, que estaba a punto de explotar, en alguna bebida fuerte que hubiera por ahí, y maldecir por la eternidad al miserable de Gordon que me había dejado allí solo por venganza. No iba a responderle que por su culpa en cada paso que diese en mi trabajo dudaría de si era apta para seguir en ese departamento, ese maldito día me hizo sentir como cuando Brad me menospreciaba al no hacer las cosas como él quería—. Lo suponía, te gusta lanzar la piedra y esconder la mano.

—¡Maldita sea! —siseé por haberme mordido más fuerte de lo que podía soportar. Me estaba conteniendo de tal manera que terminé haciéndome daño, sintiendo el sabor de la sangre sin mirarlo, busqué qué beber para poder aplacar ese dolor, chocando con Fitz y enterrando el plato en su suéter.

—¡Joder! —bramó logrando que todos nos mirasen—. ¡No tienes cuidado! —me recriminó viendo su suéter rojo hecho un desastre.

—*fLoo seinfto* —respondí con el dolor en mi lengua y salvando algunas tartaletas—. *fDeifbo ir por fbeifida*.

—¿Te ocurre algo?

—*Fno fes ftu fincumfbefcia* —le respondí sin mirarlo, buscando la salida más próxima al jardín para quejarme con gusto de lo que me había pasado y gritar que todo, todo lo que me estaba pasando era por su maldita culpa, pero cuando salí me di cuenta de que Gordon no exageraba, aquello parecía una feria de pueblo: castillos hinchables, un caballo metido en una especie de establo, globos y globos de todos los colores y más allá había una pancarta en grande que rezaba «zona de adultos».

—Esta vez Adele se ha esmerado —dijo mi padre sacando de su bolsillo una petaca y llenando así su vaso—. Espero estar dormido para cuando nos toque a nosotros.

Le quité la petaca y bebí un buen trago, me era imposible estar allí y reprimir el estar tentada de saltar en las camas elásticas solo por fastidiar a mis tíos. Tenía que ser comedida, girarme y volver adentro, a la zona neutral para gente como yo, a pesar de que estuviera el gilipollas de Fitz,

pero no tuve tiempo.

—¡Jenny! —gritó Adele—. ¡Qué alegría verte! —Me abrazó con añoranza logrando que ese muro de contención que había creado comenzara a derrumbarse al aceptar que también la echaba de menos—. Quiero que conozcas a Francis.

—Ve, Jenny —sugirió mi padre—. Verás cuánto se parece a Gordon. —Mi padre tenía que estar de lo más aburrido para empujarme a ir a sabiendas de que no me callaría alguna tontería que llegase a pensar. Adele se adelantó un poco, y yo iba paso a paso, como si fuera a entrar al matadero y allí me esperaran con el hacha para degollarme.

«*Tienes que ser comedida. Lo sé, querida, eres tú la que tienes que decirle al cerebro que envíe la orden de que la lengua se quede tranquila... Entonces estamos jodidas. Gracias por las esperanzas que me das*».

Adele cogió en brazos a la criatura que estaba dando pequeños pasos, se giró del todo hacia mí y comprendí lo que decía mi padre con que se parecía a Gordon, era tanto que hasta la sonrisa falsa la había heredado. Mi querida prima no solo se acercó apresurada para que lo conociera, sino que se atrevió a dármele para cargarlo.

«*No lo sostengas así, Jenny, es un niño, no una caja de cristal. Claro, querida, estás tan acostumbrada a cargar niños que me quieres corregir*».

—¡Se te ve tan bonito! —Una mierda... «*Me cago de la risa, ahora sí que esto comienza a ponerse bueno. ¡Calla la puta boca!*». Comencé a hiperventilar un poco, sobre todo cuando el niño y yo nos miramos unos segundos.

—*Fhola* —le dije. Adele abrió los ojos.

—No le hables así —me advirtió frunciendo el ceño. Y ¿cómo quería que le hablara? Solo entonces entendí a qué se refería, maldije a Fitz, era su culpa el haberme mordido la lengua.

—*Flo fsiento* —respondí—. *FMe he fmordido la flengua y crfeo que fhasta fsangré* —le expliqué mostrándola.

—¡Santo cielos! ¿Cómo ha sucedido? —Hizo el amago de que su hijo fuera con ella, pero el muy cabroncete comenzó a llorar. Un llanto que me perforó el tímpano—. ¡Francis Gordon VII Bristol! No puedes llorarle al oído de la prima Jenny. —El niño dejó de llorar y me miró a mí y luego a la madre que le pedía que se fuera con ella y comenzó a negar con la cabeza. «¡Maldición!», pensé por mí misma, sin darle la oportunidad a mi conciencia de opinar, ya lo había hecho suficiente. Era lo que me faltaba ese día, que un niño me viera como un juguete o quién sabe qué—. Me parece que le has gustado, Jenny —argumentó Adele tratando de que el niño se fuera con ella, pero el listillo seguía negándose. No es que fuera amante de los niños, pero eso de que no pudiera gustarle no lo entendía, no era Freddy Krueger<sup>[5]</sup>. Solía ser simpática mientras no me sacaran de mis casillas.

—*FAdele, fsabes fque fsiempre fcaigo fen fgracia* —respondí, y el niño soltó una risotada que me hizo sonreír, una risa que me recordó a Tom—. *¿Fverdad fque vsí, vcolega?* —Y volvió a reír.

—Jenny, debemos entrar, tengo una pomada para que pue...

—¡Adele! —la interrumpió Fitz detrás de mí, solté aire pensando que venía a reclamar que me había cargado su suéter de cachemir de miles de libras—. Gordon me ha dicho que vamos a participar en unos juegos.

—Es cierto —respondió a la vez que cogió a Francis cuando este cambió su atención a otro adulto.

—¡Fit! ¡Gabe!

—Hola, amigo, ahora no te puedo coger. —Pero la jugada le salió mal, Adele se lo dejó en brazos logrando que el cachorrito se riera y comenzara a cogerle las gafas.

—Encárgate de él, se te dan bien, tengo que llevar a Jenny adentro, se ha hecho daño y necesita atención.

—*¡Foh, fno! Fno fnefcesto faftenfción.*

—¡Claro que sí! Mira cómo hablas.

—Te pregunté si te pasaba algo y me respondiste que...

—*Fno fes ftu fprofblefma* —lo interrumpí.

—¿No puedes dejar el puñetero trabajo de lado? —Adele abrió los ojos sorprendida mirando a uno y al otro.

—¿Trabajáis juntos? —Ninguno tuvimos tiempo a responder—. ¡El destino juega muy bien sus bazas! —Sin dejarme entender qué demonios había querido decir, me arrastró con ella a la casa. Subimos unas cuantas escaleras y llegamos a la habitación principal en la que buscó un maletín de primeros auxilios—. Cuando eres madre de varios niños siempre debes ir cargada con uno de estos.

¡Menudos ánimos me estaba dando por si alguna vez decidiera embarcarme en el mundo de la maternidad!

—*Fverás, fAdfele, fyo de fmomento no ftengo fintención.* —De nuevo me miró frunciendo el ceño. Últimamente la gente me estaba juzgado con la mirada por decir la verdad, deberían darme las gracias porque siempre era honesta.

—Y, dime —prosiguió sacando un montón de medicamentos regándolos en la cama—, ¿cómo no me había enterado de que Fitz Sandford trabajaba contigo? —Estuve a punto de decirle que no acostumbraba a hacer de mi vida una radionovela. Además, ni siquiera hablábamos, como para llamarla y en plan cotilleo: «sabes la última, el capullo de mi jefe me ha hecho sentirme como la más inútil de la tierra, por cierto, se llama Fitz Stanford, ¿lo conoces?».

—En *freaflidad, fhace ufna fsefmana* que *fcomenfzamos a ftrafbajar fjuntos.* —Cogió una caja alargada y me la dio.

—Fitz es un excelente partido.

¿Qué demonios había dicho? Debía quitarle como fuese esa idea de emparejarnos, nadie en su sano juicio podría estar con otra persona que la miraba por encima del hombro.

«*Te recuerdo que Brad se creía mejor que tú.* Lo sé y he pagado caro el no dar el paso de dejarlo mucho antes». En todo caso, Brad era historia, la situación que vivía con ese cretino era diferente y no tenía intención alguna de tener una relación que no fuese estrictamente profesional y se lo dejaría claro a Adele.

—*Me aflegrafré por afquella mufjer que lofgre gafnar su cofrafzón, si es que ftiene.*

—No te dejes engañar por las apariencias, has conocido al cascarrabias que lleva por dentro.

—¿Tiene *algúffn problemfa* psicológico? —Adele se rio a carcajadas.

—Cuando quieres sacar la harpía que hay en ti, lo haces a lo grande —respondió—. Échate eso, no bebas y comas nada en media hora, la crema te ayudará a bajar la inflamación de la lengua y, no, no tiene ningún problema psicológico, solo que situaciones vividas lo han llevado a ser así de circunspecto, honesto y justo, pero es muy buen hombre. —No pude resistirme y comencé a reír. «¿Ha dicho justo? —pensé ignorando de nuevo lo que mi querida conciencia estaba a punto de opinar—. De seguro el día que llegue la resurrección estará con el libro desechando a la gente que irá al cielo o al infierno»—. Me parece que Fitz se ha portado mal contigo, tendré que jalarle las orejas.

—Ni *fse* te *ofcurra* —le advertí. No deseaba más complicaciones con ese hombre—. *Vfoy al fbaño* —indicé en el momento en el que su móvil se escuchó.

—Ya voy, Gordon, estaba ayudando a Jenny —le explicó—. No, no le ha pasado nada, solo

que... —Le rogué juntando las manos para que no le dijera que me había mordido la lengua y hablaba mal, no quería que ese otro gilipollas pasara el resto de mi vida recordándomelo. Adele me miró y torció la boca—. No le ha pasado nada, ya bajo —respondió, acto seguido comenzó a murmurar—. ¡Gordon! Me da vergüenza, Jennifer está a mi lado —se quejó—. Sí, es mi prima, pero son cosas entre nosotros —repuso—. Está bien —dijo finalmente y me miró dándome a entender que lo que pasaría en los siguientes segundos se quedaría entre las dos. Llevé mi mano a la boca y fingí que cerraba la cremallera, ella suspiró en alto y fue a ello—. Mi caballito, te voy a esperar esta noche para cabalgarte y corrernos en las bellas praderas de este lugar.

Respiré lentamente, sabía que Gordon era idiota, pero aquello se pasaba ya de lo absurdo, Adele me observaba seriamente y para no hacerla sentir más incómoda le dije con señas que iría al baño a echarme la pomada. Me alejé y cerré un poco tapándome la boca, me fue imposible contener mis carcajadas.

—Jenny, ¡eres una perra! —me gritó—. Si lo comentas, te juro que te arrepentirás toda la vida.

## Cher Adele Mary Bond

Evité volverme a tropezar con Fitz y para ello me mantuve en la zona de los juegos infantiles. Sabía que aquello traería cualquier tipo de especulación, era estar con los niños o tener que seguir conversaciones sobre política, vacaciones o nueva dieta que hacían los famosos y no tenía ni idea de lo que ocurría en el mundo, solo en el mío.

Adele decidió abrir los regalos llamando a todos los niños que corrieron como seres demoniacos esperando su presa. Todos aplaudían cada vez que abrían uno, hasta que vi que cogió el mío para dárselo al pequeño Francis rompiendo el papel, al hacerlo, el rostro de Adele cambió.

Buscó quién lo había regalado y cuando encontró el nombre torció la boca.

Intentó no darle importancia y pidió otro para que el niño siguiera destapándolos. No entendía qué había ocurrido, estaba segura de que era el regalo correcto. Traté de recordar qué diablos le había comprado, me era difícil de hacerlo ya que la dependienta estaba deseando deshacerse de mí, recordé que le pedí que fuese unisex y a eso se le sumaba que había muchas personas a mi alrededor, aunque esa chica no estaba por la labor de ser atenta conmigo, tal vez estaba en sus días o comía poca fibra, como algunos que conocía y que estaban en aquella maldita casa.

Tendría que esperar a que terminaran de abrirlos para saber qué había sucedido. Sin embargo, no tuve necesidad de preguntarle, uno de los hermanos mayores gritó lo que al parecer le había dado.

—¡Mamá va tener otro hijo!

Palidecí. El murmullo en el ambiente dio paso a un silencio ensordecedor como cuando eras descubierta en pleno delito.

«*En eso eres experta, Jenny.* ¡Muy graciosa, querida conciencia!, calladita me eres más útil». Tenía que acercarme para corroborar qué demonios envolvió la maldita dependienta con alevosía y al hacerlo vi una ropa que podía caberle perfectamente a una de esas muñecas que tenía de pequeña.

«¡Mierda!, ¡mierda!, ¡mierda!», exclamé para mí misma antes de que mi conciencia lo hiciera, me preguntaba si la dependienta era una desquiciada psicópata, me conocía y me la había jurado, para jugármela con tanta mala leche.

No tenía ni idea de cómo actuar, ya les había dado bastante de qué hablar por una buena temporada en apenas horas. Gordon también se acercó logrando que esa sonrisa falsa desapareciera de su rostro, observó la ropa y luego a Adele con esas miradas que solo los casados con muchos años a sus espaldas podían deducir. Ella negó con la cabeza con cierto disimulo.

—Gordon III, ¡qué gracioso eres! —gritó con una fingida sonrisa—. Señores, la fábrica de bebés de los Bristol Bond cerró sus laboratorios el pasado año. —Se escucharon a varias personas suspirar de alivio.

—Si la comandante lo dice, ¡es cierto! —añadió Gordón para quitarle hierro al asunto—. Ahora se dedica a otros menesteres —explicó moviendo ambas cejas.

Los hombres comenzaron a soltar ironías vulgares que gracias a Dios los niños no entendían. También di las gracias porque no iba a seguir reproduciéndose en una buena temporada y digo temporada porque, con la media plantilla de fútbol que tenían como hijos, el ADN de Gordon

daría para muchos años de gilipollas en el mundo.

—Alguien confundió de talla la ropa —aclaró Adele—. Me imagino que había olvidado que Francis es mucho más grande que los niños de su edad. —Y con disimulo me miró. Sus puyas no solo habían dado en el blanco, deseé meter mi cabeza en el primer macetero que encontrase. Me encargaría de devolverlo y que esa maldita dependienta tuviera su merecido—. Chicos, ¡venid! Es hora de la película —informó.

Los niños se fueron con ella junto con unos animadores que se encargaron de buscar al resto de cachorritos que estaban desperdigados. Debía aclararle que le había explicado muy bien la edad del pequeño a esa macabra mujer, esperé pacientemente a que todos entraran en la casa, pero su encantador marido comenzó a carraspear desde un micrófono que sacó de la nada.

—¡Ha llegado la hora! —vociferó y de nuevo los hombres gritaron como trogloditas a punto de copular. Según había entendido era la primera vez que hacían algo así, pero parecía que la única que creía que era divertido estar pintándose la cara con una mariposilla de colores o saltar en el colchón elástico era yo.

El resto, al parecer, esperaba con ansias ese momento. La algarabía me llevó a creer que en cualquier instante comenzaría la orgía más multitudinaria del siglo.

—Recordad que, aunque toca divertirnos, debéis dejar energía para la noche —Volteé los ojos. Mi mente maravillosa se imaginó la escena de Adele y Gordon, un escalofrío recorrió mi cuerpo, llevándome a arrepentirme de haberlo escuchado. Estaba segura de que desde ese día mi conciencia me putearía con esa imagen.

«*Tenlo por seguro, Jenny*».

—¡Adele! —grité en cuanto la vi a lo lejos darle instrucciones a una animadora, me ignoró deliberadamente, ¡mierda!—. ¡Cher Adele Mary Bond! —grité de nuevo.

Se detuvo y se giró con cara de asesinar me. En eso no era culpable, su madre era fanática de la cantante hasta el punto de llamarla así.

Adele terminó odiando su nombre y pidió que la llamáramos por el segundo.

—Entiendo que no tengas ni puta idea de niños, pero una talla no es difícil de buscar.

—Créeme, no ha sido mi culpa —le respondí—. Le dije a la dependienta que necesitaba un conjunto unisex de la talla de un año, no sé por qué demonios me la jugó.

—Prefiero otra excusa más creíble —respiró profundo y me miró—. Entiendo que no estés de acuerdo con que seamos familia numerosa, pero Francis vino por sorpresa, y ya hemos tomado precauciones. —Estaba bastante enfadada e indignada, y maldije una y otra vez a la dependienta.

—Lo siento, Adele. De verdad que mi intención nunca ha sido ofenderte. —Me observó detenidamente.

—¿Has guardado el tique de compra para poder cambiarlo?

—Me gustaría ser yo la que hiciera el cambio, tengo una cuenta pendiente con esa zorra.

—Te daré el beneficio de la duda por última vez —respondió a la vez que escuchamos a Gordon llamarme—. Es mejor que vayas antes de que se ponga más pesado.

—¿Más? —De nuevo lo escuché gritar.

—Jenny, ¿dónde estás? ¿Sabéis que Jennifer es la soltera de oro de la familia Bond? —Adele se encogió de hombros, se dio la vuelta y huyó por donde se habían ido los niños, escaqueándose de cualquier responsabilidad para que me las arreglara como fuese—. ¡¿Me parece que nuestra Jennifer ha decidido esconderse?!—vociferó de nuevo.

Lo maldije en todos los idiomas que sabía y salí al jardín con la sonrisa casi parecida a la del Joker. En cuanto Tom y Harry me vieron comenzaron a silbar y a provocarme como solo ellos sabían hacerlo. Daba gracias a Dios de que la mitad era familia y la otra mitad eran conocidos

con algunas excepciones, como, por ejemplo, Fitz, que a medida que me fui acercando lo veía con el rostro sombrío, solo entonces recordé el equipo.

Deseé que le cayera un rayo a Gordon II Bristol.



*The Damage Twister*

—¡Aquí estás, querida prima! —gritó Gordón—. Los que he nombrado debéis venir conmigo para que comiencen los juegos.

«¿Los juegos? Poco faltó para que dijese: ¡que comiencen los juegos de la vergüenza! Voy a pasar de lo que acabas de decir, querida conciencia». Era cierto que desconocía qué diablos se hacía en una fiesta infantil, pero ¿por qué no podían ser como el resto de mortales con eso de seguir bebiendo como cosacos hasta que decidieran irse a alguna de las diez habitaciones que había en la casa principal o la casa que estaba a unos cinco minutos de la principal...? En esa a la que me enviarían por ser la soltera de oro.

Porque sí, el maldito de Gordon II Bristol era sumamente rico y podía darse el lujo de invitar a un buen número de personas. De cualquier manera, acababa de encontrar el modo de jugármela y recordar mis viejos tiempos, lo peor era que fuese cual fuese su juego tendría que hacerlo con Fitz. Dimos unos cuantos pasos y vimos que uno de los animadores había puesto una alfombra con círculos rojos, azules, verdes y amarillos.

Cuatro puñeteros círculos que me gritaban a gritos que íbamos a jugar al *Twister*.

—No os asustéis —dijo Gordon sonriendo con más falsedad que nunca.

—¡Esto es una mierda! —bramó Fitz pasándose la mano por la cabeza.

Me sorprendí, pensaba que la gente cómo él, que apenas comían fibra, no soltaban tacos. Me había equivocado y, por primera vez desde que nos habíamos topado en aquella maldita fiesta, me fijé en que no iba afeitado y que la sombra de la barba se notaba. Llevaba el pelo despeinado y junto a sus gafas, sus facciones marcadas y esa barba se veía mucho mejor.

«¡Venga, Jenny, dilo! Fitz te atrae más de la cuenta. —Resoplé e ignoré a mi conciencia—. Apostaría a que podría ser el protagonista de alguna película porno que al pasar a la acción se quitase las gafas, la camiseta y se te echara encima».

¡Mierda! Acababa de darme cuenta de que había visto muchas películas porno.

—Conocéis el juego, ¿verdad? —preguntó Gordon—. Y, el que diga que no, no ha tenido infancia —prosiguió con deje burlón—. Pero esta vez no será sencillo... Jugaréis al: ¡*Damage Twister!*

—¿Y cuál es el premio? —preguntó Tom y, por mucho que me costaba aceptarlo, Fitz tenía razón en que esto era una mierda, y que Gordon nos iba a putear.

—Lo diré al final —respondió, y temí lo peor.

—¿Sabes jugar a esto? —me preguntó Fitz.

Con una ceja levantada lo miré. De algo podía sentirme orgullosa y era de haber tenido una adolescencia con unos primos cabrones que al jugar al *Twister* solían hacernos trampas para ganar. Me troné los dedos y con una sonrisa burlona lo miré.

—En algunas cosas no soy inepta.

—Te he pedido que no mezcles el trabajo.

—No, no lo mezclo, a diferencia de otros.

—¿Qué quieres decir?

—Que no es necesario una planificación, solo hace falta dejarse llevar y divertirse.

Con ello me alejé con una sonrisa en la boca para acercarme a la alfombra.

—¿Dónde están los solteros? —Levanté la mano dispuesta a demostrarle a Fitz que disfrutar

de los pequeños momentos nos ayudaba a sobrellevar el día a día—. Muy bien, aquí tenemos a la pequeña Jenny, dispuesta a echarnos en cara de qué está hecha, Tom y Annie serán vuestros rivales... ¡Fitz! ¡Mueve tu culo hasta aquí! —le gritó Gordón—. Poneos delante de la alfombra y esperad unos segundos a que nuestros ayudantes nos traigan ciertas sorpresas que serán parte del juego —explicó.

En ese momento menos me gustaba el juego, sobre todo, al escuchar a Gordon pronunciar la palabra «sorpresa» que vendría acompañada de alguna de sus cerdadas. No entendía esa fijación que tenía por reírse de los demás, dejándolos en evidencia, incluso apostaría a que era lo que deseaba que sucediera conmigo y recordé que en nuestro primer encuentro nos pilló a Tom y a mí burlándonos de él.

¡Hostias! El idiota había orquestado una venganza. De inmediato lo deseché, de eso habían pasado muchos años para mantener latente ese deseo. Aunque de Gordon podía esperar cualquier cosa... Vi a uno de los animadores acercarse con una mesa y otro con platos de color azul y finalmente algo rezagado apareció un tercer animador con una ruleta gigante y otra pequeña. El caso era que en los colores, distintos a los de nuestros equipos, comenzaron a poner cosas raras. En el amarillo, vasos de chupitos que aumentaban conforme pasaba el círculo, y en los platos de plástico el contenido estaba tapado.

«*Sí que es su venganza fríamente calculada. ¡Calla!*». Resignada, aceptaba que Gordon Bristol me la había jurado desde ese día.

—Estoy viendo vuestras caras de consternación —dijo el muy capullo—. Si os fijáis, la ruleta será el color rojo, de manera que cuando la pequeña caiga en ese color debéis cumplir el reto que apunte la ruleta grande cuando se gire y os preguntaréis qué son esos papeles sujetos con una piedrecita en el círculo verde...

»Voy a adelantarlos para que no os tome desprevenidos, ya sabéis ese dicho: «soldado advertido no muere en la guerra», por lo que cada vez que os toque el verde debéis quitaros cierto número de prendas, aunque, pensándolo bien, el rojo también sugiere eso y, creedme, vais a preferir el color verde antes que el rojo —concluyó sonriendo al más puro estilo de los villanos de las películas, llevando a que los trogloditas con varias copas encima gritasen más de lo necesario. «¡Maldito juego! ¡Y maldito Gordon Bristol!», quise gritar. Había culpado a Adele de aquello y era idea del marrano cerebro de su marido—. Muy bien, ¿quién será el capitán? —preguntó con premeditación y alevosía. Deseé que Fitz se adelantara, pero sabía que lo dejaría en mis manos por haber ido de chula, solté aire y levanté la mano al igual que lo hizo Tom.

—¡Te machacaré! —soltó mi querido primo para amedrentarme. Respiré profundo pensando en que los hombres nunca cambiarían ese espíritu competitivo e infantil.

Esperamos a que Gordon diese comienzo a aquella locura y nos explicó que debíamos hacerlo con el juego de «piedra, papel o tijera». De nuevo se escucharon sandeces de los trogloditas. Tom tomó el mando ganando finalmente al tapar la piedra y con su exagerado grito dio paso a que los del fondo se alborotaran más. Por un momento sentí que había retrocedido hasta la era de la evolución.

—Vamos a darle vueltas a la ruleta, pequeña —continuó Gordon—. Tom debe poner el pie derecho en el color verde y deberá quitarse una prenda. —No sé por qué tuve la sensación de que la mente marrana del inventor del juego tenía la única intención de que las mujeres termináramos en pelotas—. ¡Tom ha decidido quitarse el suéter! —Todos se burlaron junto a Gordon, que volvía a darle vueltas a la ruleta pequeña—. Esta vez va Jenny y le ha tocado el color rojo, ¿qué le deparará el destino con la ruleta grande?

¡Maldición! No me había parado a leer lo que ponía hasta que la nombró. Todas y cada una de

las propuestas eran sugerencias provocativas, desde quitarle una prenda, besar y acariciar alguna parte del cuerpo...

—Jenny, tienes que quitarle alguna prenda a tu compañero de equipo. —Odiaba a Gordon con todo mi ser, no deseaba tener contacto con Fitz y pedirle que se quitara parte de su ropa era humillante. Tampoco iba a amilanarme, debía demostrarle al idiota de Gordon que no iba a ganar esa partida. Me acerqué a Fitz que de inmediato intentó quitarse el suéter que había manchado horas antes—. ¡Eso no vale! —gritó Gordon—. Es ella quien debe hacerlo, así que os daremos otra oportunidad.

—¡Maldita sea! —siseó Fitz mirándome con seriedad.

—Déjame quitarte un calcetín, ¿crees que me agrada la forma en que distorsionó el juego tu amigo? —le aclaré con acritud.

—No es mi amigo, estoy aquí por Adele.

Esa confesión me desconcertó, ¿de dónde conocía Adele a Fitz? Ya lo averiguaría más adelante, me incliné para quitarle el calcetín en cuanto se hubo quitado los zapatos deportivos.

—¡Buhh! —abucheó Gordon—. ¡A vosotros os van a ganar muy rápido! —Decidí ignorarlo.

Gordon volvió a darle a la rueda, y a Annie le tocó un chupito de *whisky*, siguió Fitz que, para mala suerte, le tocó mano izquierda en el color verde y tenía que ver qué demonios debía hacer. Recogió el papel y al leerlo torció la boca, se lo entregó a Gordon, que no tardó en mostrar su sonrisa falsa.

—¡El juego cada vez se pone más interesante! Fitz deberá quitarle dos prendas a nuestra Jenny.

Cada vez que decía «nuestra Jenny» lograba hacerme sentir expuesta como si fuese un pedazo de carne, seguía sin comprender cómo Adele había terminado con semejante descerebrado. Fitz se acercó, pasándose la lengua por sus labios, se notaba que estaba incómodo, y yo también lo estaba. Nadie sabía que él era mi nuevo jefe y que habíamos tenido encuentros bastante desagradables, en lo único en lo que coincidíamos era en fingir que nos tolerábamos para que nadie supiese la verdad.

—Jennifer, si lo deseas podemos parar este maldito juego —me dijo en voz baja.

—¿Y dejar que Gordon nos lo restrigüe el resto de nuestras vidas? —Se acomodó la montura de sus gafas mejor, y soltó aire. Sentí pena por él, a pesar de lo capullo que había sido conmigo, no quería exponerme o eso era lo que me parecía entender—. Mira, ha pedido dos prendas, tengo un suéter, una blusa blanca y una camisilla, no voy a quedarme en sujetador a la primera de cambio, si es lo que te preocupa.

Me observó de nuevo con esa mirada que trataba de descifrar, esa que escondía tanto y cuya intensidad me abrazaba de tal manera que nacía la curiosidad de preguntarle por qué sus ojos querían confesar lo que sus labios ocultaban, pero no lo hice.

—Está bien, espero que lo próximo sean los chupitos o lo que esté en esos platos. —Sonreí.

También esperaba que fuese así, pero lo dudaba y mucho, a saber qué demonios había dentro de ellos. Levanté mis brazos y con sumo cuidado me quitó primero el suéter, sus dedos rozaron parte de mi piel, subió la mano hasta el primer botón de mi blusa desabotonándolo provocando que naciera un cosquilleo que recorrió toda mi piel.

Los silbidos y gritos de los trogloditas de mis primos y amigos de Gordon pasaron a un segundo plano, mientras Fitz no dejaba de mirarme hasta que mi cuerpo respondió de una manera poco conocida, erizándose el vello, uniéndose a ese cosquilleo que iba y venía en ondas, recordándome esos instantes previos al sexo, sus dedos me rozaron con tanta sutilidad que cerré los ojos disfrutando de ello.

—¡Se está poniendo caliente el ambiente! —gritó Gordon recordándome dónde estaba—. Esta

vez le toca a Tom el rojo. Abrí los ojos avergonzada y me atreví a mirar de reojo a Fitz, que se mantenía en su posición perdido en sus pensamientos. Quizás Adele tenía razón, y yo me había topado con el lado capullo, deseaba que volviera a repetirse, que volviera a mirarme de esa manera, que sus dedos recorrieran mi piel lentamente mientras disfrutaba de las sensaciones que me invadían, pero momentos así pasaban una vez en la vida, en la mía acababa de ocurrir y con el que menos llegué a imaginar.

—¡Vaya, vaya! ¡Tom se lo toma en serio! —exclamó Gordon. No supe qué había hecho para que todos gritaran como locos, solo sabía que me tocaba a mí y debía desear que cayera en el amarillo o azul, los colores con los que Fitz se sentía menos violento—. Es el turno de nuestra Jenny y ¡le ha tocado el rojo de nuevo! —bramó con esa sonrisita falsa bailándole en los labios—. Veamos qué les pide hacer la ruleta. —La animadora la giró mientras los trogloditas del fondo gritaban obscenidades llevándome a preguntarme si todo lo que decían llegaba a oídos de sus hijos que estaban en alguna parte de la casa. No sé por qué a las personas les excitaba el morbo de esa manera, quizás los prejuicios los hacían reprimirse y en momentos así sacaban a la bestia que llevaban dentro—. ¡Y seguimos con las prendas! —chilló Gordon—. Los solteros están de suerte, os han tocado dos prendas esta vez y haremos una nueva excepción —aclaró—. Fitz podrá levantarse para el reto. —Esperé a que estuviera de pie.

—Haremos lo mismo —susurré.

—Yo no tengo camisilla... —murmuró volviendo a fijar sus ojos en mí logrando que sonriera y que él también lo hiciera.

Levantó los brazos dejando que llevara mis manos al dobladillo de su suéter subiéndolo con lentitud, deseando que el tiempo se detuviera, dándome cuenta de que también le gustaba. Al quitársela comprobé que el manchón de las tartaletas había traspasado su camisa.

—Siento haberte manchado —le confesé con vergüenza.

—Ya no importa, Adele me contó lo que te ocurrió. —¡Será chivata!, lo que menos deseaba era que la gente supiera que era tan estúpida que hasta me mordía la lengua—. Me alegro de que ya puedas hablar bien —me dijo cuando desabotonaba uno de los botones de los puños con sumo cuidado.

A decir verdad, era la primera vez que lo hacía. Con el sexo siempre nos deshacíamos de la ropa con rapidez, era consciente de que no iba a haber ningún encuentro, pero estaba siendo sumamente seductor.

Subí mis manos hasta el primer botón donde se veía su vello corporal y fui desabotonando uno a uno sin dejar de mirarlo a los ojos. Su respiración se ralentizó y a medida que bajaba mis manos noté que su pecho era duro, hasta que llegué al último botón rompiendo el contacto entre los dos cerrando los ojos.

El cosquilleo apareció de nuevo recorriendo mi cuerpo, mis manos se posaron en sus hombros para quitarle la camisa. Fitz volvió a fijar sus ojos en mí, esa vez noté que sus pupilas se habían dilatado, evité mostrar mi sorpresa y que mi conciencia aprovechara el momento para recrearse con ilusiones sinsentido.

Se acomodó las gafas y soltó aire haciéndome reaccionar por las obscenidades que los trogloditas gritaban. Fitz puso su mano de nuevo en el círculo y decidí enfrentarme a los idiotas, pero fue peor; gritaron y silbaron como nunca.

—¡Jenny! ¡Jenny! No provoques al público que te pueden echar del juego —me advirtió Gordon—. Sois culpables de que el avispero se alborote.

—¡Cállate ya! —le grité—. Tom cree que va a ganar, y no lo dejaré —añadí tratando de enfocar toda la atención en mi primo y su mujer, que era la siguiente en jugar, y lo logré.

La ruleta pequeña volvió a girar deteniéndose en el color azul, no sin antes destapar el plato para descubrir que era comida.

Tenía que meter el pie dentro, Annie se quejó de lo frío que estaba, y los trogloditas volvieron con sus tonterías. El turno de Fitz nos dio un respiro a ambos al tener que beber dos chupitos de *whisky* y poner su pie en el círculo amarillo. A Tom le tocó quitarle una prenda a su mujer y con maestría se deshizo del sujetador, haciendo que el público volviera a alborotarse. Lo mismo me ocurrió cuando tuve que comerme en segundos un pedazo de tarta de chocolate y poner mi mano derecha en el círculo, totalmente diferente a Annie, que volvió a tropezar con el amarillo bebiendo tres chupitos del licor amarillento haciéndola tambalear, hasta que volvió a recaer Fitz en el rojo.

—¡Este juego está demasiado igualado! —aulló Gordón—. Esperemos que la suerte acompañe a los espectadores.

¡Vaya manera de hacernos quedar en evidencia! Era cierto que deseé que se acabara cuanto antes, pero exponernos, como deseaba la mente perversa de Gordon, era el colmo de su morbo. Apenas podía ver lo que sucedía con la puñetera ruleta grande, me imaginé que debíamos quitarnos otra prenda.

—¡La ruleta ha hablado y de qué forma! —vociferó el gilipollas—. Es el momento decisivo, si Jenny y Fitz se niegan ganarían este juego Tom y Annie. —¿Negarme? ¿A qué me iba a negar?—. Fitz y Jenny, debéis besaros.

Abrí los ojos sorprendida. Vi que Fitz se movió y me imaginé que tampoco estaba dispuesto a ello, así que la partida había terminado, sin embargo, los trogloditas comenzaron a provocarnos.

—¡Jenny! —me llamó Tom—. Termina de una vez con esto, me duelen los huevos.

—¡Y a mí qué me cuentas! No tengo culpa de que estés casi encima de tu mujer, que esté piripi y mueva el culo.

—¡Fitz y Jenny! —gritó Gordon. ¡Qué manera de presionar a la gente!

—Jennifer... —Me llamó Fitz y supuse que detendría aquel estúpido juego. No me gustó esa decepción que creció en mi interior, una que ni siquiera cuando había terminado con Brad experimenté. Me pasé la lengua por los labios y lo miré.

—Está bien, me haré cargo —respondí levantándome—. ¡Han ganado Tom y Annie! —voceé girándome para recoger mi suéter y blusa, y desaparecer lo que quedaba de día y fin de semana.

—¡Jenny! —Creí escuchar que alguien me llamaba a pesar de la algarabía de los trogloditas, ladeé la cabeza para ver quién demonios iba a echarme en cara alguna estupidez y para mi sorpresa fue Fitz. Era la primera vez que me llamaba así y, sin darme tiempo a reaccionar, estrelló sus labios en los míos llevando sus manos a mi cintura, con sus dientes me mordió el labio inferior logrando que mi cuerpo se estremeciera, que el corazón se acelerara y que la calidez de sus manos traspasara mi camiseta.

Dejé que su lengua se adentrara en mi boca con una ferocidad que hasta ese día nadie había hecho, enredándose con la mía en una perfecta sincronía en la que terminé dejándome llevar. Deseé que el tiempo se detuviera para que me besara una y otra vez. Su cuerpo se pegó aún más al mío, nuestras pieles se rozaron, empujándolo a que siguiera haciéndolo, chupando y lamiendo mi labio, dejando su huella en mí, con ese sabor en mi boca que sabía a menta con cerveza. Me había asaltado de tal manera que me quedé sin aliento y, al igual que me había tomado desprevenida al besarme, también lo hizo al separarse y dejarme sin más.

Dejándome en *shock*, apenas podía mantenerme de pie. Había recibido muchos besos con ansias, pero aquel no cabía en ninguna estadística. Ignoré los silbidos tratando de entender la sensación que recorría mi cuerpo, el cosquilleo que subía y bajaba gritándome que corriera detrás de él para revivir millones de veces aquello que acababa de suceder.

Me costaba entender por qué había tenido ese impulso cuando tenía tan mal concepto de mí, me costaba entender que a ese hombre, que era tan frío, no le importasen las palabras obscenas de los trogloditas del fondo y que despertase en mí lo que realmente no había llegado a entender hasta entonces: la verdadera pasión.

## Mi ático es el mejor sitio para esconderse a comer helado

Gordon se calló en cuanto Adele le quitó el micrófono y anunció que era momento de la música y de que todos salieran a bailar.

—Ven, Jenny —me pidió guiándome hasta la biblioteca de la gran casa—. ¿Estás bien?

Esa no era la pregunta que debía hacerme y ella lo sabía, no sabía por qué no iba al grano. Me hubiese gustado que me preguntara: «¿te han dejado patidifusa? O ¿qué tal ese morreo?». Tampoco serviría de mucho, la presión de los trogloditas de mis primos hacia nosotros lo llevó a que me besase, seguro que así sería como se defendería Fitz.

«*Jenny, te gusta escudarte en lo absurdo. No querida, en lo lógico*».

¿Para qué me engañaba?, el espíritu competitivo que vivía en él había logrado que se rindiera a los impulsos, sin importar cuánto podría afectarme, Fitz era egoísta y lo que menos le importaba eran mis emociones.

—¿Jenny?

—Lo estoy, ¿por qué me preguntas?

—Te he traído hasta aquí sin escuchar ni una sola queja y eso es muy raro viniendo de ti.

—¡Ja, ja, ja! Me meo de la risa, ¿y qué se supone que debo decirte? —indagué con ironía—. ¿Por qué coño no me dijiste que era tu amigo? Decidiste defenderlo y ser testigo de cómo me metió la lengua hasta la coronilla.

—No sabía que debía informarte de los nombres, apellidos y profesión de cada una de mis amistades —respondió de la misma forma en que yo le había preguntado—. Además, me cansé de invitarte a salir cuando era soltera y siempre me dabas excusas estúpidas y ni mencionar cuando apareció ese idiota que tenías por pareja.

—No voy a hablar de ese asunto.

No iba a echarle en cara que su enfermo marido era una de las principales causas de mis rechazos continuos, lo odiaba a muerte, hasta tal punto de que si existiera la oportunidad de clavarle una estaca para que ese demonio saliera de su cuerpo lo haría.

«*¡Calma esos instintos asesinos, Jenny! Lo sé, pero es que estoy afectada, desconcertada y rabiosa*». Adele y yo habíamos estado unidas, sería cruel por mi parte responderle mal, pero llevaba varias horas esforzándome al máximo para que no saltase la Jennifer que todos deseaban ver.

—Si no me cuentas la verdad, le preguntaré a Fitz qué ha sido eso que pasó afuera entre vosotros.

—Si logras que te responda, cuéntamelo, yo también tengo curiosidad. —Adele me miró sorprendida y sin más comenzó a reír. Si no siguiera tan confusa, le diría que solo había sido el puto juego, pero aún mantenía esa sensación, deseaba con ansias que volviera a pasar exactamente lo mismo, pero que todo fuese seguido y que no tuviéramos espectadores.

—Me parece que mandaré a Tom y a Annie a la casita para que no tengas que estar entre solteros.

—Adele —dije mirándola a los ojos—. Dudo de que, entre los seis solteros que estamos aquí, cuatro se hayan enrollado. Has visto que estoy a tu lado y quién sabe dónde está Fitz, quizás hasta se ha largado para no dar la cara. En cuanto al resto, estaban más pendientes de lo que hacíamos

para burlarse que de liarse entre ellos y, sinceramente, para estar en esta casa en donde la mitad estáis casados y vais a tener una noche de empotramientos y gemidos, y la otra mitad ronquidos a doble percusión, prefiero estar en la casita.

—¡Madre mía! Qué manera de juzgar y sacar conclusiones a la primera de cambio.

—No lo he hecho, es lo que pasará —repuse—. Sí, soy una pésima prima que ha pasado de vosotros, de vuestra boda y de los nacimientos de vuestros cachorritos.

—¡Niños, Jenny!

—Perdón, retoños, ¿te vale? —respiró profundo y afirmó con la cabeza—. He aceptado ser la oveja negra de la familia Bond y reconozco que en estos momentos necesito una buena tarrina de helado para así desaparecer y evitar ver a todos esos trogloditas que tenemos por familia. ¿Por qué son tan capullos? —Volvió a reír.

—Has logrado escabullirte de mi pregunta con esta pedorreta sin sentido que acabas de soltar y no sé de qué te extrañas de la actitud de esos trogloditas, cuando eras igual de *hooligans* que ellos.

—Era —repetí—. Tiempo pasado, ahora soy una mujer soltera que quiere huir por un momento de todo este... —Me callé al darme cuenta de que iba a cagarla.

—Estabas a punto de convencerme de que todo esto es un circo.

No iba a quitarle la razón, era lo que iba a decir, pero sabía que, si era más honesta de lo que estaba siendo, terminaría echándome a patadas de allí, el problema era que la vuelta a la ciudad me saldría algo costosa. El móvil de Adele comenzó a sonar, lo sacó del bolsillo, dándole indicaciones a quien supuse que era la supervisora del servicio del *catering*.

—Disculpa, me están avisando de que van a servir aperitivos, ¿deseas algo?, puedo pedir que te lo traigan aquí o te lleven a la casita, aunque la nevera de allí está repleta de todo tipo de siropes, nata para montar y chocolates.

—Voy a reservarme mi opinión sobre ello, querida amazona.

—¡Jennifer! —siseó sonrojándose, y yo sonreí—. Eres una perra cuando quieres, me alegro de que hayas venido, eso ha sido un gran paso y perdona si Gordon ha sido un pesado. —«¿Un pesado? Ese calificativo es dulce para lo que verdaderamente pensamos. Así es, querida»—. Creo que haré una obra de caridad.

—¿Qué quieres decir con obra de caridad?

—Llamaré a Fitz para saber si aún está aquí.

—Y ¿yo qué tengo que ver con eso?, por mi podéis quedar para el té con *muffins* y haceros confidencias.

—Mira, no sé qué habrá pasado entre vosotros, pero me apena que tengas esa mala imagen de él.

—Se la ha ganado con méritos propios y, ahora que lo estoy pensando, te aceptaré la idea de marcharme a la casita. Quiero ducharme, atiborrarme de helado y me haría la noche si la habitación tuviese televisión satelital, pero de Fitz no quiero saber nada.

—¿Ni siquiera por qué te besó?

—Adele, todo tenemos copas de más, y quizás se dejó llevar. —Mi prima sonrió de lado.

—Me reservaré mi opinión. —Levanté una ceja a ese *touché*—. ¿Qué más desea la señorita?

—Un negro que me abanique —respondí encogiéndome de hombros, y sonrió por mi manera de escaquearme. No quería hablar de Fitz y punto.

—Eso es muy racista por tu parte.

—Tienes razón, es mejor un cachorrillo Bristol.

—¡Jennifer! —Me eché a reír—. Me voy a portar bien y trataré de encontrar la forma de que



vuelvas a la ciudad.

—Puedo quedarme sin televisión, si ese es el problema.

—Sabes que seguirás nerviosa y de malhumor, y la verdad es que este fin de semana lo había planificado para estar juntos y disfrutar en familia. —Fijó sus ojos en mí con cara de puchero—. Debo aceptar que para ti ha sido suficiente y lo respeto.

—Si querías hacerme sentir como la más miserable de todos los tiempos, lo has logrado.

—No, Jenny, al contrario, si logro que vuelvas a la ciudad tendré la esperanza de que estarás presente en la próxima reunión familiar.

—Ahora me siento peor al descubrir la fe que tienes en mí.

—Si supieras realmente cuánto te admiro por todo lo que has logrado, sobre todo, por haber dejado a ese inútil que tenías como pareja. —«*Por supuesto, Gordon está nominado al hombre del año. Esa sí es buena, querida conciencia*». Debía aclararle que estaba cansada de oír una y otra vez la misma cantaleta sobre Brad, si pensaban que estaba en plan ermitaña debía contarle que me había estado liando con un *polvazo* de esos que revivían al personal—. —Te mereces a un hombre que de verdad te haga sentir que eres lo más importante en la vida.

—Adele, no comiences...

—Jennifer Bond, dale una oportunidad a todo aquel que te tienda la mano cuando nota que no estás a gusto.

Y, así, Adele me decía en pocas palabras que me conocía. Me sentí vulnerable, me había acostumbrado a que las chicas fueran las únicas con las que podía abrirme sin que me señalaran, ese pequeño detalle lo olvidé y fui descortés e irónica. Apenas había socializado por el temor a que me recordaran esa maldita etiqueta de ser siempre la que daba el cante, añadiendo a Brad, y que pasara a ser la soltera de oro...

«*Se te olvida el beso con Fitz que todos han visto, hasta tus padres*». ¡Maldición! Ni siquiera había vuelto a hablar con ellos y era probable que mi madre estuviera por algún rincón llorando por haber hecho de las mías de nuevo. Era mejor esperar a que estuviera sobria para aclararle que todo había sido manipulado por el capullo de Gordon o irme sin hacer ruido.

—Está bien, Adele, si logras encontrar cómo poder volver a casa, te lo agradeceré, tal vez te invite a comer uno de estos días a mi humilde morada, no es igual que tu enorme casa, ni mucho menos como esta, pero tengo todo lo básico.

—¿Y desde cuándo sabes cocinar?

—Eso te lo responderé ese día, pero, te lo advierto, la invitación solo es para ti. —Ella sonrió.

—Trato hecho —me dijo abrazándome—. En un rato regreso. —Esperé diez minutos hasta que la puerta se abrió, siendo Fitz quien entraba.

—¿Qué coño haces aquí?

—Adele me dijo que me esperabas aquí.

Estaba patidifusa y no solo era porque estuviéramos en la misma habitación, sino porque acababa de ducharse. Me entraron ganas de acercarme, acariciar su rostro y alborotarle el pelo húmedo, pero tenía que ser consciente de que Adele acababa de pasar a mi lista negra por traidora. ¡Había caído en su trampa como una tonta!

—Adele nos las ha jugado.

—¿Qué quieres decir?

—Que hasta hace cinco minutos me imaginaba que estaría en mi ático sobre la medianoche atiborrándome de helado.

—¿Y eso por qué?

—¿En serio me lo estás preguntando?

—Jennifer, si es sobre mi error de besarte, lo siento.

¿Error? Así que para él era un error, sentí rabia, decepción y ganas de darle un guantazo. Me sentía abochornada, sí, me había vuelto a humillar. Ladeé mi cabeza y lo miré.

—¿Hablas del beso del *Twistter*? —Fijó sus ojos en mí frunciendo el ceño—. Lo había olvidado, al igual que ese maldito juego. Tengo el síndrome Dory, me distraigo con rapidez y no me tomo la vida en serio.

—Jennifer, ¿toda esa rabia que mantienes contenida es sobre el trabajo? Sería bueno que esperaras al lunes para que me reproches todo lo que te aqueja.

Lo miré sin pestañear, sorprendida, me pellizqué para comprobar si no era un sueño, pero no, él seguía frente a mí con esa fragancia del *after shower* que comenzaba a embotarme el cerebro, solté aire y lo miré.

—Lo tomaré en cuenta para el lunes, pero hoy es sábado y, gracias a Dios, me iré y mañana pasaré el día con Nilson. —Su mandíbula se tensó.

—Si me permites darte un consejo...

—Te lo permitiré, lo que no te garantizo es que lo siga. —Se acomodó las gafas soltando aire fuertemente por la nariz.

—Él no es lo que te demuestra.

—Al contrario de lo que acabas de insinuar, él ha dado en el clavo con lo que eres tú.

—¿Y qué se supone que soy?

—Un completo capullo.

## Ni el conejillo te trajiste...

Esperé a que me respondiera, que se disculpara y cuando creí que iba a hacerlo la puerta se abrió, Gordon entró con su maldita falsa sonrisa.

Nos observó y se cruzó de brazos, volteé los ojos y lo maldije. Carraspeó y sonrió de nuevo. Supuse que su mente marrana especulaba que, si nos dejaba a solas, saltaría encima de Fitz, abriéndole la bragueta de sus vaqueros y... ¡Mierda! Pero ¿por qué coño estaba pensando en sexo cuando él me acababa de menospreciar?, era momento de llamar a la empresa de transporte privado sin importarme la tarifa que pagaría, no podía estar ni un minuto más allí.

Saqué mi móvil del bolsillo, marcando e ignorando deliberadamente a Gordon y a Fitz.

—Hola, podría enviar un vehículo a Bath a... —Acababa de darme cuenta de que solo sabía dónde estaba, mas no la dirección exacta.

—¿Piensas irte? —preguntó Fitz, y lo volví a ignorar, todo estaba dicho. Lamentablemente, debía pedirle a Gordon la dirección de la casa y odiaba deberle el favor.

—Necesito que le des la dirección exacta de este sitio al teleoperador.

—No te irás —indicó Fitz.

—¿Cómo? —¿Quién diablos se creía para decidir lo que iba o no a hacer? No alcancé a responderle ya que en dos zancadas estaba frente a mí, quitándome el móvil de la mano y colgando la llamada.

—Pero ¿eres idiota o te lo haces?

—No hace falta insultar, si deseas irte por mi culpa, yo te llevaré.

—¡Jo, jo, jo! —exclamó Gordon logrando que ambos lo miráramos de mala manera para volver a fijar los ojos el uno en el otro.

—No necesito de tu caridad, imaginarme que me soltarás alguna de tus sandeces me provoca repulsión.

—¡Hostias! —soltó Gordon de nuevo.

—¡Lárgate, Gordon! —gritamos los dos. Bristol entendió de inmediato que, si no lo hacía, saldría malparado.

—¿Acaso no te cansas? —le pregunté con rabia—. ¿Puedes devolverme el móvil? No tienes derecho a colgar la llamada porque tú y tus santos genitales lo decidáis. Eres mi jefe en el trabajo, no aquí, o ¿es que el papel de Dios lo tienes tan asumido que tengo que hacerte una reverencia diciéndote: «¡Oh, Dios, eterno padre!, permitidme irme a mi humilde morada después de los ocho azotes que me habéis dado»?

—¿Eres así de dramática? —me preguntó devolviéndome el móvil. Abrí los ojos sorprendida por cómo acababa de tildarme.

Definitivamente, sabía callarme y dejar mi maldita mente en blanco. Podía insultarlo, pero ¿de qué serviría?, perdería el tiempo y aquella discusión a la que debía ganarle, costase lo que costase, no iba por buen camino. Cerré los ojos para calmarme antes de que la desquiciada de Jennifer Bond naciera dentro de mí.

—Mira, Fitz, actuemos como adultos y...

—Es lo que intento —me interrumpió, y yo me lo creí. Estaba viviendo una situación de esas como cuando te pillaba la policía y explicabas haciendo aspavientos en el aire que apenas

probaste un par de copas e ibas más piripi que nunca.

—Así que lo intentas —repetí—. Entonces deberías dejarme ir —indiqué moviendo mis dedos índice y del medio como si fuesen dos piernas— y no seguir reteniéndome o ¿es que quieres volver a besarme y no sabes cómo pedírmelo porque sabes que la has cagado? —No respondió, aunque sus ojos sí lo hicieron al abrirse del todo. No, eso era imposible, minutos antes me dijo que había sido un error, me atreví a mirarlo, y pasó la lengua por sus labios. Estaba nervioso. ¡Mierda, mierda! ¡Maldita sea!—. Fitz, creo que... —No iba dejar que pasara de nuevo, a pesar de sentir ese cosquilleo en mi cuerpo. Era absurdo, cuando era evidente que para él era una psicópata que no tenía respeto alguno hacia el resto—. Acabo de entender lo que querías decir con que había sido un error, es cierto, ha sido...

No pude terminar la frase, los gritos de Gordon nos interrumpieron junto a esa voz chillona que era inconfundible; mi madre.

—Jennifer, ¿qué diablos estás haciendo ahora?

—Estaba a punto de echar un polvo mamá —le respondí. ¿Qué diablos habían echado en la comida para que a todos les diera por andar juzgando y haciéndose los héroes? Mi madre, al escucharme, se llevó la mano al pecho—. Deja el drama, mamá. —Me callé de inmediato comprendiendo lo que quería decir Fitz y sin poder disimular lo miré.

«*Créeme, Jenny, voy a reírme y recordar toda tu vida lo que está pasando. ¡Maldito karma! Volví a mirarla y sin más comencé a reírme. Eres una traidora, maldita conciencia.*»

Me miraban mientras reía por lo irónico de todo, y el rostro de mi madre poco a poco fue cambiando, en cualquier momento sería una *X Woman*. Durante mucho tiempo ella intentó emparejarme con los hijos de sus amistades, fue entonces cuando comencé a hacer de las mías para que se diera cuenta de que era yo la que tenía que escoger y me presentaba con aquellos que le ponían los vellos de punta y, para mortificarla aún más, se me ocurría llevarlos en ocasiones especiales.

—Disculpa, pero Jennifer miente —explicó Fitz, dejándome con el culo al aire—. Manteníamos una conversación. —Estuve a punto de llevarle la contraria y contar lo que realmente quería hacer, sin embargo, ¿de qué me serviría? Seguiría negándolo una y otra vez, lo cual llevaría a que Gordon Bristol se riera de mí durante los próximos años.

—¡Me has pillado! Ha vuelto tu Bond, Jennifer Bond, mamá. —El rostro de mi madre comenzó a cambiar gradualmente de color—. Quería recordar viejos tiempos, a pesar de que ahora tengo más de treinta años, y Fitz —lo llamé. Me importaba muy poco lo que hiciera a partir del lunes—, eres exactamente esa clase de hombres con la que no tendría jamás una relación, prefiero mil veces un chico malo que lo sepa al conocerlo que aquellos que lo disfrazan. Ahora, si me permitís, me voy a pillar una cogorza para olvidar este maldito día.

Sin decir nada más, salí de ese despacho injuriando a todos, desde Gordon hasta Fitz, que al parecer su palo metido en el culo no dejaba que se acercara de nuevo a las plebeyas como yo, un desliz se perdonaba, dos no. Me encaminé hasta la cocina en la que había una multitud de gente del *catering* y cocineros, exigí que me dijeran dónde estaban las botellas de *whisky* o de lo contrario llamaría a Adele y armaría el drama.

«*Terminarán llamándote dramática de verdad. Voy a aclararte un par de cosillas, querida conciencia, si te comienzan a etiquetar, debes darle una buena razón para que lo hagan, de lo contrario, no sirve de nada.*»

De inmediato me dio la botella junto a un vaso de cristal y me fui hasta la casita. Abrí la puerta, enfadada, indignada por no encontrar la forma de irme y no podía volver a llamar a la compañía, seguía sin saber muy bien la dirección, al recordarlo, llené el vaso y lo bebí de un tirón

quemándome la garganta.

—¡Sí que quema de verdad! —Siempre había pensado que en las películas exageraban cuando hacían esa escena.

Quemaba tanto que terminé carraspeando y limpiándome una lágrima que se había escapado, decidí ir a la nevera en busca de hielo, no volvería a beber el *whisky* así y al abrirla vi que efectivamente estaba atiborrada de toda clase de chocolate, ¿es que acaso estaban seguros de que esa sería la noche de las orgías y empotramientos?

Supe que, siendo una de las pocas mujeres solteras y sin compromiso, en aquel lugar me convertía en la pobre y patética Jennifer que no se comería ni un plátano. «*Ni el conejillo te trajiste*. Así es, querida, esta vez no me acompaña». Llené el vaso de nuevo recordando con amor a cada familiar de Gordon y de Fitz, sobre todo, de él, que estaba convirtiendo mi vida en un infierno de narices.

—No es justo todas esas sensaciones que despertaste cuando me desvestiste, porque eso hiciste, ni que ese beso que me diste se mantuvieran latente sin poder darle un nombre —admití—. ¡Juro por todas las bragas que se estén fabricando en estos momentos que encontraré la forma de devolverte cada uno de tus menosprecios, Fitz!

Volví a llenar el vaso sellando ese juramento hasta que me fijé en que había un Sistema Sono, como el que había comprado meses antes cuando me propuse cambiar mi vida, por lo que sonreí. Si para todos había vuelto la Jennifer que daba el cante, cerraría esa horrible noche de la mejor forma, cantando *I Will Survive* a todo pulmón.

## La decadente muerdepolvos de Jennifer Bond ha caído

El cantar de un pajarillo retumbó en mi cabeza como el golpe a rabiarse de un martillo. Me llevé la mano a la cabeza y sentí la boca pastosa. Abrí un poco los ojos mirando a mi alrededor sin saber cómo había llegado hasta allí. De hecho, estaba acostada en una cama, pestañeeé varias veces y comprendí que era una habitación. Miré hacia abajo y me di cuenta de que estaba en camisilla, por lo que abrí los ojos, levanté la manta y me encontré en bragas, las putas bragas de la abuela que solía ponerme para hacerme mejor silueta.

Pero ¿qué coño había pasado? De inmediato me levanté provocándome un mareo acompañado de una gran puntada en la cabeza. La última vez que había vivido algo parecido fue un par de años antes con Ruperta y Yanira Guacimara. Decidimos irnos el fin de semana a Manchester, perdersen en la noche y no recordar nada en los siguientes años. Lo cumplimos a rajatabla, ese viernes cogimos la cogorza del siglo que me llevó a que el sábado terminase enrollándome con un hombre al que, hasta el día de hoy, no he podido recordar la cara.

Miré detenidamente la habitación y vi el bolso, por lo que busqué la parte de abajo del pijama tratando de recordar cómo demonios había acabado ahí semidesnuda, antes iría al baño a refrescarme la cara. Busqué mi neceser de productos cosméticos y al salir me encontré varias puertas cerradas, no tenía ni idea de cuál era el servicio y odiaba tener que abrirlas al azar, no quería ver cuerpos desnudos o en posiciones que se clavaban en la mente para fustigarte luego diciéndote: «mira lo que otros hicieron aquel sábado del cumple del cachorrillo de Adele». Tenía que dejar de desvariar y averiguar cuál era el baño, y apenas podía unir ideas, por lo que fui a lo más cómodo: al pinto, pinto.

Afortunadamente, la puerta escogida era la correcta, me acerqué al espejo y reprimí un gemido del susto en cuanto me vi. Tenía el rímel y el delineador corridos, parecía que llevaba dos parches negros en los ojos. Abrí el grifo cogiendo suficiente jabón del dispensador para intentar adecentarme. Resignada, después de ver que apenas tuve resultado, opté por lavarme los dientes y mantener ese amargo sabor en la boca, al salir volví a la habitación para vestirme y llamar a mi padre para pedirle que nos fuéramos de allí.

Quince minutos después me dirigí a la planta inferior y, a medida que bajaba los escalones, la punzada de la cabeza crecía, me imaginé que si Adele pensaba que éramos los niños del concurso de Charlie<sup>[6]</sup> debía de tener en algún cajón de la cocina analgésico y al llegar a la cocina me encontré con Fitz, no era justo que tuviera que verlo desde temprano.

—Buenos días, Jennifer.

—Buenos días —lo saludé evitando mirarlo buscando en los cajones el analgésico.

—¿Qué buscas?

Lo ignoré, me dolía demasiado la cabeza para respuestas, además, no era normal que después de lo que le había dicho me sentara con él a contarle sobre la punzada en mi sien y lo destruida que me sentía. Los pasos de otra persona bajando los escalones me hizo girar para encontrarme con la sonrisa burlona de Tom.

—Jenny, ¡vaya espectáculo diste anoche!

¿Espectáculo? Mi mente pasó a modo alerta. Traté de recordar y al hacerlo volvía el martilleo en mi sien. Era una desgracia, necesitaba conocer los detalles, no podía preguntarle a Tom delante

de Fitz, era violento tenerlo a mi lado y escuchar quién sabe qué, sin olvidar que era mi jefe y no había nada peor que tu jefe conociera tus secretos más vergonzosos. Seguí fingiendo buscar el analgésico y lo único que encontraba eran utensilios de cocina. No podía creer que no dejaran ni siquiera un antigripal.

—Jenny, estamos en familia, no me ignores o cuento el día en que... —Abrí el cajón de los utensilios y saqué un cuchillo poniéndolo en la encimera con más ruido de lo normal.

—Si no quieres que tu mujer quede viuda antes de tiempo, te recomiendo que no chantajees al personal. Además, ¿qué coño haces aquí?, si eres casado. —Tom soltó una carcajada a la vez que sacaba una taza de café y ponía una cápsula en la cafetera.

—¡Esa es la Jennifer camorrera que conozco! Se te olvida que tengo enchufe para lograr lo que quiera —soltó para provocarme más—. Fitz, deberías contarle qué encontraste. —Abrí los ojos. ¿Qué diablos tenía que contarme? Sentí que me iba a desmayar y traté de recordar. Mi mente se negaba a darme luz a esa incertidumbre que comenzaba a hacerme sudar y acelerar mi ritmo cardíaco. Tom se acercó a mí con sigilo, despejó mi oreja de mechones de pelo—. Tienes razón en que tiene metido un palo en el culo —murmuró—. Lo de que te eriza la piel tendrás que explicárselo —aclaró para ponerse a mi lado esperando mi reacción, la cual no pude disimular, ladeando mi cuerpo hacia él, imaginándome un sinfín de reproches que esa noche quise echarle en cara.

«¡Mierda, mierda, mierda!, ahora sí que la he cagado».

—No tengo nada que contar —respondió Fitz levantándose y lavando en el fregadero el plato que había usado para desayunar, evitando mirarme a la cara.

—¡Venga, Fitz! Fue divertido —prosiguió Tom. Tenía que hacer callar a ese cabrón, estaba logrando que me sintiese insegura.

—Si he dicho algo imprudente fue bajo los efectos del alcohol. —Tom rio a carcajadas.

—Es la peor excusa que te he escuchado, Jenny, pero, no os preocupéis, lo que pasó en la habitación lo sabéis vosotros dos.

«¿Habitación?». Y recordé que al despertar estaba semidesnuda. No, no podía ser que follara con Fitz. Tener sexo no era coser y cantar. Bueno, algunos tenían esa debilidad, pero no era mi caso, ni siquiera en aquel fin de semana en Manchester que a pesar de estar muy borracha recordaba lo más explícito.

Necesitaba despejarme y enfrentarlo si deseaba saber qué había hecho. Me giré del todo y le quité a Tom la taza de café de la mano, enseguida protestó, y lo ignoré con alevosía, era su culpa que estuviera a punto de un colapso nervioso. En cuanto vi que Fitz subía las escaleras lo seguí.

—Fitz, cualquier cosa que haya dicho ayer ha sido culpa de una botella de *whisky* y el apenas comer, lo siento si te he ofendido.

—No tienes que pedir disculpas, espero que te encuentres mejor, pensé que te habías tomado el analgésico que te dejé en la mesita de noche. —Evité todo lo posible disimular mi sorpresa, aquel asunto cada vez era más vergonzoso, sobre todo, al saber que Tom no estaba exagerando. Sonreí nerviosa y me acomodé el pelo tratando de ganar tiempo.

—No lo vi, lo siento.

—Deberías ir a por la píldora, me imagino que es lo que buscas con tanto empeño —me dijo acomodándose sus gafas y con esa sonrisa burlona con la que lo conocí.

¡Maldita sea!, ha sido él, ha sido quien me ha desvestido y me ha visto las bragas de la abuela. ¡Vaya vergüenza! Por regla general esas bragas solo eran mostradas cuando la relación era consolidada, y no tenía ninguna relación con él... «*Tienes una, Jennifer, es tu jefe...*».

—¡Sí, sí! Ve a por ellas —sugirió con cinismo Tom—. Así aclaras ese misterio que envuelve

tu mente.

Estaba avergonzada, agobiada y de malhumor para que Tom siguiera martirizándome. Fitz lo observó frunciendo el ceño, pero no le dijo nada y subió las escaleras. No estaba segura de si debía seguirlo y pedirle que me contase lo que había hecho, aunque no pudiera volver a mirarle a la cara en la vida o esperar a que cerrase la habitación en la que había dormido. Estaba metida en un lodazal hasta la coronilla.

Tom carraspeó tan fuerte que me hizo girar a la espera de que siguiera soltando a cuentagotas el broche final de mi desastroso espectáculo.

—Ese hombre es raro de cojones.

—¿Qué quieres decir?

—¿En serio no te acuerdas de nada de lo que hiciste y dijiste?

—¿Crees que si lo recordara estaría aquí esperando a que dejes de ser tan capullo? —Tom volvió a reír.

—Te lo voy a contar, pero primero debo llevarle el café a mi reina, ya que ahora te has convertido en una vulgar ladrona.

—¿Y esperas que te crea eso? —le respondí taconeando el piso—. Que te lleven el café a la cama implica luego ejercicios físicos placenteros.

—¡Qué educada te has vuelto!

—¡Vete al infierno! —grité cansada de su tontería.

Decidí ir a la habitación donde estaba mi bolso y al abrir la puerta lo primero que vi fueron los analgésicos junto a un vaso de agua. El sentimiento de culpa y el desconocimiento de todo lo ocurrido me agobiaban mucho más.

Cogí la píldora junto el vaso del agua dejando la taza en la mesita de noche y me tiré en la cama cerrando los ojos, tratando de respirar con lentitud para encontrar la manera de que mi mente trabajara de verdad. Empecé a tener ráfagas de imágenes que conforme pasaban los minutos fueron más claras y vaticinaban lo peor que había hecho en mi vida.

Yo, cantando a todo pulmón. Yo, cantando subida a la mesa del pequeño recibidor. Yo, poniendo la botella de *whisky* como micrófono hasta que la puerta se abrió y era él... Yo, que resoplé exageradamente en cuanto lo vi. Yo, bajándome de la mesa para señalarle con el dedo hasta tocarle el pecho. Yo, preguntándole por qué tenía el pecho tan duro. Yo, pidiéndole que me dejara a solas. Yo, pidiéndole luego que no lo hiciera... Yo, cantando mi repertorio de canciones de Spotify. Yo, cantándole *Got the feeling* subiéndome al cabezal de sofá para, segundos después, tropezarme y, gracias a sus reflejos, terminar en sus brazos, en donde sus ojos se fijaron en los míos con tanta intensidad que creí que me volvería a besar.

Sin embargo, la puerta volvió abrirse y el muy cobarde me dejó caer al suelo, recordé que me levanté como si fuera experta en *break dance* y le reproché por soltarme, por menospreciarme y, sí, le confesé que había herido mis sentimientos, sintiéndome como una mierda, para que luego me besara como lo hizo, como nadie lo había hecho, hasta tal punto que no podía borrar la sensación latente de sus dedos logrando erizarme la piel en tan pocos segundos que ansiaba que recorriera mi cuerpo como hasta entonces nadie había logrado, y mi lengua suelta tenía que seguir diciéndole que ese palo que tenía metido en el culo era el que lo llevaba a esa actitud tan desquiciante. ¡Mierda! Me tapé la cara. La había cagado innumerables veces en mi vida, pero como la noche anterior nunca.

—¿Ya lo has recordado?

—Pensé que esa fea costumbre de entrar con sigilo la habías desechado al casarte—respondí levantando un poco la cabeza.



—Las viejas costumbres no se olvidan —dijo lanzándose a la cama—. Conozco a Fitz desde hace un par de años y, créeme, es la primera vez que lo he visto tan nervioso.

—¿De qué os conocéis?

—Estudió algunas materias con Adele y solía ir a casa y siempre ha sido así.

—¿Así cómo?

—Muy estirado, muy educado y muy correcto. —Tom echó una pedorreta con la lengua y la mano—. Casi me meo cuando le gritaste que debería echarle vaselina al palo que tenía metido en el culo. —Me tapé la cara con mi brazo. ¿Cómo demonios iba a verlo al día siguiente en el trabajo? ¿Cómo iba a dirigirme a él sin sentir esa vergüenza que crecía cada minuto? ¡Menuda mierda de cogorza! Tenía que pensar en cómo disculparme y explicarle que todo lo que había dicho era culpa de mi puta imaginación, que era increíblemente exagerada... «*Nadie se va creer esa excusa tan estúpida, Jenny*. Entonces, haremos que se lo crean»—. Por su culpa perdí una apuesta. —Cuando mi primo hablaba de apuestas me imaginaba lo peor.

—¿Y qué coño apostaste?

—Que terminaría con Neill, ¿te acuerdas de él? —Y se rio a carcajadas.

—¡Qué prejuicioso eres!

—¡Vete a la mierda, Jenny! —Buscó una almohada y se acomodó cruzando los pies—. No me negarás que esa actitud te lleva a sacar conclusiones y el muy capullo tenía novia, sí, una novia que no se mezclaba con la plebe y se casaron. Una gran boda en la que me lie con una titi pija que gemía como un becerro. —Se carcajeó.

—¿Es casado?

—No tengo idea de qué pasó, se había ido a vivir a Escocia con su mujer de revista y poco después Adele me contó que se separaron sin darme detalles de nada más, hasta hace poco que me topé con él en el cumpleaños de Gordon.

—Apuesto a que su ex lo dejó por ser igual de insoportable en la cama. —Tom se rio a carcajadas.

—Dudo que te parezca insoportable si deseas que sus dedos te recorran...

—¡Basta! —exclamé avergonzada—. ¡Puta borrachera de mierda!

—Las primeras borracheras las tuviste conmigo, así que deja esa excusa para tus amigas, lo que soltaste ayer no fue producto de una botella —me dijo ladeando la cabeza—. ¿Dónde coño has conocido a Fitz para que te hiciera morder el polvo de esa manera? Para terminar siendo la decadente Jenny muerdepolvos.

## Aquellas afortunadas visitas

Odiaba que me dijese que me había vencido, ya bastante tenía con tener esa tensión por la humillación que me hizo en la empresa para que también Tom creyese que me atraía. Todo aquello me trasladaba a mi relación con Brad, me alejé de todos con los que él no se sentía a gusto, otra de las actitudes que hasta que no sales de ese círculo vicioso no te das cuenta del daño que te has hecho.

Tom notó mi silencio y para animarme me dio unos cuantos codazos hasta que terminé quejándome, finalmente le conté cómo lo había conocido logrando que se riera de mí un buen rato e, imitándolo, esa vez la que rio fui yo. Me era difícil ignorar que echaba de menos aquellos momentos en donde los dos nos juntábamos y nos burlábamos del mundo.

Mi padre me llamó al móvil para indicarme que volvíamos a Londres, a mi casa, a mi sofá, para atiborrarme de helado y para ver una y otra vez películas románticas, a la vez que pensaba en cómo enfrentaría a Fitz y también en cómo actuaría. Llegué a la conclusión de que seguiría tratándome distante y con esa soberbia que me indignaba, ya que lograba que la inseguridad creciera en mí a cada minuto, debía parar de darle vueltas a la cabeza o me volvería loca.

Una vez en casa, me dispuse a llevar a cabo todo eso que tenía tan claro que pasaría en las siguientes horas; desde una ducha, ponerme el pijama, seguir a la cocina para llenar una taza de helado y tirarme de nuevo en el sofá para ver pelis y, cuando me aburriera, iría a la cama para jugar con el vibrador, pero el telefonillo de casa sonó. No esperaba visitas, a no ser que fuese uno de esos protagonistas de mis libros preferidos que venían a poseerme y hacerme la vida más feliz.

Aquello de querer sustituir a un hombre real por uno de los libros no era una buena solución, aunque, si lo miraba desde otra perspectiva, eran mucho mejor que alguno real que me amargara la vida. Con el de los libros, al menos, tenía la ventaja de que nunca discutiríamos y que en el momento de poseerme hasta morir lo podía lograr con la ayuda del conejillo rosa. El telefonillo volvió a sonar y grité un: «¡Ya voy!».

«*Como si el que está abajo te escuchara.* Paso de responderte, no tengo ánimos».

—¡Sorpresa! —Escuché al descolgar.

—Chicas, ¿qué hacéis aquí?

—Ruperta, me parece que no nos va abrir. —Insinuó Yanira Guacimara.

Lo hice, con la clara intención de que al llegar a mi puerta les notificaría que no deseaba ser de ninguna secta o religión y que no aceptaba transfusiones sanguíneas, pero las muy zorras se adelantaron alzando la voz más de la cuenta describiendo las últimas aventuras de Úrsula, posturas y diferentes juguetes. Les abrí antes de que mis vecinos salieran frunciendo el ceño. Ambas se sentaron y me miraron fijamente esperando quién sabe qué.

—¿Qué pasa?

—Me debes cincuenta libras —dijo Ruperta a Yanira Guacimara. Levanté una ceja esperando saber a qué se debía esa apuesta.

—¡Joder, Jenny! ¿No podías fingir un poco? —me reprochó y mientras lo hacía estaba cada vez más desconcertada, hasta que comprendí la visita, la apuesta era un daño colateral de la noche anterior.

¡Mierda! No necesité que me explicaran nada, me levanté en busca de mi móvil, maldiciendo

cada vez más esa brillante idea que se me cruzó por la mente.

«Es tu culpa, querida conciencia. *Por supuesto, he sido yo quien te puso la pistola en la sien para que bebieras hasta caer en la inconciencia*». La ignoré pensando que aquel día era uno de esos que jamás debió ocurrir. No podía desmentir nada de lo que sucedió, ya que las pruebas estaban en el móvil al que no le había prestado atención hasta que mi padre me llamó, respiré profundo y abrí el grupo.

Cada vez que mi dedo bajaba, veía los selfis que había hecho y enviado, hasta que llegué a la hora más o menos en que recordaba haber comenzado mi maldita fiesta particular. En realidad, apenas había escrito, solo había selfis en diferentes posiciones: con y sin la botella, mostrando el sujetador y las bragas, hasta que comencé a reproducir el vídeo que había enviado.

Mi voz era lamentable, pero el vídeo más, les explicaba dónde la había comprado y la función que le daba mostrando cómo me quedaba, por lo que Yanira Guacimara y Ruperta estallaron en risas.

—Solo a ti se te ocurre ir a una fiesta infantil con semejante antigüedad —dijo Rup secándose las lágrimas—. Y vas y cuentas que trataban de que te enrollaras con el que es tu jefe, es comprensible que el hombre huya ante ese cinturón de castidad, y yo que creía que eso era solo para no irte con nosotras a ligar. —Resoplé.

—Ahora vais a decirme que no tenéis una, cuando todas las mujeres del mundo usan bragas tipo fajas.

—Yo no —respondió Ruperta observándome con una ceja levantada—. Y no dudes de mi palabra o te hago un cruce de piernas a lo *Instinto Básico* —me dijo simulando hacer el movimiento.

—Por favor, Ruperta, no me apetece ver nada.

—¡Santurronas! —nos reprochó—. Sabéis que tengo razón, a Úrsula hay que llevarla bien acicalada y al aire libre, por si un día tiene oportunidad de engullir. —Yanira Guacimara comenzó a reír.

—Voy a estar por esta vez del lado de Jenny —me defendió Yanira Guacimara—. Confieso que tengo una, lo que es menos alta que la de Jennifer, la de ella parece un vestido —añadió riéndose.

—Luego os quejáis de que no ligáis, pero si andáis usando ese tipo de prendas... —nos reprendió Ruperta—. Así se le va la libido a cualquiera, hasta a mí.

—En todo caso, no sé si darte la enhorabuena por haber sobrevivido —exclamó Yanira Guacimara.

—Por momentos, antes de que decidierais venir a burlaros de mí, pretendía pasar a estado vegetativo.

—¡Qué mal! Así que te hemos fastidiado la maravillosa velada, y yo que quería llamar al japo. —Me miró Yanira Guacimara con un puchero en la boca.

—¡Japonés otra vez! —protestó Ruperta—. Yo quiero carne, además, tú me prometiste ir a un español para comer chorizo del bueno.

—¿No te cansas de estar siempre pensando en sexo? —Ruperta abrió los ojos y se señaló.

—¿Me acabas de acusar de pensar en sexo? Solo he expresado mi gusto por un buen chorizo, allá aquellas que tienen la mente marrana —se defendió mirándose las uñas.

—Siempre nos desviamos del tema, hemos venido con una intención y la culpable no sabe cómo intentar que nos olvidemos de lo de anoche, pero los selfis y los vídeos me hicieron recordar ese fin de semana en Manchester —dijo Yanira Guacimara.

—Es cierto —añadió Ruperta—. Fue nuestro *Resacón en Las Vegas* y me es imposible olvidar a ese hombre.

—Ni al de Jenny.

—Prefiero con el que terminé follando que el de la legión Ho... —Le hice una peineta, rieron de nuevo y así mis amigas lograron abrir la caja de pandora con ese hombre que mantenía en el fondo de mis recuerdos.

—Creo recordar que la del bicho fuiste tú, Ruperta —respondí con una ceja levantada.

—¡Hostias! Es cierto que lo apodamos el bicho. —Empezaron a reírse a carcajadas—. Pero es que nunca me imaginé que terminaría en la cama con un hombre así. —Volvio a reírse—. Toda la noche diciéndome: vas a disfrutar con el príncipe Alberto, voy a hacerte ver las estrellas con el príncipe Alberto, y yo comenzaba a pensar que la tenía enorme y todo ese misterio era por el nombre del *piercing* que se había puesto en la cabeza de la polla.

—Ruperta, no queremos escuchar de nuevo los entresijos de esa noche, que ya nos los sabemos.

—¡Está bien! No contaré mis anécdotas, pero no negaréis que era el más normalito de los tres.

—Tenías que volver a decirlo —le reproché.

Las tres vivimos experiencias distintas. Nos enrollamos, sí, pero con los hombres más extraños que podíamos tropezar. Ruperta con el que tenía un *piercing* en su miembro. Yanira Guacimara hizo contactos durante una hora, aceptó varias copas con señas, bailó y volvió a aceptar copas de esa manera, sin mucha conversación, accediendo a ciertas caricias y ronroneos que la llevaron a ir a más. Hasta que habló, la voz era lo más parecido a cuando inhalabas helio, por lo que no pudo fingir y estalló en risas ofendiendo al hombre que la mandó a la mierda.

Yanira Guacimara esa noche no tuvo sexo, pero sí un ataque de risa inolvidable. Sin embargo, ninguna olvidaba al hombre con el que me acosté. Después de marear la perdiz y haber tenido sexo, me sujetó el pie para confesarme que era de la legión de Ho No Hana. Me reí al segundo pensando que me tomaba el pelo, pero no fue así, agarró mucho más fuerte el pie y comenzó a decir cosas bastante incoherentes, para luego nombrarme una serie de enfermedades preocupante y culminar informándome de que él era el nuevo mesías. Por supuesto, me puse la ropa y salí corriendo, lamentando lo bajo que había caído.

Sin embargo, después de mi penosa confesión a Fitz, esa anécdota se quedaba en nada y me acordé de que en ese entonces deseé que esa película de *Atrapado en el tiempo* ocurriera de verdad, claro está, cambiaría la hora de despertarme por la hora de la noche anterior y, antes de que siguieran burlándose de mí, mi móvil comenzó a sonar salvándome de ello, aunque Ruperta fue más rápida que yo al ver el nombre.

—¿Nilson? —preguntó—. ¿Este no es el que tu Úrsula engulle su anguila?

—Me reservo mi derecho, querida jueza. —Le pedí mi móvil con la mano antes de que la llamada se cortara.

Me lo dio con burla, volviendo a hacer gestos obscenos. No entendía cómo podía trabajar en el Gobierno cuando el respeto era lo que menos ejercía. Nos conocimos en la universidad, pero ella decidió dirigir su camino hacia las leyes y luego a la política, desafiando a todos aquellos conservadores y ganando juicios sin temor a menosprecios de sus compañeros.

¿Cómo le explicaba a Ruperta y a Yanira Guacimara que tal vez tendría plan? Ladeé la cabeza y las observé esperar qué iba a decir.

—¡Sois unas zorras! —Rieron a carcajadas y las hice callar en cuanto respondí.

—Jennifer Bond, he tenido que llamarte para saber de ti —me saludó desde el otro lado de la línea.

Sentí remordimientos de conciencia, él esperaba mi llamada, y yo no estaba aún muy en mis cabales tras la borrachera de la noche anterior. Comenzaba a preguntarme si no me merecía algún

premio a la vergüenza o algo así y me imaginé cómo serían esos premios; una figura de un hombre mostrando el culo y tapándose la cara sería la perfecta.

—Lo siento, he tenido un fin de semana familiar —respondí con la verdad y es que en algún momento de niñez me enseñaron a ser sincera, no obstante, el intento de una carcajada sonora de Yanira Guacimara me estaba dejando en evidencia.

—Los fines de semanas familiares son agotadores.

—Sí, demasiado, por lo que necesito revitalizar el cuerpo. —Esa vez no pudieron reprimir la risa ninguna de las dos y volvieron con gestos obscenos.

—Me parece que tienes compañía, si quieres te llamo en otro momento.

—No, ignora a las estúpidas de mis amigas. —Protestaron y gritaron devolviéndome el insulto.

—Espero no tenerlas nunca como enemigas —respondió. Sonreí logrando que volvieran a sabotearme la llamada.

—¡Basta!

—Y también espero que nunca me ordenes así mientras follamos.

—¿Y qué te hace asumir que sucederá esa actividad? —A pesar de intentar decirlo disimuladamente, mis amigas pillaron la conversación y volvieron a lo mismo.

—Tus amigas se han ganado mis respetos.

—No los míos —respondí a la vez que las miraba con ganas de clavarle cuatro estacas a cada una por demoniacas, y él rio. Me levanté y fui hasta la habitación para tener más privacidad, aunque siguieron insultándome—. Discúlpalas —proseguí—. Han venido a casa a perturbar mi paz y mi proceso para revitalizarme.

—Sabes que soy un buen candidato en eso revitalizar el cuerpo.

—Tienes razón, el único inconveniente que veo es que tendrías que venir a casa, y entre ambos intentar echar a estas dos arpías que no lo pondrán tan fácil. Si lo logramos, te garantizo que tengo un buen sofá, no como el que tienes en casa, pero da mucho juego. —Rio a carcajadas.

—Pídelo por esa boquita y en quince minutos estaré en tu casa.

—Quince minutos es mucho tiempo.

—La que es agente secreto eres tú.

Me mordí el labio pensando en que lo improvisado salía mucho mejor que lo que se planificaba. Acepté y colgué para cambiarme a toda pastilla, mientras escuchaba a Ruperta decir toda clase de estupideces. Me coloqué un vestido y decidí quitarme las bragas, así ahorraría un paso y, para cuando comencé a peinarme, el telefonillo de la planta baja comenzó a sonar, me apresuré a contestar antes de que lo hiciera una de ellas.

—Querida Yanira Guacimara, la Úrsula de Jenny va a engullir anguila hoy.

—Alguna vez podrías dejar la ordinariez.

—En el trabajo lo hago, en todo caso, si quieres que nos vayamos solo tienes que decirlo.

—Sí y no.

—Orgías no hago, no van conmigo —respondió fingiendo mirarse las uñas. Odiaba que me conocieran tan bien. Decidí ignorarla mientras pensaba en cómo deshacerme de ellas.

—Hola, Nilson, ya bajo.

—¡Ya baja, dice! Ni zapatos te has puesto. La próxima vez tendrá que ingeniárselas para echarnos.

—De verdad, ¡cuando queréis sois unas capullas! —Me lanzaron unos besos al aire.

—Ho... ¡Hola, Nilson! —respondí nerviosa.

—Hola, Jennifer Bond —me saludó mostrando una botella de vino y dos copas. Su cabello estaba húmedo y su fragancia de *after shower* inundó mis fosas nasales.

—¿Qué te trae por aquí?

—Ofrezco servicios de masajes al completo, incluidos los tántricos —insinuó alzando ambas cejas, y reí. Lo dejé pasar y, en cuanto lo hizo, me empujó contra la puerta pegando su cuerpo al mío—. ¿Te apetece beber un poco de vino?, así vamos calentando motores.

Asentí y no hizo falta ni que le diera sacacorchos, se había traído uno que sacó del bolsillo trasero de su pantalón. Sirvió las copas y empecé a hacerlo a sorbos, a la vez que me miraba a los ojos, pegando la botella en mi pierna. El calor del vino pasando por mi garganta y el frío de la botella contra mi piel era una mezcla explosiva que despertó mis entrañas. Bebió lo que quedaba en la copa para besarme lentamente, mordéndome el labio. Sujetó la copa y la botella con una mano y con la otra comenzó a jugar con mi ropa. Me acerqué mucho más, acomodando mi cadera, rozando nuestros sexos, ladeó la cabeza levantando una ceja y mostrando la sonrisa de lado que me mataba.

—¡No tenéis vergüenza! —soltó Ruperta

—¡Santo Cristo bendito! —exclamó Yanira Guacimara en español y abanicándose—. No hay derecho.

—Dime que esas son tus amigas —susurró acercándose al oído mientras con su nariz me acarició la oreja, erizando toda mi piel. Ladeé la cabeza para observarlas con ganas de asesinarlas. Había escuchado siempre que la venganza era dulce, pero mis amigas esa vez se esmeraron a lo grande.

—¿Amigas?, ¡qué va! Son desconocidas, seguramente no tienen ni idea de qué es una verdadera diversión. —Sin decir nada más me separé, sujetándole la mano, y lo arrastré conmigo pasando por el lado de mis queridas amigas en donde me detuve unos segundos—. Os tomaré en cuenta para mi herencia.

## Los lunes fueron creados por gente insensible

Si dijera que no disfruté de esa visita inesperada de Nilson mentiría, el problema era que pensé que me haría olvidar las sensaciones del día anterior y no fue así, a pesar de que, al entrar a mi habitación y descubrir el conejillo rosa para que fuera su aliado, me llevó a revivir viejas costumbres que creí que no aparecerían nunca más y me frustraba que después de un año Brad siguiera siendo parte de mi vida.

Creí que al volver a tener sexo no tendría que fingir, sí, fingir... Con Brad lo hacía, me daba vergüenza contarles a Ruperta y a Yanira Guacimara lo que sucedía en mi relación, incluso me metí en la cabeza que de vez en cuando que una mujer fingiera era normal. En cuanto abrí los ojos y lo eché de mi vida, comprendí que pensaba en él antes que en mí, y eso volvió a pasar con Nilson.

No es que no me corriera, finalmente tuve un orgasmo, pero después de que él volviera a su casa, y no fue su culpa, era un experto en llevarme al límite. «Pero tú, maldita conciencia, no tuviste mejor idea que recordarme todas las sensaciones vividas con Fitz. *¿Me culpas a mí? Es el sistema límbico que últimamente está más activado que nunca y es quien te está recordando el beso, las huellas de sus dedos en la piel y... ¡Basta!*». Resoplé y me obligué a que mi lado lógico y razonable comenzara a trabajar.

Todo tenía una razón y era lo vulnerable que había estado el fin de semana, por eso tenía que detener a ese tal sistema límbico para que dejase de apoderarse de mí.

«*Al final me das la razón. Haré que no te he escuchado, querida conciencia*».

Me maldije por darle vueltas al tema, lo más razonable que sucedería con Fitz era que me tratase con más frialdad que nunca, incluso al ver que había vuelto al trabajo un día antes. Subí al ascensor y antes de que se cerrara apareció él, sí, como si lo hubiera llamado con la mente.

—Buenos días, Jennifer.

—Buenos días.

De todas las personas que trabajaban en esa empresa la que menos deseaba ver era a él. Su pelo volvía a estar peinado perfectamente y la sombra de barba había desaparecido. Las puertas se cerraron y él ladeó su cuerpo, fijando toda su atención en mí. Sus ojos se clavaron en los míos, haciéndome sentir de nuevo ese cosquilleo que recorría mi cuerpo como si fuera un corrientazo que sientes al tocar algo eléctrico en mal estado.

—¿No te reincorporabas mañana?

—Sí, pero sé que hay mucho trabajo por hacer, además, me gustaría saber a qué proyecto me han reasignado.

—¿Reasignado? Yo no he encargado nada de eso, lo que pedí es que sustituyeran a Gregory como supervisor.

—¿Cómo? Si para ti soy una inútil.

—Jennifer, mi intención nunca ha sido esa, pero reconoce que... —Las puertas del ascensor se abrieron a la vez que varias personas entraron logrando que, lo que estaba a punto de convertirse en una discusión, terminara y me negaba a tener una tan temprano.

Subimos en silencio hasta el piso en donde estaban las oficinas de la empresa y, al salir, Fitz se apresuró, sujetándome el brazo y despertando de nuevo en mí esas sensaciones crecientes que

había logrado aplacar. Los vellos de mis brazos se erizaron a la vez que deslizó su mano hasta mi muñeca, en donde sus dedos recorrieron mi piel.

—No hemos terminado, pero tengo que entrar a una reunión con Leonard. En cuanto termine, tú y yo nos sentaremos a hablar.

—No.

—¿No?

—Eso, no tengo nada de qué hablar, Fitz.

—Jennifer, no seas irracional.

A eso era a lo que no quería llegar. Disimular que no me afectaba no era fácil y, si podía evitar cualquier otra conversación como la de esos momentos, sería lo mejor.

—Fitz, intentaré olvidar lo que me echaste en cara hace dos semanas, daré lo mejor de mí. — Me soltó llevándose con él las sensaciones que despertó y a pesar de que era lo que deseaba me sentí vacía.

—Está bien. —Se alejó sin decir nada más.

Me senté en mi puesto desalentada y más confundida que el fin de semana. Era mejor que actualizara mi perfil en la web de citas y salir con otros hombres que no tuvieran nada que ver con el trabajo.

Me quité la chaqueta de acabado *bouclé* tres cuartos que había combinado con una blusa de botones, color rosa, junto a un pantalón ancho de color azul. Debía fingir, ya que la reina cotilla estaría observando mi regreso. Guardé mi bolso en uno de los cajones de la mesa y dejé el móvil a un lado para encender el portátil y trabajar, pero no pude. Las sensaciones de minutos antes se mantenían latentes martirizándome y eso no era bueno para concentrarme, teniendo en cuenta la situación en que me encontraba.

Tenía que asumir que debía trabajar más, seguir las indicaciones dadas, para entregar antes de tiempo la planificación y ofertas, antes de que Gregory saliera de vacaciones, y dar lo mejor hasta caer extenuada se me daba bien. Había sido una empollona gran parte de mi carrera, así que estaba acostumbrada a esforzarme y exigirme.

—¿Jennifer?

—Buen día, Gregory. —Parpadeó varias veces.

—Buenos días, ¿qué haces aquí?

—Trabajar.

—Jamás he conocido a nadie que lo hiciese el día antes de acabar sus vacaciones. —Sonreí.

—Bueno, acabas de conocer a la primera persona y, ya que estoy aquí, ¿puedes darme las nuevas instrucciones?

Me miró durante unos segundos, finalmente fue a su mesa recogiendo unas carpetas que me dio con la información actualizada, le di las gracias y con ello me centré en gestionar las bases del proyecto.

Tres horas y media después escuché un largo carraspeo, levanté la cabeza y vi a Elly a mi lado.

—Hola, Jenny —me saludó—. Te invito a un café. —Le sonreí nerviosa imaginando que acababa de conocer mi rollo con Nilson y quería que se lo confirmase para ponerlo en el panel de anuncios del *office*—. ¿Te vienes?

—Sí, claro —respondí levantándome. Al llegar al *office* esperé paciente a que sirviera el café y me pasó el vaso con el expreso.

—Verás, Jenny, no me gusta estar recordándolo —comenzó diciéndome, y yo evité cualquier mueca que pudiera captar, aunque los gestos que hacía con la boca me estaban empujando a preguntarle qué le sucedía, no quería tener que lidiar con un drama de Elly, por lo que busqué la



solución más sencilla; beber con lentitud el café.

Ella levantó una ceja y torció la boca, mal asunto. Volví a beber el café con la misma lentitud que segundos antes. A decir verdad, siempre había sido mala para leer los labios y gestos disimulados y es que mover la boca podía indicar tantas cosas; desde que venía el guaperas de turno, hasta que te estaba pillando la novia psicópata. Ninguno de los casos era aplicable en ese instante, así que tendría que devanarme los sesos para saber el motivo por el cual me había citado en su centro de operaciones y, cuando decidió soltarme alguna de sus frases, se irguió de manera violenta.

—Buenos días, Fitz. —Sin poder disimular ladeé la cabeza topándome con él de frente. ¡Maldito destino!

—Buenos días, Elly —respondió sin dejar de mirarme—. Jennifer Bond.

—Hola, Fitz... —respondí. «¿Hola, Fitz?, permíteme reírme, eres patética, Jenny». Decidí ignorar a mi conciencia, ya que Elly sacaría de ese simple saludo el cotilleo de la semana—. Elly, ¿podrías recordarme para qué me has traído hasta aquí? —le pregunté con la esperanza de desviar el tema, ella resopló y me miró muy mal. Aquello cada vez pintaba peor.

—¿Has logrado encontrar a los culpables? —le preguntó. Esa vez con toda la fuerza de voluntad evité mostrar mi gesto de desconcierto.

—No, pero los encontraré —respondió tronándose los dedos de una mano con maestría y dejándose patidifusa.

—Disculpad, pero no sé qué ha ocurrido —indagué tratando de comprender qué demonios pasaba.

—Alguien ha robado de los cajones de mi mesa mis chocolates y dejó la prueba del delito con una nota de un dibujo obsceno. —No pude disimular mi incredulidad y miré a Fitz de reojo, sorprendiéndome por cómo ocultaba la sonrisa pícaro con su taza y haciéndome cómplice de su secreto. Elly seguía detallando pesquisas del asunto, pero apenas podía hacerle caso.

«Di la verdad, te ha gustado esa complicidad con él. No, querida».

—¡Vaya! ¿Quién habrá sido ese abusador o abusadora?

«Acabas de curvar una de las comisuras de los labios. ¡Maldita conciencia delatadora!».

—Tengo mi sospechoso —afirmó frunciendo el ceño y fijó sus ojos en mí.

Por qué demonios me observa así, ni en mis peores sueños me gustaría pasar al bando enemigo de Elly.

—Te juro por mis perritos que yo no fui. —Ambos me miraron desconcertados. Elly fue la primera que rompió contacto.

—No sabía que tenías perritos.

Fitz no dejó de observarme esperando mi respuesta, era el único de los dos que sabía que mentía y esperaba que no se fuese de la lengua. Había sido lo primero que se me ocurrió, después de esa mirada inquisidora de Elly escrutándome, de esas que hacían confesar hasta al más rebelde.

—Nunca me has mostrado fotitos de ellos.

—Bueno, es que...

—Son cachorritos.

«¿Cachorritos? ¿Ha dicho cachorritos? Sí, como sueles decirles a los hijos de Adele. ¡Joder! No sé cómo tomar esta respuesta. Yo sí y si me permites darte un consejo... ¡No!, límitate a callarte, querida conciencia». No era buena idea que interviniera, Elly comenzaría a montarse películas en la cabeza.

—Lo recuerdo de cuando todos nos reunimos en su casa para adelantar el trabajo. —Elly parpadeó y finalmente volteó los ojos.

—Me da igual los perros que tengas, no tengo tiempo para seguir perdiéndolo, te he traído aquí para informarte de que pasarás al tablón de los morosos.

¡Vaya mierda! ¿Cómo pude olvidarme de pagarle? Y no tenía el dinero para hacerlo en ese momento con los intereses correspondientes.

—Mañana pagaré sin falta.

—Sabes que hay una regla —respondió sin inmutarse, girándose para meterme en ese maldito tablón.

—Yo lo pagaré —dijo Fitz.

—No hace falta.

—¿Cuánto sería todo? —inquirió ignorándome por completo—. Y la taza, Elly, olvidé pagarla el viernes. Abrí los ojos al enterarme de lo moroso que eran algunos...

«*Si es que cuando se quiere adular al jefe, no importa pasar por encima de las reglas que has impuesto. En esto tienes razón, querida*», y la miré esperando ver cómo salía de esa. A ninguno nos pasaba ni una.

Elly me ignoró, poniendo la palma para que le pagase, y él sacó del bolsillo trasero del vaquero la billetera dispuesto a hacerlo. No podía aceptarlo, no estaba segura de si tenía que ver con lo que le había confesado, esa conversación que deseaba tener y así comprometerme, por lo que puse mi mano en la suya. Nos miramos directamente a los ojos, apostarí a que había sentido lo mismo que yo, la quité con premura tratando de entender aquello que experimentaba; desde sonreír, una felicidad absoluta, el decir tonterías... Era como si hubiera bebido y a la vez estaba sobria y sin olvidar ese cosquilleo en la boca del estómago.

—Son quince libras —dijo Elly, y Fitz parpadeó varias veces tratando de volver a centrarse en ella frunciendo el ceño—. Los intereses de demora —agregó con descaro la muy pécora.

—Pero si solo me he retrasado dos días —protesté—. No hace falta que lo hagas —le repetí—. Se lo pagaré, aunque me parece injusto que cobres tanto.

—Es el porcentaje acordado.

—Impuesto —murmuré. ¡Vaya morro tenía la hija de perra!, y no una chihuahua, era una gran perra como Ceberos, el de la mitología, pero en femenino.

—Solo tengo veinte —indicó Fitz.

—Y yo cambio —respondió dejándonos sin palabras de nuevo, sobre todo a mí, ya que siempre nos exigía que pagáramos sin tener que devolver. Cogió el billete y salió del *office*, momento en que lo miré.

—Yo podía haberle pagado mañana.

—No me importa hacerlo, Jennifer Bond.

—¡A mí sí! No quiero deberte nada, no quiero tener que sentirme comprometida conti... —Se acercó a mí haciéndome callar. Se había aproximado tanto que mis fosas nasales se impregnaron de su colonia, una mezcla de sándalo, cítricos y madera. Deseé estirar mi cuello e inspirar mucho más ese olor, cerrando los ojos y disfrutándolo, guardándolo en mi memoria.

«*Pero ¿en qué coño estás pensando, Jenny? No lo sé, tengo una gran confusión*».

—Vamos a aclarar lo siguiente —siseó—. No me deberás nada y no tienes ningún compromiso conmigo.

—Permíteme dudar. —Tensó la mandíbula dando otro paso, su rostro se acercó mucho más al mío y el cosquilleo subió de intensidad con el deseo latente de sentir sus labios en los míos y que recorriera con la lengua mi boca.

—Aquí tienes, Fitz —dijo Elly. Soltó aire frustrado y ladeó la cabeza sonriéndole con diplomacia, metiendo en la billetera lo que sobraba. Salí del *office* con las manos temblando.

Necesitaba respirar con lentitud y entender lo que ocurría dentro de mí.

—¡Oye, Jenny! —gritó Elly—. Quería hacerte otra pregunta.

—No tengo tiempo ahora, tengo mucho trabajo —respondí sin girarme, sin mirar atrás, sin querer verlo.

Lo que estaba sintiendo me confundía y necesitaba en mi vida seguridad, no esas sensaciones tipo montaña rusa y estar allí con él a mi lado no era bueno, además, apenas era lunes, necesitaba recuperar fuerzas para aguantar la semana... Los lunes fueron creados por gente insensible que quieren hacérselo pasar mal el resto de los días.

## Los lunes fueron creados por gente insensible. II parte

Justo cuando me fui a sentar para evadirme del mundo, Gregory me pidió volver al mismo método de la semana anterior. De ese modo controlaría la funcionalidad específica para cada elemento de las instalaciones del proyecto y su operatividad, dando comienzo al desarrollo del mismo. Saber sobre las ligaduras, desde las potenciales hasta las disyuntivas, y dar paso al grafo siendo parte del proceso de aquel gran proyecto.

Lo acompañé hasta la sala de reuniones y me obligué a centrarme en ello con la esperanza de que pudiese olvidar a Fitz, no podía sacármelo de la cabeza y la única forma de hacerlo era con otro.

«¿Aunque ese otro no te lo haga olvidar del todo? Tarde o temprano lo hará. Recuerda, querida conciencia, que el que persevera vence». Esperaba que no se sintiera hombre objeto. Saqué el móvil del pantalón y le escribí a Nilson, él no me hacía sentir ni cosquilleos ni nerviosa, y era lo mejor que pudiera sucederme en esos instantes.

JENNY: 📞

¡Hola!, ¿nos vemos al salir de la oficina?

Esperé a que se pusiera en línea, y lo hizo. Durante un buen rato estuvo así, incluso los tan chivatos tics azules, delataron que lo había leído, sin embargo, no respondió.

—Jenny, hay que terminar el grafo de actividades definidas y las duraciones de las mismas esta semana, antes de que Fitz lo pida y tener los tiempos establecidos, por cierto, debes confirmar si asistirás o no a la comida.

—¿Qué comida?

—La semana pasada nos invitaron a los empleados a asistir a una comida por el cumpleaños de Leonard.

—Qué amable por su parte. —Era tan raro que hiciera una comida por ello, tendría que ir de nuevo al *office* y escuchar las pedorretas de Elly, tal vez eso era lo que iba a contarme—. Confirmaré y me pondré con los grafos. —Debía dejarme de dramas y tonterías, tenía mucho trabajo por delante, definir un programa y la problemática inherente entre muchos más detalles.

A la una de la tarde, Gregory me notificó que iría a comer algo ligero y me invitó a acompañarlo, pero no deseaba encontrarme con Fitz ni con Nilson por los pasillos de la oficina, eran unos cuantos minutos a solas conmigo misma y necesitaba eso, sin embargo, no sucedió, escuché un carraspeo conocido; Elly.

—Debemos hablar —me dijo sentándose sin darme tiempo a pensar en alguna excusa—. Ya que eres tan amiga de Nilson O'Neill, debería informarte de que no es buena ficha.

—¿Qué quieres decir?

—Estoy completamente convencida de que ha sido él quien robó mis chocolates y creo que no te conviene estar con gente con tan mala reputación.

Me costaba cada vez más fingir sorpresa con esta mujer. No entendía cómo le daba tiempo de atender lo que pedían si siempre estaban confabulando contra el resto, aunque, pensándolo bien, quizás sí fuera cierto que le robase los chocolates solo para incordiarla... Me pregunté cómo se

tomaría el saber que me estaba acostando con el hombre del que sospechaba.

—¿Y cómo sabes que tiene mala reputación?

—Tengo mis contactos, y no te conviene estar de su lado e incluso podría olvidarme de tu deuda si me ayudas.

—Fitz la pagó.

—Sí, pero puedo explicar que era parte de su cuota, tengo las normas redactadas sobre la comunidad del *office*, las cuales todos habéis firmado. —Respiré de nuevo lentamente, era una harpía mutada con un demonio. Todos estábamos chantajeados de alguna manera. Me hubiera encantado mandarla a la mierda.

—¿De qué forma tengo que ayudarte? —Sus labios dibujaron esa sonrisa triunfal de hija de perra que solía tener cuando lograba su propósito.

—Necesito que en un papel dibuje garabatos obscenos y así comparar las grafías. —No pude evitar reírme.

—¿No puedes dejarlo pasar? —Al ver su mirada reprobatoria supe que no lo haría—. No voy a pedirle que haga dibujos obscenos, es absurdo. —Era cierto, no podía pedirle que hiciera semejante tontería por mucho que fuéramos follamigos, terminaría pensando que estaba loca. El rostro de Elly se ensombreció y eso era indicio de que me estaba pasando al lado oscuro. Debía pensar rápido en algo que la complaciera—. Intentaré con artimañas que confiese si ha sido él.

Sabía cómo persuadirlo para que me contara, pero algo me decía que si lo hacía volvería a hacerle alguna putada.

—Sabía que podía confiar en ti —me dijo—. Espero una respuesta lo más pronto posible. —Sacó del bolsillo de su blazer unos pósitos y de su pantalón un bolígrafo escribiendo unos garabatos para luego dármele—. Mejoro mi oferta, si logras sacarle la verdad, te eximiré de la cuota de pago este año.

—Me esforzaré entonces por lograrlo —le respondí.

Sonrió de nuevo y salió de la sala mientras me dejaba sin palabras.

¡Manipuladora!, ¡chantajista!, ¡perra del demonio! Deseé gritarle y me di cuenta de que no valía la pena, para ella todos esos calificativos le sonarían a gloria. Debía acabar con la dictadura que Elly mantenía en la oficina. Se había posicionado y tenía que encontrar la forma de sacarla del paso, no es que tuviera instintos asesinos, solo que no podíamos seguir bajo el temor a que inventase algo que nos pudiera perjudicar profesionalmente. Ese refrán del veneno y el frasco pequeño era verdadero.

Hablaría con Ruperta y Yanira Guacimara, entre las dos lograrían invocar a un ser supremo diabólico para crear venganzas crueles. Recuerdo que se encargaron de crear una imagen retocada de un hombre y un minúsculo pene haciéndola viral en Twitter con el nombre y apellido de Brad, junto con una descripción que decía: «Soy Brad Smith y estoy recolectando dinero para hacerme un alargamiento de polla», seguido de un enorme dibujo.

Sí, ellas eran las indicadas para elaborar un plan y hacerle un golpe de estado a aquella harpía. Necesitaba apoyos, todos le temían, solo me quedaba Nilson y tenía la intuición de que algo sabía de Elly que el resto desconocíamos. Mi móvil vibró, lo agarré con la esperanza de que fuese él y me sentí estúpida. Gregory explicaba que le había surgido un problema y no volvería a la oficina. Cerré los ojos, cansada, y escuché un carraspeo, me imaginé que alguien necesitaba la sala.

—Concédeme dos minutos, me levanto y me marcho —le pedí a quien fuese que estuviese de pie.

—Jennifer, puedes seguir aquí, pero ya que estás creo que deberíamos hablar —contestó Fitz.

Abrí los ojos levantándome a trompicones, llevándome por delante todas las carpetas en las

que estaba impreso lo trabajado la semana anterior, esparciéndose por el lugar.

—¡Mierda, mierda, mierda! —exclamé horrorizada. Gregory y su manía de ir imprimiendo cada día lo trabajado, me acababa de meter en un gran lío—. ¡Gregory me va matar! —solté al recoger algunos y notando que los folios no tenían numeración.

Traté de seguir ordenándolos, pero mis manos temblaban por la frustración que sentía, no podía darme el lujo de que Gregory se enfadara de nuevo. No podía dejar que ese incidente me creara otro problema y deseé gritarle a Fitz que todo aquel maldito desastre era por su culpa.

No podía seguir perdiendo el tiempo en fustigarme, debía leer por encima para acomodarlo, hasta que puso sus manos encima de las mías, deteniéndome y mirándonos a los ojos. Podría jurar que en ese momento me había dado una sutil caricia. Me observó, esperando una respuesta por mi parte, y no dije nada, no podía hacerlo, sencillamente, las palabras no me salían.

—Lo siento, Jennifer —me dijo—. Asumiré la culpa —prosiguió—. Le explicaré que he sido un torpe tropezándome con la pila de carpetas.

—¿Por qué tienes que mentir? ¿Por qué este cambio repentino? ¿Te remuerde la conciencia? ¿Es por eso el cambio de actitud?

—No, Jennifer, te equivocas.

—¿Explícame en qué me equivoco?

—¿Por qué haces continuamente tantas preguntas?

—Porque...

«¿Por qué lo has bombardeado de preguntas? La respuesta jamás se la daré, querida». No podía decirle que mientras me miraba con tanta intensidad, el deseo de que me besara arrancándome más de un gemido crecía. Que, al poner su mano encima de la mía, mi corazón se desbocaba con la esperanza de que con una simple caricia tatuara mi piel y que no entendía por qué demonios quería todo ello de él.

—¿Estás bien, Jennifer? —Tenía que fingir y cómo podía hacerlo si mi cabeza estaba embotada con tantas y tantas suposiciones que no sabía cuál era la correcta.

—¿Por qué me llamas Jennifer ahora? —le pregunté.

—Es tu nombre, si mal no recuerdo —respondió.

—Sí, es mi nombre, pero siempre me has llamado Jennifer Bond.

—Llamarte por tu nombre me gusta más que decirte Jennifer Bond —añadió sonriendo, una sonrisa genuina que me llegó al corazón.

En esos segundos me sentí tan a gusto dejando que él amontonara los folios para ordenarlos y opté por ayudarlo. Cuando los agrupamos me dediqué a leerlos por encima.

—¿Qué te parece si buscamos una palabra clave como construcción, oferta o las fechas estimadas? —Acepté la sugerencia y leímos por encima para ver si coincidían lográndolo en mayor medida.

—Gracias por tu ayuda —le dije—. Estoy intentando ser lo más eficaz que puedo.

—¿Y eso es debido a qué? —Fruncí el ceño por su pregunta. ¿Cómo que a qué se debe? Él mismo me lo había exigido. No quería responderle con ironía, pero es que no sabía si se burlaba de mí o hablaba en serio.

—A eso, Fitz —contesté—. A mayor eficacia, mayor éxito.

—Sí, la eficacia lleva al éxito, pero también cometer errores es de humanos. —No pude disimular mi sonrisa de incredulidad.

—Por favor, no quiero volver a caer en conversaciones que me generan malestar.

—Y yo tampoco, he sido claro, lo que sí deseo es que entiendas que debía darte el toque de atención y reconozco que no han sido las formas y... —Unos nudillos golpeando en la puerta

llamaron nuestra atención, mirando a ella y viendo a Nilson con un pequeño ramillete y una caja de chocolates.

—¿Me estoy perdiendo algo?

—¡Maldito Nilson! —siseó. Seguía sin saber qué ocurría entre ellos—. Jennifer Bond, que tengas una buena tarde —agregó dejándome descolocada.

Ese hombre tenía alguna enfermedad psiquiátrica que desconocía. Ese cambio de actitud no tenía explicación, ¿a dónde había ido a parar eso de que le gustaba llamarme solo por mi nombre?

Nilson se mantuvo en el quicio de la puerta en la que se apoyaba mientras cruzaba los tobillos. Al llegar Fitz a su lado le murmuró algo que lo hizo sonreír. Daba gracias a Dios porque nos interrumpiera y que Fitz se hubiese marchado, a pesar de que en el fondo no lo deseaba, pero era lo mejor para los dos.

—Hola, mi querida Jenny —me saludó con su sonrisa seductora.

—Hola —le respondí dándome cuenta de que tampoco estaba tan enfadada como creía ni era mujer de convencer con un ramillete y chocolates—. ¿Qué tendrás preparado para decirme a modo de disculpas cuando vienes con flores y chocolate? —Empezó a reírse a carcajadas.

—Por esa manera peculiar de echar en cara tu disconformidad me gustas.

—¡Vaya caradura eres! —exclamé con una ceja levantada—. No sé si me debería sentar o esperar de pie a ver cómo intentas llevarme al huerto.

—Al huerto no —contestó acercándose mucho más—. El lodo y los bichos no van de la mano si quieres follar, pero sí a otro despacho o al baño, incluso al despacho de Fitz. —Abrí los ojos por la descabellada sugerencia.

—Hace unos días te dije que, cualquier rencilla que tuvieras con él, era cosa vuestra. No voy a aceptar que me uses para incordiarle, puedo odiarlo, pero no voy a arriesgar mi trabajo por ti.

—Por esto no respondí a tu mensaje, los lunes la gente está más susceptible a las bromas.

—No entiendo lo que quieres decir.

—Tengo la teoría de que los lunes los creó alguien con muy mala leche que suelta alguna sustancia en los cafés.

—No he escuchado peor excusa en mi vida. Algún día me contarás lo que sucede entre tú y él.

—Veo que no te rendirás hasta saber la verdad.

—No me gusta ser el premio de la subasta. —Rio de nuevo a carcajadas.

—Está bien, te complaceré, siempre y cuando pruebe un bocado de lo que se subasta. —Sonreí ante semejante estupidez—. Lo conocí por una amiga en común, estaba pasando un mal momento y la apoyé hasta que él apareció en escena, metiéndole ideas en la cabeza que lograron que me alejara y hace poco me enteré de que Fitz se apartó de ella meses después de que me fuera del país. Él usa su astucia para mentir, manipular, y no me gustan ese tipo de personas que al aburrirse te dan la espalda. —Estaba desconcertada, sabía que era egoísta, pero no hasta ese punto.

—Y, ya que te lo he contado, supongo que la recompensa es conveniente para los dos —me dijo alzando ambas cejas. Vi los chocolates en la mano y recordé los hurtados de Elly.

—¿De casualidad esos chocolates son los secuestrados? —Su sonrisa quemabragas apareció de nuevo.

—Si afirmo tendría que matarte por saber uno de mis secretos.

—Gracias por el honor.

—Me gusta el riesgo y he comprobado que ha puesto un enorme cartel en el que dice que ofrece recompensa a el que descubra quién se atrevió a profanar sus dominios. —Esa vez no estaba segura de si me tomaba el pelo.

De Elly podía creer cualquier cosa que dijese y comenzaba a pensar que aquella entrevista

que nos hizo la de Recursos Humanos era con un solo propósito; contratar a los más raritos que se presentaron a la oferta de empleo. Lo miré de nuevo preguntándome si era tan descarado de pasearse por toda la oficina con los chocolates en la mano y, sí, era capaz.

—¿Y por eso te paseas con los chocolates? Estoy sorprendida por tu valentía. Te diré que cierta asistente ha querido convencerme para intentar recoger pistas sobre el paradero de los chocolates hurtados.

—¡Leches! Mi plan no ha funcionado como esperaba.

—Lo que haces de ir a por ella es considerado como *bullying*.

—No, querida Jennifer Bond, ella es más maquiavélica, intento sacarla de sus casillas.

—¿O quieres tirártela? —Entrecerró los ojos pensando—. ¡Serás cabrón! —No pude evitar reírme.

—Créeme, no es de mi gusto —respondió sonriendo de lado, acercándose a mí—. Me ponen cachondo otras, aunque eso de que grite mi nombre por la respuesta que dejé en su cutrecartel también me excita.

—¡Eres un enfermo! —Rio a carcajadas—. ¿Sabes que me han llamado a declarar en la sala de interrogatorios? ¿Qué demonios le has hecho ahora? —Pegó su pelvis a la mía para que notase su miembro.

—Prefiero que lo veas —me dijo sujetándome la mano y separándose para que lo siguiera.

—No pienso ir a ver la prueba de un delito —añadí con sinceridad y en parte para que Elly no asumiera las suposiciones que tenía en su cabeza.

—Me parece que este ramillete de mierda y el hecho de arriesgar mi vida para traer estos chocolates no han logrado que me des un indulto, tendré que sacar la artillería pesada.

—¿Y qué piensas ofrecerme? —Volvió a mí agarrándome una nalga para que aceptara su juego. Debía hacerlo, era lo mejor.

—Ofrezco mi hogar para el regocijo de dos almas solitarias a las que les gusta jugar —me susurró—. Además, quiero recompensar mi abandono de hoy.

Era una buena oferta, la mejor. Ladeé la cabeza para esperar a que me besara y lo hizo, pero sentí que deseaba mucho más que un hombre me restregara su paquete y me dijera que quería follarme en su cama.

«*No es momento de estar deseando vivir historias de amor en las que te ilusionas más de la cuenta. Algunas veces eres tan cruel, querida. Y de nuevo tienes razón*». Estuve muchos años conviviendo con un hombre así y me prometí que había llegado la hora de encontrar aquel que me hiciera reír de verdad, que me pusiera nerviosa solo con tocarme y que me reprochara las preguntas que le hacía sin tener que complacerme para su propio beneficio.

«*No es por nada, pero estás metida en un lío. No me lo recuerdes*», reconocí frustrada. Ese hombre nunca existiría para una mujer como yo, debía conformarme con lo que la vida me ofrecía, debía seguir con su juego y darle la razón en que los lunes los habían creado personas insensibles, personas como él.



## Fingir no conocerme te traerá problemas

En aquellos momentos, muchas mujeres me odiarían por lo que acababa de decir, tal vez les pediría disculpas por mi inseguridad, por mis dudas o tal vez había muchas en el mundo que estarían sintiéndose de igual manera; que me conformaba con poco.

Había visto que demasiada gente pasaba la vida buscando el amor, yo lo conocí y me decepcionó, por lo que aceptar lo que Nilson me ofrecía hasta que se cansara no era tan malo, siempre y cuando lo tuviera claro y yo lo tenía.

«¿Estás segura? No empieces, por favor. *Soy realista*». Sonreí y moví mis caderas en señal de que iría a donde me dijese, pero mi móvil comenzó a sonar. Tenía que ignorarlo y seguir. Si no lo hacía, encontraría la excusa perfecta para apartarme.

«Entonces, ¿dudas? No responderé a esa pregunta ambigua, querida conciencia». Traté de volver a provocarlo, él solo esperaba que fuese yo quien comenzara, sin embargo, el móvil de nuevo repiqueteó.

Me aparté y cuando lo hice pasó lo que menos deseaba y era sentirme aliviada. Al coger el teléfono vi que era mi madre. ¿Qué rayos quería?

—Hola, mamá.

—Hola, Jenny, sé que estás trabajando, solo te llamaba para que no se te olvide cambiar el regalo de Francis, no quiero escuchar a tu tía Mary soltar tonterías porque no lo has hecho.

—Que recuerde quedé con Adele en invitarla a cenar y entregárselo, mas no le dije cuándo sería.

—Hazme caso, hazlo lo más pronto posible, no quiero que el próximo fin de semana me suelte puyas sobre ello.

—¡Mamá!

—Jennifer Bond, no quiero protestas, recuerda que es un niño alto, así que podrías comprarle ropa de unos quince a dieciocho meses.

—¡Joder!

—¡Esa boca! ¿Qué hice en esta vida para que salieras así?

—Adiós, mamá —me despedí enfadada.

—¿Alguna cita con mamá?

—Verás... —comencé dispuesta a explicarle el compromiso familiar que debía cumplir—. El sábado tuve un percance con cierto regalo y debo ir a cambiarlo por el honor de mi familia.

—¿Qué tipo de percance?

—Uno que casi provoca a los implicados un ataque cardíaco. —Comenzó a reírse a carcajadas—. ¿Qué te parece si dejamos para mañana el plan de jugar en tu cama?

Me observó frunciendo el ceño, abrió la caja de chocolate y se acercó a mí con un bombón en la mano.

—Quiero dejarte claro que no te escaparás —murmuró cerca de mi boca mordiendo primero el bombón y luego mi labio inferior, impregnándome del delicioso sabor—. Y voy a hacerte gemir hasta que te quedés afónica.

—¡Qué tentador!

—Ya lo verás, siempre gano lo que quiero y a todos.

¿Ganar? Esperaba que no estuviera en esas apuestas con alguno de los capullos del Departamento de Construcción. Era imposible olvidar la fiesta de Navidad en la que tenían un muérdago colgando de la cabeza junto con un papel que rezaba: «beso o restregón». Iban tan pedos, apostaría que no solo de alcohol, que se les ocurrió la brillante idea de un cartel tan humillante, por supuesto, terminaron llevándose un par de rodillazos en sus genitales y en venganza decidieron enviarnos los informes en criptogramas.

En fin... no me iba a quedar con la duda.

—¿Ganar qué?

—A ti. —Y salió de la sala dejándome peor que antes, con más dudas y mi mente bullendo. Aunque, si era egoísta, escuchar a un hombre decirte eso le levantaba el ánimo hasta a la mujer de Drácula en plena búsqueda de sangre.

Decidí cerrar todos los programas junto con el portátil y me acerqué hasta mi mesa con la pila de carpetas de Gregory que dejé en la suya. Recogí mi bolso y salí del lugar hasta bajar a la boca del metro que me llevaría primero a casa, a recoger el incordio de regalo, para luego regresar y pillar la línea que me llevase a Picadilly, allí echaría a andar unos minutos hasta el gran almacén tratando de pensar.

Todo aquello que estaba ocurriendo lograba que me sintiera más inestable aún de lo que ya estaba, primero Fitz, luego Nilson y otra vez Fitz. Con el último habían sucedido cosas que desconocía, sí, sabía todo lo que le dije, mas no lo que ocurrió durante la madrugada y por qué terminé semidesnuda.

De algo estaba segura; no habíamos tenido sexo, pero tampoco era normal su cambio. No me gustaba volver a ilusionarme, ya lo había hecho, me había entregado del todo, creí que era feliz, hasta que vi a Brad entrando en una cabina del Barrio Rojo y desde entonces mi vida se convirtió en un infierno, aunque en el fondo sentí alivio, sí, alivio de que fuese él el que me abriese los ojos.

Estaba segura de que había hablado de más, estaba borracha y mi drama había sido tal que terminó sintiendo lástima, tal vez para Fitz era una pobre chica desgraciada que no tiene ni un perro que le ladre, ni siquiera de peluche. Solté aire, pensaba demasiado y todo debía de ser más simple de lo que me imaginaba.

Era mejor tratar de cambiar rápidamente el paquete y regresar a casa para cambiarme e ir a correr, retomar el curso de cocina *online*, seguir mi rutina, esa que me había ayudado a encontrar cierto balance en mi vida. Sin más que pensar, saqué el móvil y opté por revisar la lección atrasada para verificar qué ingredientes debía comprar. Una vez llegué a los grandes almacenes, me dirigí al área infantil para devolver el regalo, corriendo con la suerte de que la dependienta que me había atendido estaba allí.

Dibujé mi mejor sonrisa y fui a por su yugular sintiéndome pletórica con ello, podría decir incluso que al hacerlo volvería a recuperar parte de mi dignidad robada por aquella miserable.

—¡Hola! ¿Te acuerdas de mí? —Abrió los ojos e intentó fingir que no era con ella—. Hablo contigo —añadí entrecerrando los ojos para leer su nombre en el instintivo—. Syn<sup>[7]</sup>...

—Buenas tardes, ¿desea algo?

—¡Hola, Syn! Hace unos días vine con la esperanza de que hicieses la buena acción del día conmigo, pero no tengo ni idea de si es que me acosté con algún hombre con el que estuvieras saliendo o simplemente tu mala leche te incitó a fastidiarme el fin de semana dejándome mal con mi familia.

—No la entiendo —me dijo fingiendo hacer de todo y a la vez nada.

—Sí que lo entiendes, cariño. Y, si no quieres que saque a la actriz dramática que llevo dentro

y recite las peores líneas de Otelo, más te vale que te disculpes y admitas que me has puteado.

—Hice lo que usted me pidió.

—¡Sabía que te acordarías de mí! —contesté sonriente—. Cuéntame, ¿qué diablos te he hecho para que quisieras dejarme en ridículo?

—Estabas distraída.

—Esa no es la respuesta y lo sabes muy bien. —Tensó la mandíbula y se acercó a mí.

—¿Qué es lo que deseas? O también vas a llamar a tus amiguitas para que inventen tonterías de mí —siseó dejándome boquiabierta. Así que no estaba desvariando cuando pensé que se vengaba.

—No tengo nada que ver con lo que le hicieran mis fieles amigas a Brad.

—¿Y cómo han podido hacer esa imagen tan íntima? —No pude resistir soltar una carcajada. Reí hasta que una lágrima rodó por mi rostro.

—Perdona, pero está claro que aún no habéis intimidado. —Traté por todos los medios de ser correcta con lo que iba a decirle—. Si lo hubieras hecho, te habrías dado cuenta de que era una farsa, solo espero que no sea Brad el que ande usando esa imagen para sexo fácil.

—¿Cómo te atreves a mentir? —masculló. Respiré profundo y la miré a los ojos.

—Te aconsejo que me pidas disculpas o empezaré a gritar y encuentra la forma de no solo cambiarme la talla que te pedí, sino el descuento, sí, ese descuento de empleada que os dan o te juro que me encargaré de que mis amigas busquen a sus amantes mafiosos y se encarguen de tu querido Brad.

—Él ha tenido que consultar a psicólogos por vuestra culpa, sus miles de fans lo han visto.

Volví a reírme con ganas. Conocía a Brad y ni en esta vida ni en otra pagaría una consulta médica y, a pesar de que aquella conversación era divertida y sorprendente, quería indagar en cómo demonios me había reconocido.

—Supongamos que lo humillé, lo que no comprendo es por qué nadie me ha llamado para hacerme una entrevista —respondí—. Pero me muero de curiosidad por saber, ¿cómo coño me has reconocido?

—Brad hablaba tanto de ti que tuve que buscarte por las redes sociales para saber quién era la hija de... La mala mujer que fue tan despiadada, acabaste con su vida y con su futuro como cantante. Esa venganza ha sido lo más cruel que puede hacer una persona y desde entonces he estado a su lado para ayudarle a que logre pasar página. Nunca pensé que nos tropezáramos y al verte el viernes encontré la forma de devolvértela. Ojo por ojo... —No pude fingir y reí hasta sentir ganas de orinar. Esa vez Brad se había superado con creces para llevársela al huerto.

—Perdona, pero ¿hace cuánto conoces a Brad?

—Lo suficiente.

—Voy a ser honesta, Brad es un cabrón que vive de las mujeres y les pone los cuernos. Por desgracia, conozco cada manía y su anatomía. Sí, está muy bueno, pero es un malnacido que se burlará de ti. —Abrió los ojos de nuevo y sin tener tiempo de responderme se acercó a una mujer algo mayor que me imaginé que era la supervisora del departamento.

—¿Sucede algo?

—Para nada, estaba hablando con Syn sobre su nombre, no recuerdo muy bien si significaba: «soy una negada hasta para hablar en asgardiano<sup>[8]</sup>». —La mujer frunció el ceño—. En todo caso, charlábamos de mitología; de Medusa, que fue violada por Poseidón y que luego fue asesinada por Perseo... —La mujer nos observó a las dos frunciendo mucho más el ceño.

—En horas de trabajo no se puede hablar con amigos por mucho que coincidáis.

—¡No somos amigos! —la corregí—. Tenemos en común a un amigo o amante o imbécil, no sabría cómo definirlo. Solo he venido a que haga el cambio de una pequeñísima equivocación que

cometió y me ha sorprendido cuando me ha explicado ahora mismo que yo soy su buena acción del día.

—¿Qué quiere decir? —preguntó con un tono cortante—. ¿De qué equivocación habla, Syn?

—No es nada grave —contestó atropelladamente.

—¡Claro que no lo es! Ha decidido darme su descuento de empleada, eso es lo que me refería con lo de la buena acción del día.

—¿Es cierto eso?

—¡Sí! —exclamó cortante Syn, sonreí triunfante ante la bofetada que acababa de darle y, antes de que yo siguiera soltando barbaridades para comprometerla, me quitó de la mano la bolsa y fue a buscar la talla correcta.

—Espero que no esté protegiéndola.

—¿Protegiéndola? Apenas puedo proteger mis pensamientos.

—¿Está usted bien?

—Mejor que nunca, siento que me he sacado la lotería y sin jugármela. —Y decidí en ese instante callarme antes de que llamara a seguridad para detenerme por pensar que estaba bajo efectos psicóticos. Saqué el móvil de mi bolso y se lo mostré—. Disculpa, me acaba de vibrar el móvil —le dije y Dios sabe que no quería seguir puteando al personal, pero una fuerza superpoderosa estaba concentrándose en mi interior, la cual ensombreció a la buena Jenny—. ¡Vaya! Es mi amiga Pippa recordándome que Brad Smith, el cantante, es un auténtico cabrón.

—¿Lo conoce?

—Conocer es poco —respondí.

Se aproximó Syn nerviosa por lo que yo hubiese podido soltar, hizo el cambio en la factura añadiendo el descuento de empleado y explicándome con voz cortante lo que me devolvería para pasar a envolverlo y entregármelo. Sonreí agarrando la bolsa y fijando mis ojos en ella.

—Gracias, Syn.

—Ojalá sufras de un dolor de estómago a medianoche. —Ladeé la cabeza sorprendida por sus bonitos deseos.

—Syn, para la próxima recuerda que es muy malo vengarse y luego fingir que no conoces, ya ves los problemas que te trae. —Le di la espalda y salí triunfante de la tienda pensando que había logrado salirme con la mía.

Aquel subidón que sentía desterraba cualquier mal pensamiento y fustigamiento que me hubiera embargado durante el día, me empujaba a desafiar a todas esas dudas y miedos que volvían a aparecer en mi vida.

## Entre comidas y sonrisas

Era miércoles por la tarde y parecía que no terminaría nunca de meter y meter datos en el programa para los grafos y los métodos estadísticos. Lo bueno de ello era que no podía pensar sino en números, bases y su descomposición, en la ejecución de las actividades de las operaciones elementales y los programas para marcar los objetivos de la planificación y control.

Desde el lunes no había vuelto a ver a Nilson, quizá decidió pasar de mí y mi vida súper complicada.

«*No te lo crees ni tú*. Ha llegado la hora de decir lo que trataba de evitar; eres una zorra, querida conciencia». Sabía que mi vida no era complicada y también que él no iba a estar a la espera de ninguna mujer, no era de esos hombres.

—Jennifer, ¿tienes los objetivos de planificación y las técnicas de modelización?

—Sí, Gregory, espera un momento y te lo envío.

Teclé los últimos datos para terminar de encajar en el programa y enviárselo por *email* cuando recibí uno de Fitz.

Desde ese día en el despacho, en donde hubo ese momento tenso entre los dos, no lo había vuelto a ver, lo echaba de menos y me frustraba que se enterrara en mi mente cada vez más, como esas plantas que echaban raíces profundas.

«*Interesante similitud*. Si no quieres aportar... *Solo me usas para recordar números y operaciones...* No seguiré esta conversación, querida conciencia», y menos con el carraspeo de Gregory impaciente. Abrí el correo y se lo envié como archivo para compartir, giré la silla y lo miré con una enorme sonrisa.

—Enviado.

Él se giró hacia su pantalla y abrió el correo para verificar. Solté aire, si hacía unos minutos creía que mi vida no era complicada, ya simplemente me parecía patética. Debía hacer algo cuanto antes.

—¡Maldita sea!

Escuchar a Gregory maldecir no era buena señal. Estaba segura de que los datos eran correctos, los había revisado tantas veces que no podía haberme equivocado y no quería tampoco quedarme con esa incertidumbre.

—¿Ha ocurrido algo?

—¿No has leído el *email* que ha enviado Fitz?

Lo había olvidado y por el tono de su pregunta no era de esos *emails* en los que nos daban buenas noticias. Abrí el correo y lo leí, maldiciendo al igual que él, teníamos que hacer un informe urgente para Leonard para el día siguiente.

—¿Y por qué lo dice justo ahora?

—Porque me lo ha pedido. —Me había quejado de no saber de él desde el lunes anterior, y allí estaba, detrás de mí, logrando que los vellos de mi nuca se erizaran y que mi corazón se acelerara —. Si tenéis algún compromiso podéis iros, como expliqué en el *email*. Usaré los datos que Gregory me ha enviado para hacer el informe.

—¿Quieres que te ayude? —Me levanté acercándome a él y deteniéndome al no entender por qué demonios me había levantado.

«¿Qué te ocurre, Jenny? No lo sé y me estoy arrepintiendo de haberme ofrecido a ayudarlo, pero meter en un informe todo lo que hemos hecho durante todas estas semanas no será tarea fácil».

—Debo irme —indicó Gregory—, tengo asuntos pendientes. —Y, sin dar más explicaciones, cerró los programas, se levantó y se fue.

—No te preocupes, con los datos que Gregory me ha enviado lo haré.

—Pero estaba ultimando la delimitación en el tiempo de actividades con respecto al calendario, y Gregory se fue sin poder dársela. —Frunció el ceño y chasqueó la lengua maldiciendo, luego, a su vez, su móvil comenzó a escucharse y se alejó.

—Pensé que os llevabais mal —insinuó Elly detrás de mí.

¡Que manía tenía esa mujer de espiar a todo el mundo!, además, ¿cómo aseguraba eso si no había presenciado el reproche de Fitz?

«*En Constructora Callaghan & O'Neill todo se sabe*». ¡Maldita sea!

—Te recuerdo que es el jefe del proyecto.

—Y quien también ha pagado tu cuota en el *office*. —Volteé los ojos—. Quiero saber si has hecho lo que te he pedido.

—Lo he intentado —mentí.

Sabía que Nilson era el culpable, pero no iba a delatarlo por muy manipuladora que fuese, además, ella sabía que mentía, lo supe cuando tensó la mandíbula y me miró.

—Te daré otra oportunidad o de lo contrario tendrás consecuencias.

—¿Cómo?

—Lo que has oído, no te conviertas en cómplice del bicho. —Fruncí el ceño a punto de mandarla a freír espárragos, pero Fitz me interrumpió.

—Necesitaría los puntos de referencia de los programas y el salto cualitativo para el conjunto de condicionantes. —Nos miró—. ¿Ocurre algo?

—Solo comentamos sobre lo bonitos que están sus cachorros. —Fitz evitó mirarme, y yo maldije al universo. «¿Por qué tengo la sospecha de que Elly ha descubierto que le mentiste? ¡Vaya! Así que ahora le robas el trabajo a Hércules Poirot<sup>[9]</sup>, querida conciencia, te has esmerado mucho esta vez». Cómo rayos iban a salir de esa, la muy zorra estaba esperando a que siguiera para tenerme en sus manos. ¡Maldita sea!—. Por cierto, Jenny, ¿has visto el buen tiempo que aún hace?, deberías usar el viernes esa falda roja que vi en tu casa y me puso cachonda.

«*Pregúntale quién es su camello, la maría que consume es de la buena*. Cierto, es de las que te vuelven más perra de lo normal».

¡Basta de divagar! De reojo miré a Fitz, que estaba desconcertado.

—No sabía que erais tan amigas. —Sonreí todo lo que pude maldiciéndola y odiándolo a él por seguirle el juego.

—Lo confieso, siempre hemos intimado. —Esa vez no pude disimular mi confusión y vi a Fitz curvársele una de las comisuras de sus labios, se estaba divirtiendo el muy cretino.

—Cuándo hablas de intimidad, ¿te refieres a lo que hicimos el sábado?

Fitz se cruzó de brazos esperando la respuesta de Elly, sabía que soltaría cualquier tontería, mentía.

—El fin de semana, Jenny, no te hagas la remolona. —Dibujó con los dedos un corazón en el aire. Miré de nuevo a Fitz, que no pudo disimular la sonrisa. No sabía qué demonios pretendía Elly, pero me las iba a cobrar de la forma que mejor sabía: comprometiéndola.

—Está bien, lo confieso, después del pago de la cuota del lunes acordamos firmar la paz y he descubierto que Elly tiene esa intuición como en las películas. —Ella levantó la ceja al no

entender a dónde quería llegar—. Es decir, te escuchó decir informe y corrió hasta aquí para ofrecerse como voluntaria para transcribirlo.

—¡Qué graciosa eres, Jennifer! —masculló a la vez que con los dedos rompía el lápiz.

«*Ha roto el lápiz, no puedo evitar reírme, Jenny, ¿estás en problemas! ¡Cállate! Solo quería darle un escarmiento, no declararle la guerra*».

—Esta noche tendrás el borrador para que esté listo mañana a media mañana. —Decidió intervenir Fitz antes de que la situación se le escapara de las manos—. Jennifer también se ha ofrecido a ayudarme.

Me había ofrecido, era algo que podía quedar entre él y yo, no que se enterara toda la empresa, porque eso era lo que iba a pasar a continuación con los rumores.

«*Ten por seguro que va suceder y Nilson lo sabrá. Como conciencia te has ganado el premio a la más fustigadora del año. ¿Esa palabra existe, Jenny? Cuando tenga tiempo la buscaremos por la red, por ahora te quedarás con la incógnita y es mejor que te mantengas calladita*».

—¿Podrás tenerlo, Elly? —Sonrió nerviosa con ganas de estrangularme, pero no podía negarse, ya que era Fitz quien se lo pedía.

—Está bien, a media mañana lo tendréis listo. —Se giró hacia mí—. Acuérdate de que tenemos ese asunto pendiente. —Volvió a hacer un corazón con sus dedos en el aire y luego me lanzó una mirada asesina para darse la vuelta y dejarnos.

Fitz clavó sus ojos en mí esperando una respuesta a lo que había sucedido.

—¿Tendré que poner barricadas?

—No voy a explicar de qué va todo esto. —Fijó los ojos de nuevo en mí logrando que naciera fuego en mi interior, respiré profundo tratando de simular que me sentía nerviosa y deseé que pasase a modo soberbia.

«*¿Estás segura? Me acojo a mi derecho de ignorar a las conciencias entrometidas*».

Y, a pesar de que seguía mirándome con esa intensidad que rompía murallas entre él y yo, me sorprendió cómo volvió a curvar la comisura de sus labios.

—Si tienes la delimitación del tiempo podrías pasármela para acoplarlas a lo que tengo.

—Puedo pasártelas ahora mismo, estaré un rato más.

—Está bien, iré al despacho a esperar que me lo envíes. —Al pasar por mi lado nuestros brazos se rozaron logrando que mi cuerpo se erizara.

Solté aire, frustrada por reaccionar de esa manera, me senté de nuevo para centrarme en enviarle lo que me había pedido. Durante dos horas me dediqué a adelantar la ejecución de actividades hasta que recibí un correo electrónico de Fitz.

¡Mierda! Me había olvidado por completo de él, con rapidez le envié los datos.

—¡Joder! Volverá a tratarme como a una irresponsable.

—No tengo por qué hacerlo. —Di un respingón al escucharlo detrás de mí—. Me imaginaba que estabas aprovechando el tiempo y actualizando los datos recientes.

—Sí, lo siento —le dije levantándome, quedando los dos tan cerca que sentí mi corazón latir con rapidez. Su actitud taciturna y ese fruncir el ceño con frecuencia, que lograba intimidar a más de uno, me dejaban completamente noqueada y cada vez más confundida con lo que sucedía dentro de mí. Básicamente, porque me era imposible pensar en él como en un hombre que me lograba embotar los sentidos con lo arrogante y déspota que había sido.

«*Pero no has parado de recordar lo vivido el sábado. Prefiero no responder*».

—No tienes que sentirlo —dijo acercándose más. «Por favor, no lo hagas, no podré seguir manteniendo mi fuerza de voluntad dignamente»—. Creo que mejor vuelvo a mi despacho.

—Está bien.

Sin embargo, no lo hizo, se acercó a mí, de nuevo el cosquilleo, la piel erizada y ese ferviente deseo de sentir sus labios en los míos. Noté sus manos sujetar mi cintura y entreabrí los labios esperando a que finalmente atacara los míos, su lengua entrara en mi boca y volviera a besarme con el ímpetu del fin de semana.

—Jennifer, me lo estás poniendo tan difícil. —Cerró los ojos soltando aire fuertemente por la nariz—. Gracias por pasarme los datos que necesito, terminaré el informe, buenas noches.

Y se alejó dejándome tan abandonada que odié sentirme así, odié que dependiera de él cuando debería estar en mi lista negra por todos los desprecios que me hacía hecho. «Y, antes de que me tortures, ¡Vete al infierno, querida conciencia!».



Durante los dos días siguientes no dejé de pensar en Fitz y lo sucedido el sábado anterior y, para tratar de enterrar esos recuerdos, llamé y le escribí a Nilson, y solo recibí un escueto mensaje indicándome que estaría fuera de la ciudad por uno de los proyectos que llevaba en la empresa. Sabía que con Nilson no tenía futuro, pero era mi única salida a lo que me sucedía.

Ese viernes todos estaban más pendientes de la comida que comenzaría en breve que de los proyectos en los que había que trabajar. Estaba nerviosa, durante dos días había logrado evitar a Fitz, no quería sentir todo aquello en mi interior que reabría la puerta a la inseguridad, me era difícil aceptar las dudas que mantenía a cada paso que daba con mi trabajo, para también terminar digiriendo lo que bullía en mi interior.

Decidí usar una americana negra, una blusa blanca, junto a la falda roja que Elly había mencionado, solo para recordarle cómo dos días antes le había ganado el pulso. Traté de centrarme en el trabajo, pero me fue imposible, solo entonces vi aparecer a Nilson y en vez de alegrarme me frustré mucho más.

—Jennifer Bond, qué guapa te veo hoy.

—Nilson, pensé que no volverías hasta el lunes.

—Me gustan las fiestas y esta no me la iba a perder, entre copa y copa y oficinas vacías no sabes lo que se puede hacer.

Sonreí, era la mejor propuesta que me habían hecho en toda la semana y, a pesar de ello, no sentí nada, ni siquiera ese entusiasmo por romper las reglas con lo sugerido, nada de nada.

«*Mala señal*. Lo sé y tengo que buscar una solución».

—¿Sabes que tienes un asunto pendiente?

—Mi único asunto pendiente está frente a mí. —Nancy carraspeó interrumpiéndonos.

—Hola, O'Neill —lo saludó con rudeza—. Jenny, Fitz quiere reunirse unos minutos.

—Era de esperar que quisiera estropear mis planes. —Nancy frunció el ceño y siguió ignorándolo.

—Si quieres te cubro.

¿Cubrirme? Al contrario, esa reunión que había convocado sin informar por *email* era la mejor excusa para escaparme de nuevo de Nilson.

«*Graves problemas*. ¡No te escucho! Eres malvada regodeándote en mi pequeño inconveniente, querida».

—No tienes que cubrirme —enfaticé—. Aún estamos en horario de trabajo. —Nilson suspiró.



—Nos vemos en la comida. —Se acercó más de la cuenta sin importar que lo vieran, lo maldecí por ello—. No te escaparás —murmuró para luego irse.

Nancy volvió a carraspear y lo maldije aún más. No tendría excusa para que Elly me insertara junto a sus matones de Construcción y me encerraran en un despacho para que le contase lo que supiera o me torturarían.

«*Tienes que volver a tu rutina, tantas películas de acción te están fundiendo el cerebro. No entiendo tu idioma, querida conciencia*». Tenía que aclararle la situación a Nancy antes de que Elly lo descubriera, aunque ya debía de saber que Nilson había vuelto.

—Sabes cómo es Nilson, que quiere tirarse a todas.

—O ya se las ha tirado. —Fijó sus ojos en mí esperando respuesta.

«*¡Touché!*». Me encogí de hombros para no responder.

—Y, bien, ¿dónde es la reunión?

—En su despacho. —Se dio la vuelta, y la seguí hasta llegar al despacho de Fitz, que era igual de sobrio e impersonal. Apenas había un portátil, un teléfono y material de oficina. Me describía tanto su actitud; serio, distante, frío. Dos minutos después entró Gregory, seguido de nuestro jefe, y no pude ignorar su fragancia ni que la sombra de la barba que lucía lo hacía ser ese hombre con el que coincidí el fin de semana anterior.

—Buenos días, los he reunido para informarles sobre la reunión de ayer con Leonard. Está muy contento con el progreso en las mejoras que habéis hecho, así que el lunes pondremos en marcha las condiciones acumulativas y las flexibilidades. Giró su portátil y comenzó a explicarnos los puntos en los que debíamos trabajar más. —Gregory intervino sugiriendo ciertos cambios para mayor efectividad. Planteamos suposiciones y desarrollamos grafos a mano con supuestas asignaciones de los tiempos, sin darnos cuenta se acercó la hora de la comida. Miró su reloj y a cada uno de nosotros—. No os quitaré más tiempo, seguimos el lunes. —Gregory y Nancy se acercaron a la puerta—. Jennifer, ¿puedes darme unos segundos?

No. Ya me era difícil estar a su lado como para quedarnos a solas, Nancy cerró la puerta, como si todo hubiera estado fríamente orquestado.

«*¡Muchas películas, Jenny! Por favor, llama a Ruperta y sal a emborracharte o usa el conejillo. Los nervios comienzan a atacarme como para prestarte atención, querida*».

—Quiero agradecerte los últimos datos que me enviaste hace dos días, eso es lo que ha logrado que Leonard esté satisfecho, ha podido comprobar que el equipo que antes dirigía Emily es el apropiado para este proyecto. Lamento todo lo que dije hace unas semanas.

En la vida sucedían situaciones como aquellas que no tenías idea de cómo afrontarlas. Sí, mi querida conciencia, que siempre daba su opinión, estaba callada. «*¿Qué importa lo que diga?, vas a ignorarme igual. Rencorosa*». Resoplé en mi mente.

Así eran las conciencias, te traicionaban cuando menos lo esperabas, así que no me quedaba más opción que responderle de buenas maneras y eso me llevaba a recurrir a lo poco que me quedaba de fuerza de voluntad. Mi móvil comenzó a vibrar y di un respigón, sacándolo casi a malabares del bolsillo de mi americana, pero en cuanto vi quién era maldije al universo.

«*Te la juega muy bien. Voy a desconectar las neuronas que me unen contigo, querida conciencia*». La solución era muy fácil, responder a la llamada de Nilson y cortar la conversación con Fitz y, a pesar de que me ayudaría a salir del apuro, no pude, llevaba todo aquel tiempo esperando esas disculpas.

—Gracias, lo que no sé es si has llegado un poco tarde.

—Lo sé y soy de los que pienso que todos merecemos otra oportunidad.

¿Ha dicho «otra oportunidad»? Dentro de mí todo se revolucionó, como en ese momento en que

vas por la calle de lo más contenta por haberte encontrado un fajo de billetes de cien libras en plena Piccadilly Circus. No podía dejarme llevar por los sentimientos y debía preguntarle a qué se refería exactamente, si solamente era por lo sucedido allí.

—No sé muy bien si hablas de lo que sucedió aquí, en la oficina, o en el cumpleaños del cachorrito de Adele.

—Sabes que eso es una pregunta trampa. —Me miró con una ceja levantada y sonrió. Pude notar que era sincero, sin intención alguna de complacer y beneficiarse.

—Lo sé.

—En todo caso, asumo mi error en las dos situaciones.

Esa vez la respuesta que tenía que darle cambiaría todo entre los dos. ¡Vaya responsabilidad me ha dejado el muy cabrón! Ya tenía bastante con tener que mantener mis nervios a raya, el cosquilleo que recorría mi cuerpo y tener que encontrar las palabras perfectas para él.

—Creo que nos vamos a perder la comida —terminé diciéndole y, para mi sorpresa, volvió a sonreír.

«*¡Eres la reina de las excusas!*». Me acabo de dar cuenta de que nadie me gana en ello.

El móvil volvió a sonar y esa vez no podía ignorar a Nilson, podía hacer cualquier tontería que me dejara en evidencia y a pesar de que debía responderle estaba segura de que ese momento de otra oportunidad, como Fitz lo había llamado, se perdería. La melodía siguió escuchándose, solté aire y respondí.

—Hola, Nilson. —De reojo vi cómo Fitz volvía a enmascarar su rostro.

—...

—En un rato bajo. —Colgué.

—Hemos aclarado los puntos, Jennifer. Feliz fin de semana.

Sus palabras me habían caído como un jarrón de agua fría, realmente no deseaba que terminara así, ni mucho menos que fuese él quien saliese primero de su despacho, por lo que debía ser sensata.

Volví a mi mesa para recoger mi bolso y me senté dudando de si ir a esa celebración o volver a casa y maldecirme por la eternidad. Finalmente, bajé hasta la planta donde estaba el salón y vi a Fitz hablando con Gregory y Leonard, el sentimiento de culpabilidad me atravesó como un puñal y aquello traía viejos fantasmas.

Solo entonces sentí unas manos apoyarse en mi espalda.

—Creí que seguirías evitándome.

—No tengo por qué hacerlo. —Bajó la cabeza para mirarme de lado y sonreír.

Sin darme cuenta comenzó a guiarme hasta la mesa en donde nos topamos con Elly. Era el peor momento para hacerlo.

—¿Qué tal, Elly? ¿Ya has encontrado al ladrón? —le preguntó burlón. Elly lo miró con ganas de asesinarle. Si no lo hacía ella, lo haría yo.

—Jenny —me llamó Elly—. Sigo a la espera... —Comenzó a torcer la boca. ¡Maldita sea!

«*Tenías que haberle dicho la verdad*». Decidí ignorar a mi conciencia.

—Elly, debes mejorar la forma de enviar mensajes codificados —le indicó con sorna. Enfadada, observé a Nilson—. Me imagino que el sindicato de mirones y espías de oficina tendrán cursillo para reciclarse.

—¡Que te den! —espetó—. Jenny es inteligente, algo lenta, pero inteligente.

Abrí los ojos al escucharla, no sabía muy bien si sentirme halagada o pedirle que me aclarara. Él llevó su mano hasta mi espalda, pidiéndome seguir, pero me detuve. Nilson me había manipulado para increparla.

—No te enfades, Jennifer Bond, me gusta que se tomen su segundo trabajo en serio —dijo sonriendo.

—Hablando de gustos, odio que me manipulen y me prometí que ningún hombre volvería hacerlo. —Decidí que debía irme y me dirigí al ascensor de nuevo apretando el botón mientras lo esperaba.

Ya tendría que traer a Elton John y que me dedicara una canción para que volviera a confiar en él. Odiaba que me hiciera sentir igual que en esos momentos en los que Brad me usaba para mofarse de otros, odiaba recordar que le seguía el juego y no quería eso de nuevo.

«*Te lo prometiste, Jenny. Lo recuerdo*».

—¿Por qué te vas? —De todos los que estaban allí nunca me imaginé que Gregory se acercaría a mí.

—La fiesta terminó para mí. —Suspiró en alto y ladeó la cabeza.

—Yo lo veo así; si te vas, esa o ese ha logrado su objetivo, sin embargo, si regresas tendrás una amiga que te apoyará.

—¿Me apoyará en qué?

—¡Anda, vamos!, disfruta de esta celebración, no todos los días asistimos al cumpleaños de uno de los dueños y te lo mereces, has trabajado mucho, y todos los saben.

—Está bien.

Volví a su lado y me senté en la mesa donde estaba Nancy. Gregory se sentó junto a ella, y lograron que entrara en una conversación con otros compañeros, hasta que Fitz se sentó a mi derecha con un plato de lo que menos me imaginé que traería.

—Las he visto y me recuerdan a cierta fiesta de un cachorrillo.

De nuevo me dejaba desarmada, era más fácil para mí que fuese el cretino y soberbio que había conocido de primeras, no el de ese instante, ni el de toda esa semana, que me confundía, trastocaba, aumentaba el cosquilleo y el deseo de que sus labios se estrellaran de nuevo en los míos y de creer por unos segundos que tal vez yo me merecía a un hombre como él.

«*¿Recuerdas que es soberbio, prepotente y déspota? Lo recuerdo, así como también lo de que no dejas de entrometerte, querida conciencia. Estás metida en un lío, lo sabes, ¿verdad? Lo sé y por eso creo que es momento de que te vayas una larga temporada de vacaciones*».

—Sí, las recuerdo. —Sorprendida, miré las tartaletas, que eran de cangrejo y salmón—. ¿Sabes?, me desconcierta.

—¿Se puede saber qué?

—Que recuerdes exactamente las que comí.

—Jennifer, recuerdo todo lo que sea referente a ti.

## Jenny chef: 0 – guindilla: 1

Después de esa respuesta me olvidé del mundo las siguientes veinticuatro horas. Mi cabeza estaba envuelta en un mar de confusiones y decidí callarme y recluirme en correr, las recetas de cocina y mis películas románticas. Sin embargo, nada sirvió. Mi querida conciencia rebobinaba una y otra vez esos dos minutos de conversación como si fueran los mejores de mi vida.

Ese domingo mi padre me invitó a comer, y le agradecí por ello. De nuevo mi madre me acribilló a reproches sobre si había dado o no el regalo al cachorrito de Adele y me obligó a llamarla para quedar y entregárselo. Me encantaba comer con mis padres, pero odiaba los compromisos que mi madre me imponía desde que accedí a un acercamiento con la familia.

Al menos pasar un rato con ellos me hacía olvidar a Fitz y su sonrisa cálida, lo agradable que fue con todos y a su vez mi corazón se mantuvo acelerado durante el tiempo que estuvo a mi lado, creo que era la primera vez que estaba tan callada en una celebración. Me atrevería a decir que si Tom hubiera estado en ese momento lo grabaría para que perdurarse por la eternidad.

Sí, a Jennifer Bond, la que hablaba hasta quedarse afónica, un hombre había logrado callarla y no un hombre cualquiera...

«¿Acabas de darte cuenta de que si Tom hubiera estado presente te llamaría Jennifer la muerdepolvo? ¡Cierto!» Me supe que por mucho que tuviéramos cierta química, era una Bond, y él conocía perfectamente lo agradable que era mi familia. El momento de la fantasía llegaba a su fin y debía aceptar la realidad.

Saqué el móvil para cumplir con los compromisos familiares y me percaté de que tenía un problema, seguía sin recordar el nombre y debía medir mis palabras. Gordon... No, ese no era el nombre. ¿Cómo demonios se llamaba?

—Hola, Jenny —me saludó Adele.

—Hola, Cher —respondí escuchándola maldecirme al segundo, y a mi madre rezongar.

—¿A qué se debe tu incordio de llamada?

—¿No puedo bromear como antes? —pregunté haciéndome la ofendida, mi madre negó con la cabeza.

—Algunos tenemos más responsabilidades aparte de trabajar, así que ve al grano que en nada debo aparcar para buscar a Gordon III.

—Está bien, te he llamado para preguntarte cómo te hago llegar mi regalo para tu hijo.

—¿Qué hijo?

¡Maldición!, me la estaba devolviendo de manera magistral. Eso era lo malo de pasar la adolescencia con parte de tu familia, conocían tus artimañas. Adele estaba segura de que no recordaba el nombre de su cachorrito y tenía que pensar en cómo salir de esa sin meter la pata.

—El menor de todos, cuyo regalo fue una equivocación por parte de la dependienta. —Mi madre protestó.

—Hablas de ese cumpleaños en el que decidiste que te recordáramos de grata manera como, por ejemplo, con la casita en la que debiste pasar la noche plácidamente y en la que hemos llegado a la conclusión de que tuviste un brote psicótico, combinado con la botella de *whisky* Macallan de doce años que hurtaste.

—¡Ese mismo!

Exclamé maldiciéndome, a medida que hablaba del tema más temor tenía de que mi madre terminara adivinando lo que había hecho.

—No te hubieras molestado en cambiarlo.

—¿Y eso por qué? Te prometí que arreglaría el error y lo he cumplido.

—Verás, Jenny, ahora mismo no eres la persona favorita de Gordon ni de los Bristol.

—Entonces, ¡el plan ha funcionado! —Adele y mi madre suspiraron en alto.

—Jenny, a pesar de todo, te quiero, pero lo del sábado y domingo ha sido la gota que derramó el vaso y debes considerar darle un vuelco a tu vida o terminarás alejándonos a todos.

Lo que había comenzado con una broma se había convertido en un reproche más de mi madre, que asombrosamente estaba comenzando adivinar, no por ello dejaría que siguieran pensando que la pobre Jenny parecía una gallina sin cabeza.

—¿Por qué crees que te estoy llamando? —le pregunté. No me gustaba dejar las situaciones a medias y menos cuando no controlaba del todo lo que había sucedido y qué mejor que saberlo por la gente que no iba a mentirme, aunque eso me costara fustigarme más adelante—. Quiero enmendar el error —le respondí con sinceridad—. Había ido con una única intención y parte de lo que sucedió este fin de semana es culpa de los juegos estúpidos de tu marido y de Tom, que tiene una mente jodidamente retorcida.

—Acepta que el sábado te comportaste peor que nunca.

—No, porque esa no era mi intención. Adele, estoy rehaciendo mi vida, escribí varios propósitos y los he estado cumpliendo, hasta ese día en el que estuve bajo mucha presión: el capullo de tu marido, Fitz, Tom y ma... —Callé al recordar que mi madre estaba a mi lado.

—Voy a ignorar lo que dijiste de Gordon y, si te sentías presionada, con irte era suficiente, además, a Fitz es al que menos deberías acusar, se portó como el caballero que es.

—Adele, no quiero discutir —le dije llevándome los dedos a mi sien. A pesar de que podía asumir que mi respuesta fuese el escape rápido a lo que me acusaban, no lo aceptaría, quería averiguar qué más había hecho para reconocer mi culpa y para ello estaba en el camino correcto, aunque no lo creyesen—. He llamado con la intención de enmendar un error que yo no cometí, pero, si sigues sin darme la oportunidad, buscaré la dirección de vuestra clínica dental y os enviaré el regalo por correo. —Adele volvió a suspirar en alto.

—No es necesario llegar a esos extremos —respondió—. Esta semana tengo muchos compromisos, incluso estaré fuera de Londres junto a Gordon, ya que tenemos una convención en Francia, ¿qué te parece si el próximo viernes quedamos para cenar tú y yo?

—Ya te he dicho que me he propuesto unos cambios en mi vida y los quiero seguir a rajatabla.

—¿Y esos cambios de qué van?

—Corro al regresar del trabajo, un curso de español y otro de cocina, entre otros.

—¿De cocina? —Y, sin poder contarle que era una de mis metas pendientes, comenzó a reír y reír—. ¡Si eres un peligro en la cocina!

—¡Eso es mentira!

—Quemaste la cocina de tu madre. —Finalmente mi madre se hizo notar recordando ese instante. «¡Vaya mierda tener familia tan sincera!»—. Es que es difícil olvidar que por querer freír un huevo hasta los bomberos aparecieron —me recordó la muy pécora—. ¡Hola a los tíos!

Resoplé varias veces. Sí, llamé a los bomberos cuando vi una llamarada alzarse y solo se llegó a quemar la cortina, pero todo había sido culpa del troglodita de Tom, que me había pegado un susto de la leche cuando comenzó a gritar que del sartén salía humo y me aconsejó echarle agua.

—Una cortina fue lo único que se quemó y por ello quiero redimirme con el curso de cocina

sin que arda la casa.

—Y también se ahumó la pared y olía a quemado toda la cocina, me costó que ese olor desapareciera —recordó finalmente mi madre, y Adele rio.

—Jenny, algunas veces eres de lo más graciosa.

—Créeme, no quiero serlo —le respondí malhumorada—. Te lo demostraré, esta semana practicaré un gran plato y, en vez de ir a cenar, te invitaré a mi casa.

—Recuerda que soy madre de seis niños preciosos y no puedo darme el lujo de irme por ahí.

—¡Vaya mentirosa eres! Después me echas en cara que tengo excusas poco creíbles, siempre consigues a alguien que cuide de los cachorritos.

—¡Jennifer! —Esa vez sonreí de lado. Se lo merecía, por llevar rato burlándose de mí—. ¿Así que quieres invitarme a cenar?, espero que tu casa no esté igual de desastrosa que tu vida.

—No sé si tomarme eso como una ofensa.

—Tú sabrás si quieres ofenderte —respondió riéndose de mí, la muy cabrona. Si es que la había llamado con buena intención y estaba a punto de que saliera el demonio de mi interior—. Debo dejarte, te confirmo el miércoles. Un beso, pelirroja.

Por un minuto medité la opción de enviarle un mensaje privado y decirle que lo olvidase, no iba a invitarla para que fuera con prejuicios y cualquier fallo que tuviera lo tomara como tema de conversación familiar, estaba harta de que mi familia me viese así; la rebelde e inútil de Jenny.

Solté aire y miré a mi madre.

—¿Contenta?

—Hasta que Mary no me diga nada no lo estaré. —Volteé los ojos, y mi madre decidió hablar y hablar. Desconecté revisando la lección atrasada del curso de cocina para ir a comprar los ingredientes.

En el momento en que leí el nombre, deseé mandar a todo el mundo al infierno.

El lunes, al volver al trabajo con el cosquilleo en mi interior, el destino me dio una tregua. Fitz le había encargado a Gregory lo que debíamos hacer, y Gregory me dio las indicaciones precisas para actualizar los datos. Me centré en ello hasta terminar la jornada. Al regresar, recordé la maldita receta que tenía que hacer o no iban a dejarme pasar al siguiente nivel.

«*Lo vas a lograr, Jenny. Querida, si no lo logro tendrían que darme el premio a la quemacomidas del año*».

Entré al pequeño supermercado cercano. Compré lo indispensable y pagué. En cuanto llegué a casa, me cambié para correr; al volver, me duché y puse la música en alto, asimilando la receta que tendría que seguir a continuación. Hasta que el telefonillo sonó y solo podía ser una persona: Ruperta.

—Debes de tener alguna bola mágica que te dice: «Jenny lleva el fin de semana con la cabeza hecha un lío», hasta la lección del cursillo de cocina está en mi contra, ¿a que no adivinas qué me toca hacer?

—¡Abre la puerta, bonita! —exclamó—. No quiero decir lo que pienso y se entere hasta la reina.

Algunas veces me preguntaba cómo había llegado a ser mi mejor amiga. Después de llevar todo el fin de semana ansiosa, decidí dar el paso y contarle a medias a Ruperta que no estaba bien. Mi amiga sería mi dosis de realidad y claridad con lo que había sucedido aquellos días.

Le abrí la puerta de mi apartamento y volví a la cocina para sacar los ingredientes del plato que peor me sentaba: el chili mexicano. Era tan pesado para mi estómago que debía comer poco y agradecía que Ruperta apareciera, ella no tenía el mismo problema que yo, le encantaba la comida con mucho picante y sería mi conejillo de Indias.

—¿Se puede saber qué fue ese mensaje de auxilio? —me dijo a modo de saludo—. Creí que esa etapa de autofustigarse había pasado, ¿vas a cocinar chili? —preguntó con una gran sonrisa—. ¡Debes de tener esa conciencia tan sucia que buscas que te remida!

—Creí que me habías expulsado de la congregación de Úrsulas al rescate.

—Si no recuerdo mal, te habíamos enviado a un retiro espiritual en el que rezarías para que tu Úrsula se rejuveneciera, y lo hizo, aunque a mi parecer el dueño del tridente no está a la altura o se le han acabado las baterías.

—Paso de responderte —le dije riéndome—. Además, no es por Brad —le aseguré—. Y hablando de él debo contarte lo que me ha ocurrido. —Tenía que comenzar por lo menos trascendental, me era difícil explicarle lo que estaba pasando en mi cabeza.

—Jenny, dime que no te has pillado de ese tal Nilson, no está nada mal, pero debes tener tiempo para ti primero. —Ruperta era la que menos debía hablar de tiempos entre una relación a otra, cuando ni siquiera creía en ellas. Dejé de trocear los ingredientes para mirarla y me arrepentí, tal vez eran las hormonas o que pronto tendría el periodo y por ello mi yo susceptible estaba siendo más dramático de lo normal, por lo que decidí seguir cortando las verduras—. Ese silencio por tu parte no es bueno, ya me contarás qué pasa en realidad —me dijo Ruperta frunciendo el ceño—. En vista de que no vas a soltar prenda con tanta facilidad, me gustaría saber qué es eso de Brad. ¿No me digas que se ha atrevido a venir de nuevo?

—No —dije lagrimeando.

—¿Y entonces?

—He conocido a su pareja —contesté.

—¿Y por eso lloras?

—Eres imbécil cuando quieres —le dije tratando de limpiarme las lágrimas—. Es la cebolla.

—Así le dicen ahora —ironizó haciéndome reír.

—Si fueras una buena amiga me ayudarías a limpiarme la cara de las lágrimas.

—Creo recordar que te limpié muchas —respondió con sarcasmo.

Se levantó, pero no para ayudarme, sino para buscar la botella de vino que mantenía refrigerada y sacar del roperillo un par de copas, Ruperta había sido mi paño de lágrimas muchísimas veces y es que de las tres la más sensible era yo.

Respiré con profundidad para cambiar la conversación y contarle lo inverosímil de la historia de esa dependienta loca que era la pareja de Brad. Comencé a cortar la guindilla, pero la cebolla me había hecho lagrimear de tal manera que terminé llevándome el dedo al ojo.

—¡MALDITA SEA!

Corrí a echarme agua y fue a peor, escocía y me lloraba. Maldije a la vida; a mi madre, por no darme consejos sobre fogones; a Tom, por ser el causante de haberme alejado de la cocina; a Adele, por no creer en mí. Ruperta corrió hacia mí y cuando supo qué me había pasado se carcajeó, mientras yo comenzaba a sentir que perdía el ojo.

—¿Por qué demonios se me ha ocurrido hacer este puto curso de cocina?!

—Déjame ver qué encuentro en la web para ayudarte, pero deja de gritar que vas a alertar a los vecinos y no querrás que venga la policía.

—¡Joder, Ruperta! ¡Es que escuece!

¿A quién quería engañar?, la cocina no era mi pasión; ni ahora ni nunca. Seguí echándome agua hasta que Ruperta siguió unos consejos pésimos que encontró en Google. El escozor disminuyó conforme pasaban los minutos, mas no la hinchazón del mismo.

—Mañana llamaré a la oficina, ¡no puedo ir así! —exclamé aterrorizada al verme en el espejo y, en vez de apoyarme, la muy miserable me tomaba fotos que le pasaba a Yanira Guacimara—.

Seguid burlándoos de mí.

—Jenny, es que solo a ti se te ocurre pasarte el dedo lleno de guindilla por el ojo.

—¡No paraba de lagrimear! ¡Joder! —protesté—. Te pedí ayuda, y no me la diste.

—Sí que te he auxiliado, al menos te he salvado el ojo —respondió con burla—. No tengo culpa de que una guindilla te noqueara. —Y se rio a carcajadas.

No era gracioso, estaba aterrada, no podía presentarme en la empresa con el ojo como si fuera un puto pez muerto, ni siquiera podía llamar con la excusa de un catarro, no podía permitirme algo así cuando cualquier error podría salirme caro. ¿Por qué coño me pasaban a mí esas mierdas? Solo intentaba seguir con mi vida. Definitivamente, al trabajo no podía ir con el ojo de esa manera y recordé que Syn me había deseado un dolor estómago; sin duda, el universo la había complacido.

—¡Maldito universo! —solté frustrada.

—Vaya, eso es nuevo —se burló Ruperta mientras sostenía el móvil con el hombro y su cabeza, llenando así un vaso de leche para tratar de echármelo en el ojo—. Dejo constancia de que lo que diré son palabras de tu querida amiga española.

—Tened consideración conmigo. ¿No habéis pensado cómo será mi día en la empresa? —Ruperta volvió a reírse.

—Esto ha sido algo así como; Jenny chef: 0 – guindilla: 1.

—Sois las mejores amigas que se puede tener —respondí con ironía mientras maldecía a mi vida que estaba patas arribas desde hacía una semana.



## Hablando de guindilla

Me miraba en el espejo negando con la cabeza por esa terrible imagen que se reflejaba. Apenas había dormido un par de horas después de ese desencuentro con la guindilla. Yanira Guacimara se encargó de terminar la receta en cuanto llegó, mientras yo estaba con un paño empapado de leche, junto con otros de los remedios fantásticos que había conseguido Ruperta. Las hijas de perra se habían reído de lo lindo hasta que, pasada más de una hora, vieron que seguía igual de hinchado.

Ruperta decidió llamar a un amigo farmacéutico, contándole con lujos y detalles mi percance, para ir a por los medicamentos que él le aconsejó. Veinte minutos después, apareció con una solución salina y gotas que debía echarme cada cierto tiempo, pero no solo vino con eso, sabía que estaba frustrada y desanimada, por lo que me trajo una enorme hamburguesa en señal de buena voluntad.

Después de comer, Yanira Guacimara sacó del congelador un antifaz para el frío que solía usar cuando tenía jaqueca, obligándome a ponérmelo a modo de parche, se rieron de nuevo y cuando hice el amago de quitármelo, protestaron y me prometieron que no se burlarían más, pidiéndome que les contara eso de Brad.

No debí hacerlo, ya que esa promesa que me hicieron se fue por un tubo. No solo se burlaron de Brad y de mí, planearon ir al departamento en el que trabajaba Syn con la única excusa de fastidiarme el día. El caso es que, bien entrada la madrugada, se despidieron, y yo me quedé con el ojo hinchado y enrojecido hasta que me levanté de nuevo y corrí hacia el baño para mirarme al espejo con la esperanza de que hubiese desaparecido la inflamación, pero no fue así. Debía asumir que no podía ir a trabajar, era lo más parecido a cavar mi propia tumba, ya que las cámaras de Elly lo notarían y sería la primera que lo publicaría en el tablón de chismes con las malditas pesquisas y su reinterpretación de lo sucedido.

Me obligué a no perder el tiempo en imaginármelo y a pensar en una buena excusa para no ir. Sin embargo, mi móvil comenzó a sonar y cuando vi el número recordé a todos mis antepasados.

—Hola, Gregory —lo saludé intentando carraspear un poco, ya que solo me quedaba el viejo truco antes de contarle por qué no acudiría a la oficina y ese era un catarro.

—Hola, Jenny —respondió desde el otro lado de la línea—. Verás, tengo un problema... —Era imposible que me dijese que no iría tampoco. Gregory era inmortal, nunca se enfermaba—. No tengo mucho tiempo, Jenny, ¿recuerdas que después de que regresaras de tus vacaciones me iría? He tenido que adelantarme por un asunto personal, lamento avisarte con tan poca antelación. Intenta hablar con los de Construcción y seguir con la ingeniería básica, necesitamos comenzar a gestionar. Acabo de llamar a Fitz, y está de acuerdo en que sigas dirigiéndolo mientras esté ausente.

—¿Qué? —le indiqué.

Ya estaba bastante histérica con mi ojo pocho para que también decidieran los dos que volviera por unos días a mi anterior puesto. Tenía ganas de preguntarle por la gravedad de su problema, pero si no se atrevía a decírmelo quién era yo para indagar.

—Deja de dudar —me reprochó—. No vas a reunirte con él durante horas, solo será pasarle por correo los informes cada dos o tres días, dependiendo del volumen de trabajo. —Tapó el

móvil para hablar con alguien logrando que mi estado de histerismo fuese a más.

No podía hacerlo, la única y última vez que le envié un email, terminó echándome en cara que todo era una basura.

«*Eso precisamente nunca pasó. ¿Por qué no te pones por un momento de mi lado para así echar de una patada todos estos sentimientos que él logra que aparezcan como un enorme terremoto que me desestabiliza al completo?*».

—Entiendo que no quieras hablar con él directamente, pero los dos hemos coincidido en que conoces el proyecto mejor que otros.

—Pe... pero, Gregory, sabes lo que ha sucedido, aún recuerdo los grandes tachones de corrección que me pasaste en los que había añadido comentarios de lo más despectivos, él tiene algo contra mí.

«*Si antes Gregory pensaba que te faltaba alguna tuerca, ahora lo acaba de confirmar. Sabes que no miento, que esos informes fueron devueltos con comentarios despectivos. Y tú has olvidado que él se ha disculpado varias veces ya*».

Gregory suspiró y maldijo por lo bajo.

—Haremos lo siguiente; en cuanto llegues a la oficina intenta revisar y adelantar el diagrama de calendario con los costes proyectados y cuando los tengas me los envías por correo electrónico que yo se los reenviaré. No te garantizo que durante las próximas dos semanas y media pueda hacerlo, pero pensaré en una solución para ello.

—¿Harías eso por mí?

—No, no lo hago por ti, llevamos mucho retraso en el proyecto para también tener que lidiar con lo que os traéis entre vosotros.

—Eso no es cierto, creo que os estáis...

—Debo dejarte, Jenny, lo siento. —Y, sin más, colgó.

¡Maldita sea! Quién sabe a qué conclusión había llegado Gregory para afirmar eso. Resoplé varias veces frustrada, tenía que ir sí o sí a la oficina, y en cuanto Elly viese mi aspecto publicaría en el tablón del *office* que una guindilla me había atacado.

«*No puedes huir de la realidad, Jenny. Lo sé, querida, pero es estresante tener varios frentes abiertos*».

Volví a mi habitación a por algo de ropa y me di una ducha rápida para llegar a tiempo a la oficina. Cuando volví a verme en el espejo suspiré desalentada y, resignada, me puse las gafas de sol. Antes de llegar a la oficina decidí pasarme por la cafetería Nero<sup>[10]</sup> y comprar un capuchino para llevar junto a unas galletas. Era absurdo que me alimentase así cuando intentaba mantener mi peso, pero los nervios eran más fuertes que mi fuerza de voluntad y valentía, y tenía que descargarlo de alguna manera, es decir, atiborrándome de dulce.

«*Y vuelven las excusas, acepta que es la salida más rápida para no pasar por el office. No te escucho, querida conciencia, me parece que la conexión se está interrumpiendo. ¡Vaya por Dios!, el wifi entre nosotras se está cortando por falta de pago, ¡ahora seré yo la que pasaré de ti*». No te enfades, eres la voz de mi conciencia, pero algunas veces necesito guiarme por las soluciones más rápidas, ¿lo entiendes...? ¿Querida?».

Solté aire al darme cuenta de que mi conciencia pasaría de mí. Medité la opción que mis amigas me indicaron de explicar la verdad, tenía una pequeña infección en el ojo, sin embargo, eso llevaría a que la miserable de Elly regara cualquier rumor sobre infecciones, contagios y pasaría a llamarme Jennifer la apestosa. En cuanto pasé el control y subí el ascensor me tropecé con uno de los enfermos de Construcción que me miró de arriba abajo y sonrió de lado.

—¿Noche movidita? —me preguntó alzando ambas cejas.

Ha dicho noche... Eso no lo había pensado, ni siquiera las morbosas de Ruperta y Yanira Guacimara, y comprendí que era una gran solución, el problema estaba en que los de Construcción también eran de armas tomar.

—Ni te lo imaginas... —Las puertas se abrieron y, antes de que él saliera del ascensor, ladeó la cabeza.

—Sabes que voy a pasar todo el día imaginándomelo y ya tenía bastantes fantasías con cómo montármelo contigo, nena.

Me guiñó el ojo dejándome estupefacta, bebí un buen trago del café para no responderle cualquier burrada, era muy temprano para que me soltasen algo así, pero las puertas volvieron a cerrarse. ¡Maldición! Se había quedado con la última palabra y odiaba que ocurriera eso.

Cogí una bocanada de aire y deseé que durante el resto del día nadie volviese a hacer referencias de ese tipo. Llegué al piso donde estaba mi mesa y me senté sin apenas saludar a mis compañeros. Encendí el portátil, nerviosa, y rogando que Elly tardara un buen rato en presentarse, pero, como un imán, apareció mucho más rápido de lo que deseé.

—¿Has encontrado pruebas para culpar al cabrón de Nilson? Buenos días. —Debía escaquearme como fuese de aquella guerra entre los dos—. ¿Por qué llevas gafas de sol dentro de la oficina?

—Me gusta imponer modas a aquellas que hacen sacrilegios —murmuré.

—¿Cómo? —me preguntó.

Había llegado el momento en el que pasaría a la historia en Construcciones Callaghan & O'Neill como la pringada que se pasó el dedo lleno de aceite de guindilla por el ojo o la guarrilla que se iba de fiesta hasta el amanecer.

—Tuve una noche movidita.

—¿Por eso es el café traído de afuera? ¿Qué pensará Fitz que te ha pagado la cuota mensual con toda la buena intención del mundo para que tú vengas con café de fuera?

Evité mostrar cualquier reacción, aunque lo cierto era que tenía ganas de responderle que me importaba un pepino lo que pensase él sobre mis gustos cafeteros, ya que se negó a que le diese el dinero.

«Tienes que acabar con Elly. Sí, querida, tengo que acabar con su puta dictadura, pero, antes de comenzar el plan, le tomaré el pelo solo para reírme de ella por entrometida».

—Elly, eres increíble, nada se te escapa. —Frunció el ceño mirándome fijamente—. ¿Te puedo contar un secreto?

—Depende de lo secreto que quieras que sea.

Según recordaba, la palabra «secreto» era la práctica de compartir información entre un grupo de personas que la esconden a personas que no están en el grupo.

«Me parece que te ha pillado la mentira. ¿No pasabas de mí? Lo hago, pero Elly está a punto de darte un repaso».

Elly carraspeó para recordarme que aún seguía allí, por lo que la respuesta a mi querida conciencia se la daría más tarde.

—Me quedé dormida, es lo que sucede cuando amanece en la cama de otro y, de camino, al despertarme pasé a comprarlo —respondí siguiendo con mi mentira de patas cortas—. También me apetecieron las galletas, saben a... —Me observó frunciendo aún más el ceño y soltó aire fuerte por la nariz.

—Esas galletas son grasosas y te engordarán, dudo que quieras eso, eres soltera y no puedes permitirte el lujo de estar con michelines. —«¡Zorra!», deseé gritarle.

Me giré del todo dispuesta a responderle que no era su asunto el que me comiera cuatro

hamburguesas repletas de colesterol.

—Buenos días, Elly —saludó detrás de mí Fitz. ¡Mierda! En cualquier momento aquella harpía le contaría el motivo de las gafas de sol y, a pesar de saber que lo que hiciera con mi vida no debía importarle a él, sentí que debía aclarar cualquier malentendido—. Leonard me ha dicho que te ha encomendado redactar la propuesta para Dubái.

—¿La necesitas?

—Me gustaría echarle un ojo a todo lo que tenga que ver con los proyectos que estoy a cargo —respondió.

Me tapé un poco la cara para que no viese mi sonrisa.

«*Deberías agradecerle a Fitz que te salve el culo. ¿Qué te parece si le alabo cuando Elly se vaya? Volveré a mi cueva y dejaré que te den la paliza del año. Gracias, amiga, por tu sinceridad.*»

Era hora de volver a ignorar a mi conciencia durante una buena temporada.

—Lo tendrás enseguida —respondió—. Solo pasaba por aquí para saludarla, como cada día, y me preocupé por su estado.

¡Será hija de Putin! Era su venganza, a pesar de tener suficiente información para poder contarle a todo el edificio lo que ocurría en mi vida, ya que había dejado la semilla del mal en él, me tocaría seguir con mi mentira y que cualquier cosa que pensase se uniera a ese perfil que se había creado de mí.

No quería eso, por una vez deseaba que esa mente prejuiciosa tuviera algo bonito que decirme.

—¿Estado?

—Sí, me ha dicho que estuvo en... —la interrumpí atreviéndome a mirarlo, prefería que supiera de mí lo que sucedía, antes de que la mente macabra de aquella infernal mujer me perjudicara más.

—He tenido una mala noche —le indiqué sin saber por qué demonios le había dicho la puta verdad.

«*Eso, Jenny, ¿por qué necesitas sincerarte con él? Esa pregunta debería hacértela yo a ti. No, no me metas en tus cacaos mentales, bastante tengo con separar todas esas ideas locas que se te atraviesan para tener que seguir entendiéndote.*»

—¿¡Ahora es una mala noche!?

¡Maldita mujer!

—Elly, ¿puedes hacer lo que te he pedido? —le ordenó con su mirada penetrante. Ella tensó la mandíbula y alzó la cabeza girándose y dejándonos a solas—. Ahora que se ha ido, ¿puedes decirme qué te ha ocurrido?

—No ha sido nada —le dije para quitarle hierro al asunto—. Percances de la vida.

—Puedes contármelo sin problema, no tengo el mismo tiempo que Elly para ir al tablón del *office* y colgar alguna información sobre ello. —Sonreí de lado.

No, no era la cotilla diabólica de la empresa, pero era mi jefe prepotente que se había adueñado de mis pensamientos y de esas sensaciones que me embotaban el cerebro. Ese puto conflicto interno, bastante raro, no se desvanecía ni mucho menos en esos momentos en los que de nuevo las pulsaciones pasaron a ser a mil por hora.

Me levanté con la intención de mantener la distancia sin conseguirlo, él se acercó un poco más, los nervios afloraron y mis manos comenzaron a sudar como esa vez en la que mi padre me había pillado el paquete de cigarrillos escondido en mi bolsa de deporte cuando practicaba *disc golf*<sup>[11]</sup>.

Era Tom quien lo practicaba y un día que me invitó a acompañarlo vi a Robert. Por supuesto, no solo hacían *disc golf*, también fumaban, y yo, para hacerme la madura, me las ingení y le robé

una cajetilla a mi padre de las que también tenía escondidas.

Me creí muy inteligente al tener de maestro a Tom, pensé que no me descubrirían cuando le pregunté cómo esconder mi alijo. La estratagema no me sirvió de nada, mi padre y la experiencia me ganaron la partida y a modo de castigo me invitó a estar con él un sábado entero llenando el coche de humo y con los cristales arriba.

Estaba tan mareada que, cuando le pedí abrir el cristal, me dijo que le diera mi bolsa de deporte, en la parte de atrás, donde vi los cigarrillos. Miré a mi padre y no hubo forma de encontrar alguna excusa para salirme con la mía, a cambio, encendió uno y me lo dio para que lo fumara, esa hora tosió y mucho.

Nunca entendí el mensaje que me quiso dar, ya que siguió fumando, yo no volví a hacerlo y en esos momentos me sentía igual; a punto de ir al paredón.

—De verdad que no es nada —afirmé con la esperanza de que me dejase en paz. Su semblante no me ayudaba, y solo quería que se alejara y poder sobrevivir a ese día con un ojo noqueado por una guindilla trabajando en lo que Gregory me había pedido... ¡Gregory!, él sería mi tabla de salvación—. ¿Sabes qué le ha ocurrido a Gregory?, me dijo que no podía venir.

—Sí, pero me ha pedido discreción, y lo respetaré, será él quien os lo explique a su regreso. —Fruncí el ceño. ¿Cuánto misterio con ese hombre?, solo entonces me percaté de que se acercó aún más y me quitó las gafas, dejándome desarmada. Bajé la cabeza avergonzada imaginando que comenzaba a hacerse la idea de cualquier tontería—. No debiste venir a trabajar si tenías infección ocular. —Levanté la cabeza y lo miré.

—No, no tengo infección ocular, es un *nocaut* de una guindilla. —No pudo disimular su desconcierto—. Preparando comida —añadí para quitarle importancia.

—¿Y has tomado algo para ello?

—Sí.

—No deberías tapanlo.

—Eso sería mi suicidio social en la empresa —le confesé, y sonrió.

Una sonrisa sincera y bonita. Una sonrisa que logró que olvidase por unos segundos el malhumor que mantenía por culpa de la guindilla, ya que me hacía sentir como ese dibujo animado de un solo ojo de la película infantil.

—Nadie lo va a notar —me aseguró y de nuevo su sonrisa me hizo pensar que la mayoría entendería que había sido un accidente doméstico como lo entendió él—. Si te preocupa Elly, le daré bastante trabajo para que no te incomode o puedes ir a mi despacho y trabajar allí, ese territorio ha sido liberado de su dictadura.

Estaba a punto de afirmar que era cierto lo de las conexiones mentales y mantener a raya toda esa revolución creciente en mí se me hacía cuesta arriba. Me pasé la lengua por los labios con la emoción latente en mi pecho ante ese gesto tierno y tan caballeroso que no podía ser cierto. Agarró mi mano, las gafas cayeron al piso, y en mi interior todo colapsó; mi corazón marchaba como si estuviera en plena maratón, el cosquilleo apareció con más intensidad y la piel se erizó de punta a punta, sin dejar de lado la necesidad de estar a su lado el resto del día, lo deseaba, lo ansiaba y no iba a ignorarlo de nuevo.

—¿Me garantizas que Elly no querrá atacar los límites de tu territorio?

—Te doy mi palabra.

«Su palabra», repetí mentalmente. Supuse que también se había llevado su rapapolvo y por ello Elly no era tan altanera con él, en todo caso, me gustó eso de «mi palabra», era casi como una promesa que me hacía. Cerré el portátil y recogí mi bolso dejándole claro que aceptaba.

—¡Hola, hola! —Escuchamos a lo lejos y supe que mi sueño acababa de cambiar. Me fijé en

que su semblante cambió a un gesto frío y distante—. ¿Qué haces por aquí, Fitz? —preguntó Nilson, a la vez que con rapidez recogió las gafas y me las puse de nuevo.

—Venía a recordarle a Jennifer que debe entregarme lo que he acordado con Gregory. —Fitz lo miró de arriba abajo—. Veo que sigues igual, sin mover un dedo, solo aprovechándote de las oportunidades y a las... —Nilson no lo dejó terminar, carcajeándose. Esa rivalidad comenzaba a impacientarme.

Nilson se acercó a mí para saludarme sujetándome de la cintura, logrando que todo mi cuerpo se tensara hasta el punto de rechazarlo, aún recordaba la actitud del viernes anterior, y yo ya no era esa chica que antes dejaba pasar el menosprecio.

—¿Qué coño te ha pasado? —A pesar de que debía ser normal, me hizo sentir incómoda hasta dudar de si contarle la verdad, como lo había hecho con el otro hombre que estaba a mi lado.

—Una infección ocular —le respondí recordando la respuesta de Fitz.

—Por favor, no te quites las gafas, no vaya a ser que termines contagiándonos. —Fitz soltó aire por la frustración.

—Debo irme a una reunión —me dijo mirándome a los ojos—. Espero el diagrama de calendario lo más pronto posible, Jennifer. —Se giró dejándome con esa desazón que aparecía cada vez que nos interrumpía, logrando que pensase que cometía un error una y otra vez.

—Veo que me ha ganado otra vez. —Parpadeé varias veces tratando de entender qué quería decir con eso—. Hablo de Fitz —indicó.

—¿Y por qué crees que ha ganado? ¿Y se puede saber el qué?

—El tenerte ocupada.

—Bueno, es mi jefe y para eso me pagan, ¿no crees? —Él sonrió de lado.

—Hace unas semanas no pensabas igual.

—Cuando nos enfadamos decimos tonterías —respondí a esa insinuación miserable.

—No te enfades, Jennifer Bond, solo bromeaba y cuéntame qué estabas haciendo para terminar con una infección ocular. —Una de las cosas que más odiaba en el mundo era las preguntas con rodeos y llenas de mala intención.

—Amanecí así y puede ser que mañana te ocurra a ti. —Sonrió de lado levantando una ceja.

—Esa mala leche de Fitz termina afectando a todos más de la cuenta.

Sentí rabia ante su ironía. Fitz, al menos, era directo e hiriente, pero no jugaba entre dos aguas como lo estaba haciendo Nilson, por lo que me atreví a quitarme las gafas.

—A lo mejor esto me lo has pegado tú. —Abrió los ojos y se alejó un poco más, haciéndome sentir rabia por su actitud desdeñosa—. Dime, ¿debería pedir cita con el ginecólogo por si me encuentro con alguna sorpresa?

—Jenny, relájate, cariño —respondió el muy cabrón—. Eso está muy feo, deberías tomarte en serio el ir al médico de la empresa, no querrás que la oficina acabe con un brote contagioso de infección ocular y termine media Londres afectado por ello. —Abrí los ojos ofendida por su grosería. Si no fuera porque mantenía la idea de derrocar a Elly me uniría a su cruzada.

Tenía dos opciones en esos instantes: callarme la boca y girarme o decirle lo que realmente se merecía, apreté contra mi pecho el portátil y fijé la mirada en él.

—¡Te puedes ir a la mierda!

Giré sobre mis talones para recoger la pila de carpetas de Gregory y me encaminé a la sala de reuniones, el único sitio neutral de la oficina y deseé no volverlo a ver el resto del día.

## El hechizo de la guindilla

Después de pasar medio día trabajando en la ejecución de todas las actividades que enfocaban la implantación de mejoras y de lo que se podía prescindir, pasé al cálculo de horas de las instalaciones físicas y de los periodos de inactividad ante las dificultades y fechas señaladas, fue entonces cuando me di cuenta de que me tocaba ir al Departamento de Construcción.

Tenía que pensar en la forma de que no me vieran como la próxima víctima para sus apuestas, sí, eran unos cerdos de mucho cuidado. Me levanté dispuesta a ello, pero enseguida recordé mi ojo y busqué el espejito que siempre estaba en algún rincón de mi bolso para mirarme.

Al hacerlo supe que no podía aparecer en ese lado de la empresa así, estaba segura de que ese compañero, cuyo nombre no recordaba, había contado que Jenny, la de Planificación y Coste, la tímida, era todo lo contrario y por supuesto comenzarían las típicas conversaciones vulgares.

«Odio a los hombres», concluí. Debía pensar en una solución rápida y me acogí a mi ojo noqueado. Le enviaría un correo electrónico a Fitz para evitar ir a su despacho, le indicaría que seguiría trabajando en casa y le dejaría a él que hablase con los de Construcción sobre... Miré a un lado y maldije a Gregory por tener que trabajar el doble, al tener que encontrar en las pilas de carpetas la información requerida que generaban el servicio pretendido, integrando los elementos de los subcontratos para comenzar con la validación y ajustes necesarios ante los posibles errores.

Resignada, me centré en buscar entre las carpetas la información que necesitaba, iba a tener que tomar medidas para indagar en dónde demonios estaría algo así, como darle a Yanira Guacimara el número de Gregory y que se hiciese pasar por una teleoperadora de asociaciones de veganos y que de alguna forma lograra soltar prenda. Respiré profundo, hasta que Nancy abrió la puerta tocándola después.

—Jenny, quería saber si estabas bien.

—Lo estoy —respondí frunciendo el ceño. Ese interés repentino no era casual—. Aquí me ves, hundida en las carpetas de Gregory, me siento una investigadora de una de esas películas sobre casos reales de escándalos norteamericanos —le dije. Sí, había recurrido de nuevo a mi gran sentido de humor... Las tonterías que yo creía que hacían reír.

—Es que escuché en el *office* que... —¡Maldita Elly!, me lamenté por lo que me diría—. Has tenido una noche movidita y necesitabas ayuda. —La maldije de nuevo todo lo que pude, sonreí falsamente recordando a los antepasados de la dictadora de la oficina.

—Nancy, nunca pensé que eras de esas que creían en rumores a la primera —le contesté sin dudar—. No necesito ayuda y no afirmaré ni desmentiré ese chisme —le aclaré—. Si me permites, tengo que seguir descubriendo los archivos secretos de Gregory para poder enviarte los datos y sacar adelante este proyecto.

—¿Desde cuándo eres tan sarcástica? —Podía responderle a esa pregunta con un: llevo trece horas de malhumor desde que una guindilla me atacó, aunque no fuera así literalmente, seguido de la dictadora de la empresa que me atosigaba y luego el menosprecio de Nilson. Tenía suficiente tela que cortar... Sin embargo, decidí que no me convenía tener otra enemiga en la empresa.

—Nancy, prometo contártelo si me ayudas a encontrar los datos y diagramas que tengo que rehacer para enviarlos al Departamento de Construcción, sin recibir en respuestas esos correos

electrónicos de doble sentido tan habituales.

—Esos cerdos están apoyados por Elly —espetó frunciendo el ceño.

Era cierto, eran lo más parecido a sus escuderos. Siempre estaban de acuerdo con las imposiciones, incluso cuando salían de vacaciones le traían algo, para que ella saliera en su defensa cuando alguna de nosotras protestábamos por sus correos de doble intención. No es que fueran unos acosadores, eran muy listos usando el doble sentido con bromas sutiles.

—Lo sé, por eso había decidido enviarle un correo a Fitz y pedirle que se encargara él. — Abrió los ojos sorprendida por lo que iba a hacer.

—Pensaba que estaba en tu lista de los más odiados. Bueno, vuestra relación es rara, a ratos os lleváis bien y diez minutos después se os nota lo que estáis conteniéndoos. —No pude rebatirle, en un principio lo había enviado al número uno de esa lista y, en ese instante, ni siquiera recordaba cuánto lo odiaba.

*«Si te eriza la piel y te pone el corazón a mil por hora, dudo que a eso se le pueda llamar odio. Y apareces en el instante perfecto haciendo tu trabajo, querida conciencia. No puedo decir que ese sea mi trabajo, hago más horas que un reloj, pero si no hablo envejeceré y terminaré olvidando qué coño hago en este mundo. Conquistarlo no entra en los planes. Paso de ti, Jenny, intento ayudarte, y te burlas, no me pidas más consejo, ¡renuncio!».* Sonreí viendo a Nancy esperar mi respuesta.

—Sigue en ella —le respondí—. A ambos nos conviene sacar el proyecto adelante o nos echarán, cuestión de interés.

—Es decir, le envías el correo para no hablar con él —asumió sin darle muchas vueltas, y asentí con la cabeza—. Es una estrategia genial, eres de las mías, Jenny —añadió.

A saber qué quería decir con eso, no iba a preguntarle, prefería que me echara una mano para terminar rápido.

Nancy se centró en buscar los datos y diagramas específicos, mientras volvía a montarlos en el programa. Una vez terminado, redacté el correo electrónico enviándole los datos y pidiéndole que hablase con los de Construcción.

—Iré a por mi bolso, Jenny, llamaré a mi novio. No quiero más excusas, debe verte un médico, eso de andar automedicándose no es bueno. —Sonreí resignada.

Me cansé de decirle que me sentía mejor, pero ella insistió en que no podía salir en un selfi así, en cuanto se dio la vuelta apreté mis puños queriendo gritar que no iba por ahí tomándome selfis cada quince minutos, pasaba de los putos selfis, filtros y toda esa mierda que la gente usaba para armar su falsa vida feliz en las redes sociales.

La última vez que me había visto el ojo había sido para echarme las gotas y la inflamación estaba casi desaparecida. Cada minuto me convencía más de que en esa oficina la gente tenía un trastorno de algún tipo. Recogí todo para largarme a comer, cuando el portátil hizo el sonido de recibir un correo. Enseguida lo revisé, apenas habían pasado dos minutos de haberle enviado la información, tal vez todo estaba mal o distinto a como lo deseaba, y temí verme todo el día rehaciendo los grafos y metiendo datos en el programa.

Gracias, Jennifer, lo revisaré en cuanto pueda, he visto que no has salido de la sala de reuniones, tendré que llamarla, a partir de ahora, Cuartel General de Jennifer Bond y Gregory Jones.

*¿Acaso estaba bromeando? ¿Qué opinas, querida conciencia? Usted está llamando al número de la conciencia de Jennifer Bond, en este momento está en modo ausente sin retorno, si desea que dé su opinión tendrá que aceptar lo que ocurre y dejar de seguir yéndose por las ramas. ¡Maldita conciencia!».*



Pasaba de mi conciencia si ella me ignoraba, lo que sí no podía ignorar era que aquel humor sarcástico me gustaba. Resoplé para dejarme de tonterías y seguir leyendo, temiéndome que vinieran las represalias.

Y, ya que has hecho los deberes, te recomiendo que te vayas a casa. Este es mi número de móvil, apúntalo para que si mañana sigues indispuesta me avises sobre la marcha, sin tener que volver e inventar excusas sobre: una noche movidita.

De nuevo se dibujó una sonrisa en mis labios unido a ese cosquilleo en mi estómago que aumentaba cada segundo. Estuve a punto de responderle que ya no tenía molestias, solo esa desagradable inflamación.

Su actitud logró que me preguntase si realmente Fitz era así o lo hacía por compromiso. Volví a leer el correo y vi el número, me mordí el labio pensando en qué hacer.

«¿Y para qué quieres guardarlo, Jenny? ¡Anda, acabas de volver a la vida! Ignoraré tu ironía, deja de darle tantas vueltas y apúntalo».

Resoplé, saqué mi móvil, lo anoté y decidí ir a casa para comer, a pesar de que me había atiborrado de esas galletas calóricas necesitaba comida de verdad. Guardé lo indicado en el *pendrive* que nos había dado y me levanté para llevar el portátil y la pila de carpetas de Gregory a su mesa. Ni loca imprimiría el trabajo, que lo hiciera él cuando volviera, no era nada ecológico ese montón de papeles, en cualquier momento terminarían acusándonos por apoyar a la deforestación. Me puse las gafas y cuando me giré vi a Elly venir hacia mí.

—No me has informado de lo que te pedí.

Debía sugerirle a Fitz que le pidiera que redactara todos los informes de datos que hacíamos, así tal vez estaría ocupada el día entero.

—No, no he podido —le respondí. Si bien lo había mandado a la mierda no iba a delatarlo—. Elly, eres buena en encontrar al culpable, acúsalo directamente.

Lo que deseé echarle en cara era que los espías que mantenía comprados podían tener información de primera mano, pero preferí seguir fingiendo que no sabía nada. Me miró de arriba abajo.

—Veo que te has ganado el apoyo de Fitz, pero por poco tiempo. —De nuevo evitaba tener cualquier gesto que ella pudiera valerse para hacer de las suyas—. Tienes hasta el lunes para que me traigas las pruebas y acusarlo o, de lo contrario, haré público ese secreto que te empeñas en ocultar —me advirtió dejándome sin habla, a la vez que llevaba dos dedos a sus ojos señalándolos y señalándome a mí después, dándose así la vuelta para irse.

«Pero ¿qué demonios ha sido eso? No lo sé, querida conciencia, estoy desconcertada, igual que tú lo estás. ¿Secreto?».

Mascullé un par de palabrotas y salí enfadada de la oficina. Una vez que me subí en la línea de metro correspondiente, les escribí a Yanira Guacimara y a Ruperta.

JENNY: 📞

Hola, tengo un pequeño inconveniente.

RUP: 📞

Que no tenga nada que ver con guindillas, he tenido un día malo y quiero machacar a alguien.

JENNY: 📞

Entonces he acertado en contaros. Elly me está puteando.

Me ha dado hasta el lunes para que logre que Nilson confiese lo que le ha robado.

RUP: 📞

¿Y qué demonios le ha robado? ¿El libro negro de brujería?

JENNY: 🗨️

¡Sus puñeteros chocolates!

El problema es que me está chantajeando con un secreto que sabe de mí y no sé de qué diablos habla y estoy harta de su actitud, quiero darle un escarmiento y terminar con su autocracia.

YANIRA GUACIMARA: 🗨️

🗨️ ¡Cuenta conmigo!

RUP: 🗨️

Y después la que va a por los corruptos soy yo... Ya pensaré en cómo acabar con esa zorra, pero habla con ese hombre y que le pague sus putos chocolates y no te meta en sus líos.

JENNY: 🗨️

No puedo, lo he mandado a la mierda, así que dudo que me lo tropiece en unos días.

YANIRA GUACIMARA: 🗨️

Tendrás que hablar con él, sea lo que sea que sepa la pécora de Elly puede afectar a tu trabajo y ya tienes suficiente con tu jefe raro.

Era consciente de que debía presionarlo para que me sacara de todo aquel lío que hacía por diversión.

JENNY: 🗨️

Lo sé, mañana iré a su despacho y seré clara con ello.

YANIRA GUACIMARA: 🗨️

Jenny, ¿te has dado cuenta de que en menos de cinco días has apartado de ti a dos hombres?

JENNY: 🗨️

¿Cómo que a dos hombres?

Al menos que sea un ente que ha contactado con vosotras, de lo contrario, las cuentas se te dan fatal.

YANIRA GUACIMARA: 🗨️

¿Y qué me dices de Fitz y ese amor-odio que os tenéis?

JENNY: 🗨️

¿Fitz? Entre él y yo existe un proyecto de trabajo en común.

«¿Por qué lo nombra? *¿En serio tengo que explicarlo?, ese beso con posesión, firmeza, ese beso que erizó toda tu piel y que evitas recordar a toda costa. ¡Maldición, calla!*».

JENNY: 🗨️

Debo recordarte que le aconsejé comer fibra, jamás podría liarme con un hombre que se cree mejor que todos.

Ruperta no pudo callarse y comenzó con varios emoticonos de risas que me adelantaban lo que iba a decirme.

RUP: 🗨️

Brad era así.

Me dolió que pensara que no podría superarlo y cayera en brazos de uno parecido. Si bien era un capullo y bueno para nada, Fitz no lo era o al menos eso me daba a entender. ¡Mierda! Acababa de compararlo por culpa de ellas y eso no era nada bueno, cuando lo único que deseaba era una relación de jefe-empleado.

JENNY: 🗨️

Aprendí la lección y no voy a tropezar con la misma piedra.

YANIRA GUACIMARA: 

Fitz me gusta, a pesar de que no lo conozca, te ha puesto en tu lugar por putear a la imbécil de Emily, su reproche es cierto, te guste o no.

Casi te cargas el trabajo de todos y apuesto tus bragas a que han pasado más cosas con él que te niegas a contar, pero esperaré pacientemente a que lo hagas.

JENNY: 

No tengo nada que contar, además, ¿por qué apuestas mis bragas?  
Ya he apostado por ellas al menos por los siguiente tres años.

¡Maldición! La había cagado de nuevo.

YANIRA GUACIMARA: 

¡Lo sabía! Ya contarás esas apuestas de tus bragas,  
por favor, para la próxima te deshaces de las del estilo de la abuela.

JENNY: 

Está bien, modelos de Victoria's Secret,[\[12\]](#) creed lo que queráis.  
No pienso seguir esta conversación absurda, le diré a Tom que me ayude, su mente es igual de retorcida que la de vosotras.  
Aunque tenga que apostar todas mis bragas de por vida.

Cerré el wasap frustrada porque mis amigas sacaran conclusiones con tanta rapidez.

Sí, había sido mucha casualidad que terminara en la fiesta de cumpleaños del cachorrito de Adele, pero no era mi culpa, no andaba por ahí preguntándole a la gente si eran o no conocidos.

Resoplé negando con la cabeza, también estaban todas esas veces que estábamos a solas y la respuesta del viernes, sí, esa que trataba de seguir ignorando, pero cada vez pesaba más.

No era frecuente que alguien te dijera que recordaba todo lo referente a ti. Encendí el móvil de nuevo con esa necesidad de escribirle a Fitz para darle las gracias por su preocupación. Tamborileé los dedos en mi pierna y me reproché.

«Un agradecimiento no nos llevaría a ser grandes amigos», me justificaba lo que quería hacer, toqué la pantalla y abrí el wasap buscando su nombre, la ventana se abrió y mantuve mi dedo en el aire, pero finalmente guardé el móvil.

Era una ilusa si creía que me iba a responder, me levanté y salí del vagón en cuanto las puertas se abrieron.

Sería genial no tener contacto con los hombres durante unos días, eso me llevaría a reflexionar qué rayos buscaba y deseaba en mi vida.

## Entonces este será nuestro gran secreto

Estaba un poco agotada y preocupada porque, de buenas a primeras, volvía a ejercer como responsable del proyecto. Desde que Fitz me había apartado, vivía fustigándome por casi habérmelo cargado, por lo que decidí esmerarme con la reestructuración. Tal vez exageraba, pero ese era mi problema; mi autocrítica y exigencia, un defecto o virtud, no sabía muy bien cómo describirlo, en todo caso, tenía que limpiar mi buen nombre y por alguna razón los astros se habían unido para que demostrase que era capaz de sacarlo adelante.

Reconocía que deseaba una oportunidad y que debía odiar a todos los hombres que me hacían dudar de mí como persona y mi capacidad de sacar a adelante el trabajo. Después de ese correo no recibí más y me agobiaba no saber si había encontrado fallos o quisiera mejoras sobre la descomposición del proyecto con respecto a los objetivos de la planificación y control, por lo que decidí arriesgarme con la interacción activa y, a su vez, trabajar con los técnicos codo con codo, decidiendo ir a su departamento y contarles que, aunque Gregory fuera el encargado del proyecto, estaba de vacaciones.

Volví a odiar a los hombres, era como si estuvieran poniendo a prueba la poca paciencia que me quedaba. Resignada, opté por adelantar las horas retrasadas y trabajar con los puntos de referencia en los diferentes programas de los otros departamentos, como, por ejemplo, los cerdos de Construcción, recordando finalmente el nombre de ese que dedujo mi noche movidita, Nicolás, fieles espías de Elly.

Debía tratar de sacar el salto cualitativo para que se ejecutara lo más pronto posible y así la mano de obra comenzara, no iba a negarlo, era lo único que me estaba animando y para poder lograrlo me metí en la cabeza que tenía que aprovechar el máximo de tiempo. Así que comencé a visitar la cafetería cercana al trabajo para no entrar en territorio de Elly; el *office*. Tenía claro que no sería para siempre, ya que tarde o temprano tendría que pisarlo, puesto que la muy miserable tentaba a todos con lo que más nos apetecía a media tarde.

Las dos máquinas de aperitivos estaban allí con un letrero en neón diciendo: «disfrutad de lo prohibido». No me había dado cuenta de la dependencia que nos había creado hasta que comenzó su guerra personal con Nilson. Elly era una especie de capo dentro de la oficina, espías, chantajes y manipulaciones.

Entré a la cafetería, solo tenía esos escasos treinta minutos de desayuno para disfrutar de una vida normal y comprar un emparedado para almorzar antes de convertirme de lleno en el robot que sacaría adelante el proyecto de Construcciones Callaghan & O'Neill.

Me acerqué a la cola de la caja y pedí algo para desayunar. Me senté con algunos folios que había impreso el día anterior de diagramas con la intención de poder examinar las variantes.

«*Al final, terminarás dando la razón a Gregory en eso de tener una pila de folios a mano. Sí, querida conciencia, te ayuda cuando estás en pleno desayuno solitario como estoy yo. Estás sola porque quieres, llama a Ruperta y desayunáis juntas. Lo sé y también que comenzará a preguntarme por Fitz y no quiero alimentar esa pequeña ilusión que tú y yo sabemos que se mantiene latente en el corazón. Jenny...*».

Decidí ignorar a mi conciencia y seguir revisando los papeles cuando sentí un carraspeo más fuerte de lo normal.

—¿Está ocupado? Te he visto varias veces ya por aquí. ¿Trabajas cerca? —me interrumpió un hombre con un marcado acento irlandés. Parpadeé varias veces preguntándome por ese empeño del cosmos de cruzarme con los hombres predispuestos.

«A lo mejor cree que con los cerdos de la oficina no es suficiente para desgastar tu paciencia. Algo pasa que estamos coincidiendo en razonamiento, querida conciencia. No, Jenny, soy la parte que razona de las dos. Retiro lo dicho... ¡Zorra!».

De reojo lo volví a apreciar y no estaba tan mal, recordé ese fin de semana cuando Yanira Guacimara y Ruperta me habían sacado de mi modo vegetativo para disfrutar de la noche londinense. A medida que bebíamos y bailábamos, la noche fue presentando a hombres con los que mis amigas estaban dispuestas a liarse, en un principio, también era mi intención, hasta que un irlandés que no tenía nada que envidiarle a Jason O ‘Mara se acercó invitándome a varias bebidas que acepté. Era consciente de que abría la puerta a un «tal vez», y no tardó en intentar seguir adelante pegando en mi culo su paquete.

Era el momento de seguir adelante y sacarme de la cabeza eso que me tenía confundida.

«Jenny, debes admitir que tu intención era probar que nuestro cuerpo reacciona con otro que no fuese Fitz. En serio, tu papel lo haces muy bien, debería ascenderte de puesto...».

El caso era que tratando de separarme sonreía hasta que usé la excusa de siempre: «tengo que ir al servicio». Me encaminé hasta allí y cuando vi que pedía otras bebidas corrí a la salida, allí le envié un mensaje a mis amigas confesándoles que no tenía ni la más mínima intención de seguirle el juego al irlandés. Me despedí sin darle más explicaciones y opté por dar un paseo, era una noche espléndida para poder sacarle el rendimiento máximo y allí estaba andando sola, como esa aceituna abandonada en un Martini desabrido.

Sí, estaba jodida y tendría que darle la razón a Ruperta en eso de que había entrado al claustro de castidad de nuevo. Quizás era hora de cambiar el curso *online* de cocina por uno presencial o alguna actividad mixta en la que pudiese conocer a hombres en los que la testosterona estuviera en índices normales y no que pensasen cada diez segundos en follar...

«Los hombres nunca alcanzan ese índice y siempre piensan en follar, Jenny. Tienes razón de nuevo».

Por lo que, sin perder más tiempo de mi desayuno, sonreí al irlandés que tenía al frente preparándolo para echarlo de la mesa.

—Sí, vengo con frecuencia —le dije—. Y, bueno, estoy esperando a...

—¡A mí! —aclaró Fitz logrando que abriera los ojos y que el cosquilleo apareciera de manera violenta dentro de mí.

Llevaba dos días metiéndome en la cabeza que era estrés, que debía de tener algún síndrome y me convencí de ello cuando dejé de verlo, pero todo se había ido a la basura al tenerlo tan cerca. Dejó la bandeja en la mesa y se sentó pidiéndole al desconocido que se apartase.

No tenía idea de qué hacer; si reír o reñirle por haberse tomado atribuciones, el desconocido se rindió dejándonos a solas, fijé mi mirada en él esperando alguna respuesta por su parte.

—Buenos días, Jennifer, no imaginé que visitabas con frecuencia la cafetería.

—¿Crees que es la respuesta que espero?

—Sé que no, me pareció que tampoco deseabas esa compañía. —Abrí los ojos sorprendida por esa conclusión—. Si me he equivocado puedo levantarme y pedirle que te acompañe. —Negué con la cabeza.

—No te has equivocado —le confesé—. Aunque algunas veces la soledad es la mejor compañía.

—Muchos recurrimos a ella en algún momento de nuestras vidas. —Lo miré meditabunda,

daba por hecho que su prepotencia se debía a que le gustaba que la gente se mantuviera alejado de él—. He decidido no pisar mucho el *office*, voy a intervenirlo en cuanto menos se lo esperen, no puedo creer que exista tanto abuso por su parte. —Levanté una ceja mientras los cristales de sus gafas se empañaban por culpa del café humeante, no pude evitar sonreír, si era cierto lo que me decía tendría más posibilidad de derrocar a Elly—. Nunca había visto eso de cuotas o intereses de demora.

—Estoy convencida de que Elly trabaja en el lugar equivocado, debieron ficharla en algún banco en el Departamento de Hipotecas o alguna de esas empresas cobradoras de morosos.

—Me parece que voy a contactar con alguna y se la sugeriré, explicándole que es un diamante en bruto. —Y sin más comencé a reír, él se encogió de hombros, bebió de su café y le dio un mordisco a su sándwich frunciendo el ceño para evitar reír—. ¿Te has dado cuenta de que parecemos dos conspiradores?

—¿Perdona? —pregunté desconcertada ante el hombre que tenía frente a mí, volví a sonreír y le seguí el juego—. Quien está ideando un plan eres tú —le respondí con una ceja levantada, y rio.

—Lo admito, ha sido mi idea —añadió sonriendo y bebiendo de nuevo café, se quitó las gafas y las limpió con una servilleta que sacó de su bolsillo—. Hace un tiempo visité ese departamento y me desconcertó ver todo lo que tenía montado —me explicó—. Recuerdo que Elly me miraba de arriba abajo preguntándose quién era este pobre diablo hasta que Leonard nos presentó.

—¿Unos meses? No te había visto hasta el día en que... Bueno, ese día —le dije sin querer tocar el tema de nuevo.

—Sí, antes de entrar definitivamente a la empresa estuve en una reunión de socios y aproveché para conocerla de primera mano, si no me equivoco estabas de vacaciones.

Vacaciones... Las peores de mi vida. A nadie le deseaba pillar a su pareja entrando en un apartado en el Barrio Rojo, quizás si hubiera sido discreto.

«*Ni discreto, ni leches! Querida conciencia, lo pensaba porque... La infidelidad es lo peor que le puede pasar a una pareja, Jenny, acuérdate lo que Ruperta te explicó según la legislación del país*».

—¿He dicho algo malo?

—No, no —respondí con rapidez. Lo que menos me apetecía era contarle mis miserias y mis discusiones con la conciencia.

—¿Seguro?

—Lo prometo, pensaba en esa cuota abusiva de Elly. —Tenía que desviar el tema. Bastante violento era que estuviéramos allí comportándonos como si fuéramos grandes amigos.

«*Sabes que no es eso, Jenny. ¡Cómo te odio, querida!*». Debía reconocer que lo que realmente sucedía dentro de mí y era que me sentía bien, cómoda, a su lado.

—Te confieso que cuando me dijo el monto me sorprendí.

—Por eso te pedí que no pagaras mi cuota de retraso.

—Jennifer, no me importó hacerlo —me dijo mirándome a los ojos—. Aunque no me apetezca volver a pasar por allí.

—Por eso estoy aquí —espeté—. Elly me ha chantajeado y me he negado a seguirle el juego.

—¿Y se puede saber con qué? —Podía decirle que era por Nilson, pero no me apetecía hablar de él y menos con Fitz, a pesar de seguir sin entender esa rivalidad que mantenían.

—¿Por qué hablamos de ella? —pregunté desviando el tema de nuevo.

—Porque estamos aquí confabulando.

—¿Lo dices por ti? —Me atreví a tomarle el pelo.

—Por mí y por la empresa, siento haber desaparecido.

—¿Por qué no me has respondido a los correos electrónicos?

—Los he visto y me di cuenta de que no tenía que responderlo, que debo confiar en tu capacidad de crear la planificación.

—Discrepo en eso, recuerdo que mi jefe me dio una lección de humildad.

—No, Jenny, esa no era mi intención, que te hiciera abrir los ojos al error que cometías no significa que no crea que seas apta para diseñar la planificación. Además, Gregory me dijo que eras como una hormiguita que no te detenías hasta tener la fase lista. —Sonreí con timidez.

—Me juego mucho, Fitz —le dije mirándolo a los ojos—. Nos jugamos mucho si fallo.

—Lo estás haciendo muy bien. —Soltó aire y volvió a fijar sus ojos en mí—. He visto lo que Emily está haciendo en otro departamento y tendré que hablar con Leonard porque es preocupante... Diría más bien que es terrorífico —me confesó, seguido de un gesto de miedo en los labios.

Reí con sinceridad. Sabía cómo trabaja Emily, alias Jadis, cuando me asignaron en el proyecto que tuve que sacar adelante.

—Ya que hablamos de confesiones, te diré que le puse un apodo.

—¿Y se puede saber cuál es?

—¡Jadis! —Abrió los ojos y empezó a reír.

Me había arriesgado a decírselo porque me sentía tan a gusto que no quería que los minutos pasaran. Necesitaba acercarme a ese hombre distinto al que había conocido en la empresa, que me hacía reír de manera sincera, sin dobles intenciones. Lo que en un principio pensé que sería un desastre acababa de ser un desayuno agradable.

—¡Así que Jadis! Me imagino que el mío es enano gruñón.

—¡No! —Reí de nuevo—. Aún no te he puesto ninguno y menos eso de enano, no te pega nada.

—Entonces es un alivio —respondió—. Sé que media plantilla me detesta, pero estoy tratando de redimirme, por eso estoy aquí, a pesar de que este café no es tan bueno como el que tiene Elly en el *office*.

—Es cierto, pero, si lo miras por el lado positivo, nos reunimos a confabular y mejor que no tengamos al enemigo cerca.

Río a carcajadas y me gustó verlo de esa manera. Se acercó a mí más de lo normal, dejándose desconcertada y con el corazón bombeando con rapidez.

—Entonces, será nuestro gran secreto.

## Veo que lo tuyo va de amores imposibles

Entramos a la oficina juntos, yo con una sonrisa que no podía quitar de mis labios, no recordaba cuándo había sido la última vez que disfrutaba de un desayuno tan distinto y tan lleno de risas.

En cuanto llegamos, le pedí que revisara algunos aspectos de los diagramas y datos. Me explicó al detalle lo que sucedería en las suposiciones y finalmente me animó a seguir el camino que había tomado.

Nadie hubiese podido imaginar que aquel era el mismo hombre que hacía un tiempo me reprochó mi falta de ética y en ese instante confiaba en mi capacidad. No podía ignorar que en esa ocasión había mermado tanto la confianza que sin darse cuenta me ayudaba a recuperarla.

Sin embargo, volvió a desaparecer como si no trabajase allí y durante los días siguientes luchaba a diario con la duda. Esa duda que me invadió muchas veces cuando Brad estaba en mi vida. Sus continuos señalamientos, el recordar una y otra vez mis defectos y las burlas que solía hacerme por ellos. Sí, por eso odiaba dudar en mi trabajo, era lo único en lo que Brad no había logrado penetrar en mi vida.

«*Recuerda que Yanira Guacimara te dijo que le daba la razón y es verdad, por poco te cargas un proyecto tan importante como es en el que estás asignada*». No iba a rebatirle a la conciencia y me dediqué a aferrarme a sus últimas palabras esforzándome en dar lo mejor de mí declinando toda clase de salidas, menos a la comida con mis padres.

Llegaba agotada a casa para intentar seguir con mi rutina de correr, adelantar lecciones de los cursos de cocina y español, pero Yanira Guacimara y Ruperta aparecieron con un par de botellas de vino y comida japonesa, dispuestas a seguir con su estratagema, ignorando mis propuestas, al final decidieron elaborar un plan para derrocar a Elly.

Un plan macabro que necesitaba de varias personas.

Hicimos una lista de compañeros, y casi todos estaban del lado de Elly; bien porque tenían las repercusiones o porque eran sus espías. Solo tenía a Fitz de mi lado, pensé en Nancy, estaba descontenta, aunque eso no la llevaría a decidirse a ganar una enemiga para la eternidad, tampoco es que fuera una escudera con gallardía. Tenía claro que era necesario detenerla y solo conocía a una persona dispuesta a derrocarla; Nilson. Estaba tan centrada en mi trabajo que él no estaba en mis pensamientos.

«*Mala señal. Muy mala, querida*».

Cuando volví a la oficina me di cuenta de que había pasado mucho tiempo desde que la empresa había dado un giro y casi dos semanas desde que había sido noqueada por una guindilla, en las que seguía Gregory de vacaciones.

«*¡Menudas vacaciones!*». Así es, al menos alguien ha podido disfrutarlas. Desde que sucedió lo de Brad apenas tomaba mis días. El tener mi mente ocupada logró que saliera adelante y que estuviera en esos momentos llevando las riendas del proyecto con la supervisión de Fitz, aunque los de Construcción me lo pusieran cada vez más difícil.

Abrí el correo de la empresa para preguntarle a Fitz si había podido bajarles los humos a los cerdos de Construcción que no paraban de enviarme correos electrónicos con imágenes de chistes de mal gusto, al hacerlo, me encontré un mensaje de él.



Lo abrí con rapidez y me desalenté al leer que por motivos personales había tenido que viajar y volvería en cuanto pudiese. Necesitaba que aprobase los últimos datos, tal vez hacía unos meses no me hubiera importado, pero, después de todo, no me sentía suficientemente capaz de tomar decisiones sobre las actualizaciones y odiaba sentirme así, era como si viviera en una continua evaluación.

Elly pasó cerca de mi mesa ignorándome al completo.

—Nancy, recuerda que pronto tendréis que pagar la cuota, aunque traicionéis yendo a una mierda de cafetería que trabajan con todo industrializado y no con el café ecológico que intento con mucho esfuerzo que esté en nuestro magnífico *office*.

—Lo tengo como recordatorio en la agenda del móvil, ¿has encontrado quién robó los chocolates? —Creí que Nancy odiaba a Elly, pero acababa de saber que no era así. ¡Maldita sea!

—Tengo en seguimiento al sospechoso, aún no me han dado el informe y esos que son cómplices caerán.

Volteé los ojos cuando Ellyladeó su cuerpo mirándome sin disimulo alguno. Solo me quedaba hablar con Nilson y llevaba días sin saber nada de él, aunque seguía sin pedirme disculpas. La mano comenzó a picar tentada a llamarlo y desistí, sobre todo, porque apenas tenía tiempo para ello.

Nancy y yo estábamos llevando el peso del proyecto, no quería distracciones, y Nilson era una que me traería consecuencias, tendría que dejar que fuera él el que diera el paso, si es que lo daba después de haberlo ignorado durante tantos días.

«*No te veo llorando por no haber recibido ni una llamada o un mensaje privado. Gracias por tu sinceridad, querida conciencia, cada vez eres más sutil*». Decidí ignorarla y centrarme en revisar el diseño y comportamiento de las condiciones operativas.



El domingo había llegado en un pestañear de ojos acompañado de cansancio mental, pero mi madre decidió que debíamos comer en familia y como siempre su insistencia lograba que mis excusas creíbles no sirvieran de nada. Veinte minutos duró la paz en la familia Bond, en cuanto escuché a mi madre hablar de mí como si no existiera.

De alguna forma se enteró a medias de lo sucedido el fin de semana familiar del cumpleaños del cachorrito de Adele. El universo sabía que deseé ignorar tanta pedorreta absurda, como si rebobinara todo ese sábado, no paró de recordar el espectáculo que, según ella, di. Odiaba que la gente sacara conclusiones precipitadas de situaciones en las que yo fui víctima.

Sí, nos habíamos besado; corrijo, él me había besado con ferocidad. Suspiré, resignada, aceptando que deseaba volver a verlo, que en vez de estar comiendo junto a mis padres fuese con Fitz, lo echaba de menos.

«*¡Qué bonito es el amor! Y tú, querida conciencia, no puedes ser más irónica porque no tendrías espacio en mi cerebro. Jenny, mi función en la vida es que recuerdes tus errores*». Opté por ignorar a mi conciencia, ya que mi madre cambió de tema, mas no de personas, asumiendo una relación entre Fitz y yo.

Estaba a punto de preguntarle si se había enterado de mi lamentable espectáculo, dudaba de ello o estaría llorando por los rincones, al menos el cabrón de Tom mantuvo su promesa de no contar nada, solo rogaba para que su mujer también se mantuviera en silencio.

«*Eres consciente de que en cualquier momento sabrá lo que hiciste. Sí, en mi defensa diré*

que estábamos pasados de copas, menos Fitz. Él apenas bebió y pudo cerciorarse de cualquier gilipollez que mi familia hiciese. *Sabes que eso es peor de lo que intentas aparentar*».

¡Maldita sea! Tenía razón. La última vez que estuve en una reunión familiar, mis primos hicieron el idiota poniendo Nirvana a medianoche a todo volumen, logrando llamar la atención de la policía. A ellos se lo perdonaron, conmigo no lo hubieran hecho y se hubiera activado el modo *dramaqueen*...

—¡Jenny! —me llamó mi madre chasqueando los dedos delante de mí.

—Lo siento, llevo una semana a tope de trabajo. —Frunció el ceño y torció la boca.

—Ese Fitz no debería cargarte de trabajo si quiere tener algo contigo.

—De verdad que no sé cómo has llegado a esas conclusiones tan absurdas.

—Las muestras de amor que os disteis.

—Tengo que recordarte por milésima vez que era el puto juego de Gordon.

—¡Jennifer! Esas malas palabras están fuera de lugar.

—Lo mismo que tu suposición —le aclaré.

—Richard, ¡di algo!

—Jenny, es cierto que vuestro comportamiento se pudo malinterpretar, pero es que trabajáis juntos y es fácil llegar a esas conclusiones.

—¿Papá?! Pensaba que me apoyarías

¿Por qué demonios todos daban por hecho algo que no iba a ocurrir? Fitz era el candidato perfecto, pero para otra mujer, y asumir esa verdad me frustraba.

—Comento lo que vi.

—Y también me viste... —Cerré los ojos y mascullé palabrotas.

No serviría de nada justificarme cuando ellos ya se habían creado un cuento de hadas en sus cabezas.

—Y, bien, Jenny, ¿cuándo lo traerás a casa? —me preguntó mi madre, llevé las manos a mi cabeza negando—. Ese hombre es encantador, educado y de buena posición. Ha tenido sus problemillas, pero los ha resuelto muy bien, incluso se podría decir que...

—¡Nunca, mamá! —la interrumpí, aburrida de todo ese rollo absurdo que no beneficiaba a nadie.

—¡Válgame Dios! Cuando por fin has encontrado a un hombre que realmente vale la pena, mantienes esta actitud. —Solté aire y me levanté cansada de que todo lo que hacía estuviera mal.

—Verás, mamá, he aprendido la lección con Brad y no buscaré un hombre que os complazca a vosotros, al final no sois los que viviréis con él ni aguantaréis sus manías o tendréis sexo, seré yo, y no ha aparecido, me conformo con el conejillo rosa que hace muy bien su trabajo. —La mandíbula de mi madre comenzó a temblar—. Espero que podáis disfrutar de vuestra comida, hasta luego.

Cogí mi bolso y me fui del restaurante con la promesa de que no volvería a aceptar una comida con mis padres a menos que me juraran que no mencionarían nada que tuviera que ver con parejas.

Sin embargo, en la entrada del restaurante me detuve comprendiendo que estaba siendo muy quisquillosa, podía darme la vuelta y disculparme, eso me podría traer consecuencias, como que mi madre tuviera de nuevo potestad para meter sus narices en mi vida, y me había costado mucho independizarme para caer en lo mismo.

Caminé un buen rato hasta llegar a Nothing Hill y me topé con una librería, decidí entrar para distraerme con el olor de los libros, evadiéndome de los aparentes compromisos que una persona debía adquirir en la vida. Amaba a mi madre con sus defectos y sabía que quería lo mejor para mí, pero era desquiciante. Pasé el dedo por los diferentes libros que había en la estantería, hasta que

me topé con un clásico y lo saqué para hojearlo.

Recordé cuando había leído *La Letra escarlata* hacía muchos años. Esa letra que tenía que llevar en su pecho por haber sido condenada culpable de adulterio. ¿Cuántas habíamos sido tachadas con diferentes letras del abecedario por nuestros actos? Sin ir más lejos, acababa de vivir algo parecido con mis padres. Dejé el libro en la estantería y me dirigí a los contemporáneos, interesándome por algunos. Cogí un par, dispuesta a comprarlos y, mientras iba camino a la caja leyendo la sinopsis de uno, me tropecé con alguien.

—Lo siento, estaba distraída —dije y al mirar me quedé sin habla, era Fitz.

—¡Hola, Jenny!

Me sorprendió que me llamase con mi diminutivo y su entusiasmo, era como si de verdad se alegrase de tropezarse conmigo. No llevaba las gafas y sus ojos se veían más expresivos, sin dejar de lado la cazadora, la camisa estilo leñador y el pantalón de mezclilla, no lo hubiera podido reconocer si no nos hubiéramos tropezado.

—Qué casualidad que coincidamos en una librería —le dije sonriendo con nerviosismo. No estaba muy segura de qué decir ni hacer, mientras mi corazón latía más fuerte y tenía que simular que no me trastocaba, que esas ganas de verlo no me empujasen a saltarle encima, así que observé que llevaba un par de libros infantiles—. Y me queda claro que tenemos diferentes gustos en literatura —añadí recurriendo a las bromas que solo me hacían gracia a mí.

—Son para un regalo —respondió con rapidez llevándose la mano a la nuca—. En estos tiempos los libros juveniles e infantiles son mejores que los de adultos. —Miré los míos y luego a él.

—Eso ha dolido —comenté sonriendo—. Soy una pobre lectora que acaba de ser juzgada por un crítico literario —solté mirando el libro que tenía en la mano.

—¡No te pases! —me reprochó con una sonrisa sincera que imité. Fijó sus ojos en mí, como si deseara decirme mucho más, y mi corazón se aferró a la expectativa de que lo hiciera. No recordaba cuándo había sido la última vez que había estado así, con ese gusanillo que subía y bajaba en mi pecho, que me llevaba a estar ansiosa por saber su próximo paso y que obligaba a que mi imaginación no volase—. Veo que lo tuyo va de amores imposibles. —Parpadeé varias veces intentando entender a qué se refería, hasta que lo comprendí y volví a sonreír.

—De vez en cuando es bueno dejarse llevar. —«¡Vaya respuesta tan estúpida, Jenny! Eres tú la que debes ayudarme en ello y solo haces meterme en la mierda dejándome sola». Me era bastante difícil mantener a raya el cosquilleo y mi corazón, ya que deseaba con desesperación sentir sus labios en los míos—. Debo irme —le dije, aceptando que era lo mejor para los dos para empezar a asimilar lo que él lograba en mí.

—Te invito a un café.

—¿Seguro que quieres tomar un café conmigo?

—¿Y por qué no?, recuerdo que en el último pasamos un rato agradable y distinto, estaremos entre amigos, he quedado con Leonard, su mujer y sus hijas en una cafetería a un par de calles. —Abrí los ojos sorprendida por la invitación, resultándome violento aparecer a su lado cuando apenas había visto un par de veces a los dueños de la empresa.

Por otra parte, no quería que aquel momento se acabase, me gustaba ese Fitz que estaba frente a mí. «*Jenny, debes ser coherente con las situaciones e ir con él y los Callaghan no es sensato*».

—Será en otra ocasión, he quedado con mis padres. —Miré el reloj y fijé mis ojos en él—. Se me hace tarde, lo siento. —Intentó apartarse, pero tropecé con él de nuevo.

—Lo siento —me dijo.

—Ha sido mi culpa.

—Si lo que te ha hecho cambiar de opinión son los Callaghan, no me importaría avisarles de que me retraso.

—¿Y por qué quieres hacer eso?

—Porque me apetece volver a disfrutar de un rato a tu lado.

Intenté responder, pero cerré la boca. Mis ojos se fijaron en los suyos dejando que un cúmulo de sensaciones se apoderaran de mi cuerpo, de mi mente y de mi ser. Mi corazón bombeaba como nunca, las manos me temblaban e inconscientemente aferré los libros a mi pecho para evitar que viese mis manos temblar.

Estaba segura de que si le contaba a Ruperta o a Yanira Guacimara lo que sentía nunca lo comprenderían y lo peor era que en otros tiempos tampoco yo lo hubiera hecho y es que no tenía palabras para describirlo, solo quería que todo espacio, toda barrera que se interponía entre los dos desapareciera, que sus labios se estrellaran en los míos y que sus manos se deshicieran de la ropa y recorrieran mi cuerpo de palmo a palmo, dejando su huella para que jamás se borrara.

Sí, estaba siendo increíblemente absurda e ilusa, pero era la necesidad que me embargaba en esos momentos.

—Fitz, ¡al fin te encuentro! —exclamó una mujer que logró que rompiera ese contacto entre los dos. Parpadeé observando la mano apoyada en el brazo de él, sonriéndole con esa complicidad que solo una mujer podía entender.

Era guapa y se notaba que era del mismo círculo social, tal vez era alguna Callaghan que quería pillarlo. A pesar de tener un palo metido en el culo, Fitz era un excelente partido.

«¡Jenny! ¿Desde cuándo eres tan clasista? No lo sé, desde ahora, desde que ella apareció».

Siempre había ido en contra de los dictámenes de la sociedad, al final estaba siendo engullida por la misma. Sentí decepción y era frustrante dejarme llevar por una pequeñísima ilusión, cuando era de esperar que tuviera alguien a su lado. Había llegado el momento de despedirme y fustigarme por imaginarme estupideces como si fuese una adolescente.

—Debo irme.

—Jennifer, si me das cinco minutos. —La mujer frunció el ceño y luego me observó de arriba abajo preguntándose quién demonios era yo, por lo que una retirada a tiempo era lo mejor, antes de que saltara la Jennifer Bond borde.

—Nos vemos el lunes, buenas... —En su rostro se dibujó el desconcierto haciéndome dudar. Observé cómo la mujer ladeaba el rostro hacia él, esperando una respuesta por su parte—. Buenas tardes —determiné y, sin más que decir, me alejé directa a la caja para pagar, conteniéndome de girarme y buscarlo entre la multitud, no me atrevía a saber qué sucedería si lo hacía.

Salí de la librería y caminé con premura hasta la estación del metro, y cuando llegué a casa decidí que era mi mejor escondite, quería meterme en la cabeza que la gente no cambiaba tan rápidamente sin alguna buena razón y la mía era que Fitz sintió pena de mí esa maldita madrugada y no lo que en el fondo me hubiera encantado que sintiera.

«¿Quieres asumir eso? Sí, nunca estaré a su altura. *No te pases tampoco, no eres tonta, solamente fuera de lo común*».

Sonreí amargamente ante el consuelo que trataba de darme y que solo podía acallar con una copa y una botella de vino, apagué el móvil decidiendo tomarme ese domingo para meditar, sin visitas o llamadas sorpresas.

## Un maldito mensaje

Habían pasado cinco días desde ese encuentro. Debía llamarlo de otra forma: encuentro casual en Nothing Hill. Un barrio bohemio que contaba con muchas librerías, un lugar que más se parecía a mí y no tanto a él, pero los dos habíamos coincidido allí.

Fuese o no culpa del cosmos, desde ese día supe de él.

Si no fuera por el libro que compré podía comenzar a jurar que Yanira Guacimara y Ruperta le habían echado algo a la bebida. No sería la primera vez, de hecho, la única vez que se le ocurrió a Ruperta mezclar alucinógenos acabamos dentro de la fuente The Huntress<sup>[13]</sup> en la fiesta del verano cantando *La vida loca* con coreografía incluida. Gracias a la benevolencia de un par de *bobbies*<sup>[14]</sup> que pasaban por allí, no terminamos en los calabozos de Scotland Yard<sup>[15]</sup>.

Si antes me era difícil recordar sus besos y caricias, en ese instante me resultaba difícil no detenerme cuando veía a un hombre que se asemejaba. Ese día en la librería, que estábamos tan cerca y a la vez tan lejos, logró que soñara con sus largas pestañas y sus increíbles ojos expresivos que se escondían detrás de sus gafas.

«*Jenny, pareces una maniaca*. Llámame lo que quieras, pero ese Fitz con el que me tropecé es el que quiero volver a ver, y sabes que no era su físico lo que había logrado que mis emociones estuviesen a flor de piel, sino su manera directa de decirme mis errores y el elogiarme como pocos lo habían hecho. *Ten cuidado que caes de nuevo en el síndrome de Brad, está comprobado que...* Detente un momento, querida conciencia, no voy a ser la misma tonta de hace seis años, he aprendido la lección, además Fitz no comerá mucha fibra, pero no es manipulador como el imbécil de Brad».

Y, no, no era una pobre alma en pena, mis padres se sentían orgullosos de lo que había logrado ignorando mi pésimo gusto en cuanto a parejas y, así como ellos, Ruperta y Yanira Guacimara, pero a medida que pasaban los días deseaba con ansias una respuesta a los correos electrónicos, podía escribirle preguntando cualquier tontería, pero no me atrevía.

La rebelde Jennifer Bond, que se aventuró a correr en pelotas por el instituto, no era capaz de escribirle a ese hombre que había revolucionado su vida.

«*Te haces vieja, Jenny*. ¡Te puedes ir a la mierda, querida conciencia!».

Entré al edificio empresarial para ir a la oficina, cuando llegué a mi mesa me encontré con un papel que rezaba: «Traidora». Resoplé, era muy temprano para esquivar las tonterías de Elly. Quería poner en marcha mi plan de derrocarla, pero seguía sin conseguir reclutas para el apoyo logístico, me quedaba dejar el orgullo de lado y llamar a Nilson.

Quizás me mandaría a la mierda si aparecía en su departamento, tendría algún papel que dijese: «En caso de acercarse Jennifer Bond llamar a un lobo huargo<sup>[16]</sup>».

«*Mira que eres exagerada*. Entiende, querida conciencia, que necesito una solución, no tengo tiempo para sociabilizar con media empresa hasta dar con Nilson».

La responsabilidad que llevaba en los hombros era mucho mayor, hasta tal punto que había optado por invadir el despacho de reuniones, pero era hora de hacer frente a esos errores. Sí, en cuanto terminara de asociar los costes de los recursos para enviárselos a los egocéntricos de Construcción lo llamaría para invitarlo a comer. «*¡Suerte con eso!, voy a reírme de lo lindo*

*cuando te ignore como lo has hecho estos últimos días. ¡Te odio!».*

Decidí pasar de ella y seguir entre datos y grafos durante el resto de la semana, hasta el jueves que ya estaba sumamente estresada y preocupada por seguir sin tener noticias de Fitz ni de Gregory.

Me senté en la mesa en cuanto llegué a la oficina para guardar mi bolso y pedirle a Nancy reunirnos en la sala de reuniones y recopilar todo lo que habíamos trabajado y así entonces pasar a la segunda fase. Levanté mi rostro y no la vi, me imaginé que estaba en el *office*, por lo que decidí coger el móvil y enviarle un mensaje privado indicándole vernos en la sala de reuniones. Para cuando fui a guardar el móvil en mi blazer, vi de reojo un bulto que sobresalía de un pantalón ajustado.

Lo miré más de lo que debía de primeras para asegurarme de que no me había quedado dormida y porque parecía que se había metido un enorme plátano para simular un miembro de dimensiones nada normales. Ladeé la cabeza para saber de quién diablos era esa polla. Mascullé unas palabrotas al ver a Nicolás, ese que me había topado en el ascensor al día siguiente del accidente con la guindilla, ese que había ido con el chisme de una noche movidita a media plantilla.

Bajó su cabeza y me miró con una sonrisa sardónica, hasta hacía unos días esas acciones podían dar pie a que entrase en el juego, sin embargo, no le estaba sirviendo de nada. Comencé a barajar varias opciones para ponerle un nombre distinto a la empresa desde Trastornos de Personalidad o Centro de Espionaje de Hombres Cachondos sin Necesidad de la Viagra.

Nicolás acomodó mejor su culo en mi escritorio, no sabía si para que observara su paquete o simplemente porque era así de imbécil. Alargó su brazo y por arte de magia sacó una pila de carpetas, se cruzó de piernas y extendió el brazo para dármelas.

—Hola, Jennifer—me dijo con su sonrisa que me daban ganas de darle un bofetón. Extendí la mano y recogí las carpetas dejándolas a un lado y lo seguí observando—. Desde que nos topamos en el ascensor he esperado con ansias que me visitaras en el departamento —indicó alzando las cejas. Deseé patearle las pelotas como había sucedido en la fiesta de Navidad—, pero me ha chivado uno de mis colegas que el jefe ha dado la orden de que le enviemos a él los resultados, el problema está en que necesitamos conocer ciertos datos de picos que deberías volver a calcular, así que te invito a nuestro reino.

«*Definitivamente, los de Construcción son los reyes de los gilipollas. Sí, querida conciencia, todos ellos se cayeron de la cama y rodaron unos cuantos metros*».

—Verás, Nicolás, no tengo tiempo para ir a vuestro reino —contesté—. Si Fitz decidió dar esas órdenes, se deberían acatar, además, hago mi trabajo y el de Gregory, por lo que esta pobre esclava no tiene tiempo, ni invitación, para conocer vuestros dominios. —Se cruzó los brazos.

—No necesitas invitación, todos estaremos felices de que honres visitar nuestro departamento.

Deseé con todo mi corazón que le diera un calambre o un dolor de estómago y se largara de mi mesa.

—Nicolás, ¿qué haces en este departamento? —Era Nilson, no sabía si agradecer o no al universo por haber escuchado mis deseos.

—Lo mismo que haces tú por aquí.

—Lo dudo —le respondió—. Yo vengo a saludar a mi buena amiga, le echaba de menos y se me ocurrió invitarla... —continuó e hizo un silencio de unos segundos, deseé saber por qué, pero estaba de espaldas y no iba a girarme como si fuera mi superhéroe— a un café.

—Eres muy valiente al entrar en territorio enemigo —prosiguió Nicolás—. Espero que tengas artillería pesada para eso. —Y sin más se echaron a reír.

¡Malditos hombres! Para ellos todo era una broma que solo entendían ellos.

—El reinado de Elly aún se mantiene aplacando el fuego del ataque que le he hecho —respondió el muy desvergonzado—. Tengo que elaborar un buen plan para dejarla herida de muerte. —Miré a Nicolás de reojo que fruncía el ceño de una manera extraña y volvieron a reírse.

¡Cabrones! Se burlaban de nuevo. Por mucho que me estuviera chantajeando, era mujer, y debía defender a mi género.

—Sois estúpidos subestimándola —respondí a la vez que echaba hacia atrás mi silla para levantarme y enfrentarme a esos dos idiotas—. Y, a diferencia de vosotros, algunos tenemos que trabajar de verdad —proseguí—. Hola, Nilson, me alegra verte y no hubiera tenido ningún problema en ir a tomarme ese café si no fuera porque debo revisar la pila de carpetas que Nicolás amablemente me ha traído.

—Si quieres te ayudo —sugirió Nicolás volviendo a cruzar sus brazos y apretándolos para mostrar sus bíceps.

—Dudo que los de Construcción sepan de apilar sobre escritorios y paredes —indicó Nilson. Miré al uno y al otro maldiciéndome por estar en el medio de una pelea de gallos.

—No necesito de la ayuda de ninguno —les aseguré—. Hasta ahora lo he hecho bien y soy perfectamente capaz de seguir llevándolo hasta que mi compañero vuelva.

—Dudo que vuelva en un tiempo.

—¿Y eso a qué se debe? —pregunté, sorprendida por su respuesta.

—Sigue en Nueva Zelanda donde se ha casado —añadió Nicolás.

—¿Cómo?

—Lo que has oído, Jennifer Bond —respondió Nilson.

—¿Y cómo sabéis eso?

—¡Elly! —exclamaron al unísono.

—Me parece que Jennifer no sabe la historia de su buen compañero —ironizó Nicolás.

—No, no la sé —respondí enfadada por su ironía—. No pierdo mi tiempo en deambular por la oficina intentando ligar con el primero que se me cruce y tenga polla, ¿de verdad siempre pensáis con la cabeza de abajo?

—¡Vaya con esa leona que llevas dentro! —exclamó Nicolás provocando que Nilson sonriera.

—¡Ya te digo! —añadió.

Respiré con profundidad ante tanta testosterona junta, por lo que recogí los folios para irme a otro lugar.

—Es sumamente entretenida vuestra conversación y por ello podéis quedaros como colegas cerdos que sois. —Les di la espalda dirigiéndome al Departamento de Cobros, segura de que ninguno de los dos aparecería por ahí, sin embargo, me equivoqué, diez minutos después Nilson llegó con su sonrisa de lado.

—Hola, Flora —la saludó, ella respondió con una sonrisa coqueta, dándome a entender que había caído en las garras de él y, sí, esa era yo..., la que se había acostado con ese hombre dos veces y estaba segura de que su única insistencia era para volver a tener sexo. Si lo veíamos desde un punto de vista imparcial, era lo normal. Había logrado que la sequía de mi apetito sexual acabara, pero así había comenzado la relación con Brad.

Era hora de darle las gracias por los dos polvos y seguir en la búsqueda de mi felicidad, no es que me fuera a poner a leer libros de autoayuda hasta hacerme *coach* del *yin* y *yang* y dar conferencias sobre la mejor manera de ser feliz para el resto, solo era mi felicidad, aunque tardase la vida entera...

«Eso es mucho tiempo, Jenny. Sí, pero es lo que toca».

—Si me permites hablar unos minutos con Jennifer —le pidió.

Flora asintió con la cabeza y salió corriendo como si Nilson estuviese a punto de sacar el látigo. Su actitud me recordó a aquella vez en la que Harry —mi otro primo— y Tom —con el que siempre se confabulaba— me habían incitado a escaparme para ir con ellos a un concierto con un documento de identidad falso. A Harry le gustaba una amiga y para poder enrollarse con ella me invitaron a un concierto metalero.

«¿Te has dado cuenta de que usabas a tus primos? ¿Cómo? ¿En serio has dicho eso, querida conciencia? ¡Fueron unos cabrones, por si te has olvidado de ese maldito concierto!». Me habían asegurado que era un buen sitio y, como siempre se salían con la suya, esa vez también lo hicieron, provocándome hasta caer redondita en esas apuestas estúpidas y esa noche cogí mi primera gran borrachera mientras corría para evitar toparme con una redada.

Sí, en medio del concierto apareció la policía gritando: «¡Redada!», por supuesto, era menor de edad, con una camiseta que me la habían roto quién sabe quién saltando en pleno concierto, sin olvidar lo borracha que estaba, por lo que terminé en la comisaría, gritando y maldiciendo a Harry y a Tom por mentirme y llorando porque mi madre me lapidaría en cuanto se enterara de que estaba en la cárcel.

Sí, me desquicé y me volví la niña mimada que siempre escondí. Grité que no podría ir a Oxford con ese historial delictivo, me quedaban meses para la mayoría de edad y ya estaba fichada. Al salir, mi padre nos esperaba en la sala de espera abanicando a mi madre ante toda la información que los policías le habían dado sobre mi estado. Volvimos a casa, esos cabrones se despidieron aludiendo que sus padres los esperaban y, evitando la bronca de mis padres que se les venía encima, salieron triunfantes de nuevo, a la que riñeron fue a mí.

«Jenny, soy tu conciencia y la recuerdo perfectamente, ¿quieres que te dé más detalles? No hace falta, querida conciencia».

Miré por última vez hacia dónde había huido Flora, pensando que las mujeres no nos ayudábamos entre nosotras, siempre nos dejábamos con el culo al aire cuando alguna más lo necesitaba. Era consciente de que tenía que hablar con él, aunque con la tomadura de pelo que había mantenido con Nicolás no me apetecía hacerlo. Seguí revisando los diagramas fingiendo que no tenía a nadie a mi lado, era denigrante e infantil.

—He sido un cabrón —comenzó diciendo antes de un gran carraspeo que me hizo dudar en levantarme y preguntarle si no se había atragantado con algo—. No es mi culpa que Nicolás quiera ligar contigo. —Y ahora lanzaba la pelota a mi tejado cuando no había hecho nada para que ese descerebrado pensara que tenía oportunidad—. Me puedes ignorar todo lo que quieras, no me moveré de aquí hasta que hablemos, querida Jennifer Bond, va siendo hora. —Resoplé, dispuesta a acabar con aquello y me giré para verlo de frente.

—Reconozco que me pasé de la raya —comencé mis argumentos, pero no servía de mucho cuando esa sonrisa socarrona estaba dibujada en sus labios y, sí, me gustaba; sí, me cautivaba, pero no como antes, así que proseguí sintiéndome más segura de lo que creía que podía estar—. Estaba de malhumor, sensible, además, no fuiste muy justo que se diga.

—La cagué, ¿qué voy a hacer? —me respondió—. Soy así y aquí estoy intentando recuperar a mi única amiga en Construcciones Callaghan & O'Neill.

—¿Eres así de adulador?

—Bueno, depende de las personas, las situaciones, del momento y, sobre todo, si tiene que ver con una follamiga —me dijo sin delicadeza alguna.

—Sabes que con estos argumentos lo que estás ganándote es un guantazo.

—O una patada en mis pelotas —añadió tapándose su miembro.



Era un capullo en todos los sentidos y un capullo que lograba hacerme finalmente reír.

—Te repito, tu método no te va servir de mucho.

—¡Anda, Jenny! Lo estoy intentando —respondió torciendo la boca—. Al menos no soy Fitz, que huye porque es un disocial. —No me gustó nada que lo nombrase como si hablara de su contrincante, y yo fuese el premio.

—Fitz no huye —respondí defendiéndolo. «¿Por qué demonios lo defiendes, Jenny? Ni siquiera lo has vuelto a ver, si le interesaras, te llamaría, te escribiría... Eso puedo hacerlo yo también, sin embargo, me retracto». Tal vez Nilson tenía razón, él estaba aquí para hablar de nosotros—. Reconozco que es un jefe frío, distante, que apenas se comunica con el resto. —Él sonrió de lado y se acercó a mí.

—Tengo la sospecha de que no es así.

—¿Qué quieres decir?

—A la única que tiene como esclava es a ti, el resto sigue su vida como si no hubieran hecho cambios en el proyecto y en la empresa.

Fruncí el ceño al no entender muy bien eso «de cambios en la empresa», odiaba ser la última en enterarme y odiaba tener que ir al *office* para saber qué pasaba, si es que volvía a pisarlo, Elly se empoderaría total.

«Es el único lugar para conocer los últimos acontecimientos que se cuecen en esta empresa. Lo sé y odio que todos estemos en sus manos».

—No me tiene como esclava —solté protegiéndolo de nuevo y maldiciéndome por ello—. Ha sido por Gregory —contesté frunciendo el ceño recordando que yo estaba preocupada, y él estaba follando a miles de kilómetros, si tan solo me lo hubiera contado. Lo miré de reojo, Nilson de alguna manera sabía toda la historia y era la única fuente confiable que podría contármela—. Ya que le estás robando el puesto a Elly en eso de saber la vida de todos los que trabajamos en la empresa, ¿es cierto lo de Gregory? —Sonrió rompiendo la distancia entre nosotros hasta que su boca se posó en mi oreja.

—Si aceptas mi invitación a comer te lo contaré —susurró.

No iba a caer a la primera, llevaba diez minutos intentando que cediera para tener sexo y no había hecho efecto, esa química que había nacido cuando lo vi la primera vez desapareció. No quería decir que podía reír sus tonterías ni ignorar que el sexo con él era genial, pero no teníamos nada en común.

«Estoy metida en un lío. *Querrás decir en otro. A ver cómo te las apañas*».

—Está bien, acepto solo porque me muero de curiosidad.

—¿Te han dicho que eres una cotilla?

—No, no me gusta quitar el puesto a otros.

No pudo reprimirse y sonrió negando con la cabeza por mi respuesta.



Nilson no dejó de enviarme mensajes por wasap de lo que le apetecía hacerme a pesar de haberme prometido dejarme trabajar. Imágenes, videos, emoticonos gestuales y hasta artículos sobre las artes amatorias y la salud física para que cediera a un buen polvo.

Sí, había pasado una comida grata, pero no podía compararla con ese desayuno que tuve con Fitz en el cual se dedicó más a que viese el lado bueno de las situaciones y no se insinuara cada cinco minutos a querer follarme. Decidí que era hora de sacar la vieja excusa, tenía la visita

mensual.

Dejé de recibir mensajes dos horas después y decidí escribirle a Gregory para darle la enhorabuena, quizás le removería su conciencia, pero... *«¡Pero nada! Esa es tu intención después de sus palabras en la comida, ¡rencorosa!»*. Decidí ignorar a mi conciencia por echarme en cara mi actitud, no es que me molestara que no me contase que se casaría, pero sí que media plantilla lo supiera, y yo no. Nunca me imaginé que celebraría su boda en el lugar que se filmó la trilogía de Tolkien y vestidos de elfos y de orcos.

Nilson no dejó de reír durante un buen rato preguntándose en alto si había sido la vestimenta de los ex de los novios.

Me centré en el proyecto y su puesta en marcha hasta que Nancy se despidió para irse a su casa, y opté por hacer lo mismo. En el camino la melodía de mi móvil logró que lo sacara del bolso y vi que era Adele. Había olvidado llamarla para quedar y darle el regalo.

*«No es verdad, Jenny, evitabas hablar con ella para no terminar preguntándole por Fitz».*

—Hola, Adele —respondí para ignorar a mi conciencia.

—Hola, Jenny —me dijo desde el otro lado de la línea.

—Esta semana no creo que podamos vernos, tengo mucho trabajo.

¡Mierda! Era la peor excusa que podía darle, trabajo lo ataría con Fitz. ¡Maldita sea! *«Si me hubieras hecho caso, no tendrías que buscar cómo salir de esta, yo me piro, querida Jenny, a ver cómo solucionas la papeleta».*

—Tendré que hablar con Fitz sobre eso de saturar a su equipo, pensé que se le había quitado su hiperactividad.

—Si hablas con él podrías decirle que me gustaría saber si ha recibido los datos de los capullos de Construcción. —¡Mierda, mierda, mierda! Adele sabía muy bien qué tecla tocar y caí de lleno en la trampa.

—¿Qué?

Ella no entendería lo que pasaba, mucho menos lo que se traían los cerdos esos. Cuando volví al trabajo decidí ver qué información albergaba en esas pilas de carpetas y casi todas estaban sin datos, excepto la última que tenía garabateado: *«Ven y descúbrelo por ti misma»*. ¡Miserables! Ese era el mejor adjetivo para ellos.

—Que te cuente él, llevo días enviándole actualizaciones y sigo sin tener respuesta —zanjé.

—¿Cómo que no responde? Que yo sepa no está fuera, a menos que...

—¿A menos que...?

—Asuntos personales. —Fruncí el ceño al advertir que no me costaría demasiado saber más de Fitz.

—Está bien, seguiré esclavizada por los cabrones de Construcción.

—¿Y no tienes su número?, deberías llamarlo.

—No pienso hacerlo.

—¿Por qué no?

—Son problemas del proyecto, es quien debe poner freno. He llegado a la conclusión de que la gente en la empresa está muy mal de la cabeza.

—Por eso te han contratado —respondió dejándome sin habla la muy perra.

—¿Aún sigues con ese capullo de marido que tienes? Algo me dice que la amazona quería seguir corriendo por las bellas praderas de Francia y no ha podido.

—¡Jennifer Bond! Habíamos acordado que no faltarías el respeto a mi marido.

—Eso no recuerdo haberlo dicho —le indiqué—. Mañana es viernes y, siempre y cuando no esté... ese que llamas marido, podría pasar y darle a tu cachorrito el regalo.

—¿Lo burletería no lo vas a dejar de lado tampoco? —Reí a carcajadas. Me gustaba llamarle así, aunque no sabía exactamente por qué—. Y no quiero que me respondas, no deseo enfadarme contigo, sabía que te habías olvidado, por ello organicé algo mejor. Te espero mañana a las cinco en casa, por favor, vente guapa, pero cómoda.

—¿Qué significa eso? —le pregunté—. Adele, no quiero citas sorpresa, no me apetece, creo que voy a volver a mandar a Úrsula al convento de clausura.

—¿Quién diablos es Úrsula y por qué va a un convento? —Y sin más comencé a reír en alto gracias a Ruperta y su tontería de llamar a la vagina de ese modo—. Oye, bonita, si estás tomándome el pelo te puedes ir a la mierda —soltó enfadada.

Intenté carraspear para volver a la normalidad, pero volvía a reír en alto, la gente en el vagón no pasó desapercibida mi risa, necesitaba reírme, llevaba tantos días tensa que unos minutos me darían la vitalidad que necesitaba.

—Perdona, Adele —respondí—. A las cinco estaré allí.

—No te olvides de traer ropa cómoda, pero con la que estés guapa y, si es posible, tráete una muda para cambiarte. —«¿Cambiar-me? ¿Qué se traerá entre manos Cher? Estoy que le pregunto llamándola así, pero se cerraría en banda, aunque tú y yo tenemos una intuición y espero que no sea esa, querida mía»—. Jenny, debo dejarte —me dijo Adele—. Estoy a punto de recoger a Gordon III —añadió—. Y, si tienes tantas ganas de saber de tu jefe, escríbele un mensaje por wasap.

—No lo voy a llamar. Cuando me responda a los correos quizás le escriba en agradecimiento.

—Se lo diré, nos vemos mañana.

—¡Adele! —Había colgado.

¡Joder! Acababa de darle pie a que hiciese tonterías, cerré los ojos imaginándome cualquier cosa que me comprometiera a modo de devolverme mis burlas.

«¿Jenny, podías haberte callado la boca! ¿Ahora me lo dices?, ¿por qué no lo hiciste durante la conversación?, eres retorcida, querida conciencia».

Me bajé dos paradas antes, nerviosa con la expectativa de que en cualquier momento recibiría la respuesta de Fitz.

Saqué el móvil y busqué la receta de cocina de ese día con la esperanza de que mi mente se entretuviera pensando en otra cosa, pero no, ni por ello dejaba de mantener la esperanza de recibir el mensaje. Fui al supermercado, compré los ingredientes, para regresar a casa e irme a correr, sin embargo, en cuanto terminé de hacer la receta que apenas probé y guardé para almorzar al día siguiente, me fui a la cama agarrando ese diario que había dejado de lado para escribir lo mucho que me frustraba tener que entender a los hombres. Estaba decepcionada y eso me llevaba a un mar de confusión por sentirme estúpida, ya que el mensaje nunca llegó.

Que Adele le dijese que me escribiera no significaba que lo hiciera y me sentí tonta esperando durante horas. Mi móvil vibró y corrí a revisarlo.

NILSON: 📞

Jennifer Bond, eres difícil de convencer y me gustan los retos difíciles, así que mañana me las ingeniaré para que vuelvas a comer conmigo y quién sabe si termino perdonado.

Solté aire frustrada, no estaba predestinada para encontrar al hombre que me llevase a conocer ese estado de felicidad pletórico, por mucho que lo intentase, siempre aparecían aquellos como Nilson, tal vez, mi destino era ese, tropezarme con hombres como él. Tal vez debía ir al Departamento de Construcción y descubrir que a lo mejor había otros que lograrían hacerme sentir la reina del sexo con empotramientos, embestidas salvajes y gemidos hasta quedarme sin aliento.

Sí, se escuchaba genial, pero eso me llenaría por un tiempo y luego iba a querer más y más. Me

odié por haberme aferrado como una tonta a un maldito mensaje, jamás estaría a la altura de lo que él buscaba en una mujer.

Por mucho que habláramos de libertad y todo ese rollo, al final, siempre deseábamos encontrar a esa persona que complementara la parte que faltaba en nuestra vida y me estaba temiendo que la mía siempre sería imaginariamente, a pesar de que él, Fitz, me hacía sentir más viva que nunca cuando estaba cerca.

## Bienvenidos al taller de sushi de la escuela Sabores Orientales

Miré el reloj, pasaban las diez de la mañana y apenas había bebido un café negro para desintoxicar el cuerpo después de atiborrarme la noche anterior de helado Oreo y ver *La boda de mi mejor amigo*.

Después de tanto desvariar, y fustigarme tratándome como una mierda, recibí tres mensajes de Nilson rogándome que fuese con él. Estuve tentada a hacerlo, pero entendí que si lo hacía no habría vuelta atrás, que ese cambio que tanto anhelaba nunca sucediera si no tenía fuerza de voluntad y, ahí estaba, con un café frío y rancio en la mesa, al seguir con mi idea de no pisar el *office*.

Llevaba muchos días así y tal vez en algún momento más personas se unirían, hasta entonces, el único había sido Fitz y seguía desaparecido.

—¡Jennifer Bond! —gritaron sacándome de mis pensamientos.

Volví a escuchar mi nombre, por lo que decidí levantarme para encontrarme a un joven con un ramo de rosas. Quería desaparecer ante esa manera de comprometerme, las recibí y le di las gracias al mensajero, mientras mis compañeros empezaron a tomarme el pelo.

Decidí no darle importancia y para eso opté por la medida más estúpida, esconderme en el Departamento de Cobros. Estaba enfadada y no quería ver a Nilson en cuanto le llegara el rumor de que había recibido las rosas. Estuve tentada a escribirle un mensaje a Nancy y negociar con ella en hacer parte de su trabajo durante tres días con el único fin de que me trajese mis pertenencias y la nota que venía con el ramo de rosas. No quería dejar pruebas de lo que todos intuían y con aquello ya daban por hecho que estábamos liados.

No era lo mismo un par de polvos que estar acostándose cada noche. Por lo que debía encontrar una aliada para saber de qué hablaban en ese lado de la planta, sí, era lo más patético que había hecho hasta el momento y me imaginé que Elly lo publicaría en el tablón del *office*.

Tenía que hablar con él, no me gustaba que me manipularan así, lo peor de todo era que llegaría a oídos de Fitz. Esperé pacientemente a que buena parte de la plantilla saliera a comer para correr al *office* y borrar cualquier cosa que se refiriera a mí, era consciente de que los buitres espías de Nilson le dirían que su presa estaba en campo abierto.

Pensar en el *office* era pensar en comida y mi estómago gruñó en protesta, por lo que debía comer algo antes de desfallecer y al hacerlo me topé con Elly, que estaba haciendo un recuento de productos. Estuve a punto de darme la vuelta y maldecir al cosmos, al universo, a Nilson... por tener que enfrentarme a ella de nuevo.

—Bonito ramo de rosas —dijo sin mirarme.

¡Mierda! ¡Mierda! Lo peor que podía pasar con Elly era que soltase ironías, eso era algo así como: «Es mejor que me digas quién te las ha regalado o yo misma enviaré a mis espías y lo averiguaré».

—Buenas tardes —respondí intentando fingir que no pasaba nada, la muy zorra me miró de reojo con una ceja levantada y siguió garabateando, esperando el momento preciso para atacarme como el alacrán que era.

—Todos vuelven, tarde o temprano vuelven. —Respiré con lentitud, no podía dejarme apabullar por aquella mujer. No era ninguna modelo de Victoria's Secret ni de la realeza para

amedrentar de esa manera.

Cogí la barrita y la destapé, metiéndole un buen mordisco, a la vez que busqué una bolsita de té y una taza que la llené de agua que había en el hervidor eléctrico para revolver con la cucharilla el azúcar, era hora de hacer uso de la cuota que Fitz había pagado y también sacarla de sus casillas y enfrentarnos de una vez por todas.

Removí con lentitud solo para provocarla y lo logré en cuanto la escuché murmurar por lo bajo, sonreí y seguí con mi procedimiento hasta que se giró frunciendo el ceño.

—¿Por qué demonios lo haces?, ¿de verdad quieres terminar en el tablón de anuncios?, por cierto, en nada volverás a ser morosa.

—¿Qué? —¡Maldita zorra! Lo único que hacía era putear a todos. Soltó aire dejando de escribir.

—He querido darte un indulto, y me lo estás poniendo muy difícil —me advirtió. Evité hacer cualquier gesto, deseaba parpadear y preguntarle si era acaso Dios para andar perdonando vidas, así que esperé a que soltase su veneno y así decirle lo que se merecía, sí, había llegado el día—. En primer lugar, te has unido a Nilson, a pesar de saber que él me ha declarado la guerra, y no sigas haciéndote la tonta, estoy segura de que ese ramo de rosas es de él —continuó—, pero como soy una buena persona... —No pude evitar soltar un sonido que delataba una carcajada ante semejante desfachatez. «¿Excelente persona Elly? Sí, acaba de llegar una carta donde la nominan al Nobel, querida conciencia». Me mordí la lengua para no responderle a Elly—. Te aconsejaré de nuevo, y me lo agradecerás, estoy convencida de ello. —«¡Hasta es adivina! Quizás debía arrancarle un pelo para saber si era descendiente de John Dee<sup>[17]</sup>. *Es mejor que te relajés, Jenny, intenta sacarte de tus casillas*. Créeme, querida conciencia, lo ha logrado»—. ¡Aléjate de ese cabrón!

—Has sido tú la que me has inmiscuido en esta guerra sin preguntarme —le aclaré—. El problema que tengas con él no me concierne.

—Habéis follado —contestó fijando sus ojos en mí.

—¿Cómo? —pregunté sorprendida.

—Por eso sé de qué lado estás, eres parte del problema.

—Es absurda tu acusación.

—A las rosas me remito —respondió con una ceja levantada.

¡Maldita sea! Si Elly aseguraba que había tenido sexo con Nilson, entonces toda la empresa lo sabía, incluso Fitz... Él no debería saberlo de la manera en que era contado en aquella maldita oficina. Me giré maldiciéndome y terminé echándome el té encima.

—¡Joder! ¡Joder! —exclamé tratando de alejarme la blusa de mi piel—. ¡Cómo escuece!

Elly corrió para auxiliarme, dándome servilletas que metí dentro de la blusa desabotonándola un poco y viendo la rojez de mi piel.

—Debo hacer una cataplasma para esa quemadura.

—¿Una qué? —pregunté tratando echar de lado esos pensamientos negativos y comencé a soplar un poco mi piel. Me ardía como mil demonios. Me maldecía por haber sido tan imprudente y maldije aún más que hubiese sucedido con Elly presente.

—¡Un ungüento, Jenny! —contestó con ironía—. ¿Acaso no recuerdas el cursillo de primeros auxilios que hicimos?

Era mejor que no le respondiera que me había quedado dormida y había llegado tres horas tarde, perdiéndome media teoría de ese cursillo. Lo único que recordaba era a un hombre con un gran culo en cuclillas haciéndole el boca a boca a un muñeco y, cuando pidió una voluntaria de carne y hueso, varias chicas se empujaron para ser escogidas, pero quien se llevó el premio gordo

fue Nancy.

Vi a Elly sacar una cajita con una enorme cruz roja de un cajón, parecía un ataúd, esperaba que eso de la cataplasma no fuera alguna oración para cuando estabas a punto de irte al otro barrio. La abrió y me fijé en una cantidad de medicamentos que saltaron deseosos de salir como si gritasen «escógame a mí, no, a mí», y me pregunté si Elly traficaba con ellos.

También sacó una gasa y un frasquito tan pequeño que al destaparlo miré por encima alzando un poco el cuello, su consistencia era verdosa y de muy mal aspecto, por lo que salí del *office* corriendo.

—¡Jenny! —gritó.

La ignoré pensando solo en su mente maquiavélica, era el momento perfecto para vengarse de mí.

Entré al baño, miré el manchón del té verde y recordé que no había visto el tablón de anuncios. Con mi huida y mi actitud delatadora en esos instantes, Elly estaba escribiendo el bombazo del año. Me quité la blusa enfadada conmigo misma y para airear la parte de mi piel que seguía doliéndome.

Comencé a imaginarme a Adele reclamándome que siempre me gustaba llevar la contraria, era cierto, pero esa vez me había esmerado en agradecerla. Me miré al espejo de nuevo, había optado por ponerme una blusa roja ceñida con un pantalón a medida de color beige que combinaban a la perfección y ahora debía presentarme en su casa con el vaquero y esa camiseta que decía «soy la reina de las perras». Seguía sin conocer qué planes tenía con eso de que fuese adecentada.

Todo aquel misterio me tenía nerviosa, podía salir a comprar alguna blusa parecida y trabajar el fin de semana, pero apenas tenía tiempo de ir de un sitio a otro. Resignada, volví a mi mesa para cambiarme, pero mi móvil comenzó a sonar y me apresuré a cogerlo percatándome de que era Adele. Crucé los dedos con la esperanza de que me dijera que alguno de sus seis cachorritos se había enfermado. Sí, era un cruel pensamiento, pero por una vez no quería ser la señalada.

—Hola, Adele, no he olvidado que debo estar en un rato en tu casa, seré puntual.

Iba a cumplir mi palabra, ya que tenía esa maldita fama de ser impuntual, la olvidadiza que nunca llevaba nada y no por ser tacaña, solo porque lo olvidaba y ya está.

—Cambio de planes —respondió desde el otro lado de la línea—. Se me ha hecho tarde, te daré un adelanto de lo que haremos hoy —me indicó—. Ve a Covent Garden, te paso la ubicación, nos veremos allí.

—Pero...

—Jenny, por favor, no preguntes, estoy intentando encontrar otra niñera, la de siempre está enferma.

—¿Y si no la encuentras?

—¡Cancelada toda negación! —exclamó dejándome sorprendida. Adele no era de esa gente que creía en energías, positividad o *feng shui*. En realidad, debería comenzar a practicarlo con el marido que se gastaba y los seis cachorritos, necesitaba millones de vibraciones positivas—. Nos vemos allí. —Y sin más colgó.

Dos minutos después recibía la ubicación, al abrirla me sorprendí aún más con lo que era: una escuela de cocina. No sabía si sentirme halagada porque se preocupara de que aprendiera a cocinar o simplemente quería saber si era cierto que estaba intentándolo. Resoplé preguntándome para qué demonios quería que fuera guapa si me iba a untar de toda clase de mejunjes y di gracias que al menos mi blusa había sido manchada de té y no de alguna salsa que pudiera dejar por la eternidad su recuerdo.

Recogí la ropa y me cambié para salir de la empresa hasta la boca del metro e ir a Covent

Garden. Durante el trayecto indagué un poco sobre el lugar, era una escuela de cocina oriental y de inmediato busqué el taller que se impartiría y era de sushi...

Adele debía de tener algún poder mágico que le predijo el desastre de ese intento de sushi que tuve hace unos meses. No había podido escoger peor elaboración, eso de enrollar se me daba tan mal que la primera y única vez que lo hice un pedazo de salmón fue a dar al techo.

¿Por qué demonios quería probarme de esa manera? Ni siquiera podía escribirle y decirle que pasaba de la clase, estaba intentando dejar a los cachorritos con alguien que tuviera la paciencia que ella tenía. Frustrada con la idea de que metería la pata y que al final de la noche un montón de desconocidos tendrían hermosos rollitos mientras los míos serían una serie codificada de alienígenas, me levanté cuando la megafonía del metro anunciaba que llegábamos a la siguiente estación. Salí buscando la escuela y suspiré en alto, maldiciendo la necesidad de mi familia de señalarme las cosas que hacía mal.

Por eso me había alejado, ese empeño constante de ver los errores de una joven que había salido diferente al resto de los Bond. Entré y con vergüenza me acerqué dando el nombre de Adele, explicando que ella llegaría unos minutos tarde. Me dieron la bienvenida con familiaridad y me explicaron que el taller solía ser en parejas o en solitario.

Aquella noche se impartiría en parejas y, sin lugar a dudas, saldría haciendo sushi y con mucho más conocimiento de comida oriental, me divertiría y conocería a nuevas personas. Sonreí todo lo que pude a pesar de que, dentro de mí, rogaba al universo para que no hiciera caso de esos pensamientos sobre los cachorritos de Adele que había tenido horas antes, y que ella llegase a tiempo.

Me entregaron un delantal y una copa de vino, no sabía si porque mi rostro reflejaba todo lo que estaba pensando y con ella al menos ahogaría mis frustraciones.

Maldije de nuevo a Adele, me sentía avergonzada y rezaba para que llegara cuanto antes. Dos minutos después, apareció una chica saludando con timidez, también le dieron las instrucciones y le ofrecieron una copa de vino junto con el delantal. Nos invitaron a pasar al área de aprendizaje y observé que estaba bien diseñada con una gran mesa en la que tendría a desconocidos al lado y al frente, y que verían la mierda de rollito que terminaría haciendo. Bebí un buen trago de la copa, maldiciendo a la vida por aquella situación en la que me encontraba y miré a la chica sonriéndole.

—Hola —la saludé—. Así que aquí estamos, para dar rienda suelta al arte de hacer sushi —indicé tratando de romper el hielo entre nosotras.

—Mi jefa es la que me ha metido en este lío y tengo un mal presentimiento —contestó.

Quería responderle que a mí también me habían metido en aquella movida y no había sido mi jefa, que en mi caso había sido mi prima y que comenzaba a imaginarme que tenía que ver con mi jefe, del que no sabía nada, hasta que escuché su voz, llevándome a escupir la bebida cayendo en la ropa de la chica.

—¡Estás loca!

—Lo siento —respondí avergonzada buscando algo de papel para tratar de secarla, aunque lo que deseaba era salir y comprobar que él estaba allí, que no eran las voces de mi cabeza convirtiéndose en un episodio psicótico.

Sin embargo, no fui la única sorprendida, la joven se quedó paralizada al escucharlo junto con la voz de otro hombre.

—May debería escribir terror y no romántica —masculló—. Se le da muy bien putear a la gente. —Abrí los ojos tratando de comprender todo lo que pasaba. ¿Quién demonios era esa May?

«¿Será que habla de May Gohshed<sup>[18]</sup>?». De nuevo volví a escuchar a Fitz y esa vez reía, me acerqué a la entrada del lugar y lo vi con ese aire desenfadado que llevaba la última vez que nos



topamos. Desconcertada me giré tratando de respirar con tranquilidad y volví a la mesa secándome las manos en el delantal, nerviosa.

Solté aire lentamente para calmarme y me di cuenta de que la chica le había dado la espalda a la puerta, ¿será que también conoce a Fitz y por eso su reacción? El móvil comenzó a sonar y lo saqué del bolsillo del pantalón con rapidez, viendo el número de Nilson reflejado. ¿Por qué justamente tenía que llamarme en ese momento? Deseé no contestar, pero si no lo hacía insistiría hasta que respondiera.

—Hola... —lo saludé en voz baja.

—Hola, Jennifer Bond —me dijo—. Creí que no ibas a responder tampoco a la llamada.

—¿Por qué no iba a responder? —seguí hablando en voz baja.

—¿Por qué hablas como si estuvieras escondida?, ¿te han gustado las rosas?, te invito a una copa esta noche y, antes de que me mandes a la mierda por acosador, es solo como amigos.

—Ahora mismo estoy en un taller de cocina japonesa.

—¿En serio? —preguntó y se rio a carcajadas—. Me sorprendes siempre, podría ir a por ti al terminar, me pasas por privado la ubicación y estaré allí puntual.

—¿Qué? ¿A qué viene tanta insistencia?

—Quiero redimirme.

—¡La verdad!

—Esa es la verdad, me interesas, Jennifer Bond, ¿crees que soy tan persistente con cualquier mujer?

Los hombres como él no solían insistir, pero lo que tanto deseé estaba ocurriendo y no quería arrepentirme luego, aunque la chica que estaba a mi lado también estuviera nerviosa por él.

«*¿Quién iba a creer que Fitz terminaría siendo un rompecorazones. ¡Te odio, querida conciencia!*».

—Debo dejarte, comienza el taller —concluí sin importarme lo que pensase. Guardé el móvil en el bolsillo tras activar el modo silencio, solté aire y cerré los ojos para enfrentarme a la verdad.

—El cabronazo de Marcus me ha dejado abandonado de nuevo —dijo el desconocido que iba con él en cuanto entraron al salón donde estábamos. La joven tensó su cuerpo, y sonreí estúpidamente al percatarme de que no tenía nada que ver con Fitz. Sí, el alma volvió a mi cuerpo con esa ilusión que había intentado a lo largo de la semana que se quedase debajo de la alfombra de mi corazón, pero el mío era un corazón rebelde—. Y ese estado en el que entró, al parecer, se contagia y... ¡Me cago en todo! Si no fuera porque aceptaste venir, no hubiera dado el paso y no empieces con esa gilipollez, me niego a aceptarlo, a pesar de estar en este puto sitio...

El desconocido se calló en cuanto nos vio y al segundo se dibujó en su rostro la sonrisa quemabragas que tantos problemas y decepciones me había causado.

—¡Hola, Roxana! —La joven se tensó y lo ignoró, acercándose a mí como si yo fuera su escudo.

«*¿A quién te has venido a acercar, bonita! ¡Eres una perra, querida conciencia!*».

—¡¿Jennifer?!

Quería pensar que esa sorpresa que acababa de llevarse era agradable, pero no fue así, me temí lo peor, Adele no iba a aparecer y nos había hecho una encerrona en toda regla.

—Hola, Fitz —lo saludé—. Me parece que Adele nos la ha jugado. —El otro hombre nos observaba con desconcierto, hasta que sonrió y alzó la cerveza.

—¡Hola! ¡Peli... rroja! —El muy cabrón arrastró la erre como si fuera un león rugiendo, se acercó a mí, extendió la mano y me dio un beso en la mejilla como si me conociera de toda la vida

— Soy Ethan Lancaster y es un placer saber que estaré rodeado de bellas mujeres —prosiguió acercándose más de lo debido a Roxana.

—¿De verdad te crees que no hablo en serio con eso de que te denunciaré por acoso? —le respondió Roxana—. Es evidente que May o Marcus te han contado lo que tenía planeado. —Le echó en cara y acto seguido se quitó el delantal—. No soporto hombres tan maleducados y egocéntricos como lo eres tú, ¡me voy!, ¡me has jodido la tarde! —concluyó mientras el área de trabajo se llenaba con el resto de personas que se quedaron expectantes por lo que escucharon.

¿Qué coño hace Fitz con este hombre que es igual que Nilson? Deseé preguntar qué diablos pasaba, pero algo me decía que la conclusión a la que había llegado no era la correcta, que de nuevo había metido la pata delante de Fitz, y que Adele no tenía nada que ver con aquella coincidencia, sino el puto cosmos, que jugaba con nosotros. Por muy grande que fuera la ciudad, por alguna razón terminábamos en los lugares de moda.

El chef que nos impartiría el taller se apresuró a darnos la bienvenida al percatarse de la situación que comenzaba a presentarse, pidiéndole a su ayudante que cerrara la puerta.

—Bienvenidos al taller de sushi de la escuela Sabores Orientales<sup>[19]</sup> —informó—. Comenzaremos con una presentación de todos vosotros y de por qué habéis escogido este curso.

Aquello iba a peor y maldije mil veces más a Adele. La idea de alguna venganza rondaba en mi mente y sería contra el capullo de su marido, sí, le mandaría por correo chantajes sobre sus posturas al follar y algún mensaje que dijese que tenía una grabación. El chef carraspeó llamando la atención de todos y se puso a nuestro lado para evitar que Roxana tratara de huir.

—Muy bien, comencemos con vosotras dos. —Deseé en ese momento desaparecer.

«*Estoy a punto de ir a por palomitas de maíz, Jennifer, ¿qué vas a decir?* Cada vez estás más graciosa, ¿caso no te das cuenta de que estoy en estado de pánico?, y te burlas de mí, ¿qué te parece si le digo que he aterrizado aquí por casualidad e iba a empujar una vaca?».

Sabía que si decía algo así llamarían a la policía para que me hicieran análisis toxicológicos. Tenía que escoger muy bien las palabras que diría. El chef se giró hacia Roxana, que se irguió y su rostro se tiñó de rojo.

—Soy Roxana, he querido hacer este taller para cambiar un poco mi estilo de vida, ya que mi queridísima jefa ha estado mes y medio insinuando que hiciera algo diferente a mi trabajo, pero veo que me ha traicionado —contestó mirando al frente.

La sala enmudeció y por mucho que evitaba verlos no pude dejar de hacerlo, dejando constancia de esa sonrisa de autosuficiencia de Ethan. En otras circunstancias hubiera caído en sus redes, pero, a pesar de ser un auténtico capullo, se notaba que le gustaba Roxana. No solo fijó sus ojos en ella, olvidando al resto, sino que le guiñó el ojo mandándole un posterior beso.

Sonreí, observando lo que algunos hombres hacían por las chicas que se les resistían y que les dejaban claro que no se lo pondrían fácil, solo esperaba que no fuese para un polvo y luego la mandase de paseo, la pobre chica no se lo merecía. Me atreví a mirar a Fitz, movía los dedos toqueteándose el muslo, estaba nervioso y con ese semblante que me era difícil de descifrar.

Me gustaban los diferentes Fitz que había conocido hasta el momento; el gruñón, el serio, el gracioso, el nervioso, el que me había besado con tanta pasión y que logró despertar un cosquilleo que nunca había sentido. Me gustaba el hombre que me desesperaba, me confundía y que deseaba volver a sentir el contacto de su piel con la mía.

—Te aseguro que después de esta noche le agradecerás que decidieras realizar este taller —dijo el chef.

—Yo me aseguraré de que sea así —respondió Ethan. De nuevo el silencio en la mesa dejando entrever la historia que ambos se traían.

—Solo espero que no acabéis lanzándoos cuchillos..., por cierto, ¿cuál es su nombre? —le preguntó el chef.

—Ethan y lo que lanzaré serán besos —respondió de nuevo y el murmullo de risitas se hizo paso.

—Ya conocemos a dos compañeros, así que seguimos con... —dijo ladeando su cuerpo hacia mí. Estaba bloqueada con todo lo que pasaba, para mayor imprudencia miré aterrorizada a Fitz y opté por la broma de siempre.

—Bond, Jennifer Bond —respondí.

—¿Como el agente secreto? —preguntó Ethan con burla.

—No seas capullo —le reprochó al segundo Fitz—. Es un apellido como cualquier otro —le aclaró logrando que lo mirase de nuevo y esa vez tenía una pequeña sonrisa en sus labios que imité, a la vez que una sensación de felicidad me embargó.

Aproveché para presentarse y supe que había aceptado ir a modo de acompañante del imbécil que tenía como amigo, que al parecer le había picado el mismo bicho que a su primo.

—¡Vete a la mierda! —exclamó Ethan, mostrándole el dedo del medio y haciéndolo reír.

Una sonrisa sincera acompañado de un: «¡Que te den!» por parte de Fitz, sorprendiéndome aún más por seguir la broma, y me gustó... Me gustó volver a tener la oportunidad de conocer a ese hombre que intentaba esconder.

El refrán reza que «el corazón se gana con un buen plato», os aseguro que es así

Después de conocer al resto de compañeros, el chef pasó a explicarnos lo que haríamos. Me di cuenta de que Ethan y yo éramos los únicos que no teníamos idea de lo que al parecer, con anterioridad en un *email*, venía explicado, este último no tenía redención, ya que él había pagado el taller.

Fitz admitió que en alguna ocasión había tomado un taller parecido y tenía cierto conocimiento, yo debía decir que también estaba haciendo un curso de cocina.

«*No es lo mismo, Jenny, en el curso online nadie verá tus desastres o la comida quemada o los cortes desiguales. Algunas veces me pregunto si eres esa vocecita que intenta animarme o pisotearme hasta sentirme como una mierda. Soy consciente de que en un curso online no tendré a nadie diciéndome: eso se quema o está salado, pero, si estoy aquí, no voy a perder la oportunidad. ¿Aunque metas la pata? Sí, aunque meta la pata, querida conciencia cabrona.*»

Ninguno de los que estábamos allí, excepto el chef, éramos expertos en cocina oriental, así que decidí ignorar los peros que comenzaba a lanzarme en la mente mi conciencia. El ayudante nos indicó a Fitz y a mí ser pareja de cocina. Sería difícil que fuera yo misma cuando sentía calor en mis mejillas y mi corazón se mantenía como si estuviera en plena maratón.

«*¿Entiendes que puedes meter la pata? Y también comprendo que intentas que asalte en mí la inseguridad y, no, he venido a divertirme y, aunque mis manos tiemblen, suden y mi rostro esté más rojo que mi pelo; no me echaré atrás. Tampoco es que tengas otra opción, la puerta está cerrada. ¿Sabes qué?, querida conciencia, vete al puto infierno.*»

Roxana protestó, insinuando que Ethan era un acosador, al menos no era la única a punto de un ataque, pero el desparpajo de ese idiota logró que nadie la creyese.

—Os juro por todos los Lancaster del mundo que estoy cansado de comer mierdas precocinadas, vivo solo y ni siquiera se hacer té. Quitadme la ciudadanía si queréis, pero es mi triste verdad —argumentó Ethan guiñándome el ojo—. Incluso os mostraré la barriga que me está saliendo. —Con esto último hizo el amago de quitarse los botones de la camisa y el ayudante de cocina lo detuvo.

—Empezaremos haciendo los *gyoza* —explicó el chef—. Las albóndigas japonesas tradicionales son hechas con carne de cerdo y verduras que deberán estar fritas y crujientes.

El ayudante de cocina nos entregó la receta a seguir, dejando a la vez los productos que usaríamos junto con los utensilios mientras nos supervisaba.

Fitz escogió alguno de los vegetales y el cuchillo específico que el chef acababa de nombrar, y lo imité, percatándome de que había escogido el equivocado. Me sentía como la alumna extranjera que imitaba al resto. Él cogió la cebolla y el ajo, dejándome el cebollino y el repollo para cortar finamente, según lo explicado. Tenía que esmerarme en ello, lo miré de reojo, concentrado, recé para que fuese él quien hablase primero y no meter la pata como solía hacer. Pasaron dos largos minutos y seguía absorto en sus pensamientos, ¿por qué demonios no me decía: «Jenny, ¡así no!»? Solté aire por la nariz y seguí apesadumbrada.

—No se te da tan mal cortar —me dijo en voz baja logrando casi perderse entre los murmullos

del resto.

—He hecho mis pinitos con los vegetales —respondí a pesar de ser una gran mentira.

Ladeé con disimulo un poco la cabeza y lo vi sonreír, era evidente que por culpa de los nervios no me había dado cuenta del festival de tamaños en los cortes del repollo.

—Siento no haberte respondido esta semana a los correos electrónicos, existe un motivo que al final de la noche debo explicarte.

—No hace falta, me las he arreglado con los cerdos esos.

—He estado hablando con los de Construcción, alegan que no has querido reunirte con ellos en zona neutral.

Dejé de cortar y lo miré sorprendida. «¡MALDITOS MISERABLES!», grité en mi mente con ganas de lanzarle los cuchillos al estilo de los espectáculos circenses.

—Son unos auténticos capullos —respondí indignada—. Jamás me han hablado de ello.

Me vengaría de Nicolás, estaba segura de que las manos de Elly estaban metidas en aquello, no podía creer lo mentirosos que eran y atacé al repollo sin compasión.

—Me he dado cuenta de ello —prosiguió Fitz—. De que buscan sabotear tu trabajo, así como, también, que no te has dejado vencer.

Dejé de cortar y lo miré pensando que no tardaría en echarme en cara que había una excepción y era su enemigo, Nilson, o eso creía.

Observé de nuevo al repollo con remordimiento de conciencia, debía ser consecuente con mis actos, ya había estallado la bomba de que me había acostado con Nilson, así que debía aguantar todos los rumores que correrían desde que le afirmé con hechos a Elly.

—¿He dicho algo malo?

—No —respondí sobre la marcha.

Volví a ladear mi cuerpo hacia él, que me miraba esperando que le contara lo que había logrado cambiar mi humor. Lo observé mejor, imaginando que todo podía ser diferente, si tan solo hubiera comido fibra el día que tuvimos el primer encontronazo todo hubiera sido distinto.

Me apetecía acariciar su rostro afeitado en el que se notaba su mandíbula marcada, parecía uno de esos chicos malos de las películas que con solo mirarte hacían lo que deseaban, los labios los tenía entreabiertos y comenzaron a hacerse irresistibles para mí, recordando ese beso que había recibido de ellos. Estaba jodida, era como si estuviera frente a un amor imposible, Fitz era tan cauteloso que no permitiría que volviera a pasar.

Frustrada, opté por pagarla con lo que quedaba de repollo y cebollino de nuevo.

—¿Jennifer?

Debía darle alguna respuesta coherente y honesta, aunque fuese a medias.

—Creo que debo disculparme por volver a meter la pata —le dije entendiendo que debía ser sincera, que me había montado una gran película merecedora de los premios más importantes de la academia y que no sería así.

—¿Qué quieres decir?

—Supuse que todo esto era una encerrona de Adele y no ha sido así, ha sido producto de la casualidad.

—No lo creo.

—¿Por qué no lo crees?

—Hace unos días ella me llamó haciéndome unas cuantas preguntas —confesó frunciendo el ceño, mientras dejaba caer en un recipiente lo último que había cortado—. Sabes lo insistente que es —prosiguió fijando sus ojos en los míos con una pequeña sonrisa en sus labios—. Le conté que vendría como apoyo para que un amigo se animara a dar el paso. —Ambos miramos a Ethan y a

Roxana, que cada vez estaba más sonrojada, no sabía si avergonzada por tenerlo tan cerca o por contener lo que realmente sentía. Sonreí imaginándome que al final tiraría la toalla gracias a todas las tonterías que decía el muy idiota—. No le di importancia. —Prosiguió Fitz llamando mi atención de nuevo, logrando que volviera mi cabeza hacia él—. Vosotras, las Bond, sois demasiado testarudas y dramáticas, ¿verdad?

Abrí los ojos sorprendida por ese reproche curioso y sonreí centrándome de nuevo en los vegetales, mientras fingía cortar lo que me quedaba con esa pequeña esperanza que quería hacerse paso en mi corazón.

—Si conoces a Adele desde hace mucho, es extraño que no te percatases de ello a la primera.

—De ella lo sabía, pero no de ti.

Fruncí el ceño por su respuesta, apenas me conocía para asumir qué paso daría ante cualquier situación.

—Me parece que esta conversación va ir a un terreno que no nos gustará —le comenté, y él emitió un sonido parecido a una risa.

—Tienes razón, lo siento —respondió y cuando iba a continuar el Chef nos pidió atención para que observáramos el ejemplo de *gyoza*.

Mezcló los ingredientes con la carne de cerdo, espolvoreó una parte de la mesa, cogiendo la oblea y poniéndosela en la palma de la mano, mojando el contorno para colocar un poco de relleno en el centro y doblarlo en algunas partes. Hizo un segundo ejemplo y nos pidió que lo repitiéramos. Se veía fácil, pero tenía que hacerse con delicadeza y procurar que al doblar los pliegues se cerraran.

—¡Vaya mierda! —soltó Ethan logrando llamar nuestra atención—. Ya he roto dos, y no me miréis como si fuerais expertos en hacerlos —protestó.

—Se te rompen porque echas mucho relleno —respondió Roxana—. Mira, es así... —le indicó pidiendo que pusiera la mano con la oblea encima para dejar caer la mezcla. Sonreí de nuevo al ver sus mejillas encenderse.

—Si la idea de Ethan era llamar la atención de Roxana, lo ha logrado —le murmuré a Fitz acercándome más de la cuenta a la vez que hacía los *gyozas*.

—Es un fanfarrón bastante ególatra —respondió observándolo a la vez—, pero te sorprendería lo que es capaz de hacer.

—No sabía que habían bajado los dioses para estar entre nosotros —bromeé logrando que volviera a sonreír mientras cogía la última oblea para hacer otro *gyoza*.

—Claro que los hay, no me digas que no te has topado con alguno que se hace llamar dios del sexo, otros de las pizzas o de los sudokus.

Me giré hacia él, sorprendida porque me siguiera el juego, y sonreí con ilusión.

Medité en responderle que dioses del sexo me había topado en más de una ocasión, pero de pizzas o de...

—¿En serio que hay gente que se cree dios del sudoku?

—Créeme, en este mundo hay de todo.

Volví a sonreír dándole la razón y sintiéndome tranquila, por lo que me atreví a confesarle lo que pensaba cuando lo vi entrar.

—Me dejó desconcertada verlo a tu lado y la manera en que se presentó, me llevó a preguntarme qué demonios hacía con un imbécil como él.

Esa vez fue él quien sonrió.

—Las apariencias engañan —respondió mirándome de reojo.

—Cierto, algunas se presentan tal como son desde un principio, pero al conocerlos logran

confundirte en muchos aspectos.

Fitz respiró con profundidad, reduciendo todo el espacio que había entre los dos hasta inclinarse hacia mi oído.

No me esperaba aquella reacción por su parte y mi corazón comenzó a latir rápido, quería ladear la cabeza soñando por unos segundos que me sujetaría de la cintura y estrellaría sus labios en los míos. Sí, quería dejarme llevar por mi enorme imaginación, soñar no costaba nada, nos hacía felices, a pesar de que nunca se hiciese realidad. Sentí su respiración en mi oreja y ese cosquilleo apareció de nuevo recorriendo todo mi cuerpo, erizándolo al completo.

—A muchos nos cuesta ser espontáneos.

Y con esas palabras se alejó de mí, parpadeé varias veces y ladeé mi cabeza tratando de comprenderlo. Tragó saliva y subió sus gafas al puente de la nariz, esperando una contestación contundente por mi parte. En mi mente se arremolinaban tantas preguntas y respuestas que, al decidir una al azar, el chef volvió a llamar la atención.

—Ya que todos han terminado de hacer los *gyoza* debéis seguirme a los fogones.

Entendí que el sueño había terminado y debía volver a la realidad de que no se acercaría de nuevo de esa manera, con paso lento los seguí, pasando a una sala contigua, que era una cocina totalmente equipada.

El chef allí indicó qué sartén debíamos coger y la cantidad de aceite que debíamos echar. De nuevo Ethan y Roxana volvieron a llamar la atención, siendo él el que le explicaba cómo verter el aceite situándose detrás de ella.

«*¡Me recuerdas a esas películas que me torturas recordar! ¿Te torturo? Que recuerde es el cerebro el que libera la dopamina, adrenalina y la norepinefrina, esa misma que ordenas cada segundo que me invada, así que ese comentario por tu parte es bien retorcido*». ¡Vaya batalla tenía conmigo misma!

Observé de nuevo a Ethan y Roxana, reflexionando sobre que las ironías de mi conciencia tenían un nombre y era miedo. Debía obviarlo y dejarme llevar.

—Recuerdo que hay un refrán sobre fogones —le dije a Fitz en voz baja.

—No sé de qué hablas —respondió dejando el sartén al fuego mientras lo regulaba.

—No te hagas el tonto, sabes de lo que hablo —le reproché logrando que sonriera de lado y mirase a Ethan y a Roxana, y de nuevo centró su mirada en el sartén echando un chorrito de aceite en el mismo—. Rezaba algo así como que «el corazón se gana con un buen plato» —insistí mientras ponía todos los *gyoza* dentro del utensilio. Fitz volvió a sonreír y ¡joder!, me gustaba verlo—. Me gusta verte sonreír —solté sin más.

De inmediato su gesto cambió, y me maldije por ser impertinente.

«*Reconozco que he dado esa orden, Jenny. ¿Con que fin? ¿Dejarme con el culo al aire? ¡Vaya conciencia tengo! Gracias por el gesto*».

Me sentía frustrada. Toda esa confianza que había nacido acababa de tirarla por la borda. Resignada, me centré en meter en el sartén algunos *gyoza* para colaborar.

—Espera —me dijo poniéndose detrás de mí, dejándome descolocada de nuevo. Sus brazos pasaron por debajo de los míos, quedándome encerrada entre su cuerpo y los fogones—. Solo hay que ver si ya está dorado —me explicó haciéndolo él con la mano—. ¿Ves ese aceite de sésamo?, alcánzalo y echas otro poco. —Seguí las instrucciones sin querer mirarlo, ya eran suficientes tantos castillos en el aire—. Muy bien, ahora coge el cuenco con el agua que está a tu derecha.

Llegué a sentir envidia por lo que sucedía entre Roxana y Ethan, sonreían dejándose llevar, él le murmuraba cosas que lograban sonrojarla mucho más, y deseé vivir un instante parecido. ¿Por qué no podía pasar así?, ¿por qué cuando estaba con Fitz todo era tan distinto, incluso complicado

y bastante raro desde el primer instante que nos vimos hasta ese en que los planetas se alinearon y el olor a su fragancia me envolvió?, deseé estar rodeada por sus brazos, sentir su cuerpo pegado al mío, junto a ese agradable calor que emitía y que me gustaba.

Sumergida en el mar de sensaciones, nerviosa y distraída, cuestionándome qué paso dar o decir, giré a la izquierda, ladeando parte de mi cuerpo para alcanzar el cuenco del agua.

—¡La derecha, Jenny! —protestó en un tono cariñoso.

—Lo siento —respondí avergonzada.

—Echa un poco hasta cubrirlas o se quemarán —me ordenó, y seguí las instrucciones para que finalmente las tapara—. Ahora tendremos que esperar a que se evapore el agua.

Me giré hasta que pude ver su rostro y me alejé con la intención de parar todo aquello en mi interior que finalmente me llegaría a hacer daño.

—Gracias, las hubiera quemado —respiré con profundidad dispuesta a disculparme—. Perdona por mi distracción y hablar de más, tengo una lengua muy suelta en algunas ocasiones.

—No tienes que dárme las —me dijo—. Y no tienes que disculparte, me gusta que seas así.

—¿Así cómo?

—Así de espontánea, así de íntegra y así de única, Jennifer.



## ¿Por qué eres tan comedido, Fitz?

—Los *gyoza* ya están listos —nos anunció la ayudante del chef mirándonos con picardía logrando que él se alejara—. Podéis pasarlos a una bandeja y volver a la sala grande para hacer los *hosomaki*<sup>[20]</sup>.

—¿Dónde podría encontrar una fuente? —pregunté fingiendo una normalidad que era evidente que no sentía.

—Nosotros emplataremos y lo llevaremos para allá —indicó sonriente, le respondí de la misma manera y me quedé allí recordando la última frase de Fitz.

Había sido tan sorprendentemente inesperado, por mucho que quisiera tener los pies en la tierra me era difícil, cada vez que me hablaba o se acercaba mis sentidos se embotaban y mi corazón se rendía a él.

Necesitaba encontrar las fuerzas necesarias para sonreír como si no me hubiera afectado. La joven me miró, esperando a que moviera mi culo, tenía que fingir normalidad y no tenía ni idea de cómo se hacía.

—Muy bien —dijo el chef cuando entré de nuevo al salón—. Comenzaré con una breve introducción.

—No deberías buscar los porqués de todo o te perderás la historia del *hosomaki* —susurró Fitz acercándose a mi oído de nuevo, me di cuenta de que le gustaba hablarme de esa manera, y que a mí también me gustaba que lo hiciera.

—¡Venga hombre! —protestó Ethan—. ¡No me quites el puto protagonismo! —Fitz abrió los ojos y frunció el ceño observándolo con una sonrisa de lado.

—Sabes muy bien de lo que hablo, ¡cabrón! —lo señaló—. Con lo que me ha costado...

—Señor... —Lo miró con severidad el chef.

—Lancaster —respondió Ethan—. Me callaré porque quiero que Roxana vea que me sé comportar y que soy capaz de hacer uno de esos rollizos.

—Rollitos de *maki* y *hosomaki* —lo corrigió el chef.

—Lo que usted diga, para eso es el maestro —soltó elevando la mano para darle paso.

—¿En serio se comporta de esta forma? —le susurré a Fitz.

—Creí que se desmadraría y me está sorprendiendo —añadió logrando que me girase hacia él viendo cómo se encogía de hombros—. No te pierdas la explicación, Jennifer, para que puedas envolverlos bien.

Y con ello le sonreí de nuevo y me centré en lo que explicaba el chef, para poder hacer unos *hosomakis* decentes. Conforme fueron pasando las horas me pareció que, más que un taller de cocina, se convertía en una cita perfecta, una cita que nunca me imaginé que iba a vivir. Tal vez mi imaginación volaba como nunca y no me importaba, me sentía feliz.

Nunca había vivido algo parecido y no quería estropearlo, incluso en mis años de instituto y universitarios nunca tuve un profesor tan dedicado como Fitz. Claro está, tampoco había conocido ningún hombre que lograra ponerme el corazón a mil por hora con el roce de sus dedos y los míos, la calidez de su cuerpo al acercarse y el susurro de su voz en mi oído me tenía tan hipnotizada que apenas pude comprender las explicaciones, de hecho, no sé cómo logré hacer los *hosomakis*, *temakis* y *uramakis*.

Una vez terminado el taller, nos sentamos a degustar y conocer más a los otros compañeros que nos miraban con cierta complicidad. Vi a Fitz sonreír desenfadado y menos comedido. Me gustaban los hoyuelos que se le marcaban y sus ojos expresivos sin olvidar su voz gruesa y su manera de hablar con seguridad que me dejaba tan embobada que me costaba demasiado disimular.

—Jennifer —me dijo Roxana—. Toma una servilleta.

—Gracias —le dije a pesar de que no la necesitaba.

—No, no me las des, es para que dejes de babear por él. —Ladeé mi cabeza hacia ella avergonzada.

—¿Se me nota mucho? —Afirmó con la cabeza.

«¡Maldición! *Jenny, debes disimular y dejar de ser tan evidente.* Gracias por el consejo tardío, querida conciencia».

Decidí comer para intentar entrar en alguna conversación, apenas había probado bocado en todo el día y tenía hambre, así que probé los *hosomakis* de Ethan, que a pesar de jurarnos que no sabía hacerlos estaban deliciosos.

Intercambié el número de teléfono con Roxana y sugerencias de otros talleres que me interesaron con algunos compañeros. Poco a poco el lugar se fue vaciando y Ethan sugirió irnos de copas, según él, la noche era joven aún, pero Roxana se negó excusándose en el trabajo y el nuevo proyecto de su jefa, logrando que él comenzara a maldecir más de la cuenta.

Intenté persuadirla, no por él, sino por tener más tiempo con Fitz, no lo conseguí, había llegado el instante de despedirme. Quizás si fuese otro hombre hubiera dado el paso de sugerirle irnos, el problema era que con él todo debía meditarlo antes para estar segura de que hacía lo correcto.

—Ha sido un placer, Roxana —dije a modo de despedida una vez fuera del lugar—. Iré por este camino —proseguí comenzando a andar.

—¿Qué coño esperas? —Le escuche a Ethan—. Una buena utilización del sable no se da todos los días. —Me giré hacia ellos sorprendida por lo que acababa de insinuar el imbécil.

—¿Por qué eres tan bruto? —protestó Roxana—. Creí... —Negó con la cabeza y se alejó.

—¡Maldita sea todo el puto universo! —exclamó Ethan—. Jennifer, lo siento, no era mi intención ofender a nadie, soy así de animal para hablar, es mi forma de... ¿Por qué coño te estoy dando explicaciones? —Se giró sin más y fue detrás de Roxana dejándome absolutamente anonadada. Cuando estuvo lo bastante lejos para escucharme ladeé mi cabeza hacia Fitz.

—Está jodidamente mal de la cabeza, ¿verdad?

—Un poco —dijo frotándose la nuca—. Si analizaras lo que estuvo a punto de decirte...

—¿Por dónde quieres que comience?, ¿por lo que insinuó?

—¿Por qué solo te enfocas en tonterías y no en el trasfondo?

—Por supuesto, es sumamente normal escuchar a un hombre decirle a otro que hoy usará el sable.

—Eso no fue lo que dijo.

—¿En serio lo vas a defender? —pregunté con la ceja levantada—. Y yo creía que Tom era un jodido gilipollas, pero Ethan le ganó la partida. —Fitz soltó aire y metió sus manos en los bolsillos del pantalón.

—Él es un caso aparte, se ha creado esa fachada de soberbio e imbécil para que su familia no le dé la tabarra y para nada le ha servido, al final es quien lleva el negocio desde hace un año.

—¿Y de qué se supone que es el negocio? Dudo que sea cara al público. —Fitz se echó a reír.

—Digamos que sí es cara al público, mas no está en constante contacto.

—¿Es que acaso vamos a jugar a los acertijos ahora? —Fitz volvió a sonreír.

—¿El ser curiosa es otra cualidad de las Bond?

—Adele y yo solo compartimos apellido —le aclaré—, pero no cualidades, me he esforzado y ganado a pulso el ser diferente.

—¿Y por eso llevas todo este tiempo alejada de tu familia?

—¿Por qué crees eso?

—Adele apenas te nombraba y cuando te conocí no se me ocurrió relacionar el apellido hasta que te vi en la fiesta de Francis, allí me contó que erais primas.

—¿Por qué te empeñas en volver al mismo punto? —le reproché—. Todo iba bien hasta que me recordaste ese día y, ya que lo hiciste, quiero saber qué es lo que sucedió sobre las dos de la madrugada del domingo, fue allí cuando cambiaste, y no me creo que el espíritu santo te iluminara. —Toda la complicidad que había nacido entre los dos se había ido a la mierda. No entendía por qué terminábamos así, por qué ese empeño en mandar todo a la mierda. Pensé que lo que compartimos adentro había tenido un significado para él, como el reírnos del desastroso condimento que hicimos y tuvimos que repetir o el que sus brazos me cobijaran y me enseñara a enrollar sin que se saliera el producto—. Acaso no te das cuenta de que cada vez que hablas de lo que hice o no me haces sentir como una puta mierda que no está a la altura de lo que normalmente estás acostumbrado, ya que...

No pude terminar, sus labios se habían estrellado en los míos, sus brazos me envolvieron atrayéndome hacia él, la presión que ejercía me indicaba que se estaba conteniendo y no sabía por qué. En cambio, yo ansiaba y deseaba con tanta ferocidad que no se quedara solo ahí. Di el paso de abrir mi boca para que su lengua entrara, apretándome más contra él y las palpitaciones de mi corazón se aceleraran como nunca.

La lengua, ansiosa, recorrió mi boca hasta tratar de entrelazarse con la mía, la respiración se le entrecortaba y nuestros dientes terminaron chocando hasta que me mordió el labio. Entrecrucé las manos en su cuello y, a medida que me guiaba, mis dedos se enterraron en su cabeza apretujando el pelo. Las sensaciones de mi cuerpo eran lo más parecido al éxtasis sin penetración, tal vez exageraba, pero ese cosquilleo subía y bajaba por todo mi cuerpo, erizándome hasta el punto de que mis pezones terminaron erectos y gemí.

Sí, gemí ante tanta ansiedad, ante tanto deseo que recorría mi ser.

Nunca había vivido tantas sensaciones a las que me costaba darles nombre y, si aquello era masoquismo, entonces era una jodida idiota que quería volver a sentir sus besos encender mi cuerpo como una bomba de relojería que estaba a punto de estallar, quería que me arrancara toda la ropa y sentir sus cálidos labios recorrerme.

Me pegué más a él, Fitz bajó las manos a mi culo, apretándolo, logrando que volviera a gemir, hasta que unos transeúntes comenzaron a silbar y a tomarnos el pelo. Él sonrió, alejándonos poco a poco hasta mirarnos a los ojos.

—Llevaba toda la noche queriendo hacer esto —me confesó.

—Puedes seguir haciéndolo —le respondí. Me miró unos segundos y soltó el aire que contenía.

—Para mí no eres un simple rollo de una noche, no tengo la misma mentalidad que Nilson.

Abrí los ojos al percatarme de que sabía que me había liado con él, pero no tenía nada de qué avergonzarme, era una mujer soltera que podía acostarme con quien me apeteciera.

—Cuando dices que no tienes la misma mentalidad, ¿también me incluyes en el mismo saco? —le respondí—. Sí, me acosté con él y hasta ahora no tengo ningún anillo en el dedo. No voy a fingir que no deseaba que me besases. Llevo haciéndolo desde que lo hiciste la primera vez y me encantaría descubrir a dónde nos llevaría, pero tengo la sensación de que la sombra de Nilson estará entre nosotros para bien o para mal, qué razón tiene.

—¿Qué quieres decir?

—Que esa mentalidad de esnob que tienes no te permite estar con gente como yo. —Fruunció el ceño y maldijo por lo bajo.

—Sea lo que sea lo que te dijese, es mentira —espetó—. Sabe engatusar a la gente y por lo que veo lo ha hecho muy bien contigo.

Abrí los ojos por lo que daba por hecho, me dolió, ¿por qué demonios tuvo que cagarla de esa manera?, si me hubiera dicho que quería tomárselo despacio simplemente lo hubiera aceptado, negué con la cabeza.

—Adiós, Fitz, fue bonito este momento. —Bajé a la boca del metro hasta detenerme a esperar el tren, odiando a todos los hombres del mundo por esa incesante competitividad que mantenían.

«¿Por qué demonios te dejaste llevar por el beso? Lo ansiaba, querida conciencia, él hace que todos mis sentidos... *No sigas, me sé perfectamente esa pedorreta, tú misma*».

¡Maldita sea! ¿Cuándo dejaré de discutir con mi conciencia?, ¿cuándo dejaré de darle tantas vueltas a lo que sucede?

—¿Por qué eres tan comedido, Fitz? ¿Por qué das un paso adelante y tres hacia atrás? —pregunté en alto intentando soltar la frustración que sentía.

—No lo sé, he intentado no serlo —respondió detrás de mí—. Siento mi actitud tan bochornosa y despreciable.

Cerré los ojos por no haber pensado antes que me seguiría y volví a fustigarme por haber dejado que mi lengua fuera más rápida que mi mente.

El tren se detuvo delante y se abrieron las puertas, lo correcto hubiera sido que me subiese y al girarme le dijese: «¡paso de ti!».

Era lo correcto y yo nunca hacía lo correcto. Ejemplo de ello era el no haber renunciado a mi trabajo y el haber encontrado una gran excusa para no ir a la fiesta de cumpleaños del cachorrito de Adele, quizás si hubiera hecho lo correcto no sentiría el corazón bombear más que nunca.

Sí, tenía que aceptarlo de una vez por todas y eso que me había declarado escéptica con todo ese rollo de que una se podía enamorar en segundos... Segundos en los que entendí que una relación que se cocinaba a fuego lento nunca la había experimentado y que experiencias como la que había tenido entonces jamás las había vivido, en las que todo lo que se pudiera sentir y compartir se quedaría para siempre grabado en la memoria.

Segundos que pasaron cuando las puertas del vagón se cerraron y el tren se puso en marcha, segundos en los que me di la vuelta reduciendo todo espacio posible entre él y yo.

—Y me gusta que seas así —le susurré mirándolo a los ojos. Nos acercamos aún más hasta que nuestros labios volvieron a unirse en un profundo y ansiado beso.

## El papel de hurgar en la herida se te da genial

Cogimos el siguiente tren para ir a casa, nos sentamos uno al lado del otro y recorrimos la línea en silencio. Generalmente los hombres que entraban en mi vida lo solían hacer de una manera bastante rápida. No es que Fitz fuese la excepción, pero esa noche era diferente. Al llegar a la parada correspondiente, bajamos y me sujetó de nuevo por la cintura, para volver besarme sujetándome la nuca y dejando que sus dientes mordisquearan mis labios. Su respiración se ralentizó y de nuevo se apartó cogiéndome de la mano para salir a la superficie.

Al llegar al portal del edificio, volvió a sujetarme de la cintura para besarme y cada vez más me rendía a sus labios y sus deseos, que mantenía reprimidos, podía recurrir a cualquier artimaña que lo llevase a que se rindiera para que cambiara de idea y así sentir la calidez de su cuerpo, pero eso lo comprometería a lo que a lo mejor no deseaba.

«¿En serio te crees eso? Querida conciencia, el cosmos me quiere enseñar el arte de la paciencia. *Me río por no llorar, a ver cómo te las ingenias para aprender ese arte.* Solo espero que las conciencias del resto de la humanidad no sean tan perras como la mía».

El móvil comenzó a sonar y traté de ignorarlo, dejándome seducir por sus labios y su lengua, pero insistieron de nuevo y, al contrario de alejarme, me aferré más a él, hasta que esa vez fue el suyo el que comenzó a escucharse. Se separó ante la insistencia y sacó el móvil de su bolsillo.

—Es Adele. —¿Adele? Era muy tarde para que hiciera llamadas, en vez de aprovechar el tiempo para jugar a la amazona, llamaba por teléfono a Fitz. «¿Se te olvida que te la jugó con lo del taller de sushi y la llamada es realmente para saber qué pasó? Es decir, no solo es mentirosa, sino cobarde. *Lo has dicho tú*». —. Hola, ¿que si estoy con Jennifer? —Abrí los ojos y enseguida le pedí que le dijera que no—. Sí, está a mi lado. —Fruncí el ceño por ignorarme de esa manera. «*Me cago de la risa, ahora entiendo por qué son tan amigos. ¡Vete al infierno, querida conciencia!*». ¿Quieres hablar con ella?, me estaba despidiendo... —¿Despidiendo? «*Ahora sí que no podré olvidar este día, allí abajo Úrsula estaba preparando motores, déjame enviarle un mensaje de que no tendrá fiesta.* Mi peor enemigo no es Elly, eres tú, maldita conciencia». Fitz levantó una ceja y se mantuvo en silencio. No tardaría en saberlo, en cuanto colgase y se despidiera, la llamaría y le reprocharía que me robara el poco tiempo que podía pasar con él y que no pudiera convencerlo para que se quedase esa noche y todo el fin de semana —. Intentaré convencerla —indicó, fijando sus ojos en mí y torció los labios—. Está bien, hasta mañana —se despidió volviendo a centrarse en mí, guardando su móvil en el bolsillo—. Nos ha invitado al club de golf.

—¿Cómo? Espera, ¿qué club? ¿Has dicho que sí?

—Qué manía tenéis las Bond de hacer muchas preguntas a la vez.

—¿Qué? ¡Me estás tomando el pelo!

—Claro que no. —Levantó las manos con la sonrisa bailando en sus labios. ¡Será cabrón!

—Me parece que me daré la vuelta, no sin antes mandarte a...

—¡A la mierda!

Fijé mi mirada en él, seguía tomándose el pelo, el muy idiota. Torcí los labios y lo miré.

—Iba a decir al infierno, pero, si quieres ir a los bajos fondos, adelante, eres libre de ir. — Sonrió a la vez que sus brazos rodeaban mi cintura de nuevo.

—Jennifer, no te enfades, nos han invitado a pasar el día con ellos en el campo de golf.

—¿Quiénes son ellos?

—Adele y Gordón, sus hijos se han ido con los abuelos Bristol. —Santa paciencia tienen algunos o diría más bien esos abuelos, dudaba de que mi tía Mary dejara que sus seis nietos corretearan por su impoluta casa, de todos modos, me daba igual lo que hicieran, no iba a ir.

—¡No cuentes conmigo!

—Jennifer.

—Me niego a que vuelvas a ver lo peor de mí.

—Volverá a pasar tantas veces que perderé la cuenta. —Resoplé—. Entiendo cómo te sientes, será un día distinto.

—Un día distinto para mí sería tú y yo comiendo por algún lugar de Covent Garden, tú y yo viendo alguna película, tú y yo entrando en alguno de nuestros apartamentos, tú y yo gimiendo sudorosos. —Ladeó la cabeza con la sonrisa de nuevo bailando en los labios.

—Interesante propuesta que podemos hacer después con mucha calma.

«¿Calma? Yo soy la reina de la tranquilidad... *Y yo acabo de ser adoptada por las Kardashians, ¡asúmelo, Jenny! No vas a ganar esta batalla, te ha dicho claramente que hoy no follas.* Gracias, querida conciencia, por tu sinceridad».

—Créeme, Fitz, no solo es interesante —insistí—. Es una fantástica idea.

—Jennifer, deberíamos complacer a Adele, gracias a ella, tú y yo estamos aquí. —Se acercó más de lo debido hasta llegar al oído, erizándome de nuevo la piel—. Y puedo tenerte entre mis brazos y sentir la reacción de tu cuerpo.

¡Joder! «*Eso sí es dejarte callada, hasta ahora ningún hombre te había dicho algo tan profundo*».

—Sabes que esto tiene un nombre y es coacción.

—No, Jennifer, se llama conocer lo bueno y lo malo de la persona con la que quieres comenzar una relación.

—¡Qué formal!

—Lo que tenemos no lo considero rollo, para mí es mucho más que eso. —Se apartó llevándose la mano al pelo—. He tratado de alejarme de ti para que siguieras tu vida. Te confieso que había tomado la decisión de trasladarme a la sede de Manchester y desde allí dirigir el proyecto, pensando que, mientras más lejos, menos tendría la necesidad de querer besarte, y me salió mal el plan, te echaba de menos más de lo que creía, así que decidí dejarme de tonterías y apostar por los dos a pesar de ir con desventaja.

—¿Lo dices por Nilson?

—Sí.

Me gustaba su sinceridad y el saber que apostaba por los dos, cuando esa mañana ni siquiera yo apostaba por lo que sentía, estaba convencida de que nunca sucedería y podía entender esa lucha interna que mantuvo, yo traté de hacer lo mismo a mi manera y no funcionó.

«*Es decir, según veo, crees que el cosmos intervino.* Y lo dices tú que no crees en ello».

Tenía razón en que lo que estaba sucediendo entre los dos no era un simple rollo, era más. Sonreí y esa vez fui yo la que me acerqué a él y lo besé.

—¡Buscaos un hotel! —gritaron un par de chicos que pasaron por nuestro lado obligándonos a separarnos.

—¿Te parece bien que pase sobre las diez a por ti?

—Supongo que me quieres decir «hasta mañana».

—Ten paciencia, Jennifer, quiero hacerlo bien.

—¿Qué significa bien?

—Todo a su tiempo —respondió dejándome un beso en la cabeza. Creo que la última vez que un hombre se había despedido de mí sin meterme mano había sido cuando tuve el baile de graduación del instituto y no fue por no querer, sino por la borrachera que cargaba encima—. Una última pregunta, Jennifer, ¿sabes jugar al golf?

—Por supuesto que sé, el tío Duncan me enseñó de pequeña.

«¡Mentirosa! Ni loca diría que no tengo ni idea. *Lo sé, querida Jenny, me voy a divertir. ¡Eres una degenerada! Míralo por el lado bueno, pasarás todo el fin de semana con él.*»

Eso creí...

A las diez en punto Fitz me hizo una llamada perdida notificándome que estaba abajo, lo hice subir porque me había quedado dormida. Había soñado toda la noche con hoyos, campos, risas, besos y palos de golf cayendo del cielo. Estaba nerviosa y me temía que metería la pata.

Veinte minutos después tomábamos rumbo al Royal Golf y durante el camino me explicó que era el más antiguo del mundo, un lugar al que no todos podían acceder, en pocas palabras: elitista... «*Vas a pasar el día con muchas personas con palos metidos por el culo y que apenas consumen fibra.*»

Eso me llevaba a estar tensa y comedida por lo que pudiera hacer o decir, no es que no supiera comportarme, solo que odiaba que me mirasen como si estuvieran por encima del bien y del mal. Me gustaba ser yo sin tener que vivir bajo la apariencia.

«*Vives bajo la apariencia, Jenny. No es cierto, querida, aprender a esconder mis sentimientos y fingir que soy fuerte lo hace la mayoría de las personas de esta sociedad tan prejuiciosa. Entonces me das la razón. ¡No! Y esta conversación se acabó.*»

Le pregunté a Fitz si podía encender su reproductor, y accedió, indicándome que lo podía emparejar a mi móvil para escuchar mi lista de canciones.

—Me gustaría escuchar al completo esa canción que tratabas de cantar el día que nos reunimos en tu casa. —Sonreí y lo hice, para buscarla y tararearla—. Me gusta más escucharla con ese entusiasmo de aquel día, un entusiasmo que se me quedó aquí. —Señaló su sien—. Animándome lo que quedaba de la semana. —Ladeé la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

—Asuntos personales que esas semanas me habían afectado más de lo que creía. —Sonrió un poco y me animó a cantar, lo hice moviendo la cabeza y reinterpretando la canción con mi pésimo español.

Al llegar el lugar me parecía muy bonito, el césped estaba cuidado y todo por dentro era tal como me imaginé; elitista. Era una enorme casa cuyo recibidor estaba todo en el lugar exacto, la antigüedad de las mesas y las lámparas de araña te hacían entender por qué Adele no había acudido con sus cachorritos. Me acerqué a una mesa donde había un libro antiguo y vi que era *El señor de las moscas*. Decidí ojearlo, dando tiempo a que aparecieran los Bristol y, cuando pasé la cuarta hoja, se rompió por un lado.

«*Y hablabas de los hijos de Adele.*»

Ignoré a mi conciencia y disimulé seguir hojeando maldiciéndome por dentro hasta pasar un buen número de páginas y apartarme, concluyendo que por mucho que quisiera ya había metido la pata. «*Es que no estás hecha para estar en estos sitios. ¡Cállate! Tan solo fue un pequeñísimo error del que no se percatarán.*»

—Buenos días —nos saludó Adele—. Me alegra ver que alguien por fin logra hacerte cambiar de opinión.

—Buenos días, Cher, ¿quién dice que hemos hecho un trato? —Adele frunció el ceño y miró a

Fitz, que negó con la cabeza de inmediato.

«¿Leal a los suyos, Jenny? Va ser que no voy a responderte».

—El amor es así —añadió Gordón mirándome con esa sonrisa burlona—. Te veo más guapa que de costumbre, Jenny.

—También te veo más distinto. —«Voy a borrarte esa puñetera sonrisa de un plumazo», frunció el ceño—. ¿Más gordo y canoso?

—¡Por eso me caes tan bien! —Y soltó su falsa carcajada. «¡Cabrón! Adele es a la única a la que engañas».

—Fitz, ¿sabes quién ha pasado por la consulta? ¡Roger! —Adele, ignorándome por completo, se alejó con él hasta el carrito de golf para subirse y dejarme en manos del cerdo de Gordon.

Estuve a punto de gritarle que su marido era el que estaba a mi lado, sin embargo, quería ser lo más cortés posible, por lo que tuve que callarme y tratar de aguantar el tiempo que fuese.

«Sería bueno que le preguntaras a Gordon si tiene testamento. Qué poca fe tienes en mí, querida conciencia. Tal vez porque conozco tus más oscuros pensamientos». Resoplé.

—Me parece que nos han dejado como dos tortolitos.

—Por supuesto, a lo mejor terminas enamorado de mí, de lo que no estoy muy segura es de si deseas aumentar la prole de cachorritos.

—¿Cómo los has llamado?

—Lo que has oído, ¡te imaginas que tengas cachorrillos de la otra Bond de la familia! Eso es llevarse el pleno. —El rostro de Gordon cambió—. Es mejor que los sigamos o se preguntarán si estamos ejercitando esa labor.

—Sí, vamos a alcanzarlos. —Nos montamos en el carrito de golf siendo ese el segundo error que cometí.

Los primeros hoyos fueron frustrantes, intenté darle a la bola con el maldito palo que terminaba cayendo por todos lados, jamás la golpeé. Por mucho que lo intentaba en los siguientes hoyos, el desespero de Gordon y Adele comenzaba a notarse, y Fitz se dispuso a ser mi maestro, situándose detrás de mí, sujetando el palo y acercando su pelvis más de lo debido, impulsándome a que acomodara el culo.

—Jennifer, no. Céntrate. —Para él era fácil decirlo, no era mi fragancia la que se impregnaba cuando se acercaba, no era su nariz ni sus labios ni su voz la que sentía en mi oreja, a eso debía añadirle el calor corporal que desprendía, mis sentidos comenzaban a embotarse. Tercer error: el dejarme llevar.

Fue entonces, en el hoyo diecisiete, que Gordon volvió al ataque, cansado de disimular su impaciencia.

—¿Qué te parece si te dejo conducir el carrito el resto de hoyos a cambio de que te rindas?

—No entiendo.

—Que grites que pasas de jugar y así los que sabemos terminamos y nos vamos a comer. —Me giré hacia él, si bien odiaba aquel maldito juego, tenía un profesor diligente con el que no iba a perder la oportunidad de estar en sus brazos, pero tenía razón, estaba desesperada porque terminara para largarme del lugar.

—¿Cuánto más rápido sería?

—Tanto que tú y Fitz podríais probar el vestuario —me dijo levantando ambas cejas—. Y follar como conejos, tenéis la suerte de que no hay tanta gente.

«Me parece que esta vez el disimular no se te ha dado bien, que Gordon se ha dado cuenta. Querida conciencia, te recuerdo que eres la que mueves los hilos allá arriba, así que si demuestro más de lo que debo lo que quiero es por tu culpa».



—Está bien.

Gordon detuvo el carrito de golf para cambiar de puesto, dejándome conducir, me costó maniobrar y logré llegar al siguiente hoyo. Él se bajó para anunciarles mi decisión, pero al cambiar de marcha perdí el control y cometí el cuarto gran error: embestí a Gordon, que terminó subiéndose al capó, golpeándose con el cristal protector para finalmente caer al suelo.

—¡Oh, Dios mío! ¡He dejado viuda a Adele! —grité tratando de apagar el maldito carrito. Corrí hasta Gordon, a la vez que lo había hecho su mujer y Fitz—. Lo siento, no era mi intención.

—¡Estás segura! —me reprochó Adele, logrando que la culpa me invadiera.

No iba a negar que infinidad de veces deseé que le pasara algo, desde una gastroenteritis aguda hasta que tuviera varios gatillazos seguidos, pero nunca que muriese.

Fitz se acercó de inmediato y le preguntó cómo se encontraba, afortunadamente había sido un susto y un buen golpe, pero el sentimiento de culpa me llevó a pasar el fin de semana en casa de los Bristol. Los días que tal vez hubiera disfrutado se hicieron aguas, él intentaba animarme, pero realmente estaba avergonzada con Adele y el incidente, por lo que me desviví para ayudarla en lo que pude.

Fitz y yo acordamos tratar de mantener oculta nuestra relación hasta pasadas un par de semanas, era evidente que yo no iba a esperar tanto y es que tenerlo tan cerca, y sin poder siquiera robarle un beso, era una prueba muy difícil de llevar.

*«Entonces, provócalo. ¿La falda roja? Sí, junto con la blusa beis y el escote que muestra el canalillo más de lo que deseas. Aceptaré tu sugerencia».*

El lunes abrí la puerta de la cafetería en la que ambos coincidíamos con la esperanza de encontrármelo, pedí lo de siempre y me senté a esperarlo. Habíamos acordado que sería uno de los momentos que podíamos ser nosotros sin necesidad de fingir, solo esperaba que no me topase con los imbéciles de Construcción.

En cuanto entró y me vio sonrió de lado, se acercó a pedir el desayuno y se sentó junto a mí.

—¿Quieres torturarme?

—Sí.

—Jennifer, entiende que es lo mejor para los dos guardar las apariencias hasta que pasen unas semanas.

—Lo entiendo, es una tortura para mí también, así que estamos en paz. —Se echó a reír, arrimó su silla más, posó su mano en mi muslo y la subió llevándose consigo parte de la falda, el contacto de su mano con la mía estremeció mi cuerpo.

—A diferencia de las Bond, yo tengo paciencia. —Y la quitó sobre la marcha para desayunar con tranquilidad.

Lo odié y no solo ese día, sino los siguientes. Cuando entraba a la sala del despacho, esperaba a que Nancy se fuese a comer, bajaba los estores y me arrinconaba para besarme hasta dejarme sin aliento. El miércoles, en mi cuenta personal recibí un correo bastante curioso de él, en cuanto lo leí descubrí que comenzaba a hacerle mella su idea de llevar las cosas con calma y eso era un enorme punto para mí.

Lo leí de nuevo, sonriendo, sintiéndome triunfante, llevaba dos días sacando la ropa más provocativa que tenía, eso me había traído ciertas consecuencias que había podido sortear con los gilipollas de Construcción, que me enviaron correos más estúpidos de los que solían enviarme.

Martes, 13:00

De: Jennifer Bond.

Para: Departamento de Construcción.

He recibido el informe con los datos cambiados y los fallos que me habéis enviado. Con respecto a vuestra invitación de cine y disfrutar de una noche única e inolvidable viendo esa película erótica que se os olvidó especificar, lamento informaros de que soy más de películas de terror, me gusta ver correr la sangre y quién sabe si al final doy el paso de convertirme en una psicópata.

Necesito que ampliéis las estadísticas y los tiempos.

Jennifer Bond

Ingeniera de Planificación y Coste.

Al final de la noche, cuando cenaba con Fitz en un restaurante de comida hindú, no pudo parar de reír ante mi respuesta, que lo impulsó a hacer lo mismo al siguiente día.

Miércoles, 10:00 A.M

**De:** Fitz Sandford.

**Para:** Jennifer Bond.

Hace un buen rato he tenido que contenerme las ganas de partirle la cara a los proyectistas del Consorcio Miller, los del décimo piso. Cuando nos cruzamos con ellos hace dos horas en el ascensor, no dejaron de mirarte el trasero cuando saliste primero que yo. Sí, esa era mi intención, que aprovecharon ellos y que tuve que soportar. Hoy has ganado la jugada, Jennifer, pero no la partida.

Me gusta competir y siempre gano.

F. Sandford

Miércoles, 12:00 A.M.

**De:** Jennifer Bond.

**Para:** Fitz Sandford.

Señor Sandford, no es mi culpa que tenga deseos pecaminosos con mi cuerpo, si está sufriendo por ello, sabe cuál es la solución, además, cada vez que decide besarme y que sus juguetonas manos se posan en mí, me deja tocada y con deseo de explorar más, de que esa barrera llamada ropa salte por todos lados y sentir sus labios realmente acariciar mi piel.

¡A que jode tener que aguantarse!

Jennifer Bond

Era la primera vez que veía a un hombre que controlaba sus instintos tan bien. Esperaba que no tuviese ningún problema sexual y que solo deseara probar mi paciencia para saber si realmente quería estar con él.

—Hola, Jenny. —La paz se había terminado—. Tenemos una conversación pendiente, veo que el té no ha traído repercusiones. —Me miré el escote recordándome lo que quería echarme y sin darme cuenta llevé mi mano allí—. He visto que vienes de mejor humor a pesar de no pisar el *office*, eso quiere decir que tienes un rollo.

—¿Cómo?, ¿qué te hace creer eso?

—Ya te lo he dicho. —Abrí los ojos sorprendida, levanté el dedo dispuesta a aclararle que yo era un mujer alegre y que no tenía nada que ver con que estuviera con algún hombre. «*Ella no sabe que estás con él, piensa que sigues con Nilson*». No le aclararía la situación, por lo que bajé el dedo—. Con respecto al otro tema, he encontrado un testigo que asegura haberte visto con Nilson comiendo chocolate.

—¡QUÉ! Eso es absolutamente falso.

Definitivamente, a Elly se le habían cruzado los cables o sus espías deseaban que fuese torturada. ¡Malditos de Construcción! Estaban vengándose de mí por la respuesta enviada el día anterior. Esos cerdos me recordaban a Tom y Harry, la única diferencia era que mis primos eran unos macarras que siempre se salían con la suya, en cambio, los de Construcción eran unos

auténticos gilipollas.

«En realidad, Jenny, Tom y Harry están en el mismo grupo. No y lo sabes, a pesar de putearme más de la cuenta, siempre se encargaban de que ninguno de sus amigotes se pasara de listo conmigo o ¿se te olvida ese español que había venido de intercambio y quería enrollarse conmigo? Claro que lo recuerdo, soy tu conciencia, ¿o se te olvida?, parecía familia de Mr. Bean<sup>[21]</sup>. Cabe destacar que ha sido el único español que has conocido tan raro, esos ojos saltones y cómo movía las cejas, sin olvidar que siempre cantaba Loco Vox<sup>[22]</sup>, era normal que Tom y Harry le advirtieran de que no se acercara, ¿te imaginas que te hubieras prendado de él con esa zalamería española?, hubieras tenido muchos Mr. Beancitos. El papel de hurgar en la herida se te da genial, querida conciencia».

—Mis fuentes me confirmaron que te vieron con él el viernes por la noche. —El viernes..., el viernes estaba con otro hombre y era con quien deseaba estar en ese momento, arrancándome un par de gemidos.

—Deberías informar a tus fuentes de que necesitan graduar las gafas; estaba con un hombre, pero no era Nilson.

—Entonces, sí acerté con que tienes un rollo.

—Tengo un gran volumen de trabajo que tus amigos espías de Construcción me envían con generosidad.

—Si ellos te lo envían es porque no lo haces bien.

Me había costado tanto dejar de lado el reproche de Fitz, que había logrado alimentar esos viejos fantasmas que creí haber enterrado, como para que Elly volviera a hurgar en la herida. Sabía que durante todo ese tiempo estaba dejando el alma en el proyecto en esas últimas semanas, y que Gregory y Fitz apostaron por mí.

No, no iba a dejar que esa infeliz lograra que la duda de mi profesionalidad se pusiera en entredicho ni que azotara mi mente como esas veces en las que Brad me decía que no era lo suficientemente buena para lograr objetivos por méritos propios.

—Que me acuses de que no hago bien mi trabajo no te lo permitiré, no soy la que ando imponiendo, manipulando ni fustigando a la gente cual abusón. No me creo que el *office* sea mi reinado ni robo al resto con esas cuotas tan excesivas. Aquí, quien no trabaja eres tú, que vives puteando a los demás y si Nilson te robó o no los chocolates no es mi problema, él hace lo que le da la puta gana. Déjame en paz o tendré que quejarme de verdad a los superiores.

—Deberías retractarte con lo que me has dicho.

—Si quieres ponme en la lista negra, me parece bien, yo también tengo muy buenos espías que descubrirán tarde o temprano tus oscuros secretos... —La miré de arriba abajo y recordé cómo ella se había referido a Nilson, sonreí y la miré—. ¡Bicha! —Recogí la pila de carpetas y mi portátil, pero antes de hacerlo me giré de nuevo solo para terminar de enfadarla más de lo que estaba—. Come fibra que te va venir muy bien ante esa amargura que tienes en tu corazón y, si no te gusta la fibra, cómprate un succionador de clítoris y déjanos vivir al resto. —Le di la espalda y me encaminé al centro de mando del proyecto.

Cinco minutos después, apareció Nancy dejando su café en la mesa para arrodillarse y alabarme.

—¡Eres mi heroína!, cuando sea grande quiero ser como tú.

## Había olvidado que eras dramática para algunas cosas

Después de recibir varios «enhorabuena» por correo electrónico, incluido un mensaje de Nilson por wasap en el que hacía referencia a lo sucedido, añadiendo que el alumno superaba al maestro.

Sabía que tenía una conversación pendiente con él, sobre todo, por esa insistencia de volver a vernos, aunque no estaba dispuesta a abrir otro frente tan pronto, por lo que le di las gracias sin responderle lo que deseaba. Esperé a Fitz en un restaurante hindú en el que me había invitado. En cuanto llegué ya me esperaba en una mesa. Me recibió con un beso que había ansiado todo el día y que comenzaba a impacientarme.

Tras ese desencuentro con Elly y la adrenalina a cien entendí que en cuanto se enterasen de lo nuestro iría a peor. No se quedaría con esa humillación, buscaría la forma retorcida de vengarse. Sí, la guerra había comenzado.

—¿Es cierto que le recomendaste a Elly un succionador de clítoris?

—Creía que los jefes no estaban pendientes de los rumores y sí. —Fitz sonrió.

—Me llegó toda la información, incluso la sugerencia de comer fibra, no sé si ofenderme, creí que era el único con ese privilegio. —¡Idiota! A pesar de que bromeaba, me avergonzaba haber sido tan grosera.

—Pensé que ya habíamos dejado eso atrás.

—Entiendo que cuando se duda de nuestra profesionalidad duele, pero has demostrado, corrijo, me has enseñado que las primeras impresiones no sirven de nada, y que no debí juzgarte, pero que te duela el reproche ponzoñoso de Elly no lo comprendo, a sabiendas de que ella buscará siempre herir al que le ataca. —«Sí, Fitz, en eso siempre tendrás la razón. Sin embargo, algunas heridas que has estado tratando de curar pueden abrirse y causarte un dolor mayor, y me di cuenta de que la mía necesitaba tiempo para eso», pensé. Lo cierto es que preferí mirar a otro lado antes de perder lo que creía que había entre Brad y yo. Sonreí de amargura, sintiendo vergüenza de reconocer que todos habían tenido razón—. Jennifer, ¿te encuentras bien? No me gusta ver esos ojos tan tristes.

—Algún día me atreveré a contarte el verdadero motivo. —Me miró y remiró, estaba segura de que haciéndose miles de preguntas con respecto a lo que no me atrevía a explicarle; que esa Jennifer que lo había encarado en el fondo tenía mucho de qué avergonzarse.

—Está bien. —Me pidió la mano para luego levantarse y besarme—. Me siento orgulloso de tenerte a mi lado.

—¿Y eso por qué? —Sorprendida por su comentario lo miré con el corazón acelerado.

—Has sido la única que te has atrevido a enfrentarte a Elly sin titubeos, has derrocado su dictadura y eso hay que celebrarlo.

—Sabes muy bien que me gustaría celebrarlo de una placentera manera, pero te gusta torturarme. —Se echó a reír.

—Todo a su tiempo, mi Jennifer Bond, todo a tu tiempo. —Y de nuevo tuve que resignarme a la forma en la que llevaba esa relación, sí, me gustaba mucho estar a su lado. Era consciente de que no le era fácil contar lo que sentía y lo que deseaba, pero me lo transmitía en los correos a diario.

Odiaba seguir fingiendo que éramos parte de un proyecto, cuando deseaba robarle un beso o

que me abrazara. Me quedaba esa especie de rutina que habíamos construido; desayunos, miradas furtivas, cenas que me sabían a poco, aunque me pidiese que hablara de mí, era la primera vez que un hombre prestaba tanta atención a lo que pudiera contarle.

—¿Te gustaría ir mañana a Brighton? —me preguntó en cuanto nos bajamos en la estación cercana a casa esa noche del viernes que no podíamos cenar juntos. Había quedado con Ethan y el tal Marcus un par de semanas atrás—. ¿Brighton? Tu y yo, y te prometo que ningún Bristol o Bond nos arruinará el fin de semana. —Fijé los ojos en él y me imaginé un perfecto día entre norias y playa.

—Viéndolo así, suena muy tentador —respondí—, en todos los sentidos.

—Sobre las diez de la mañana vengo a por ti —indicó despidiéndose con un beso, pegó su cabeza a la mía y se alejó. Subí las escaleras del edificio a trompicones hasta llegar a mi casa y allí llamé a Ruperta, era hora de contarle lo que realmente estaba pasando, apenas había hablado con ella.

—Tienes que estar en verdaderos aprietos para llamarme a esta hora —me dijo desde el otro lado de la línea.

—Si estás ocupada, llamaré a Yanira Guacimara. Si ella está ocupada, llamaré a cualquier otra persona, pero necesito escupir todo lo que se me atraganta.

—¡Joder!, ahora tengo curiosidad. Intentaba que Úrsula disfrutara hoy, pero esa urgencia se ha disipado por culpa de este hombre que ha llegado a aburrirme, hasta ahora solo habla de caballos, razas y pelos —me explicó—. En un principio, llegué a pensar que cuando hablaba de monturas se refería a posturas y me preguntaba por qué rayos no conocía la española, la doma o el enduro, hasta que me habló de caballos y del precio del animal.

—Estás ocupada —indiqué solo para chincharla—. Llamaré a Yanira Guacimara, eres la amazona de turno, no pierdas ese caballo.

—No pienso darte la respuesta que realmente te mereces, ya que acabo de salir del bar aprovechando que el jinete ha ido al servicio —respondió haciéndome reír—. Prefiero pasar la noche contigo que con un jinete que intenta ligar de esta manera, ¿dónde nos vemos?

—Ven a casa, debo levantarme temprano mañana, voy a Brighton.

—¿Cómo? ¿Qué coño harás allí sin nosotras?

—No, por eso quería veros. Al terminar de hablar contigo llamaré a Yanira Guacimara.

—Me parece que hoy volvía a salir con el policía cachas que conocimos hace unos meses.

—Entonces es mejor que le cuentes mañana —respondí—. No tardes mucho que me quedo dormida.

—¡Serás capulla! —me reprochó, colgando luego.

Dos minutos después, le envié un mensaje a Adele para saber de Gordon, no porque me interesara, solo necesitaba saber si ya me había perdonado.

JENNY: 📞

Hola, querida Cher, ¿qué tal tu semana? Dime cómo sigue ese caballo que montas. ¿Ya vuelve a cabalgar por las verdes praderas?

Una vez enviado vi que Nilson me había enviado un par de mensajes pidiéndome veros, su insistencia no me gustaba, algo me decía que tenía que ver con Fitz y se lo preguntaría en cuanto lo volviese a ver.

Quince minutos después le confesaba a Ruperta, acompañadas de una botella de vino que había traído, todo lo que había pasado durante aquellos siete días. Al principio me miraba patidifusa para terminar riéndose a carcajadas.

—Quiero entender toda esta movida que te traes —comenzó diciendo mientras se servía otra copa de vino—. Te cansaste de decirme que lo odiabas y era el hombre más gilipollas que habías conocido, pero no habías mencionado para nada todo esto que me cuentas. Fuiste tú la que te burlaste de Lucy cuando dijo que se había enamorado de Mark.

—Lo sé, reconozco que me burlé y juré que eso nunca me pasaría, era de idiotas sin vida, soy una idiota sin vida ahora mismo. El caso es que Fitz ha removido todo mi mundo y me baja las bragas sin tocarme.

—Esto no puedo contárselo a Yanira Guacimara, serás tú la que lo haga, quiero ser espectadora de todo lo que te dirá.

—Si es que las buenas amigas abundan en el mundo.

—Eso nunca lo dudes —me dijo—. Y, ya que mañana irás a Brighton con él, ¿tienes algún buen bikini? —Abrí los ojos al percatarme de ese detalle—. ¡Joder, Jenny! —protestó—. Sigues con ese enorme bañador que parece que vas a volar con él.

—Mantengo la esperanza de ser llamada por Calzedonia para su colección del próximo verano.

—Dime que no tiraste a la basura ese que te regalamos.

—¿Cuál de todos? —le pregunté con ironía—. ¿El del mordisco? —Y comenzó a reírse sin piedad alguna.

En Navidades solíamos gastarnos bromas y la que se llevó la peor parte había sido yo, con ese bikini verde en el que el diseño de la parte baja tenía forma de dentadura. Siendo pelirroja, blanca, llena de pecas; con ese bikini verde parecía que estuviera convirtiéndome poco a poco en ese dibujo animado de Disney.

—Sí ese —me dijo aún riéndose.

—No sé si lo recuerdas, pero se lo enviaste enmarcado al bar donde solía actuar Brad.

—¡Es cierto! —exclamó carcajeándose de nuevo. Era parte de la venganza hacia él. Había buscado la forma de enmarcarlo junto con un escrito que decía: «Pichacorta»—. Perdóname, Jenny, pero es que fue genial esa idea.

—Estoy convencida de que Brad prefirió no venir a reprocharme todo el mal que hicisteis para no tener represalias.

—¡No sé cómo coño eres mi amiga! Con todo lo que hizo aún lo justificas.

—No lo justifico, es solo que... —Me observó levantando una ceja y rodé los ojos—. ¡Está bien!, lo justifico.

—Eres un caso perdido, Jenny —me dijo negando con la cabeza.

—Pero aun así me quieres —respondí encogiéndome de hombros.

—Y no sabes cuánto —añadió sonriendo y dejándome un beso en la mejilla—. Y ya que pasarás el fin de semana con ese Fitz que hasta hace unas horas odiabas a muerte... —La interrumpí.

—Entiendo que no aceptéis este cambio repentino, pero mi orgullo y sus prejuicios han tenido mucho que ver.

—¿Estás segura de que son solo esos dos?

—Sí.

—Jenny, eres una ingenua, y me preocupas, así comenzó todo con Brad.

—No tiene nada que ver el uno con el otro, además, ¿desde cuándo las personas se conocen en profundidad?

—Sé que pueden pasar años sin llegar a conocerse, pero...

—Ruperta, Fitz no es un capricho, ni siquiera una vía de escape, sencillamente me di cuenta de

que quería algo estable en mi vida. No lo conozco del todo y no estoy apostando por él con los ojos cerrados. Lo que no puedo es seguir ignorando lo que me hace sentir; desde que el corazón se acelere, hasta el cosquilleo que me recorre de arriba abajo. —Sonreí con tristeza—. Si solo durará unas semanas serán las más felices de mi vida.

—Está bien, ¿quieres que averigüe algo de él? Sabes que se me da bien.

—No, por favor, quiero saber lo bueno y lo malo de su propia boca.

—Si lo quieres así, te apoyaré, pero no puedo dejar de indagar sobre si tiene delitos o no. —Volteé los ojos—. No hagas eso, fui yo la que recogió tus pedazos rotos por culpa del capullo de Brad, por lo que a mi parecer es muy pronto para que me digas que tengo que entregarte a un desconocido.

—Pensaba que eso lo hacían los padres.

—Las amigas también lo hacemos —rebatí con una ceja levantada dándome a entender que no podía ganarle en debates cuando estaba metida en la política.

—Solo quiero ser feliz.

—Y yo también quiero que un hombre te haga feliz y te folle hasta dejarte sin aliento cada noche y, hablando de eso, creo que es conveniente pedirte que no...

—No voy a llevar nada extraño —le interrumpí—. Estoy segura de que no tendré sexo, Fitz quiere ir despacio y lo último que deseo es que me detengan por escándalo público.

—¡Puaaggg! ¿De dónde demonios has sacado a ese extraterrestre? Además, vais a estar en la misma habitación, porque supongo que será así, ¿verdad? O, si no, vas a tener que irte de la ciudad antes de que logre encontrar su número y le pregunte qué problema tiene con darle fiesta a las Úrsulas del mundo.

—¡Zorra! —exclamé riéndome.

—A mucha honra —respondió, dos segundos después recibí un mensaje. Encendí el móvil y abrí la mensajería instantánea.

A las diez en punto el telefonillo de casa me anunciaba que Fitz estaba abajo. Ruperta me pidió que revisara cada milímetro de piel que debía ir depilada e insistió en que mi Úrsula debía estar acicalada, de que llevase el bikini que había comprado estilo *pin up* de cuadros, que resaltaba mi figura, y ropa sugerente.

No le hice caso en cuanto a la ropa, había amanecido lloviendo, estábamos en octubre, por lo que no era conveniente usar lo que me había sugerido. Opté por un jersey beis, blusa de botones rosa, junto a un pantalón capri, con unas Converse de caña baja, el bikini y ropa de cambio, un vestido de entretiempo, ropa interior decente que metí y saqué del bolso más de cinco veces.

Desayuné poco, debido a la ansiedad que mantenía, y en cuanto escuché el telefonillo me levanté y me volví a sentar, a punto de caer en un histerismo absoluto, estaríamos por fin juntos más de veinticuatro horas. Alcancé mi bolso de playa y bajé a toda prisa hasta llegar a la puerta principal del edificio en donde respiré con profundidad y salí sonriente.

—Buenos días, Jennifer.

—Buenos días, Fitz, me gusta ese estilo medio hípster. —Sonríó de lado, y me maldije por mi lengua que no podía medirse cuando lo requería, pero no mentía, se había dejado la sombra de la barba junto con un estilo más acorde a su edad que lo que solía llevar a la empresa.

—No más que tú —me dijo dejando un beso en mis labios y cogiendo mi bolso para ponerlo en la parte de atrás de su coche donde estaba el suyo. Una vez que encendió el motor, el móvil comenzó a sonar.

—Hola, Fitz, ¿está Jenny contigo? —preguntó Adele en cuanto aceptó la llamada.

«¿Adele tiene una bola mágica para saber cuándo vas a pasar el día con Fitz? No lo sé,

espero que no me diga que también irá a Brighton, entonces tendré claro que es una confabulación de los dos». Solo imaginar que se unirían a nosotros provocó que sintiera un escalofrío recorrer mi cuerpo, al pensar que Gordon me mirase de arriba abajo y soltara una de sus babosadas.

No aseguraba que le fuese infiel a Adele, dudaba de que alguna mujer pudiera acostarse con alguien que se hacía llamar «caballito».

—Hola, Adele —respondió—. Sí, está a mi lado.

—Muy bien, me gusta que mis planes salgan perfectos. —Abrí los ojos.

—¿De qué coño estás hablando? —le preguntó—. Adele, no me metas en tus mierdas de venganzas familiares.

Acababa de presenciar la confianza que existía entre los dos y que Tom me había dicho, negué con la cabeza, preguntándome si siempre sería de esa manera, metiendo sus narices en mi vida. Esperaba que no, porque entonces no aguantaría.

—Adele, una preguntita —decidí intervenir—. ¿En tu otro trabajo te pagan bien?

—Me gustaría responderte a eso, prefiero que seas más explícita.

—Es que no sabía que en ese poco tiempo libre que tienes sustituyes a Cupido, por cierto, sigo sin tener respuesta sobre la doma.

—Te deseo toda la suerte del mundo, Fitz. Y, si por casualidad su impertinencia te cansa, siempre puedes acudir a nosotros como tabla de salvación. —Los labios de Fitz dibujaron una sonrisa.

—No se cansará de mí, hoy vamos a divertirnos.

—Sé que vais a divertirlos, lo que no sé es si te atreverás. —Fruncí el ceño. ¿Qué demonios quería decirme con eso?, «*Cher es una Bond y sabe cómo noquearte*»—. ¿A que te dejé con la intriga? —La muy zorra se atrevía a burlarse con premeditación. «*Te lo dije*»—. Me imagino que has traído ropa suficiente, ya me contaréis. —Y colgó.

Parpadeé varias veces hasta que ladeé mi cabeza y miré a Fitz, que se mantenía sereno, fruncí el ceño, me ocultaba algo e iba a tener que decírmelo. Que Adele tuviese más información que yo me ponía de malhumor.

—¿Qué ha querido decir? —Él me observó de reojo con una sonrisa. Se acomodó sus gafas mejor y siguió conduciendo.

—¿Conoces el *wakeboard*?

¡Maldita Adele! Si tan solo pudiera congelar el momento para buscar mi móvil y saber qué coño era eso sería fantástico, llegaba el momento de decir la verdad o hacerme la que conocía lo último de quién sabe qué.

—Por supuesto —respondí—. En enero estuvimos por ahí. —Fitz rio y me miró con cara de que no me había creído.

—Debiste pasar bastante frío.

—¡Frío yo! —proseguí al darme cuenta de que se estaba burlando de mí—. No soy para nada friolera.

—Entonces no tendrás problemas —continuó mirando al cielo por encima del cristal del coche—. Me parece que el sol no nos acompañará. —Como una tonta también miré a través del cristal, maldiciéndome por ser orgullosa y no contarle la verdad.

—Dudo que vaya a llover hoy —indiqué resignada barajando todo tipo de hipótesis.

Lo más seguro era que fuera un deporte al aire libre y me hundí en el sillón del copiloto. No era buena en los deportes, y ya él lo había visto el fin de semana anterior, por eso corría, era el único para el que no había que tener talento para practicarlo.

—No te agobies, te gustará —me animó—. Aunque no tengas ni idea de qué hablo. —Me giré



hacia él con los ojos abiertos, y comenzó a carcajearse. Me gustaba escucharle reír, era una risa sincera y contagiosa.

—¿Cómo sabías que no tenía idea de qué me hablabas?

—Tardaste en responder.

—Bueno, podría ser que no recordaba de qué hablabas.

—Jennifer, sueles gesticular más de lo debido y eso te delata demasiado. —Resoplé y me volví de nuevo al frente, maldiciéndome por algo que solo los que me conocían bien se daban cuenta—. Y eso es lo que me gusta de ti, reflejas lo que sientes, no todos podemos ser así, tan naturales.

—Terminaré pensando que soy mega rara —protesté en cuantoladeé mi cabeza, y volvió a reír.

—Créeme que no lo eres. —Sonreí como si fuera la primera vez que lo hacía.

Estaba tan acostumbrada a frases hechas, palabras de doble sentido con el único fin de llevarme al bote, pero jamás eran tan precisas como las que él solía decirme. El camino siguió de esa manera hasta que llegamos a Brighton. Allí esperé impaciente para que me explicase qué diablos era el *wakeboard*, pero no lo hizo.

—Ya que estamos aquí, ¿podrías decirme qué es el *wakeboard*? —pregunté en cuanto bajamos y recogió los bolsos.

—Ya lo verás...

Dimos un paseo por la playa de Brighton, a la vez que intentaba sonsacarle sobre el *wakeboard* y lo único que pude saber era que había instructor.

No me había equivocado en que era un deporte y que él pasaría vergüenza de nuevo en cuanto viera lo torpe que era. No exageraba, después del *disc golf*, en el que nunca logré acertar, mi madre decidió que no podía quedarme en casa escuchando a Five o Westlife y terminé practicando *cricket*, que fue peor de lo que se imaginó.

Nunca me ponía de acuerdo con mi pareja, cuando me tocaba batear, nunca tocaba la pelota y, cuando la lanzaba, siempre terminaba expulsada por agredir al jugador del equipo contrario. No es que le lanzara la pelota con intención, siempre, siempre, terminaba en alguna parte de su cuerpo, por lo que mis compañeros por unanimidad me mandaron al banquillo para que me largara antes de perder la temporada. Mi madre no insistió más después de ver lo desastre que era.

Entramos a un recinto, y nos dieron la bienvenida, Fitz indicó que había pagado para dos sesiones individuales de *wakeboard*. Le pidieron sus datos y enseguida nos entregaron una planilla para rellenar. Leí por encima y, cuando vi que necesitaban un número de contacto de emergencia a la vez que preguntaban sobre enfermedades o si sufría de algún problema de salud, me preocupé.

—¿Por qué tengo que dar un número de contacto de emergencia?

—Es protocolo, no te preocupes —respondió. Si tan solo tuviera una idea de qué iba todo, pero aún no había podido sacar mi móvil sin que me viera. Sí, tenía una necesidad plena de saber qué coño iba a hacer.

Después de rellenarlo, Fitz se acercó a mí y rodeó mi cuerpo con sus brazos acercando su boca a mi oreja.

—Sé que eres capaz.

—Yo no estoy convencida de ello, si no me dices exactamente qué es.

—Está bien, ven —me pidió sujetando mi mano con seguridad. Dimos unos cuantos pasos hasta toparnos con un enorme cristal en el que se veía el lago, unas personas remando en kayak, y otros con sus barcos de vela, hasta que de la nada apareció un desconocido con casco saltando en un *skate* dando volteretas en el aire y por una especie de rampas. Miré a Fitz con los ojos abiertos

pensando que todo era un elaborado plan para asesinarme—. No es como esa cabecita está pensando.

«No puedo dejar de reír, en buen lío te has metido por hacerte la trotamundos. Es mejor que te mantengas calladita».

—¡No voy a montarme en eso! —le aseguré—. Amo mucho mi vida para morir tan joven. —Él sonrió—. No, no te rías, daré la vuelta y me iré por la puerta por la que entré hace un rato.

—Había olvidado que eras dramática para algunas cosas. —Fruncí el ceño.

—En este caso tengo todo el derecho de entrar en pánico, ¿me has engañado!

—En ningún momento he hecho eso.

—Claro que sí, has intentado de todas las maneras torear el tema para no explicarme con detenimiento lo que era.

—Lo hubieras buscado en Google.

—¿Para quedar como la tonta del culo? —le reproché—. ¡Jamás! —Y en vez de ponerse en mi lugar comenzó a reír a carcajadas—. Sabes, Fitz, te puedes ir a la...

—Buenos días —me interrumpió un hombre detrás de mí—. Fitz, ¿qué bueno verte por aquí! —lo saludó, sin poder terminar la frase y largarme cuanto antes. Tenía claro que llamaría a Adele, sabía perfectamente qué era el *wakenoséqué* y por eso se había mofado de mí, ¿me las pagaría!—. A ver si adivino, ¿te acabas de enterar de qué es el *wakeboard*? —me dijo el hombre.

—Algo así y, no, no me subiré a ninguna tabla ni daré vueltas.

—Es normal que pienses así —respondió—. Soy Eduard y seré tu instructor.

—No necesito ningún instructor porque no me subiré.

—¡Cobarde! —soltó Fitz por lo bajo, ladeé la cabeza con la boca abierta, ¿desde cuándo era tan puñetero?

«¡Y te provoca! Me encanta este hombre, Jenny, sabe cómo sacarte de tus casillas. Eres un ente maquiavélico que te regocijas de las desgracias ajenas. Lo siento, Jenny, pero todo esto es lo más divertido que te ha pasado».

—Jennifer, ¿cierto? —preguntó—. Verás, el *wakeboard* es un deporte extremo, me imagino que tu preocupación son las rampas, pero, tranquila, para los principiantes las sesiones son más sencillas, no tenéis que hacer giros ni seréis arrastrados por una lancha mientras vais sujetos por una *palonier*<sup>[23]</sup>. —Estaba segura de que mi rostro cada vez más estaba cambiando a modo: «voy a morir sin antes tener la oportunidad de ver a Bon Jovi y decirle que me masturbaba pensando que me lo hacía con él y que con los años mejoraba aún más su sexapil»—. En vuestro caso hay una polea que sujeta la cuerda que te irá guiando, así que, en cuanto te pongas el neopreno, el casco y estés en pie en la tabla; lo disfrutarás al máximo.

—Me niego a esto, lo siento.

—Es comprensible el miedo, si quieres te doy una explicación más detallada de lo que es. El *wakeboard* es una combinación de varios deportes; esquí, tabla sobre nieve y... —Dejé de escucharlo y comencé a maldecir en todos los idiomas a Fitz, y yo que me había imaginado un montón de escenas estúpidas tipo películas románticas, pero no, el muy cabrón me había traído a dar volteretas y morir de un infarto. Ladeé mi cabeza hacia él y fruncí el ceño.

«No he podido parar de reír, por eso tienes ganas de orinar, es increíble cómo te ha engañado. No estoy para burlas, te ríes, aunque tienes mi sistema nervioso colapsado. No, Jenny, esa no soy yo, eres tú, yo te mando imágenes de lo peor que puede pasarte. ¡Vete a la mierda!». Respiré profundo y bloqueé todo pensamiento que viniera de mi enemiga número uno; mi conciencia.

—¿Desde cuándo habías organizado esto? —Fitz abrió los ojos.

—No hay nada organizado —contestó—. Suelo venir a practicar deportes acuáticos.

—Es cierto, es un asiduo, así como también...

—Parte de mi familia —dijo sin dejar acabar al instructor que frunció el ceño ante su interrupción—. ¿Te atreverás? No creo que quieras que se pierda el dinero pagado.

Era una buena idea, sobre todo, cuando no lo había pagado yo, podía mandarlos derechitos al agua, y no a otro sitio asqueroso, y volver a Londres en autobús.

«*Te recuerdo que querías hacer cosas diferentes, ser una nueva Jennifer. ¡Ya, claro! Ahora te conviertes en la voz de la conciencia, ese trabajo que nunca haces. Sí, me he propuesto hacer cosas diferentes, pero ninguna que atente contra mi vida*».

No me negaba a probar cosas nuevas, siempre me había aventurado gracias a Tom y a Harry, que me incitaban a ello; el primer cigarro, el primer porro o hacer pellas, la primera borrachera, presentarme al primer chico con el que me desvirgué, mi primera detención, incluso cuando ya había conocido a Ruperta y Yanira Guacimara, y ese viaje a Manchester en el que terminé liada con un adorador de plantas de pies, hasta que apareció Brad en mi vida, donde el probar nuevas cosas dejó de ser importante, ya que, lo que me causaba interés, a él le aburría, y sin darme cuenta terminaba complaciéndolo dejando mi vida de lado.

—Si me pasa algo será por tu culpa, Fitz.

—No te pasará nada, Eduard es uno de los mejores instructores de *wakeboard* que existe en Inglaterra.

—¿Te animas?! —Cerré los ojos y afirmé con la cabeza—. Muy bien, acompáñame para buscar un neopreno que te quede perfecto.

—Os espero en el agua.

Comenzaba a aceptar que esa relación que creí que había nacido entre Fitz y yo sería la más fugaz que había tenido en mi vida. «*¿Te acuerdas de que lo acusaste de no comer fibra?, para no comer eso, bien que se cuida. Una pregunta, ¿a quién demonios deberías apoyar? Debería ser a ti, el problema es que te gusta meterte en cada lío que logras que nos pasemos al lado de apostar contra ti. No sabes cuánto desearía cambiarte, querida conciencia*».

El instructor me guio hasta una sala que estaba repleta de eso que quería que me pusiera, me miró de arriba abajo para luego buscar uno y entregármelo.

—Este es perfecto, ahora pasa al vestuario y te lo pones, una vez termines, sales por la puerta que está al final y allí te esperaremos.

—Una pregunta, Eduard, ¿alguna vez has tenido a alguna alumna tan torpe que decidiste cortar la clase? —Él sonrió.

—Tranquila, lo harás bien.

—Me parece que eso lo ha dicho Fitz.

—Si lo ha dicho él es que confía plenamente en ti. —Resignada, entré en el vestuario pensando que moriría en unos treinta minutos aproximadamente.

## El wakeboard de Jennifer Bond

«¿Por qué al universo le gusta putearme? *El universo no tiene culpa de que seas orgullosa y cabezota.* Calladita te ves más bonita. Insisto, ¡como conciencia eres la mejor! ¡*Deja de ser tan irónica, Jenny! Afronta que te dio vergüenza confesarle que eres patética en los deportes.*». Suspiré sentada en el borde de la rampa, me convencía de que todo aquello terminaría en desastre.

En cuanto salí del vestuario comprendí que tras esas puertas que acababa de cruzar me daba la bienvenida el infierno. Sí, estaba exagerando. Primero esas instrucciones en las que me indicaba que tenía que moverme de un lado o el otro, levantarme, inclinarme, junto con los movimientos de las piernas que debían ser precisos y fue allí donde me perdí totalmente con la explicación.

Debía ponerme el casco y subir a la tabla, una tabla con la que no iba a congeniar. Pensé que ya había hecho el ridículo y aún no había sucedido. En cuanto vi a Fitz salir con el neopreno puesto, comencé a salivar como si fuera una salida. No era un hombre con bíceps y cuerpo de escándalo, pero estaba bien definido, sin dejar de lado que no llevaba las gafas. Se veía sexi, como esos modelos de revista que posaban con esas miradas provocadoras.

Él me sonrió, y gracias a Dios nadie estaba a mi lado, porque entonces hubieran tenido que buscar un cubo para recoger las babas que me caían. Volví a la realidad cuando le acercaron la cuerda que estaba sujeta a una lancha para comenzar a bordear el lago, solo entonces me sentí inútil a su lado y era más consciente que nunca de que le haría pasar vergüenza. Eduard me pidió que me relajara, que dejara que la tabla, el traje y el chaleco flotaran por mí, y eso intenté, al igual que sujetar con fuerza el mango de la cuerda, juntar un poco las piernas acercándolas al pecho en cuanto la polea comenzaba a avanzar. Debería haber ido extendiendo poco a poco los brazos y las piernas, pero no fue así y mi pesadilla comenzó.

«*Jenny, no es por nada, pero estoy que tiro la toalla con tantas órdenes que le envías a tu pobre cerebro: voy a cagarla, voy a morir, ¿me ha dicho que suba la pierna? No, es el tronco el que tengo que elevar un poco, ¿y qué hago con las manos? ¡Auxilio! ¡Necesito vacaciones! ¡Cállate, querida conciencia!, soy yo la que paso la vergüenza, tú estás escondida en mi maldita cabeza.*».

Tenía razón, mi descoordinación era terrible o muy rápida o muy lenta o no estaba relajada o simplemente era la mujer más torpe del lugar. Me sujeté de nuevo las botas de la tabla y volví al agua, esperando que Eduard redujera la velocidad de la polea y ajustarla y, en cuanto intentaba levantarme, caía. Me pidió descansar para que no me frustrara, quise decirle que estaba así desde que llegué a ese lugar de mierda.

Odiaba a Fitz por hacerme pasar por aquello, odiaba a Adele, que debía de estar en su maldita casa riéndose con el cerdo de su marido, me odiaba a mí misma por ser la mujer más torpe del planeta y odié a unos adolescentes que gritaron que cada vez que caía el agua saltaba más de lo normal. Deseé mandarlos al infierno y decidí firmemente que lo intentaría una vez más, el problema apareció en cuanto vi a Fitz hacer unas volteretas que en la vida lograría, si era capaz de hacer eso en el agua y en el aire, ¿qué no haría en la cama? Dudaba de que lo llegara a averiguar después de mi lamentable actitud, y es que es lo único que había visto de mí hasta entonces eran mis constantes meteduras de pata.

Respiré profundo, acomodé mi cuerpo como Eduard me dijo y esperé a que la polea hiciera su trabajo. Esa vez apreté con todas mis fuerzas el manguito de la cuerda y mantuve mis piernas

dobladas mientras era arrastrada, una sonrisa apareció en mi rostro cuando vi que iba a lograr cruzar unos cuantos metros. Eduard gritó que me levantase poco a poco y que flexionara las rodillas y los tobillos. Mi mente se negaba a acatar esa orden debido a tantos chapuzones que me había llevado. Insistió y, no solo él, los diabólicos adolescentes comenzaron a gritarme que me levantara, que bajara el mango y que, siendo una vieja, no acataba las órdenes del maestro. Lo dicho, eran diabólicos.

Mi mente se bloqueó por los gritos de unos y del otro, que terminaron embotándome, y me rendí cayendo cerca de una de las rampas para darme con ella.

«¡Maldita sea! Dime, querida conciencia, que no he perdido parte de mi dentadura. *No puedo pensar, has logrado que entre en estado de shock, ¿por qué eres tan inútil, Jenny? ¡Casi nos matas a las dos!*». Escuché el chapoteo del agua, supuse que era el instructor o uno de los diabólicos adolescentes para burlarse de haberme quedado sin dientes.

—¿Estás bien? —¡Mierda!, me negaba a que Fitz me viera sin dientes como esos monstruos de las pelis de terror—. ¿Jennifer? —Abrí la boca y traté de tocarlos con rapidez para comprobar si estaban en su sitio y sin darme tiempo me giró hasta quedar debajo de él—. Jenny, ¿necesitas un médico?

—¡Quiero salir de este puto sitio! —«¡Vaya niña llorica te has hecho! Qué fácil es criticar cuando la que está pasando la vergüenza soy yo. *Te recuerdo que...*». Dejé de escucharla al darme cuenta de que Fitz esperaba respuesta—. ¡Esto es una mierda!, ¡una puta mierda!, he hecho el ridículo más grande de mi vida, y todo Londres me ha visto. Soy una torpe, una maldita torpe en todo lo concerniente a los deportes y por complacerte me he atrevido a hacerlo y estoy sintiéndome fatal ante el ridículo que he hecho. Deberían someterlo a estudio explicando que hay gente como yo que nunca lo lograrán, dejaría que le pusieran mi nombre sin pedir derechos de autor, algo así como *El wakeboard de Jennifer Bond*, y luego estaban los puñeteros hijos de Satán que han insinuado que soy una tonta, una ballena, que mi cara parecía un oso panda por el maquillaje corrido, hasta me gritaron que buscarían un flotador de playa por no saber cuándo o cómo...

—¡Jennifer! —No dejó que terminase—. Son solo adolescentes que le dicen lo mismo a todos los principiantes, la primera vez es exactamente como lo has hecho, no eres torpe ni una mierda ni imbécil ni harán ninguna maniobra con tu nombre —me dijo fijando su mirada en mí—. Nada de lo que continuamente te dices pasará, te aseguro que no tienes el maquillaje corrido y no has debido complacerte, con plantarte como lo has hecho hasta ahora para mí era suficiente. Si te llamé cobarde fue solo por tomarte el pelo, no imaginé que eso te impulsaría a sentirte tan agobiada como lo estás.

—Te dije que no quería y, no, no me mantengo diciéndome perdedora.

«*Sí que lo haces, Jenny*. Queda entre tú y yo, querida conciencia, no es bueno que el resto sepa que me gusta regodearme en mis miserias».

—Reconozco que me lo advertiste —respondió soltando aire—. Lo siento, de verdad, todo esto es nuevo para mí, eres totalmente opuesta a las mujeres con las que he salido, por eso me siento a gusto a tu lado.

»Creí que sería fácil, hace mucho tiempo que practico este deporte y supongo que eso me hizo pensar así, pero me equivoqué. —Mi miedo y frustraciones acababan de culparlo, la verdad es que había salido de los vestuarios predispuesta a que no iba a hacerlo bien a la primera, me dejé llevar por lo más cómodo: el quejarme. Lo miré a los ojos dejando que me limpiara las lágrimas.

—Yo nunca había tenido una cita de este tipo —le confesé. Sonrió y me dio un beso en los labios para consolarme.

—¿Qué te parece si te enseño cómo poner las piernas e intentas ir a la plataforma grande y dar por terminada la sesión?

—¿Cómo? No he podido ni avanzar dos metros, Eduard estuvo a punto de sacar la pizarra para explicarme.

—Si logramos hacer *hosomakis* sin que terminara pringado el techo se puede obrar un milagro, confío en tu capacidad de reaccionar a los obstáculos.

De nuevo me dejaba sin palabras y volví a llorar sonriendo a la vez. Se puso de pie y extendió el brazo para que me levantase. Esa vez, a diferencia de Eduard, Fitz puso sus manos en mi cuerpo volviendo a despertar el cosquilleo que estaba dormido, me pidió que me pusiera de cuclillas extendiendo los brazos hacia delante para sujetarme las manos y hacer el papel de la cuerda. Seguidamente, me explicó cómo tendría que hacer con una de mis piernas cuando estuviera de pie. Me pidió que me levantara para ponerse detrás de mí, sus manos sujetaron mi cuerpo y pegó su pelvis a mis nalgas haciéndome sentir su miembro.

Era muy difícil concentrarme en lo que me decía entre el cansancio, la frustración, la excitación, por lo que mi mente se rindió. Sus manos recorrieron mi cuerpo llevándome a imaginar que estábamos los dos solos, que lo acariciaba y mimaba preparándolo para llevarlo a un orgasmo que nunca olvidaría.

—Jenny —me dijo al oído—. ¿Recuerdas lo que te dije ayer sobre que eres muy gestual?

¡Mierda! Tragué saliva esperando que no tuviera un público alrededor escandalizado. Abrí los ojos y lo único que había era agua y los adolescentes haciendo piruetas. Ladeé la cabeza frunciendo el ceño y comenzó a reír a carcajadas.

—No entiendo cómo puedo tener una relación contigo. —Decirlo me parecía tan serio que me costaba asimilarlo, aún más cuando volvió a reír.

—Eres una de las pocas personas a las que les gusta mi humor y se atreven a encararme —me respondió manteniendo las manos en mi cintura.

—Un humor negro, diría más bien.

—Un humor que te gusta y mucho, además, viene en los genes, soy británico, ¿qué le voy a hacer? —me dijo aferrando más sus manos a mi cuerpo—. Ahora volverás al agua conmigo y confía en ti y en tus instintos, estoy seguro de que esta vez lo harás bien.

Volví empujada por él, le hizo señas a Eduard, que llevó la cuerda con el manguito hasta mi posición, y allí hice lo que Fitz me indicó, recordando sus manos en cada parte de mi cuerpo y pude hacerlo mejor que las anteriores veces. Escuché vítores de su parte y me sentí como si hubiera roto un récord mundial.

Después de varios intentos lo había logrado, todo por él, que me había apoyado y ayudado a levantarme cuando sentí que no podía hacerlo. Era la primera vez que había compartido una actividad tan rara con un hombre.

«¿Se te olvida el amante de los pies? Allí solo compartimos sexo, eres una perra retorcida, querida conciencia, siempre recordándolo a pesar de querer yo mandarlo a lo más oscuro de mi mente». Debería reconocer que era la segunda vez que hacía algo distinto con él, llevándome a descubrir a ese hombre tierno y paciente que en el fondo era.

¡Rayos! Si aquello era sentirse pletórica, entonces en esos momentos lo estaba. Respiré profundo y decidí que la Jennifer rebelde diera punto final a aquel instante inolvidable.

—¡SOY LA REINA DEL WAKEBOARD!

Todo era bonito hasta que recordaste esa patética respuesta por mi parte

Cuando estuve a salvo decidí esperarlo y entrar juntos al edificio para cambiarnos, por nada del mundo volvería al agua. Sí, era un espécimen de tierra, por el momento, en verano volvería a amar la playa y los lugares tropicales.

«Sabes que eso no es del todo cierto. Tengo un enorme motivo para ignorarte por completo». Fitz se acercaba bajándose la cremallera del traje de neopreno deslizándolo hasta las caderas, las gotas rodaban por su abdomen y me regalaban una visión fantástica. No me había equivocado en cuanto lo vi salir la primera vez de los vestuarios, tenía un cuerpo atlético sin llegar a destacar, no había un abdomen marcado, pero sí podía apostar a que tenía cierta dureza. Quería comprobarlo y no podía tirarme encima como si fuera una leona devorando a una cebra, tenía que esperar...

«Jenny, deja de enviarle al cerebro sensaciones para Úrsula, que se despierta, y Fitz va seguir en plan caballero de la regencia. Querida conciencia, si pudiera encontrar la forma de cambiarte, lo haría sin pensarlo dos veces por ser tan cruel».

Resignada y maldiciéndola, esperé a que Fitz se acercase. Sabía que las comparaciones eran odiosas, pero tenía ese punto de atractivo que lograba que te mordieras el labio, no solo por el físico, también por su actitud misteriosa, seria, en el fondo cariñosa, toda esa combinación me tenía en una nube.

—¿Te encuentras mejor? —Su cuerpo volvió a llenarse de gotas de agua al echarse hacia atrás el pelo con una mano y nuevamente me maldije una y otra vez con la sensación de necesitar enredar mis dedos en los vellos de su pecho y sentir su piel tocar la mía. Lo miré y afirmé con la cabeza, temía que mi lengua delatara los pensamientos pecaminosos que comenzaron a aparecer en mi mente—. En cuanto salgamos del vestidor, pasaremos por el hotel para dejar el equipaje. — Evité todo lo posible disimular que había logrado que desease gritar y saltar por lo que sonreí a modo de respuesta.

—¿Por qué demonios te estás conteniendo?

—¿Cómo sabes que me estoy conteniendo? —Chasquéé la lengua—. ¡Maldición! No lo digas —le indiqué—. Mis gestos.

Él sonrió de lado por mi respuesta.

—No me gusta que te contengas.

—Créeme que en estos momentos es lo mejor.

Sujetó mi mano atrayéndome hacia él, provocando que mis emociones se amontonaran dentro de mí. Llevó las suyas a mi espalda, bajó un poco la cremallera del neopreno, y fijé la mirada en él con intensidad deslizándola un poco más.

«¿Qué cabrón es! Sí, y tú más que nadie sabes que eso me pone cachonda. ¿Por qué todos los hombres activan ese gen diabólico que logra seducir a la mujer que quiere follar?».

—Sabes que me apetece mucho saber lo que estás pensando y tal vez pueda ayudarte.

«¿Y ahora te quedas callada? ¿Desde cuándo Jennifer Bond se queda callada? Desde que Fitz Sandford ha aparecido en su vida y la ha trastocado por completo». Comprendí que no quería que fuese uno más, llevé mis manos hasta su pecho y las descendí despacio hasta llegar al doblez del neopreno.

—Creí que querías ir despacio.

—Ya te dije que contigo todo es diferente, logras que cambie los pensamientos en segundos.

—No sé si es un halago.

Acercó su rostro al mío y me besó, un beso fugaz, pero cargado de intenciones.

—Diría más bien que es lo más tentador que has escuchado hoy.

Y con ello se separó, a la vez que me guió a los vestuarios para cambiarnos. En cuanto entré al baño, comprobé que los adolescentes tenían razón, tenía dos líneas negras cayendo por los lados de mi cara, sentí vergüenza de que Fitz las hubiera visto y, a pesar de ello, mintió para animarme.

Corrí a ducharme con rapidez y cambiarme para no hacerlo esperar, gracias a mi estuche de primeros auxilios pude volver a ser persona y me prometí que lograría que disfrutara la tarde como nunca.

Quince minutos después me esperaba hablando por el móvil, rogué que no fuese con Adele, contándole alguna de mis anécdotas con Tom y Harry solo por venganza hacia mi mensaje.

—Aquí estoy —anuncié en cuanto llegué a su lado.

—Mantenme al tanto —dijo a su interlocutor—. Debo dejarte, hasta luego.

—¿Y bien? ¿A dónde iremos, Fitz Sandford?

—Al hotel, luego que el paseo marítimo nos guíe y... —Se acercó a mi oído—. Lo que quieras.

—Evitaré confesar lo que realmente quiero —respondí haciéndolo reír.

Aproveché para sujetarle la mano, tensó los músculos llevándome a arrepentirme y a pensar que me había apresurado en dar ese paso.

Traté de soltarme con disimulo, sin embargo, él sujetó mi mano con seguridad y seguimos andando. Si supiera cuánto me había afectado su gesto, no lo creería. Había hecho que esos segundos me quedase sin respiración, que ese escalofrío que sentí la primera vez que rozó mi piel apareciera, erizándola, llevándome a un estado que no podía describirlo. Estaba en una continua montaña rusa de emociones y apenas habíamos empezado.

Caminamos durante un buen rato por North Laines y sus callejones repletos de tiendas que nos trasladaban a un viaje a los años sesenta y en las que aproveché para comprar una camiseta *hippie*. Diez minutos después llegamos al hotel que era bastante bonito, incluso diría familiar. Una vez que nos registramos, subimos a la habitación y al ver la cama mi imaginación voló.

«No te hagas muchas ilusiones. Como si no deseases sentir el éxtasis del orgasmo, para ti, querida conciencia, es lo más parecido a una droga, ¿o me equivoco...?».

—Te debes de estar preguntando si le darás uso.

—El uso que le damos todos, dormir. —Rio a carcajadas—. Es mejor que salga de aquí, porque no quiero usar mis armas de seducción.

—Me gustaría conocerlas.

Suspiré cuando se acercó estrellando sus labios en los míos para dejar un beso fugaz. «¡Maldita sea, esto es una tortura!».

—Es mejor comer algo —sugerí al separarnos. Me miró con una ceja levantada mientras mis fuerzas de voluntad iban de capa caída y no iba ser yo la que se abalanzara por muy desesperada que estuviera—. Me muero de hambre.

Salimos del hotel y nos dirigimos hasta Kensington Garden, en donde aproveché para probarme diferentes collares de conchas. Nos adentrarnos en el Palace Pier para perdernos en su parque de atracciones, las máquinas recreativas, los conciertos y los perritos calientes. Nos sentamos a comer *fish and chips* que habíamos comprado en un puesto de comida rápida.

—¿A que es la primera vez que comes así *fish and chips*?

Sonrió mientras me robaba una patata.



—No soy tan esnob como crees, acabo de robarte una patata. —Agarró un pedacito de pescado y se lo metió en la boca—. He cometido doble delito. —Hizo un gesto de terror con la boca haciéndome reír a carcajadas—. ¿Por qué te has alejado de tu familia?

—Qué te parece si hablamos de cualquier cosa, antes de iniciar una conversación sobre la aburrida familia Bond.

—Te encanta cambiar de tema cuando no te conviene.

—Me parece que eso se lo has dicho a otra... —le respondí mientras volvía a meter en mi boca otra patata.

No quería hablar, porque entonces tendría que reconocer que mi separación había sido por evitar escuchar todos los defectos de Brad.

—Cierto, era otra pelirroja que he conocido, perdona, no recuerdo, ¿cómo te llamas?

—Eres un desconocido curioso.

Empezó a reír a carcajadas negando con la cabeza mientras comía otro trozo de pescado.

Rehicimos el camino hasta llegar a la torre panorámica que estaba por West Pier, Fitz compró los tiques y subimos por el ascensor acristalado. Me quedé de pie ante la imagen que veía al detenerse, por un lado, veía toda la ciudad de Brighton y, por el otro, el cielo y el mar que se rendían a los colores del atardecer.

—Estar aquí te hace pensar en tantas cosas.

—A pesar de los murmullos es increíble lo que te hace sentir.

—Acabas de hacerme recordar la primera vez que te vi y bueno... —Me giré hacia él.

—No se parece en nada. —Fitz sonrió—. Había mucha gente y me puse nerviosa soltando ese chiste, lo que hago cuando... —Lo miré abriendo mucho los ojos—. ¡Mierda! Acabo de cargarme cualquier cosa que ibas a decirme —respondí tapándome la cara.

—Podría decirse que tus razonamientos son divertidos.

—¿Cómo se puede hacer para retroceder y evitar hablar antes de tiempo? —me pregunté en alto negando con la cabeza.

Me quitó las manos provocando que lo mirase directamente a los ojos.

—Cuando te vi, tus mejillas se sonrojaron y los gestos en tu rostro comenzaron a indicarme que estabas desconcertada con lo que pasaba y, en cuanto te confundieron con una asistente, arrugaste el ceño e hiciste un mohín.

—Yo no hice eso —protesté.

—Sí que lo hiciste, pasaste la lengua por los labios como lo haces ahora. —Acarició mis mejillas con los nudillos, y cerré los ojos dejándome llevar por el cosquilleo que apareció de nuevo. Me acercó mucho más a él, hasta que su boca chocó con mi oreja—. Lo que nunca olvidaré fue la forma de presentarte: «Bond, Jennifer Bond y te aseguro que no tengo parentesco con el agente del MI6».

—Todo era bonito hasta que recordaste esa patética respuesta por mi parte.

—¿Te dije alguna vez que los británicos tenemos humor negro?

—¡Eres británico! —Me alejé siguiendo la broma—. Mientras no seas inglés, de pelo castaño, ojos verdes y gafas, no tengo nada en contra.

—¡Maldición! —soltó chasqueando la lengua—. Entonces lo tengo difícil.

—Si te esforzaras un poquitito —respondí gesticulando con mis dedos algo pequeño.

—No sé si seré redimido, pero tengo tantas ganas de conocer a la Jennifer Bond que se presentó ese día, esa Jennifer que me encaró, esa Jenny que me trastocó.

Me sujetó de la cintura y me apretó más a él, sus labios se pegaron a los míos, su beso tembloroso hizo vibrar todo mi cuerpo, un beso tímido y comedido que escondía pasión y fuerza

tal como era él.

Un beso que llevaba al límite todas las sensaciones que se acumulaban cada instante en mi interior, un beso que venía lleno de propuestas y que alimentaba cada segundo mis ilusiones, mis esperanzas.

El cosquilleo me hizo temblar en sus brazos, y él me abrazó mucho más, estaba segura de que podía sentir mis pulsaciones. Había aceptado hacerlo a su modo, pero el deseo era un pecado incontrolable que por mucho que desearas ignorarlo era difícil.

—Fitz..., yo...

—Te pido que no pienses en nada, que te dejes llevar como hasta ahora, me gusta que seas tú.

Sonreí a la vez que se acercaba dándome otro beso, abriendo las expectativas, era como esa primera vez, los nervios, las dudas, la incertidumbre aglomeradas esperando explotar. Recordar sus caricias logró que el cosquilleo recorriera con fuerza todo mi cuerpo, llevándome a soltar un gemido silencioso que selló con un beso furtivo lleno de miles de intenciones.

## Eres un hombre muy raro de esos con los que una no se suele tropezar

Salimos de la torre panorámica para seguir a North Street y perdernos entre los transeúntes, tienditas de antigüedades y joyerías. Durante el trayecto volvió a sorprenderme sujetándome, rodeando mi cintura algunas veces mientras hablábamos de todo o nada.

—¿Ocurre algo? —me preguntó.

—Estoy intentando ponerme el disfraz imaginario de detective.

—¿Y eso se debe a qué? —Sonrió de lado.

—Solo sé que te llamas Fitz Sandford.

—Y que soy inglés.

—Con un humor negro mayor de lo habitual. —Volvió a sonreír.

—Y, bien, ¿qué es lo que has indagado?

—Tom apenas me ha hablado de ti. —Fruncí el ceño recordando cómo lo había descrito el idiota de mi primo—. Él creía que eras gay.

—Lo supe el día que conoció a mi exmujer.

—Eso también, me contó que te habías casado con una mujer que no hablaba con la plebe. —Soltó una carcajada.

—Fue uno de los errores de nuestro matrimonio, creí que se adaptaría, pero no fue así. No sé cuánto te han contado, a Adele la conocí por casualidad al entrar a la universidad. Seguimos caminos distintos, pero el tiempo que compartimos hizo que la amistad se fortaleciera y la verdad es que me era divertido estar en casa de ellos.

—Mientras no estuviese Tom. —Fitz sonrió de lado, podía entenderlo, había crecido con ese idiota y sabía lo que era capaz de hacer.

—Tom solía gastarme bromas muy al estilo de los Bond, por lo que me ha parecido. —Tragué saliva—. Al final me aceptó como a uno más.

Era un gilipollas de mucho cuidado, pero siempre ha estado ahí siendo el lazo de conexión entre el resto de mi familia y yo.

—Sé de lo que puede ser capaz, fui partícipe en muchos de sus líos.

—¿Por qué te alejaste? —Era normal que tuviera curiosidad, había desaparecido totalmente de la familia.

—Me cansé de que cuestionaran todos mis pasos, desde un corte de pelo transcendental, hasta amigos que consideraban raros. No era la perfecta Adele u Olivia, que intentaban pasar desapercibidas para que nadie les tomara el pelo con su apellido. Ninguna se puso *piercings* en la ceja o en la nariz —le dije señalando el que tenía—. El de la ceja terminó desapareciendo, pero tampoco se hicieron un tatuaje compitiendo con los chicos.

—¿Dónde tienes el tatuaje?

—Tendrás que descubrirlo por ti mismo. —Se echó a reír negando con la cabeza—. El caso es que comenzaron a cuestionarme de tal manera que esperaban que apareciese para reírse de lo siguiente que hiciera, que según ellos eran solo tonterías para llamar la atención. Lo más sensato era alejarme y vivir mi vida, la que realmente me hacía feliz.

—Es lo que muchos en algún momento pensamos hacer, y no nos atrevemos. —Fruncí el ceño ante esa respuesta y supuse que tenía que ver con su fracaso sentimental.

—¿Puedo saber por qué os separasteis?

—Tarde o temprano lo ibas a saber... Fue un matrimonio que desde un principio iba a fracasar. Me gusta más una buena conversación en un bar abarrotado o en una sala en la que puedes conocer de verdad a las personas con su espontaneidad, incluso comer caminando por un paseo marítimo.

—Sonreí por su sinceridad, me daba un subidón y seguridad al saber que a pesar de que mi lengua podía avergonzarme le gustaba lo que estábamos viviendo—. Dime que no sigues manteniendo algún tipo de relación con Nilson.

—¿Por qué? Fitz, me gustaría saber la verdad de lo que hay entre los dos, él me contó una patraña un tanto extraña.

—Cualquier cosa que te haya dicho, no es cierta. —Lo observé recordando las veces que Nilson me insinuaba algo parecido, no podía seguir con medias palabras de uno u otro.

—¿Qué demonios pasa? —Soltó aire.

—Jennifer, sé que te debo una explicación y lamento no dártela en estos momentos, a pesar de que lo deseas y te pido disculpas por haberlo nombrado, me muero de celos al saber que tengo que competir con él.

—No soy un puto trofeo.

—Lo sé, no quise referirme a ti de esa manera. ¡Maldición! Lo siento, me he acostumbrado a tratar temas superficiales con las pocas mujeres con las que he salido. Reconozco que me he vuelto distante en cuanto a relaciones personales y sé que no debería ser así.

Éramos una extraña pareja que se había encontrado de la forma más inesperada. Yo no sé si el cosmos después de todo deseaba que fuese feliz, si era así, no desaprovecharía la ocasión, tendría que ignorar cualquier rumor o bulo que pudiese llegar a mis oídos.

—¿Quieres bailar?

—¿Bailar? En medio de la calle.

—No he participado en ningún concurso —me explicó—, por lo que nadie me pedirá autógrafo, pero me defiendo.

Me levanté, en cuanto sujetó mi mano giramos sin pronunciar ninguna palabra, solo disfrutando del instante. Mi corazón palpitaba con demasiada fuerza, los vellos se erizaban logrando que su sonrisa me conquistara.

—Eres un hombre muy raro de esos que una no se suele tropezar.

—¿Eso es bueno o malo?

—Es muy bueno.

Se detuvo fijando sus ojos en mí, llevó la mano a mi nuca acercándonos hasta que nuestros labios volvieron a tocarse, subió la otra mano y profundizó el beso con sutileza, esa que nunca había experimentado y que revolucionaba todos mis sentidos.

Se separó, acurrucándose en su pecho, en donde la calidez me embriagó. Me apretó mucho más dándome a entender que era importante para él, quizás era mi imaginación jugando conmigo, no me importó, quería que fuese así. Bajó sus manos hasta sujetar la mía para seguirle hasta llegar al hotel y subir a la habitación, y al cerrar la puerta se giró hacia mí.

—Aún tengo mucho que contarte y espero que cuando esté preparado no te defraude.

—Dime que no tienes una polla de tres cabezas. —No lo hice reír y me maldije por tener una lengua tan suelta y maleducada.

—Definitivamente, eres una pupila de Tom y compartes con Adele solo apellido —me dijo rodeándome con sus brazos—. Te dije que quería ir despacio, es difícil hacerlo cuando cada segundo tus gestos, tu sonrisa y esa sinceridad que te caracteriza te atrapa como lo has hecho conmigo. —Sentí que su respiración se ralentizó y que la ropa comenzaba a estar de más.

Estaba nerviosa, no iba a poder ignorarlo y sabía que a él no le había pasado desapercibido, mi cuerpo se tensó y mis pulsaciones se dispararon cuando sus dientes mordieron el lóbulo de mi oreja; cerré los ojos.

Con la mandíbula rozó mi cuello, acariciándome, deslizó la mano hasta el primer botón del vestido. Abrí los ojos queriendo leer los gestos de su rostro. Se mantenía cauto con una expresión difícil de adivinar. Con un movimiento sutil, bajó mis brazos, que los mantenía doblados entre su pecho y el mío, para que sus dedos tocaran mi piel como ese día en casa de los Bristol, desabrochando el segundo y el tercer botón de manera que el vestido desnudaba los hombros y mi pecho.

Volvió a recorrer mi piel con sus dedos, despertando sensaciones y emociones, llevándome a un estado que no sabía definir; quería llorar y reír, convencida de que no era una alucinación.

Apartó la tela dejando que rodara entre mis piernas hasta caer a mis pies y finalmente desabrochó el sujetador que también terminó en el suelo. No pude evitarlo y cerré los ojos enterrando las uñas en mi palma. Las yemas de sus dedos recorrieron mi piel, erizándola a cada paso. Mi cabeza era un hervidero de ideas y sensaciones a los que quería darles nombre, lo cual no pude hacer, al sentirlo en uno de los pechos, invadiéndolo, dedicándole caricias, estremeciéndolos y endureciéndolos.

Abrí los ojos y volví a mirarlo, subiendo mis manos para quitarle las gafas y guardándolas en el bolsillo de la camisa, con la que también hice lo propio con los botones.

Si horas antes me había percatado de que estaba definido, esa vez, con las sensaciones a flor de piel, era más que palpable. Sonreí, no pude evitarlo, en cuanto lo vi cerrar los ojos dejándose llevar. Mis dedos recorrieron su pecho enredándose con el vello y sintiendo la suavidad de su piel atreviéndome a pasarle la lengua por uno de sus pezones, logrando que soltase el aire que mantenía contenido. Con una de sus manos elevó mi mentón y me besó con ferocidad. Sus ojos se oscurecieron y a trompicones me llevó hasta la cama en la que me dejó caer.

Juraría que en cualquier momento el corazón se me saldría por la boca por lo desbocado que estaba y es que el juego sensual de nuestros dedos pocas veces lo había vivido con tal intensidad, como si fuera el fuego que me quemara la piel. En esa ocasión sí que recorrió mi cuerpo, entreteniéndose en mis pechos y bajando hasta mis braguitas, sin terminar de quitármelas del todo. Lamía y mordía, provocando que todos los impulsos se acumulasen en mi botón del deseo.

Quería que me quitara de una vez por todas lo que le impedía seguir, sentí su dura polla en cuanto la frotó contra mi vagina, llevándome a que elevase mis caderas para sentirla de nuevo. Fitz sonrió, cumpliendo mi deseo.

Metí mis manos entre los dos hasta encontrar el botón de sus vaqueros bajándole la bragueta para así quitárselos y de esa manera poder volver a sentir la cabeza de su miembro que deseaba salir de su *boxer*. Si ya estaba húmeda, al frotarme con su polla junto con la necesidad de tenerla dentro de mí, la sensación creció.

Llevó las manos hasta las braguitas y elevé mi cuerpo para que se deshiciera más rápido de ellas.

—Así que este es el tatuaje de la rebeldía. Un dibujo apropiado en el sitio idóneo.

Sonreí a ese pequeño demonio con alas que estaba cerca de mi vagina. Me relamí los labios al pensar que no tardaría en correrme si seguía así. Se levantó acercándose hasta su bolso de viaje y allí sacó una cajita de preservativos rasgando el envoltorio de uno y bajándose el *boxer* mostrándome lo que tanto ansiaba.

Se lo puso y separó con las rodillas mis muslos, con las manos acomodó mis caderas y luego sujetó su polla buscando la abertura de mi hendidura. Tragué saliva al sentir la cabeza de su

miembro tan cerca que mi coño palpitaba con desespero a que se hundiera de una vez, la sola idea me llevó a elevar mi pelvis, para cuando lo hizo acomodé mi cuerpo para que entrase al completo.

Su boca buscó la mía, su lengua me indicó lo que haría y para cuando quise responderle volvía a hundirse dentro de mí, empujando más mi pelvis para que llegase a lo más profundo, mientras lamía de nuevo mis pezones en cuanto se los ofrecía, ante la ola de sensaciones que invadía mi cuerpo.

Una nueva embestida de Fitz me llevó a agarrarme a las sábanas, el calor y la necesidad crecían a cada segundo. Un escalofrío recorrió mi cuerpo de arriba abajo al sentirlo de nuevo dentro de mí, gemí con intensidad, sobre todo cuando sujetó mis manos hasta llevarlas sobre mi cabeza volviendo a empujar. Nuestros ojos se encontraron y solo entonces todo aquello que acumulaba me llevó a subir las piernas, aferrándome con ellas a su culo, mientras el orgasmo se apoderaba de mí.

Explosivo, intenso... Había tenido encuentros furtivos en los que me corría con rapidez, esa vez las caricias y lo que me hacía sentir lograron que me rindiera a él.

Eres una mujer hermosa que no tiene que esconderse de nadie ni de ti misma

Fitz abrió los ojos y soltó un bufido, por lo que supuse que se había corrido, esperé que en los siguientes segundos se apartara y quedarnos uno al lado del otro en absoluto silencio preguntándonos qué pasaría a partir de ese momento, pero me equivoqué. Me dio un beso en la frente y se levantó, quitándose el preservativo para tirarlo en el baño. Aproveché y recogí la ropa interior que había caído en el suelo para ponérmela y meterme entre las sábanas.

—¿Qué demonios estás haciendo?

Su tono de voz me hizo sentirme como si hubiera sido pillada infraganti. Lo más conveniente era que me vistiera, girara y le respondiera como todos, incluso él, harían después de tener sexo, aunque generalmente iba al baño antes de ponerme la ropa.

«*Demasiadas explicaciones para un acto normal, Jenny*».

—Vestirme.

—¿Y eso se debe a qué? No pienso salir de esta habitación hasta mañana.

—Es que generalmente después de que foll... Perdón, después de que mantengo relaciones, me visto.

—Al menos en mi cabeza mantenía la idea de que esta noche volvería a follarte, ¿esa es la palabra que ibas a decir o me equivoco?, por lo que no veo necesario que te vistas y tampoco quería que me esperaras en la cama con una enorme sonrisa.

«*¡Vaya lío te acabas de meter, Jenny!* —Y recordé que hacía mucho que no estaba desnuda al completo delante de un hombre, solo lo hacía para mantener relaciones sexuales, de hecho, ni siquiera con Nilson—. *Pensándolo bien, Jenny, a él nunca le importó que te levantasas al servicio y volvieras en ropa interior*». Era cierto, Nilson también solía buscar su *slip* incluso ni siquiera se quedaba a dormir.

Fitz se mantenía de pie a poca distancia de mí sin que le importase que lo mirase. No es que fuera la primera vez que estaba ante un hombre desnudo, viví seis años con uno y era habitual verlo de esa forma, sin embargo, esa vez era diferente. Sentí cierta vergüenza, nos mirábamos a la vez, y no tenía ni idea de lo que él veía, si le gustaba mi piel blanquecina, mis tetas de un tamaño normal o mis curvas junto a la celulitis que comenzaba a aparecer en mis piernas y en mi culo.

Deseé taparme un poco ante su intensa mirada. Estaba a punto de coger la manta o acercarme con disimulo para que el vello dorado que cubría su pecho y su abdomen que me invitaba a jugar me cubriese y comprendí que todo tenía un origen; Brad.

Hubo un tiempo en nuestra relación en la que al terminar un encuentro sexual solía decirme que me veía más rellena por aquí y por allá, mermando así mi seguridad como mujer y llevándome a esconder mi cuerpo. Hasta entonces no me había percatado de ello, cerré los ojos por haber sido tan estúpida, por pensar que era una mujer segura de mí misma y de creer que había sido ya pasado todo lo que tuviese que ver con él, acababa de darme cuenta de que no era así, Brad me había hecho daño en todos los sentidos.

—¿Qué ocurre, Jennifer?

—¿Prometes que no me juzgarás?

—No tengo nada que prometer, me preocupan esos gestos que acabas de hacer.

—He descubierto el motivo de por qué cubro mi cuerpo después de follar y es que siento vergüenza.

—¿Cómo? —Se acercó en dos zancadas levantando mi mentón—. No quiero volver a escucharte decir algo así. Eres una mujer hermosa que no tiene que esconderse de nadie ni de ti misma. —Agarró mi mano llevándola a su polla—. ¿Lo sientes? No quiero que pienses que soy un salido, esto está pasando por verte desnuda, el solo hecho de pensar en tener uno de tus pechos en mis manos, y recorrer tu cuerpo hasta tu coño para meter mi lengua mientras te escucho gemir, logra que se me envare de esta manera.

Sentí las lágrimas acumularse en mis ojos de emoción, era la primera vez que le escuchaba decir tantas palabras soeces en menos de dos minutos, me había hecho a la idea que la de las palabrotas era yo.

«*Jenny, es una persona como cualquier otra, no un extraterrestre*». Con una mano me acarició el rostro y con la otra recorrió mi cuerpo dibujándolo con lentitud, moví mi mano, que se mantenía en su polla, a modo de respuesta, pero me detuvo.

—No es necesario. —Y me llevó a la cama hasta caer en ella, ordenándome que me acomodara y posando sus labios en los míos en un beso fugaz—. La primera vez que me fijé en estos labios deseé probarlos. —Los mordió con lentitud disfrutándolos como si probase un alimento prohibido, logrando que abriera la boca para lo que su lengua me prometía. Las manos recorrieron mi cuerpo acariciando mis pechos hasta endurecer los pezones. Una caricia sutil que me llevó a cerrar los ojos y jadear en voz baja—. Son perfectos —susurró en mi oído y volvió a dejar un reguero de besos a la vez que sus manos dibujaban mi piel hasta llegar a mis caderas—. El día que apareciste con esa falda roja contoneando las caderas y sacando provecho a tus piernas con tus curvas delicadas, me frustré, había grabado en la mente los movimientos sugerentes que tu cuerpo hizo para atormentarme.

Subió las manos por mis piernas hasta los muslos y allí se detuvo sujetándome desde las caderas y jugueteando con los dedos en mi clítoris. La respiración se me aceleró sintiendo los movimientos circulares que me llevaron a arquear la espalda y a ofrecerme sin dudar.

Separó mis muslos con la mano libre y enterró la cara en mi entrepierna dando paso a su lengua, cumpliendo lo que me había insinuado en el beso de minutos antes. Succionó con ansias, para volver a moverla en círculos dentro de mí, logrando que me invadiera un hormigueo por todo el cuerpo hasta gemir pidiendo más. Me complació chupando y mordiendo con delicadeza. Agarré de nuevo las sábanas, perdida en el éxtasis, llevándome al abismo en el que todos mis sentidos se embotaron, juraría que había dejado de escuchar y de respirar debido a la oleada de espasmos que llegaron con velocidad abrupta.

Podría llamarme superflua, pero que un hombre te observara de forma lasciva y se esforzara para que disfrutaras no lo vivías todos los días. Sin bien es cierto que a lo largo de tu vida pasaban personas que te dejaban huella o no, Fitz era de esas primeras personas. No es que nunca hubiera disfrutado del sexo oral, con él fue distinto, me llevó al cielo gracias a su lengua prodigiosa en todos los sentidos.

Sentí su cuerpo caer a mi lado, solté aire con lentitud y me giré hacia él, quedando frente a frente, dándome cuenta de que era la perfección y no por el orgasmo, sino por enseñarme a valorarme tal como soy. Me sentía poderosa, como si hubiera encontrado la cura de alguna enfermedad, era exagerado por mi parte, era consciente de ello, pero los minutos de felicidad que estaba viviendo nos los hubiera cambiado por nada.

—¿En qué piensas, Jennifer?



—No pienso contártelo.

—No tendrá que ver con tu cuerpo o tendré que repetir la acción anterior y esmerarme mucho más.

—Buena idea. —Hizo un intento de inclinarse y lo detuve con mis manos riéndome. Alzó una ceja esperando a que hablara—. Es en serio, no pienso responder, tampoco tiene que ver con lo que acabas de hacer, algunas veces una sonrisa o el silencio es la mejor de las respuestas.

—Entonces, ¿me prometes que nunca volverás a dudar de tu belleza?

—No puedo prometer eso —respondí con sinceridad.

—Jennifer, la belleza de una mujer está en sus imperfecciones perfectas. —Alcé una ceja ante esas palabras.

—¿Cómo es eso?

—¿Para qué quieres un cuerpo de medidas impuestas por la sociedad cuando no eres feliz? Con esto no digo que no te cuides, lo puedes hacer sin tener que llegar a la inseguridad.

—¿Entiendes por qué digo que eres raro?

—Y reconozco que lo soy —dijo frotándose la nuca—. Ahora lo que sí necesito es una ducha, no sé si te atreves a acompañarme.

Me levanté y caminé rodeando la cama hasta llegar a su lado, tendí la mano invitándolo a continuar su sugerente plan. Sonrió y se levantó siguiéndome. Esa vez, entre jabón, champú y el agua que corría entre nosotros, pudo correrse.

No recuerdo cuándo me quedé dormida, solo que entre besos y arrumacos me atreví a preguntarle qué había ocurrido esa fatídica madrugada. Se giró de nuevo mirándome a los ojos contándome que, después de todos mis reproches, me senté en el primer escalón de la escalera y le confesé lo dolida que estaba por su trato, que todo mi esmero para que reconocieran mi trabajo lo había echado por tierra y que estaba cansada de que me señalaran y me viesan cada uno de mis defectos sin tan siquiera reconocer mis logros.

Fitz me confesó que esas palabras cargadas de tristeza eran peor que cualquier puñetazo que hubiese recibido. Sintió vergüenza por su comportamiento, llevaba una mala época y el malhumor vivía como un parásito en su vida, eso sí, no siguió mi consejo de la fibra, y reí a carcajadas.

Hasta ese día no se había percatado de que su actitud podía afectar a cualquier otra persona, se había acostumbrado tanto a ella que le importaba muy poco si me había herido, hasta esa noche, y decidió observarme mejor, tratar de ser más amable, sin embargo, nunca se imaginó que acabaría prendado de mí. Di gracias a que estaba oscuro y que no podía ver el sonrojo de mis mejillas, no era usual encontrarse con una persona que fuese tan sincera en cuanto a sus sentimientos.

Quise saber más de su anterior relación, pero se cerró en banda cambiando la conversación sobre los proyectos anteriores en los que fue jefe y, entre una y otra charla, me quedé dormida hasta que el móvil me despertó. Me levanté odiando al mundo entero y cuando vi el nombre reflejado estuve a punto de apagarlo, pero si lo hacía lo llamaría, así que con resignación acepté la llamada de Adele.

—Muy buenos días.

—Me pregunto si ayer no jugaste al caballito.

—¡Jennifer!

—¿Qué quieres, Cher Adele?

Unas carcajadas se escucharon entre las sábanas.

—Había olvidado por completo que se llamaba así —dijo Fitz.

—Es que nadie la llama así, solo yo.

—Podrías ponerme en altavoz para saber si Fitz es capaz de repetirlo —pidió Adele al

escucharlo.

—No.

—Eres de lo peor.

—Soy una Bond, ¿qué quieres, Cher?, algunos deseamos enredarnos entre las sábanas de nuevo.

—Cuando tengas hijos te enredarás en las sábanas de ellos.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo, no tenía pensado para nada tener hijos, no de momento. Ladeé la cabeza y miré a Fitz soñoliento y con aire desenfadado que me invitaba a volver a la acción y estaba a punto de mandar a la mierda a Adele, eso de que te llamara para hablar de sábanas y niños no era nada motivador para subir la libido.

—De momento no está en mis planes, tienes diez segundos para contarme para qué has llamado y ya van dos segundos perdidos.

—Sabes que la vida te puede dar sorpresas.

—Cinco segundos...

—¡Está bien! ¡Gruñona! Quería invitaros a comer aquí en casa.

—Déjame pensarlo..., no —le respondí—. Estar rodeada de Gordons es una pesadilla, eso te lo dejo a ti que te gusta el morbo.

—¿En serio quieres hablar de morbo?

—Contigo no, con Fitz sí.

—¡Eres insufrible! Le escribiré al bueno de Fitz que no se atreverá a negarse.

—¡Manipuladora!

—Soy una Bond. —Y con ello colgó la llamada.

—¡Será perra! —Me tapé la boca y miré de reojo a Fitz—. Lo siento, te prometo de verdad que no soy así, solo cuando suceden injusticias como la que acaba de pasar.

—No tienes que darme explicaciones —respondió sonriendo de lado.

—Quiere que almorcemos en su casa, y no me apetece ver a Gordon y sus copias, es como si estuvieras en una calle en donde hubiera miles de Pennywise<sup>[24]</sup>. —Fitz comenzó a reír a carcajadas.

—Comparar a Gordon con ese payaso es casi un insulto.

—Para Pennywise.

—La verdad, no es mala idea.

—No, ¡ni soñando!

—Gordon es un gilipollas, pero, si analizas la situación, Adele solo quiere saber si realmente es verdad —respondió levantándose.

—¿Qué quieres decir?

—Quiere saber si esto —dijo señalándose a sí mismo y luego a mí— es cierto.

—Entonces es un no rotundo, no quiero que mi familia saque conclusiones.

—Créeme, Adele sabe guardar secretos y confesiones hasta que decidas hacerlo público.

Tenía razón, al mes de cortar con Brad, Ruperta y Yanira Guacimara me obligaron a salir a cenar y en ese restaurante saliendo del servicio me tropecé con Adele, había evitado ver a mi familia para que no dedujeran lo que sucedía, sin embargo, mi rostro contaba la verdad. Traté de disimular con una mentira típica: «gripe», no me sirvió de nada, lo supo enseguida y prometió no contar nuestro encuentro hasta que estuviera preparada para hablar con mis padres.

—Adele es una especie de Teresa de Calcuta —admití.

—Reconozco que alguna vez lo he pensado —me dijo acercándose más a mí y rodeándome la cintura. Metí mis dedos entre el elástico del pijama y su piel, me pegó más a él llevando sus

manos a mi culo—. Tenemos tiempo antes de dejar el hotel.

—Y de acumular paciencia para estar en casa de Adele con sus seis hijos y el imbécil de su marido.

—¿Qué tienes en contra de los niños? —Abrí los ojos ante esa pregunta, la verdad es que nunca habían sido mi prioridad, también me parecían seres demoniacos, cuando gritaban y berreaban de esa manera tan escandalosa.

—Son demoniacos hasta llegar al punto de atemorizarte. —Fijó sus ojos en mí frunciendo el ceño—. Aunque, si te soy sincera, no me veo con niños. Soy un desastre para tener una responsabilidad para toda la vida como esa, estoy segura de que lo perdería en cuanto comenzara a caminar y lo llevase a un parque.

—Y así sale la vena dramática. —Abrí la boca y me crucé de brazos.

—No, no lo soy, sobre todo, cuando en este mundo logras coincidir con tantos miniGordon, se te quitan las ganas de tener uno.

—Si lo vemos desde ese punto de vista. —Simuló un escalofrío y me reí.

—¿Y si cambiamos de tema?

—Es lo mejor, ya que lo que me apetece en estos momentos es algo distinto, ¿qué te parece hacerte gemir de nuevo?

—A eso no me opongo.

## Zapatito blanco, zapatito azul

Terminamos de vestirnos y desayunamos entre risas y propuestas indecentes para finalmente volver a las calles de North Street junto a su encanto mágico y colorido. Me apenaba dejar la ciudad, hacía mucho tiempo que no me sentía así de feliz, por fin encontraría esa estabilidad que tanto deseaba.

Quería aprovechar al máximo el fin de semana y es que apenas quedaban horas para volver a la realidad; la oficina. Subimos al coche y suspiré pensando que tendría que aguantar al imbécil de Gordon, y Adele observando cada mirada, cada gesto... Podía tratar de convencerlo para cambiar de ruta, ir a casa, pedir comida china y pasar las horas que quedaban del día enredados; era la mejor de las ideas. Sin embargo, Fitz llevaba día y medio complaciéndome en todo para que me sintiese a gusto y por dos horas no iba a morir...

«Sabes que no es así». Suspiré en alto ignorando a mi conciencia, no iba a dejar que me estropeará el día con sus idas y venidas, por lo que le pregunté a Fitz si podía encender el reproductor para distraerme con alguna canción el resto del camino, era una hora la que tenía por delante en donde las dudas, el pánico y el malhumor se instalarían en mis emociones y no podía permitirlo. Aparcamos relativamente cerca de casa de los Bristol, me bajé tratando de que un poder sobrenatural naciera en mi interior para evitar cualquier tipo de atragantamiento. Era difícil mandar a Gordon a la mierda con sutilidad, a pesar de casi haberlo mandado al otro barrio hacía dos semanas.

—Jennifer, no tienes que preocuparte por nada.

—Es fácil decirlo en la práctica, pensar en unas palabras que no sean tan agresivas para cuando Gordon me canse es misión imposible.

—Aunque no seas familia del superagente secreto me parece que tienes superpoderes, recuerdo que has logrado torearle cada uno de sus desplantes.

—Fitz, por favor, no me recuerdes ese estúpido chiste —me defendí—. No tengo que volver a recordarte que estaba sumamente nerviosa.

—¿Por mí? —Reí a carcajadas.

—No, Fitz, ese comentario sobre qué demonios hacía allí me hizo responder con lo primero que pensé.

—Fue ingenioso que os fuerais, y hablamos con más detenimiento con el cliente, él confesó que nunca se le hubiera ocurrido presentarse de esa manera, que deseaba personas así en el proyecto.

—¿Así cómo?

—Ingeniosas, que no se quedarían en silencio ante cualquier problema que se les presentara. —Me emocioné, por lo que me detuve y lo abracé, regalándole un beso en los labios—. ¿Quieres que hable con él en cuanto entremos?

—Encontraría la forma de incomodarme mucho más.

—Tal vez no.

—¿Y eso por qué?

—Antes no éramos pareja. —Sonreí.

—Veo que estás convencido de ello. —Ladeó la cabeza.

—Estoy intentando ganarme ese título con mucho esfuerzo. —Esa vez reí acompañada por él.

Tocamos a la puerta y cuando se abrió varios niños salieron corriendo seguidos por Gordon.

—¡Debí cortarme los huevos! —Nos observó con el ceño fruncido—. ¡Chicos! —les gritó a sus hijos—. Más os vale que os portéis bien, ya que recordaré cada minuto por qué coño me casé con vuestra madre.

—Porque te gustan las Amazonas. —Fijó sus ojos en mí hasta que uno de los niños que estaban fuera llamó su atención.

—Esta me las cobro.

—Me imagino que en una carrera de caballos.

—Jenny, ¡basta! —me reprendió Adele con Francis en sus brazos—. Gracias, cariño, por tu sacrificio. —Gordon no respondió, se alejó farfullando quién sabe qué—. Disculpad su actitud, aunque también has tenido delito, Jennifer Bond.

Fitz se acercó, le dio un beso en la mejilla, junto con un abrazo a modo de saludo, a la vez que saludó al niño que sonrió al verlo. Estaba desconcertada ante su comportamiento, nunca me imaginé que fuera tan cariñoso.

—Me sorprende que aceptase irse con ellos.

—Son también sus hijos, Fitz —le respondió con una ceja levantada—. Reconozco que sus bromas hacen sentir mal a muchos.

—¡Como a mí!

—Eso es cierto y a la vez no.

—Prefiero no conocer la explicación. —Adele volteó los ojos y cerró la puerta invitándonos a pasar a la cocina directamente.

—Pensé en hacer alguna comida rápida, pero me fue imposible, por lo que pedí comida china.

—¿Por qué tengo la intuición de que la verdad es que no sabes cocinar?

—No fui yo la que quemó la cocina de casa de mis padres.

—¿Quemaste una cocina?

¡Otra vez tenían que sacarme esa maldita situación!

—No la quemé —aclaré—. Fue una cortina y por culpa del capullo de Tom.

—¡Jenny! En esta casa evitamos decir malas palabras.

—Gordon se ha saltado las normas a la torera —le rebatí, Adele suspiró en alto.

—Intenta no hacerlo, sé que es difícil creerlo, es un buen padre, solo que hoy no ha sido un buen día para él. Hemos discutido porque encontré un maletín lleno de chucherías y no puedo admitir ese veneno en casa. Somos dentistas y debemos dar ejemplo.

—¿Había chocolate?

—¿Por qué quieres saberlo?

—¡Es lo mejor del mundo! —comenté—. Leí por ahí que el chocolate tiene miles de años y que en la antigüedad lo combinaban con varias especias como la guindilla. —Fitz me miró con una sonrisa en los labios—. ¿Te atreves a burlarte de mi sufrimiento?

—No, Jennifer, prometo que no me río de eso. —Abrí la boca sorprendida por su desfachatez.

—Tengo la sospecha de que mientes.

—Te lo prometo por la poca fibra que consumo que no. —Alcé una ceja ante su tomadura de pelo.

—Me parece que tendré que comerme un par de chocolates para evitar decir cualquier tontería.

—Por mí puedes llevarte el arsenal incautado, creo que había incluso chocolate con canela.

—Es orgásmico. Ahora entiendo por qué siempre estoy insaciable.

—Pagaría ahora mismo por verte comértelo.

—¡Vicioso!

—Tienes la culpa de ser tan gráfica.

—¡No soy gráfica! ¡Eres un vicioso!

—¡Vichiosho! —gritó el niño.

—¡Santo Dios! ¿Veis lo que habéis hecho? —protestó Adele con el rostro sonrojado.

—No he hecho nada malo —me defendí—. Quien sacó el chocolate a la palestra has sido tú, Cher.

—¡Cher! ¡Vichiosho!

—¡Francis Gordon Bristol! —le reprendió—. Jenny, te agradecería que no siguieras. —Evité reírme percatándome de a qué lado de la familia estaba inclinándose el cachorrito.

—Lo siento, es imperdonable que tuvieras la intención de tirarlos, te denunciaré ante la Organización de Mujeres Unidas por el Chocolate.

—¿Eso existe? —Un borboteo salió de la garganta de Fitz dando paso a la risa. Adele frunció el ceño mirándonos a los dos—. Siempre he pensado que soy adoptada.

—¿Acaso no lo sabes? Siento ser yo la que te cuente la verdad de tus orígenes.

—¡Eres despreciable!

Uno de los niños que aún deambulaban por la casa apareció, pidiéndole a Fitz que lo acompañara, sujetándole la mano para llevárselo a trompicones. No deseaba que se alejara, en cierta manera, me hacía sentir poderosa para seguir puteando a Adele a gusto. Su dedo me reprendería con razón. Sin embargo, su móvil comenzó a sonar.

—Es Gordon, por favor, sujeta a Francis. —Y, sin darme tiempo a reaccionar, el niño terminó en mis brazos, desde donde él me miró, y yo a él, con pánico. Poco a poco empezó a respirar con rapidez y su rostro se transformó seguido de un grito.

—¡Calla!, por todos los demonios del infierno, tu madre va pensar que te he metido en un caldero. —No se calló, siguió llorando, no sabía qué hacer, no tenía ni puta idea de cómo callarlo—. ¿Quieres un biberón? —Él me miró y se saboreó—. ¡Así que tienes hambre! Si tuviera chocolate se te quitaría esa amargura, pero tu madre está en modo gurú de hacer lo correcto. —De nuevo empezó a respirar con rapidez.

¡Vaya mierda! Fijé mis ojos en él tratando de llamar su atención e hipnotizarlo.

«*Ni que fueras David Copperfield*». Ignoré a mi conciencia. Mientras más lo veía, más notaba que era igual al cerdo de Gordon, solo entonces recordé un juego que solíamos hacer entre mi padre y yo.

—Zapatito blanco, zapatito azul —comencé diciendo—. ¿Cuántos años tienes tú? —Y lo señalé moviendo mi dedo índice como una serpiente, no sirvió de nada. Miré a los lados casi pidiendo auxilio y maldiciendo a Adele por ponerme en semejante aprieto. Suspiré en alto y volví a insistir, poniendo voz de caricatura en plena resaca—. *Zhapatito banco, zhapatito achul, ¿cuánto chaños* tienes tú? —Francis me miró confuso, y aproveché para repetir logrando que comenzara a reír—. Definitivamente, contigo han mejorado la raza de cachorritos.

—¡Tenías que decir eso! —protestó Adele regresando del salón.

—¿Y qué demonios quieres que diga? —Se acercó para coger al niño y mirarlo directamente a los ojos.

—¡Vichiosho!

—¡Así es!, papá es un vicioso.

—¡Jennifer Bond! —Su mirada destellaba con ganas de mandarme a la mierda de verdad, respiró profundo y se centró en su hijo—. ¿Verdad que no te gusta que te hablen así? —El niño la miró y comenzó a respirar de nuevo con rapidez dando paso a otro grito que juraría que me había dejado sorda—. ¿Ves lo que logras?

—¿Me culpas a mí? ¡Joder! Había dejado de llorar, y vienes a reprenderlo, es normal, hasta yo lo hubiera hecho con esa mirada inquisidora y ese tono.

—Le estás hablando como si fuera un bebé.

—Es un niño pequeño, ¿cómo quieres que lo trate? ¿Como al capullo de su padre?

—¡Vichiosho! ¡Cher, vichiosho! —soltó el niño de nuevo, y, no pude resistirme, me carcajé.

—¡Maldita sea!

—Ven, Francis —le dije tratando de que volviera a mí solo para seguir fastidiando a su madre como hacía años—. *Zhapatito banco, zhapatito achul*, ¿cuántos años tienes tú? —El niño volvió a carcajearse. Fijé mis ojos en la madre con una sonrisa de lado—. Me da la sensación de que tenemos aquí a un futuro alumno para Tom.

—¡Cher!

—Te maldeciré eternamente, Jennifer, por haberle enseñado semejantes palabras a mi hijo.

—Es un niño, en unas horas se le olvidará y cambiará a otra, como, por ejemplo, mierda.

—¡Melda!

—¡Francis Gordon Bristol! ¡Basta ya! Jenny, por favor, no le sigas enseñando palabras soeces, enséñale alguna bonita, como, por ejemplo: libros, casa, amor.

—Querido hijo de Gordon, nieto de Bristol, me parece que mamá se ha enfadado y no quiere que tomes tu verdadero camino, ser heredero de Tom Bond. —El niño volvió a reír.

—¡Serás perra! —Reí a carcajadas recordando aquellas situaciones entre nosotras. Hacía mucho que no me lo pasaba tan bien.

—Adele, ¡no sueltes palabrotas delante del niño! —masculló quién sabe qué—. ¿Quién es el caballito de mamá? —Ella se tensó en cuanto me escuchó—. ¿A que mamá debe cambiar de caballo? —Y sin más el niño comenzó a reír. A pesar de que era la versión mejorada de su padre, comenzábamos a entendernos—. Te gusta hacer el tonto, como a tío Tom.

—¡Basta! —me advirtió Adele—. No entiendo por qué te has ensañado conmigo de esta manera.

—¿Yo? —Me acerqué al niño y lo miré—. ¿Verdad que no? —El niño volvió a reír.

—¡Cher, Vichiosho!

—¿Sabes que veo? —me dijo contraatacando—. Que los niños se te dan mejor de lo que crees y... —Sonrió sin terminar la frase.

—¿Qué demonios quieres decir?

—¡Fitz! —exclamó. Me giré y el rostro de él cambió por completo.

—Parece que hubieras visto un fantasma, ¿todo bien?

—Debo irme, he recibido una llamada, tengo un asunto familiar que resolver. —Se miraron entre ellos llamándome la atención la complicidad que nació—. Jennifer, no podré seguir con nuestros planes, lo siento.

—No te preocupes, espero que no sea nada grave.

—Yo también lo espero.

Se acercó dándome un beso en la mejilla con rapidez a modo de despedida, dejándome una sensación de desazón que no quería volver a sentir. Esa desazón que me invadía con las miles de excusas que Brad me había dado cuando salía de repente y las que no quería recordar.

Acompañado de un beso frío, apresurado. Odiaba dudar, odiaba que después de pasar unos días fantásticos la nube negra apareciera de la nada.

—Jennifer, ¿estás bien?

—No, siento que no ha dicho la verdad.

—No divagues, te conozco, y te encanta caer en las dudas.

—Tú lo sabes, no me digas que no, vi cómo vosotros dos os entendisteis sin palabras.

—¡Tonterías! Confía en él, pocas veces lo he visto tan risueño y a gusto, y solo alguien ha logrado eso; lo has logrado tú.



## No sabes cuánto echo de menos verte sonreír

Adele intentó distraerme fingiendo recriminarme, pero fue en vano.

Era consciente de que no sabía qué camino iba a tomar lo que había entre Fitz y yo, tal vez aspiraba a mucho y en semanas terminaría esa relación, como la llamaba él, por culpa de mi actitud y su vida misteriosa. Decidí volver a casa a sabiendas de que era la peor de las ideas, podía llamar a Ruperta y Yanira Guacimara para desahogarme, aunque tarde o temprano comenzaría a sacar conclusiones. De hecho, en cuanto me tiré en el sofá a atiborrarme de helado Oreo y ver de nuevo las películas que siempre me acompañaban en momentos así, comencé a sentir un hormigueo en mis dedos que estaban deseosos de escribir y preguntarle sobre ese asunto familiar.

Desistí, tenía que aprender que todos éramos libres de escoger, debía aprender a confiar en los demás y en mí misma a pesar de toda las frustraciones y los reproches en silencio. Había luchado contra las habladorías, y las miradas reprobatorias, echándolas de mi vida.

«No era la mejor manera de afrontarlo y lo sabes. Sí, querida conciencia, y no puedes negar que me ha resultado. ¿Estás segura de ello?». Resoplé y me levanté buscando los libros que no había terminado y me obligué a perderme en ellos, a no pensar, a pesar de que el recuerdo de sus labios era más intenso de lo que creía, me nublaba la mente y aceleraba el corazón. Era un sentimiento tan profundo que me costaba aceptarlo, sobre todo cuando aprendí erróneamente quizá que el amor no nacía de la nada.

Tal vez todas estas conjeturas tenían que ver con la actitud que había decidido tomar ante tantos cuestionamientos, sí, era fácil dar consejos sobre ignorar las palabras burlonas o reproches, pero al llevarlo a la práctica no era así. Solté aire recapacitando, estaba creándome una bola que al final se desvanecería cuando lo volviera a ver.

«Sí, pero no podrás besarlo como te gustaría». Eso era lo más difícil que llevaría, después del día anterior. Era como ese dulce tentador que se paseaba delante de ti y no podías saborearlo. Sí, era una ansiosa, aún no conocía a nadie que pudiera fingir con tanta normalidad, si existía, me encantaría que me diera clases de cómo coño hacerlo.

Cerré el libro y me fui a dormir con la esperanza de que el día siguiente sería diferente.

El reloj despertador subió el volumen gradualmente, abrí los ojos y creí que mis nervios y mi mente se apaciguarían, la extraña sensación que sentí cuando pillé a Brad se instaló dentro de mí.

Solté aire lentamente, obligándome a ignorarlo y culpando a ese temor que tenía y que debía aprender a no hacerle caso para que con el tiempo desapareciera. Me duché y busqué algo cómodo que me fui poniendo mientras desayunaba y, cuando estaba a punto de salir hacia la oficina, decidí echarle un vistazo a mi móvil con la esperanza de que Fitz me hubiera dejado algún mensaje de buenas noches o buenos días, incluso una llamada perdida, no había nada.

«¡Vaya paranoia te has montado! En el fondo debes reconocer que es normal que así sea».

—Jennifer Bond, basta ya de andar regodeándote en la mierda, lo que tenga que ser, será —me dije en voz alta al subir al ascensor del edificio empresarial, las puertas se abrieron y me di cuenta de que todo marchaba como siempre.

Me acerqué a mi mesa para guardar mi bolso y me percaté de que en la mesa de Gregory había una foto de él con su mujer, miré a mi alrededor y lo vi salir del *office* con una taza de café. Sentí

alivio al saber que ya no tendría que ingeniármelas para lidiar con los de Construcción.

—Buenos días, Jenny.

—¡Buenos días! —Me acerqué a abrazarlo—. ¿Qué tal ha ido esa boda?

—Mejor de lo que me imaginé. —Se frotó la nuca—. Siento no habértelo comentado antes.

—No te preocupes, cuéntame algo sobre Nueva Zelanda.

—Ya tendremos tiempo, ahora es importante que nos sentemos a trabajar. He visto algunos fallos en unos datos que Fitz me envió anoche.

—¿Anoche?

—Sí, al igual que los *emails*.

—¡Mierda!

—Al principio no les di importancia, pero cuando os preguntabais sobre cómo había ido el día me resultó extraño, luego aparecieron los de Construcción.

—Gregory...

—No tienes nada que explicarme, a excepción de todo lo del proyecto, de los gilipollas de Construcción y esa pila de carpetas que nombraste. Tenemos que trabajar la mañana de lleno. He recibido un correo de Leonard sobre una reunión.

—¿Reunión?

—¡Jennifer Bond! —Escuchar a Nilson llamarme de esa manera detrás de mí me asustó. No podía ignorarlo, había pronunciado mi nombre más alto de lo normal, por lo que ladeé mi cuerpo con una sonrisa.

—Buenos días, Nilson.

—Sabes que tengo el corazón roto. —Evité mostrar cualquier reacción, era imposible que supiera lo de Fitz.

—Jenny, en veinte minutos te espero en la sala de reuniones con Nancy, vamos a subsanar esos fallos. —En eso no cambiaba Gregory, volvía a dejarme en la estacada alejándose hacia el *office*.

—Está bien, Gregory.

—Entonces tendremos unos minutos tú y yo —aseguró Nilson.

—Ya has visto que ha vuelto el coordinador y tengo que verificar el trabajo que tengo en los *pendrives*. —Miré mi mesa y no los vi a primera vista.

—¿Hablas de las granadas? —Su tono de voz fue demasiado irónico. Ladeé mi cabeza y me fijé en que tenía una actitud sobreactuada—. Te conviene que me acompañes, créeme, esta vez necesitas de mi ayuda.

—¿Qué quieres decir? —Sin darme más detalles rodeó mi cintura con uno de sus brazos guiándome hasta la sala de reuniones, donde cerró las persianas y la puerta, dejándome más desconcertada de lo que estaba—. ¿Qué coño es lo que quieres, Nilson?

—No quería ser tan explícito, en todo caso, en el tuyo, más bien, me encantaría volver a meter mi polla.

—¿Qué demonios has esnifado?, si para esto has armado todo este teatro, déjame decirte que te puedes ir a la...

—Relájate, Jennifer, te conviene tenerme como amigo. —Se acercó, y me alejé.

—Y aquí viene el porqué me conviene.

—Buena chica.

—Esto es absurdo. —Di la vuelta a la mesa, ya que obstruía el paso en la puerta—. He sido bastante educada, por si no te has dado cuenta, lo que pretendes se puede considerar acoso. — Nilson levantó las manos y sonrió de lado.

—¿Por qué le das una oportunidad a él y no a mí?

—¿Quién es él?

—¿En serio vas a jugar al despiste? Llámame cabrón, pero don te pido permiso para entrar entre tus piernas tiene mucho que contarte.

—¡Eres un miserable! —Decidí dejarlo de escuchar sujetando el pomo de la puerta a pesar de que había logrado su propósito, llenarme de dudas.

—Te quiero ayudar, cariño, no me trates así.

—Si esta es tu forma de ayudar, no la quiero. —Abrí la puerta con rabia y antes de cerrarla en sus narices me gritó:

—¡Deberías escribirle para ver si te da audiencia en esa agenda apretada que tiene y así conoces más del misterioso Fitz Stanford!

Caminé con rapidez hasta sentarme y fingí que no me había afectado. Deseaba llamar a Fitz y preguntarle qué eran todas esas mierdas que Nilson acababa de insinuar, pero tenía que esperar un tiempo prudencial. Algo pasaba, mi instinto me lo indicó y preferí callarme, resignarme, mirar a otro lado, como lo hice infinidad de veces con Brad.

«*Sabía que aún no estabas preparada para volver a tener una relación. ¡Cállate! Nadie está nunca preparado, odio cuando quieres creer que tienes razón, querida conciencia, y lo único que haces es despertar a los malditos demonios*».

—Jenny.

—¡QUÉ!

—No hace falta que grites —me reprochó Nancy frunciendo el ceño—. También estoy enfadada por lo que está pasando.

—Lo siento, Nancy, ya busco los datos y me reúno con vosotros.

—¿Estás bien?

—Sí, lo estoy —le respondí con algo de rudeza. Nancy se mantuvo a la espera de que hablase, pero no le di pie a ello.

Encendí el portátil y busqué las actualizaciones más recientes para meterlas en uno de los *pendrives* y comprobé que me faltaba uno, supuse que se había quedado en casa y le resté importancia debido a todo lo que bullía dentro de mí.

—¿Seguro que estás bien?

—¿Has visto a Fitz? —le contesté con una evasiva.

—No, hoy no, y suele ser de los primeros en llegar.

—Sí, es raro —añadí aparentando normalidad.

Nancy me miró extrañada y decidió no seguir indagando. Fui tras ella hasta la sala de reuniones rogando para que no estuviera Nilson aún. Durante esos escasos segundos aproveché para enviarle un mensaje a Fitz.

JENNY: 📧

Hola, he tenido una extraña conversación con Nilson, me has pedido que no le crea, pues me gustaría que me aclararas eso que él sabe de ti, y yo desconozco. Me han dicho que no te han visto en la oficina, espero que todo marche bien en ese asunto familiar.

—Por qué está tan oscuro? —preguntó Nancy al abrir la puerta, guardé mi móvil en un bolsillo de mi jersey. Ella dejó la pila de carpetas en la mesa para encender las luces, al mismo tiempo que yo abría las persianas del lugar para sentarme y respirar con tranquilidad.

—Muy bien, chicas —indicó Gregory segundos después, en cuanto entró con varios cafés en las manos—. Debemos recalcular estos datos. Les he pedido a los de Construcción el informe real sin tantas tonterías para así hacer un balance óptimo.

—Está bien —le respondí, a pesar de que mi mente tenía la atención puesta en ese mensaje a

Fitz, a la vez que mantenía la esperanza de que apareciera en cualquier momento para despejarme las dudas.

Al mediodía acepté ir a comer con Gregory y Nancy, tratando de evitar que deambularan en la cabeza todas esas malditas suposiciones que se fueron construyendo con el paso de las horas, me imaginé que su asunto familiar era alguien agonizando o que tenía una reunión con la reina Isabel II, solo entonces sentí el móvil vibrar y al ver su nombre reflejado mi corazón se aceleró.

—Hola, Jennifer, lamento responder a tu mensaje tan tarde, sea lo que sea que te dijera, no le creas.

—Es un poco difícil cuando no sé nada de ti. —Carraspeé un poco seguido de un estornudo.

—¿Estás bien?

—Sí. —Carraspeé de nuevo—. Nilson ha dicho cosas que no comprendo.

—Sé que quieres saber qué ocurre, pero es mejor contártelo personalmente. No podrá ser con tanta rapidez como me gustaría, he tenido que viajar a Escocia.

—¿Tiene que ver con tu asunto familiar? —Y volví a estornudar. No era de enfermarme, por lo que rogué que precisamente esa semana no fuera la idónea para sufrir de un resfriado.

—Sí, Jennifer, ¿seguro que estás bien? Has estornudado dos veces.

—Lo estoy, debe de ser algo en el ambiente —añadí restándole importancia—. Lamento que no vayas a estar en la reunión que Leonard ha convocado.

—¿De qué reunión hablas?

—Gregory me ha informado de ello. —Se mantuvo en silencio y supe que me decía la verdad por lo que comencé preocuparme.

—Jennifer, cualquier duda que tengas, escíbeme, te responderé en cuanto pueda. Llamaré a Gregory lo antes posible para que me informe sobre esa reunión. —Lo escuché respirar ruidosamente—. No sabes cuánto echo de menos verte sonreír. —Podía decirle que también echaba de menos su aire de seriedad y serenidad, sin embargo, no lo hice. Todo aquello me causaba inquietud y odiaba sentir dudas—. Trataré de volver lo más pronto posible.

—Aquí estaré, un beso.

Fue lo único que pude decirle, mientras los demonios que había mantenido presos en lo más profundo de mí aparecían más virulentos que nunca.

## Si es que no se puede ser bueno en esta vida...

Desde el desencuentro con Nilson tenía una sensación desagradable latiendo cada segundo, a eso le sumaba lo agotada que me sentía y los escalofríos que recorrieron mi cuerpo en cuanto me senté en el sofá de casa, sin dejar de lado que no paraba de estornudar.

Sí, estaba resfriada, y eso me tenía de peor ánimo. Me centré todo lo que pude en rediseñar las gráficas y los datos para que la presentación que Gregory haría ante Leonard tuviese el mínimo de errores y se los envié a medianoche con el malestar gripal aumentando. Las dudas no me abandonaron ni el miedo que siguió subiendo gracias a la fiebre que apareció logrando que soñara y me moviera de un lado al otro toda la noche. No podía faltar al trabajo y cuando me levanté me dolía cada uno de los huesos.

¿¡Por qué ha tenido que ser hoy!?. Decidí darme una ducha para bajar la temperatura y tomar unos antigripales, y apenas pude moverme, estaba a segundos de entrar en pánico, frustrada, tenía que aceptar la realidad y avisar a Gregory de que intentaría trabajar desde casa, por lo que lo llamé.

—Buen día, Jennifer.

—Hola. —Tosí—. Gregory. —Estornudo.

—¡Qué mal se te escucha!

—Lo estoy, sé que debo estar allí, pero... —De nuevo estornudo.

—¡Olvídalo! Cualquier cosa ya te llamaré.

—Gracias, Gregory.

—Descansa.

Tiré el móvil a un lado y con toda la fuerza de la voluntad que pude busqué pañuelitos y volví a la cama, cerrando los ojos, en donde soñé tanto que me desperté de nuevo sudando.

Parpadeé varias veces al escuchar la melodía del aparato electrónico, alargué la mano para encontrarlo y al hacerlo vi el número de Ruperta.

—Llevo toda la mañana intentando contactar contigo y estaba a punto de llamar a la constructora.

—Estoy en casa.

—¡Vaya voz! Los gérmenes no solo pululan en el aire, existen miles de manera de contraerlos y una tiene que ver con follar, dime que está a tu lado compartiendo mocos.

—Eres asquerosa.

—¡Realista!, Veo que te has vuelto muy delicada, corregiré mis palabras, has intercambiado fluidos durante el fin de semana. ¡Eres una zorra! Y en esto no me retracto, me juraste por todos los negros del wasap del mundo que no ibas a follar. ¡Mil veces zorra!

—Nunca juré eso —respondí a duras penas y estornudando. «*Jenny, sabes que esta gripe es producto del wakeboard.* Lo sé y ni loca se lo diré, no estoy de humor para sus burlas»—. Rup, no me encuentro con capacidad de seguir tu conversación.

—¡Sí que debes de estar mal! ¿Quieres que pase por allí?

—No. —Me soné la nariz—. No quiero que me culpes de contagiarte.

—Aunque fue transmitida por intercambios de fluidos, no me contagiarás, soy SuperRuperta, gracias a Dios tuviste esa idea de que nos intercambiáramos las llaves para momentos como este.

—Gracias. —En cuanto Ruperta cortó, vi varias llamadas de Fitz y decidí enviarle un mensaje.

JENNY: 📞

Siento no haberte contestado, estoy en casa,  
tengo un resfriado y apenas he podido levantarme.  
Espero verte pronto.

Volví a la cama y me quedé dormida hasta que sentí una tela fría en mi frente.

—¡Menos mal que al fin despiertas! Te he cambiado varias veces el paño y comenzaba a pensar que algo grave te había pasado.

—Lo siento.

—¿Puedes levantarte? Sería bueno que te ducharas, he hablado con Yanira Guacimara y está al caer con la comida.

—Siento molestaros.

—Jenny, si vuelvo a escuchar algo así me voy y no vuelvo a dirigirte la palabra en la vida. — Sonreí y traté de levantarme para ir al baño.

No recordaba la última vez que había tenido un resfriado tan fuerte. A medida que me acercaba los escalofríos me invadían y, cuando el agua cayó en mi cuerpo, maldije al universo. Al salir me esperaban Ruperta y Yanira Guacimara en la cocina con algo de comida.

—Sí que tiene mal aspecto.

—Diría que esos polvos de mágicos no tienen nada —contestó Ruperta.

—Paso de responder. —Probé algo de la sopa y de nuevo sentí escalofríos.

—Yo creo que sí vas a cantar como los pajaritos o no te diré lo que hablé con Fitz.

—¿Cuándo hablaste con él?

—Hace un buen rato, le expliqué que estabas en cama, y me dijo que iba a tratar de adelantar su viaje, ¿dónde demonios está?

—Al parecer, en Escocia. —Las dos fijaron la mirada en mí.

—También escribió Gregory.

—¿Dónde está mi móvil?

—Aquí lo tienes —dijo Ruperta— y unos antigripales que trajo Yanira Guacimara.

—Gracias, chicas. —Estornudo—. Tengo mucho que contaros.

—Por ejemplo, ¿por qué fuiste tan zorra y no me contaste lo de Fitz? —protestó Yanira Guacimara.

—Lo siento.

—Ya tendrá tiempo para eso, lo importante es que se recupere y que resuelva eso que la tiene bastante agobiada. —Solté aire.

—Tengo un presentimiento muy malo.

—¿Es casado?

—Según lo que entendí, separado.

—¿Divorciado?

—No lo sé, tengo que averiguarlo y para hacerlo debo recuperarme.

—Jenny, ten presente que al menos debes descansar un día más.

—No puedo permitirme eso.

—Sí que puedes, has dado mucho por ese maldito proyecto y, si tengo que quedarme los dos días aquí para que mejores, lo haré y al mismo tiempo averiguaré lo que haga falta sobre Fitz.

—¡No! Él me dijo que me contaría todo personalmente.

—¡Cuánto misterio con ese hombre! —Yanira Guacimara tenía razón, opté por mantenerme en

silencio y seguir con la sopa.

En las horas siguientes hablé con Fitz y me dijo que regresaría el jueves, el día de la reunión con Leonard, había logrado que la pospusiera para poder estar presente, ya que tenía que aclarar varios puntos. Esas mismas palabras las repitió Gregory, y mi presentimiento era que seguramente algo no marchaba bien.

El despertador comenzó con su melodía habitual y abrí los ojos. Era jueves y me sentía mucho mejor. Me apresuré a ducharme y vestirme para ir a la oficina, iba a saber por fin la verdad. Al atravesar las puertas de la empresa me percaté del silencio y de ciertas miradas furtivas, por lo que me dirigí a mi mesa para guardar el bolso.

—¿Jennifer? Buenos días, pero ¿qué haces aquí?

—Recuerdo que trabajo en esta empresa, Gregory.

—Y yo recuerdo que habías pillado un buen resfriado.

—Me encuentro mejor y no debía seguir en casa, algo está ocurriendo y no puedo estar con estas dudas carcomiéndome por dentro. —Se pasó la mano por el pelo y me pidió que lo siguiera hasta el *office*.

—No voy a andar con rodeos, hay una situación crítica.

—¿Cómo?

—Fitz debía haberte llamado anoche y pedirte que esperaras dos días más.

—¿Qué demonios está pasando?

—Está bien, te lo resumo.

Gregory comenzó a contarme que Leonard era el que había pedido esa reunión con los detalles del proyecto, finalmente pidió hablar conmigo en cuanto regresara, definitivamente no era nada bueno.

Podía compararlo con cuando ese inspector de un homicidio deseaba tenderle una trampa a uno de los sospechosos.

«*Deja de ser pesimista, Jenny, eso no va contigo. ¿En serio me dices eso?*». No es que fuera la viva imagen de la mujer propositiva, siempre me acogía a la lógica y eso me llevaba a un solo camino.

—¡Jennifer! Tenía entendido que no volverías hasta mañana —indicó Emily—. Justamente iba a buscar a Gregory para que te llamase, pero, ya que estás aquí, todo irá con mayor rapidez.

No pude ignorar todas las alarmas. Intenté recapitular cada punto del que estaba encargado mi departamento con respecto al proyecto y estaba segura de que todo estaba bien. Emily me pidió que la siguiera, y en cuanto llegué a la puerta de la sala de reuniones me detuve. La abrió para encontrarme a Leonard y los otros directores ejecutivos.

—Buen día, Jennifer, puedes pasar —me pidió—. Es necesario terminar con esto. Gracias, Emily, puedes irte —le ordenó para luego invitarme a que me sentara—. Siempre me has parecido una ingeniera eficiente y cualificada. Sin embargo, no puedo seguir pasando por alto los errores que has cometido por mucho que Fitz quiera asumirlos.

¿Asumirlos? ¿De qué coño estaba hablando?

—Me gustaría saber de qué errores hablas —pregunté sin rodeos.

—El Departamento de Control de Calidad ha encontrado agujeros en los datos propuestos sobre la coordinación con la fabricación. Por lo que le pedí a Gregory que los revisara con detenimiento y, efectivamente, hay unos cambios que fueron enviados desde tu correo electrónico en los que comprometieron a la empresa y a la licitación. —Intentaba mantener la calma, era imposible lo que estaba diciéndome, me negaba a creerlo, todo era una broma de mal gusto—. Si no es por Nilson O’Neill, la empresa estaría en aprietos, ayer al atardecer recibió la información

correcta y se puso a trabajar en ello para que el proyecto no siguiera retrasándose.

De todas las personas del mundo no podía creer que él me hubiera hecho algo así. Traición no era la palabra correcta, puñalada traperera, sí.

—Me gustaría saber qué tiene que ver Nilson.

—Es el supervisor ejecutivo del control de calidad.

Abrí los ojos ante esa noticia, el muy miserable omitió que estaba designado a ese departamento y comprendí la confianza con Nicolás. Sentí rabia y ganas de patearle las pelotas, todo aquello era una pataleta a modo de venganza.

—No... No lo sabía. En mi defensa diré que, desde que Fitz asumió la supervisión, he trabajado minuciosamente cada dato y referencias, haciendo un estudio sobre ello para tener un colchón ante los imprevistos, por lo que me gustaría conocer al detalle esos agujeros de los que soy aparentemente responsable.

—No tengo que recordarte que las asignaciones de tiempo son fundamentales para una monitorización eficaz y es lo que hemos estado reprogramando estas últimas cuarenta y ocho horas para tener unas medidas contundentes y evitar más retrasos en el calendario. Cabe destacar que las técnicas que empleaste para la estimación dieron una pésima duración.

—Siempre he trabajado con una estimación de ejecución de actividades, llevo seis años en la empresa, todo lo que he aplicado es gracias a lo que John me enseñó antes de irse.

Leonard fijó su mirada en mí mientras trataba de mantener la calma, nada de aquello tenía ni pies ni cabeza y no podía culparme cuando mi trabajo estaba siendo supervisado por Fitz. ¿Por qué demonios no estaba allí?

«¿Por qué no te ha llamado para contarte lo que ocurría?». Leonard encendió el portátil que tenía frente a él, se metió la mano en el bolsillo de su americana para poner en la mesa un dispositivo. Abrí los ojos sorprendida, ¿cómo era posible que mi granada llegara a sus manos?

—¿Conoces este dispositivo?

—Sí.

—Entiendo que es difícil asumir los errores, sobre todo, cuando se juega el puesto de muchas personas. Los datos que Nilson encontró erróneos fueron dados al Departamento de Construcción.

—Estaba perdida, era una batalla de David contra Goliat, quería llorar y correr en busca del miserable de Nilson por habérmela jugado de esa forma. Leonard abrió el programa que usábamos para bases de datos y con ello comenzaron a hacerse las simulaciones. No eran los datos con los que estaba trabajando—. Me imagino que has comprendido el alcance de la gravedad. —Afirmé con la cabeza. En ese momento la puerta se abrió y Fitz entraba circunspecto.

—Sabía que era una encerrona. —Abrí los ojos, si ya estaba desconcertada y frustrada ante lo que sucedía, sus palabras me confundían aún más.

—Buenos días, Fitz, pensé que hoy estarías bastante ocupado en Edimburgo para personarte aquí.

—He logrado aplazarlo. —Leonard torció los labios.

—Está bien, le he estado comentando a Jennifer sobre lo sucedido y...

—Te dije que todo era una infamia de Nilson —lo interrumpió—. Sabes que tengo razón, no podéis seguir tapando los estragos que hace en la vida de otros.

—Fitz, si no recuerdo mal, ayer cuando tuvimos el *meeting* reconociste lo contrario.

—No es cierto, dije que había revisado el trabajo de Jennifer.

—Tus palabras reafirman los motivos de nuestra decisión, no confiabas del todo en su capacidad de realizar las tareas asignadas. —De todas las palabras que se echaban a la cara, lo que acababa de insinuar Leonard era lo mismo que en su momento me reprochó Fitz.



—Es una conclusión ambigua a la que no responderé. —Su respuesta daba pie a lo que me acusaban y dolía mucho que en el fondo desconfiara de mi profesionalidad—. Te pedí tiempo para indagar sobre qué había sucedido realmente.

—Recuerdo perfectamente la charla de ayer en la que te comprometiste a reestructurar el departamento y aseguraste que Jennifer no tenía nada que ver. El problema es que ha afirmado que este dispositivo es suyo, y Nicolás nos ha notificado que estos mismos datos han sido enviados desde su cuenta de interna de la empresa al Departamento de Construcción. En vista de tantas dudas he decidido hablar con su antigua jefa de departamento, y nos informó de que no era la primera vez que actuaba bajo su propia cuenta.

—Emily no es la más apropiada para hablar —lo interrumpí—. Gracias a mi ayuda ha podido solventar sus meteduras de pata ante algunos clientes.

—Leonard, con Emily estuviste a punto de perder el proyecto.

—Recuerdo perfectamente todo eso y que ayudaste a salir del aprieto ante el cliente cuando fue presentado, prometiste reconducirlo, el resto han seguido las pautas empleadas, pero según lo que he podido saber habéis tenido discrepancias.

—Sabes perfectamente que las discrepancias se solucionan, no es la primera vez que sucede en un grupo de trabajo.

—No puedo permitirme este tipo de errores.

No pude reprimir una lágrima, odiaba a Nilson por habérmela jugado de aquella forma. Mi vida profesional acababa de ser destruida y odiaba a Fitz por no tener el valor de contarme lo que estaba sucediendo y por tener que pasar por esa humillación. Por mucho que me defendiera, era una simple ingeniera que ponía en entredicho la palabra del supervisor-jefe del Departamento de Control de Calidad y familia de uno de los socios. Sentí repugnancia por haber caído en su maldito juego de haberme acostado con él, no era justo.

«¡Mierda, mierda y mierda! Ahora entiendo su pregunta. Y yo, querida conciencia».

—Fitz, eres uno de los mejores en el área de procesos de diseños de construcción y plantas y en poner en marcha la producción de los mismos. La mayoría en esta sala reconoce que me fue difícil que aceptaras el puesto, debido al nexo que tenías con mi sobrina.

¿Sobrina? Fitz me había ocultado que tenía un parentesco con los Callaghan, comprendía por qué conocía a Nilson. «¡Eras su puto juguete, Jenny!»». Acepté que era la verdad, sintiéndome humillada, muy humillada.

—Necesitaba salir del bache en el que se encontraba la constructora, sabes que no me considero una persona que juzga a la primera, sé que cometemos errores a diario, pero uno como este no puedo permitirlo. Jennifer —me llamó—, eres una mujer joven e inteligente, encontrarás algo con menos responsabilidades en otra empresa.

—Lo entiendo, recogeré mis pertenencias para marcharme lo más rápido posible.

—Recuerdo tu petición en caso de llevar mi decisión a cabo, como te informé ayer, puedes pasar por Recursos Humanos para una recomendación.

—Gracias por su amabilidad.

—Espera, Jennifer.

Lo ignoré abriendo la puerta, odiando a todos en aquel maldito lugar. Si en algún momento pensé que Brad me había humillado no podía compararlo a cómo me sentía en esos momentos.

—Fitz, me gustaría que me aclararas cómo lograste atrasar... —No alcancé a terminar de escuchar, no me importaba.

«Si es que no se puede ser bueno en esta vida, la mitad de las personas te creen tonta y la otra se aprovechan de ello. Es así, querida conciencia». Salí con mi cabeza en alto aguantando el

tipo.

En unos minutos media plantilla tendría conocimiento sobre mi despido: Jennifer Bond, la que casi se había cargado la empresa hacía unas semanas, lo había vuelto a hacer.

Jennifer no es de fiar, es de las que van por el camino fácil buscando un buen puesto acostándose con un O'Neill o tal vez con el nuevo, Fitz.

¡Malditos hombres! Quería gritar y mandarlos a todos al planeta mierda.

Había trabajado tanto en aquellas últimas semanas que estaba segura de que todo marchaba sobre ruedas, pero ese malnacido solo necesitó unos días para destrozarme la vida.

## No voy a negar que no soy un santo, en cambio, tú, amigo, callas más de la cuenta

Tenía tantas cosas que recoger que si tardaba más de lo necesario saltarían mis lágrimas y no podía permitirme eso. Años de aprendizaje en Construcciones Callaghan & O'Neill se habían ido a la mierda, no podía ignorar que me dieron la oportunidad de crecer, pero un miserable cabrón por mero capricho me echaba de la misma.

Me levanté con ganas de buscarlo y decirle lo que pensaba, sin embargo, Elly me detuvo.

—No.

—Apártate, Elly, ese cabrón no puede quedar impune.

—No lo hará, te lo prometo, pero mantén la calma o ¿quieres ser la comidilla?

—¡A ti qué más te da!, eres la reina cotilla. —Volteó los ojos y respiró profundo.

—Ve al baño mientras busco una caja, siento mucho lo que está pasando. No es necesario que la armes, ya hay mucha gente que en estos momentos le estará mandando mensajes contándole.

Estaba a punto de decirle que me importaba muy poco lo que dijiesen, al fin y al cabo, por mucho que yo intentara defenderme, no me creerían y me di cuenta de que tenía razón, por lo que me dirigí al baño a refrescarme la cara.

Quería llorar, gritar, maldecir... Había dado tanto de mí en aquel proyecto, me llevé las manos a la cara, ya no solo era el cabrón de Nilson, Fitz lo sabía. ¿Cómo podría volver a confiar en él? El habérmelo omitido era la peor de las traiciones y sin más me puse a llorar.

—Sabía que no ibas a poder mantenerte serena —me dijo Elly abrazándome.

—Todo es una mentira del miserable de Nilson, no sé cómo lo logró —le dije entre hipidos—. Es imposible que fuera durante estos dos días que he estado en cama.

—De ese malnacido me encargaré, ya te lo he dicho. —Ladeé mi cabeza y la observé sin entender a esa Elly de Calcuta que tenía a mi lado. Ese espíritu de bondad que había nacido no le pegaba para nada y no estaba dispuesta a que me sacara información para enterrarme definitivamente en el fango.

—¿Por qué me apoyas, Elly? Me lo advertiste cuando estaba de su lado.

—Sé que todos pensáis que soy una perra, es la imagen que me he creado, alguna vez fui un alma desgraciada como lo eres ahora, pero lo mejor es montar tu propia película y lograr que los demás terminen pensando que eres así. —Parpadeé sorprendida, así que todo era una pantomima...

No, no podía ser, lo del *office* era una auténtica dictadura. El pago, los intereses, la forma de amedrentarnos.

—¿Y qué me dices de ese apoderamiento del *office*?

—Es la única forma de mantenerlo o de lo contrario siempre terminarían pagando los tontos.

—Los tontos como yo...

—No quería ser tan directa —respondió—. Límpiame la cara y ve a recoger tus pertenencias. Yo estaré a tu lado, no dejaré que nadie se acerque como me llamo Elly MacGregor. —Sonreí a la vez que me sorbía la nariz—. Ahora que lo recuerdo, Fitz te está buscando.

—No tengo nada que hablar con él. —Alzó una ceja ante mi determinación.

—No voy a darte esta vez un consejo, necesitas pensar en frío. —Se alejó dejándome de nuevo sola en el baño. Estaba en la tesitura de salir y pedirle explicaciones a Fitz, aunque si lo hacía podía terminar peor de lo que me encontraba.

«*Jenny, no puedes escabullirte por la puerta trasera.* Como si eso no fuera lo que iba a pasar». Solté aire desalentada, por mucho que existiera un papel con una recomendación, en aquel mundillo todo se sabía con el tiempo. «*¡Basta de autoflagelarte!* No puedo, querida conciencia, me duele su actitud, me ha humillado de nuevo».

Abrí el grifo otra vez dejando que el agua corriera para refrescarme la cara y así evitar más lágrimas, cogí papel para secármela y salir a recoger mis objetos.

—Al menos tienes a Elly como escudera —me dije en alto. Regresé a mi mesa en donde estaba una caja, y ella esperándome, sin decir nada comencé a meter todo hasta que escuchamos unos gritos que provenían del otro lado del edificio.

—¿Parece la voz de Fitz? —Elly me dejó a solas para averiguar qué pasaba.

Algo que iba a echar de menos era su segunda profesión; la de cotilla de la empresa. Seguí recogiendo mis pertenencias para largarme cuanto antes, hasta que escuché el estallido de unos cristales. Me dirigí hasta allí y la escena dantesca que me encontré superaba todo lo que me imaginé.

Fitz torcía el brazo de Nilson, que tenía la cabeza contra la mesa de la sala de reuniones del sector oeste.

—¡Seguridad! —gritaba Nilson.

—Siempre haces lo mismo, buscar que alguien te proteja para seguir haciendo de las tuyas, esta vez no lo lograrás. —En ese instante dos agentes los separaron, a la vez que Leonard también aparecía.

—¿Qué demonios está pasando?

—Intento que confiese que ha sido él quien cambió los datos.

—Has estado presente cuando Jennifer Bond reconoció su error y renunció.

Abrí los ojos ante la mentira y me di cuenta de que por mucho que hubiera intentado demostrar que había sido un maldito sabotaje de Nilson habría sido en vano. Me sentí vulnerable al percatarme de que mi portátil había sido hackeado y entendí esas preguntas de Nilson.

—¿Por qué no cuentas la verdad? Que la habéis obligado a hacerlo.

—No me gustaría recordarte la situación en la que te encuentras.

—No tienes que hacerlo —masculló.

—A mí sí me gustaría saberlo —dijo Nilson.

—¡Todo esto es por tu culpa! —gritó Fitz. Nilson se escondió detrás de los de seguridad.

—¡Basta! ¿No ves que esto te va repercutir en el juicio?

¿Juicio? Ahora sí que no entendía qué sucedía y me fui acercando para saber más. Fitz se pasó la mano por la cabeza soltando aire y mascullando unas cuantas palabrotas.

—No voy a negar que no soy un santo —aclaró Nilson—. En cambio, tú, amigo, callas más de la cuenta o ¿has informado a tu equipo de trabajo de que los abandonas por un puesto más suculento en Edimburgo?

«¿Cómo?», fijé mis ojos en él que no se defendió. Sentí como si algo dentro de mí se rompiera, me había pedido que confiara, y lo hice. Abrí mi corazón para nada, no había aprendido sobre relaciones ni el amor, y de nuevo estampaba mi vida contra el suelo.

—Leonard, ¿has sido capaz de contarle esa información?

—Tengo mis métodos para saberlo, sabes que siempre hemos coincidido en amistades, hasta en mujeres, eso sí, siempre he sido el primero en meterme entre sus piernas, ¿sabes, Fitz? He llegado

a la conclusión de que te gusta comer los restos que voy dejando, incluso con esta pobre chica.

—¡Eres un miserable! —Los agentes de seguridad lo retuvieron—. ¡Soltadme! ¡Se merece que le parta la cara!

Sentí varios pares de ojos mirarme, era lo que me faltaba de todo aquel horrible momento. Era como si hubiera desnudado mis más íntimos secretos a todo el planeta, ni siquiera Brad lo había hecho tan descaradamente. Era uno de esos momentos que nadie en la vida debía pasar, en los que deseaba con todas las fuerzas que esa puerta trasera por donde debía haberme ido estuviera a un solo un paso y no tan lejos.

Toda aquella mierda había sido suficiente.

—Qué actitud tan agresiva, Fitz, al menos he logrado que salga ese tipo que intentas esconder, ese egoísta que prefiere un puesto de gerente general en Edimburgo, dejando con el culo al aire a tu chica o ¿me equivoco, Jennifer Bond? No me digas que no te había contado nada. —Fitz se giró sorprendido.

—¡Jennifer! —Levanté mi mano para que no se acercara y di un paso atrás—. ¡Maldita sea! Aún nada estaba concretado. —Sé que siempre había optado por llevar la contraria solo para hacer rabiar a mis padres, tíos, incluso amigas. Sin embargo, vivir una situación tan lamentable nadie se lo merecía—. Nada de lo que quiera decir es verdad. —Apreté mis labios evitando que las lágrimas saltasen solo porque quería que me respondiera lo que necesitaba saber con ansias.

—¿Todo tiene que ver con ese misterioso asunto familiar? —Respiraba alterado, en su cara se notaba la frustración. Cerró los ojos y afirmó con la cabeza.

—No podía rehusar esta gran oferta.

—¡Enhorabuena! —Sonreí—. El espectáculo se acabó, volved a vuestros puestos, ha sido suficiente para todos, y para mí también.

Me giré del todo y salí del edificio odiando a Fitz Sandford por ser el peor de todos los hombres que había conocido.

## No sé si puedo llamarlo amor

Apagué el móvil y me lancé a caminar durante horas por todo el centro de Londres hasta entrar en Hyde Park dejándome llevar por la tristeza otoñal.

Me senté en un banco tratando de comprender cómo terminé envuelta en todo aquel lío, solo quería saborear la felicidad de verdad. No quería ser como en esos anuncios que hablaban de encontrarla en el ser interior, simplemente quería disfrutarla y, por empeñarme en ello, un montón de personas acababan de enterarse de mi vida sexual, me había quedado sin trabajo, con facturas que pagar, sola y con el corazón roto. Sí, acababa de saltar mi modo *dramaqueen*. En cuanto llegara a casa tiraría a la basura todos esos libros de autoayuda y de novelas románticas que me llenaron la cabeza de tonterías y me dedicaría a leer novelas policíacas, eso me ayudaría a abrir los ojos y no caer con tres frases bonitas.

Sentí caer las primeras gotas de la lluvia que siempre acompañaba a la ciudad en aquella época del año, me levanté para refugiarme, seguía resfriada y no podía acabar con un cuadro de pulmonía. Caminé con rapidez hasta llegar a una cafetería en la que entré, me senté y sin más comencé a llorar de rabia, de frustración, preguntándome por qué Fitz me pedía que confiara en él cuando ni siquiera había sido capaz de contarme qué sucedía realmente en su vida, y recordé el domingo anterior, en plena madrugada, cuando mis piernas se enredaron con las de él, un momento que creí que era de confesiones.

Me contó que a días de su boda se había dado cuenta de que no funcionaría ante los problemas de salud que acarrearía su prometida y, por compromiso hacia ella y honor, siguió adelante. Al poco tiempo, la mayoría de las noches en las que cenaba la soledad pasó a ser su compañera, acostumbándose a ello y creyendo que era lo más cómodo y menos problemático. Para mí no fue fácil exponerme de la manera que lo hice, contándole parte de mis inseguridades, ni siquiera Ruperta y Yanira Guacimara sabían cómo Brad había mermado mi autoestima, la seguridad en mí misma.

Tal vez por miedo y vergüenza se los oculté, miedo a que ellas se lo echaran en cara, miedo a que él me dejara y quedarme sola, y vergüenza por callarme engrosando esa enorme lista de mujeres que lo hacían a diario, cada minuto, cada segundo. Solo los que vivíamos esas situaciones entendíamos lo difícil que era dar el paso y entonces estaba de nuevo en el punto de partida, en el que todo lo que había pasado sucedió por mi culpa y que me merecía que la vida me reprendiera.

Sí, era así de tóxica, hacía mucho tiempo que no me reprendía de esa manera, que no dejaba que la Jennifer insegura tomara la batuta, sobre todo, cuando acepté fingir que la soledad sería mi nueva compañera, evitando sacar todos esos miedos y dudas que vivían en mí durante casi toda mi vida y que me avergonzaba confesarles.

Siempre había alardeado de que amaba la soledad, que no le tenía miedo y la realidad era que sí tenía, ya sea por los mismos prejuicios que la sociedad había impuesto, fingía que no me afectaba y no era así. Tal vez Fitz era más valiente al aceptar convivir con la soledad. Para mí fue duro, muy duro, cuando aparentemente tenías una relación estable, comprendí que nos acostumbramos a callar y fingir para vivir de las apariencias. Noches frías, fines de semana en casa llenándote la cabeza de ideas absurdas que te llevaban a pensar que la mejor opción era aceptar sea quien fuese y no seguir enfrentándote a ese nuevo estado.

Había podido refugiarme en Ruperta y Yanira Guacimara, pero ellas tenían su vida y odiaba ser un lastre para sus planes. A menudo he escuchado que la soledad es lo mejor que me había pasado y no era así, deseé decirlo y callé. El ser vivo no estaba hecho para vivir en solitario, ni siquiera los animales lo hacían, por lo que el día que te enfrentabas a ella te dabas cuenta de que era la única que te ayudaría a encontrar un consenso contigo misma y aprender a rellenar esos espacios que alguna vez alguien ocupó. Solo entonces decidí llevar a cabo los propósitos, que debía retomarlos de nuevo, a pesar de que apenas tenía fuerza para ello.

Volví a casa, refugiándome en mi helado Oreo, en mis películas y libros románticos durante los siguientes días. Me dolía haberle abierto mi corazón dejando que sus palabras calaran hondo en mí. La perspectiva era esa; darle la bienvenida a la soledad, la realidad fue otra.

A las nueve de la noche sentí unos pies súper fríos en mi espalda.

—¡Malditos sean todos los dioses del Olimpo! —Me levanté sobre la marcha recordando que los planes de comer helado Oreo y ver películas habían sido cambiados por la cama y la tristeza.

Sí, volví a llorar ante la decepción que sentía, ante las ganas de llamar a Fitz y gritarle lo mentiroso que había sido, entre una idea y otra me había quedado dormida con solo la blusa puesta.

—¿Has visto que ha valido la pena?

—¿Qué demonios hacéis aquí?

—¡Vaya recibimiento! —protestó Yanira Guacimara.

—Si queréis volvemos a repetir la escena y salto de alegría, es tan agradable que unos pies fríos ataquen tu piel desnuda.

—Eso de atacar lo ponemos entredicho —se defendió Ruperta buscando sus medias para ponérselas de nuevo—. Llevo desde las dos de la tarde tratando de comunicarme contigo y, si no es por esa tal Elly, no me entero de que te han echado de la empresa y de que los dos gallos del corral se pelearon por ti, pero la culpa la tiene el tal Nilson.

¿Cómo había logrado Elly localizar a Ruperta?, recordé que había dejado la caja con mis cosas allí y entre ellas estaba una libretita con miles de contactos... Y, hablando de cajas, ¡mierda!

«Sí, Jenny, tienes que volver a la maldita empresa a por la caja». Miré a mis amigas con un puchero en mis labios.

—¡No! Sea lo que sea que quieras que hagamos no seré parte —dijo Yanira Guacimara. Empujándome a la cocina en donde tenía la mesa preparada con comida china.

—Depende, si es para darle en las pelotas al tal Nilson estoy preparada —añadió tronándose los dedos Ruperta, sacando segundos después una botella de vino del congelador para descorcharla.

—Ruperta Capone deberían llamarte. —La aludida mostró el dedo del medio sacando las copas y ordenándome que me sentara.

—Sé que os encargaríais de él, pero estoy segura de que Elly lo hará.

—Acepto que el capullo sabe meterse a la gente en el bolsillo o me estoy volviendo vieja en captar a la primera a cabrones como él.

—Yo creo que es lo segundo, Ruperta. —De nuevo le mostró el dedo del medio a Yanira Guacimara.

—Chicas, necesito que alguna de las dos vaya a por la caja, la he dejado en la empresa —interrumpí su dialogo antes de que me levantara y volviera a mi estado de regodearme en mis miserias—. No me atrevo a ir, después de todo lo que salió a la luz.

—¿Qué quieres decir?

—Contaros se me hace difícil, trataré de resumirlo, Nilson es un hijo de puta que destrozó mi carrera por el mero hecho de haberme enamorado como una tonta de Fitz, el cual hablaba de honestidad, me pedía que confiara en él, omitiendo que se iba a Edimburgo, a otra empresa con un mejor puesto, mientras a mí me echaban del trabajo sin tan siquiera poder defenderme.

—¿Por qué te lo ocultó? Necesito que me cuentes todo lo que ha pasado, Jennifer, o le diré a la tal Elly que lo haga y como vea irregularidad...

—No, Ruperta, no hagas nada por muy tentador que sea. Sé que ha sido impropio y ¿qué ganaría?, quiero cerrar este maldito capítulo de mi vida llamado: Los misterios de Fitz Sandford, el hombre que logró bajarme las bragas sin tocarme.

—¿De qué coño hablas ahora?

—Jennifer, necesito que me cuentes realmente qué ha sucedido, soy tu abogada y si ese despido es impropio los Callaghan y O'Neill van a tener que esconderse de mí.

—En serio, chicas, necesito alejarme, sobre todo de Fitz, ese tipo de hombres no son perfectos, diría incluso que son peores. Tanta educación, tanta honorabilidad, terminan decepcionándote mucho más, con un dolor —dije señalando mi pecho— aquí dentro que no tenéis idea y no quiero verlo, así tenga que alejarme definitivamente de Adele con tal de no volver a saber de él.

—Es asombroso cómo los sentimientos crecen de manera tan diferentes en una u otra persona.

—Reconozco que negaba que eso pasara hasta que lo he vivido; roces, palabras, miradas que te llenan... Creí al principio que era ese vacío que había dejado Brad, pero no, algunas personas logran meterse dentro de tu corazón y tu mente en segundos para no volverse a ir jamás.

—Sabes que una vez llegué a escucharle decir a mi abuela que la vida estaba llena de etapas y en cada etapa teníamos diferentes amores; desde el amor materno, fraternal, hasta aquel que te deja una huella en el corazón tan profunda que nunca te recuperarás. —Respiré con lentitud y bebí un poco de vino para no soltar el llanto que se me atragantaba. Tenía razón, Fitz había marcado mi corazón.

—No sé si puedo llamarlo amor, no sé cómo explicarlo, sencillamente no encuentro palabras. Solo sé que mis sentimientos se arremolinaban dentro de mí, tratando de salir como los fuegos artificiales y ese vacío que llegué a sentir con Brad no es nada comparado con lo que siento ahora, como si hubiera caído a un precipicio al que no le ves fondo.

Confesarlo me llevó a recordar cómo Fitz había logrado acelerarme el corazón, erizar mi piel y desear que sus labios se posaran en los míos, por primera vez creí que alguien me había aceptado tal como era y no como quería que fuera.

—Te has quedado en silencio, Jenny.

—Me siento rota, creí y confié en él.

—Que nunca un hombre te haga sentir menos, por mucho que sea el amor de tu vida —me dijo Yanira Guacimara sujetándome las manos.

Palabras parecidas me las llegó a decir Fitz, estuve a punto de confesárselo y el porqué me lo dijo, ver la decepción reflejada en sus rostros por haberle ocultado la inseguridad que Brad hizo que naciera en mí me sería difícil de asimilar. De todo aquello acababa de aprender que debía salir adelante yo misma, aceptarme como soy y no seguir escuchando los defectos que otros veían. Era Jennifer Bond, pelirroja, con curvas y deslenguada cuando quería, que debía cumplir sus propósitos añadiéndole otro: el de quererme cada día un poco más.

—Esta historia cojea —insistió Ruperta—. Me cuesta creer que ese hombre que te hizo sentir lo que acabas de describir sea tan ambicioso, mi olfato de abogada me dice que algo muy grande tiene que estar viviendo para haber tenido que escoger de esa manera.



—Ruperta, no seas abogada del diablo, esta vez no, siempre has ido en contra de ellos, era yo la que los justificaba y por primera vez no puedo. Me acojo a la lógica, si su ambición no estuviera por encima de todo, estaría tirándome a la puerta hasta que la abriera y no a vosotras escuchando hablar del dolor que siento.

## Ahora vas a escucharme, te guste o no

El fin de semana decidí cambiar mi vida comenzando por sincerarme con mis amigas. No era fácil sentar a Ruperta, una mujer segura de sí misma, y explicarle que un hombre logró que no me sintiera a gusto con mi cuerpo y terminara escondiéndolo. Ella me escuchó durante un buen rato, suspirando en alto, conteniéndose todo lo que pudo y, cuando terminé, concluyó con que Brad era hombre muerto. Yanira Guacimara, sin embargo, fue más comprensiva, aceptando que uno de los maltratos más disimulados era: las críticas disfrazadas de cariño.

Muchas veces preferíamos callar por vergüenza, sin darnos cuenta de que eso calaba en el interior. Entre otras decisiones, estaba llamar a mis padres y contarles que me había quedado sin trabajo y que necesitaría de cierta ayuda del gobierno mientras buscaba empleo. Ellos me recordaron que mi habitación seguía intacta y que contara con ellos para cualquier ayuda financiera, una buena desconexión y reflexión sería perfecta en el campo junto con los que más me querían.

De todas las experiencias que había vivido, y de las que mis padres se hubieran enterado, esa era la que más me había afectado y la que más me costaba intentar disimular. La mayoría las hice por rebeldía para que hablasen de mí con un verdadero motivo. En cambio, entonces lo que menos deseaba era estar en boca de todos, no sabía cómo iba a torear las preguntas directas que me llevasen a pensar en él, logrando que apareciese ese cosquilleo que recorría mi cuerpo, que el corazón latiera con rapidez y anhelara más que nunca las huellas de sus labios en mi piel. No, no podía, debía aprender a vivir con los recuerdos y seguir adelante.

Y, a pesar de que estar allí me convenía, era una mujer activa y la vida pacífica del campo comenzaba a hacer mella en mí, debía ocupar mi tiempo y qué mejor que retomando mis cursos *online*. Me esforcé en disfrutar de la cocina e ignorar esos pensamientos que me llevaban a recordarlo cuando su nariz rozó mi oreja y sus brazos cobijaron los míos. De esa manera, intentando mantener mi mente ocupada, la Navidad llegó.

Dos días antes acepté ir con mi madre a la ciudad para comprar los últimos regalos para mi padre y, cuando entramos al departamento de caballeros, no me esperé encontrarme con Syn. Medité en si acercarme o no.

«¿Seguirás dándole poder a ese lado gamberro? Sí, querida conciencia, sabes que llevo tiempo sin hacerlo». Era parte de mi esencia y no quería enterrarlo, ya había dejado de lado mucho por tratar de encajar en la sociedad y era hora de ser yo, así que me detuve ladeando mi cuerpo.

—Mamá, ¿ves a la chica con *septum*?

—¿Qué es *septum*?

Me mordí la lengua antes de contestarle con ironía. Me había prometido tratar de ser más cordial con mi madre, y ella prometió aceptar mis decisiones y lo diferente que era de los demás, por lo que debía explicarle de manera sencilla.

—Lo que parece un arete colgando de su nariz. —Frunció el ceño tratando de observarla, ladeó la cabeza.

—¿Y eso se llama así?

—Sí, a lo que iba... —proseguí antes de que Syn se alejara—. Esa chica es la pareja de Brad.

—¿Ese idiota logró engatusar a otra chica?

—Sí, mamá, todos los días salimos ilusas a la calle.

—Jenny, no eres ilusa, eres distinta. —Sonreí ante el intento de mi madre por animarme—. ¿Y cómo sabes que es su pareja?

—¿Te acuerdas del cumple del cachorrito menor de Adele?

—Se llama Francis, deja de decirle cachorrito. —Torcí la boca—. Y, sí, me acuerdo muy bien de que le compraste ropa para bebé.

—No fue mi intención, esa... —dije señalándola con disimulo— me atendió y se vengó de mí de esa manera.

—Pero ¿cómo sabía que eras tú?, no me digas que era una de esas fulanas con las que te puso los cuernos.

—Me buscó por las redes sociales.

—¿En plan psicópata? —Afirmé. Volvió a fruncir el ceño negando con la cabeza y me eché a reír por esa conclusión—. Y, bien, ¿qué quieres que haga?

—Lo que te apetezca, pero tengo que alejarme, no quiero que me vea.

—Está bien, vamos a hacerla sufrir un poco.

Se apartó fingiendo que veía unas corbatas, hasta que se acercó a ella con una prenda, solo entonces empezó a dramatizar más de lo normal y recordé en ese instante a Fitz cuando me había acusado de dramática.

Lo echaba de menos.

Cada noche recordaba cuando se sentaba a mi lado y me mostraba dónde me había equivocado, explicándome a su vez las desviaciones. Suspiré en alto, resignada a que debía aprender que había sueños inalcanzables que nunca se cumplirían. Opté por avisar a mi madre de que la esperaba en el departamento de libros, saqué el móvil y, para cuando comencé a escribir, escuché a Syn alzar la voz.

—¡Es imposible!; Oh, Dios mío!

—Cuanto lo siento, no creo que hablemos del mismo Brad.

—¿Su hijo es Brad Smith?, ¿el cantante?

—Sí, ¿lo conoces? —La boca de Syn comenzó a temblar y sin decir nada se apartó para entrar por la puerta donde solían estar los inventarios.

Mi madre siguió fingiendo desconcierto y se acercó a otra dependienta preocupada por lo ocurrido. Sentí curiosidad sobre la historia que había inventado, pero tendría que esperar. Le envié el mensaje y me fui al departamento de libros en donde me sentía más a gusto, perdiéndome un buen rato en ellos, hasta que encontré uno que me llamó la atención y decidí pasar por caja, entonces lo vi.

Mi corazón latió tan fuerte que pensé que iba a darme algún ataque, la piel se me erizó de arriba abajo.

«¡Cuerpo traidor! *Es tu lado sensitivo el que está actuando, Jenny.* Pero tú puedes pararlo. ¿*Estás segura de que es lo que quieres?*».

Fitz se mantenía cauto, esperando a que diera el primer paso, tenía dos opciones: girarme o saludarlo.

«*Añade a esas opciones el olvidar lo que hizo.* No, no puedo hacerlo, aún me duele que no hubiera tenido el coraje de aclararme sus intenciones, es mejor darme la vuelta».

—¿Podemos hablar?

—No.

—Jennifer...

—El tiempo de hablar pasó.

—¿Para quién? Porque no me has dado ni un minuto para ello. —Había borrado su mensaje sin ni siquiera leerlo y lo bloqueé para no saber nada de él. Necesitaba sacarlo de mi mente y de mi corazón y para ello debía tomar medidas para evitar caer en la tentación de llamarlo.

—Lo que tenía que saber lo averigüé ese maldito día que me echaron.

—El único que habló y te llenó la cabeza de dudas fue Nilson.

—Debo irme, me están esperando.

—Sabía que eras obstinada, pero no hasta el punto de pensar que tienes razón, has escogido el camino fácil y con eso estás siendo demasiado injusta.

—¿Crees que soy injusta? Injusticia es que te enteres por otra persona de que ese que habían asignado como el jefe sabía que habían considerado echarte y aceptó otra oferta de trabajo por ambición y que sabía que trataste por todos los medios de mantenerlo a raya mientras tu corazón se aceleraba cuando te tocaba, sí, ese al que le abriste el corazón cuando te decía que confiaras en él, cuando no confiaba en ti, al final te menospreció una y otra vez.

—Veo que siempre volverás a lo mismo. Fui un imbécil en dejarte cientos de mensajes y llamarte hasta el cansancio, incluso en ir a tu casa como un puto mirón esperando a que salieses o entrases, ¿para qué?, decidiste creer las mentiras del miserable de Nilson y alimentar tus malditos miedos. Pensaba que lo que comenzábamos era real, eso de que me gustabas tal como eres no era para ganar tu confianza, es la verdad, jamás se lo había dicho a una mujer ni mucho menos a aquella que tiene una familia tan peculiar; desde esos primos cabrones a los que les gusta humillar, a tíos que están constantemente observándote con lupa, ni olvidar a tu madre que por todo dramatiza.

—¿Cómo te atreves a hablar de esa manera de mi familia?

—De la misma manera que te atreves a echarme en cara una y otra vez que te he menospreciado, escondiendo así tus inseguridades. Te atreves a tacharme de tirano, cuando prefieres alejarte y culpar a todos, y no aceptar que no eres capaz de enfrentarte a los que te humillan y desprecian.

—Ese no es tu problema.

—Lo es desde esa madrugada en la que tuve que escucharte quejarte de ser la más miserable de la tierra y que me llenó de tanta frustración que toqué a la puerta de Tom para amenazarle de que le partiría la cara si se atrevía a humillarte de nuevo.

—¿Qué? ¿Crees que iban a tomarte en serio? ¿Desde cuándo eres defensor de las mujeres?

—Desde que decidí tenerte en mi vida.

—¡Y a qué precio! Así que solo te acuerdas de las burlas de Tom y Harry, pero no de quien me humilló de la peor manera delante de todos en ese maldito cumpleaños, no fue otro sino tú.

—¡Estaba jodido!, te habías acostado con Nilson y había logrado que llegara a mis oídos. Al verte allí me dejé llevar por la rabia y la frustración de que se aprovecharía todo lo que pudiera, como siempre lo hacía. Ese día me di cuenta de a quién tengo aquí dentro. —Señaló su cabeza y luego su corazón—. Es a ti y reconozco que tenía que haberte contado la verdad sobre mi discrepancia con él.

—Siempre supe que no eras ese don perfecto que intentabas imponer a todos.

—¡Joder, Jennifer! Nunca he pretendido eso, que no finja ser simpático para meterme en el bolsillo a todos no significa que sea un cabrón. —Estuve a punto de debatirle que no tenía razón, pero comencé a darme cuenta de que debía dejar de refugiarme en errores superfluos que hasta yo misma cometía.

¡Mierda! Me sentía tan confusa que lo mejor era despedirme.

—Fitz, es mejor que dejemos esta conversación.

—No, ahora vas a escucharme, te guste o no, es hora de que conozcas por qué no me fio de Nilson. Él y yo llegamos a ser buenos amigos en la universidad, confié tanto en él que terminó dándose cuenta a la primera cuando me interesaba una mujer, no es la primera vez que lo hace y estuve a punto de apartarme, no quería pasar por el mismo infierno de nuevo. ¿Ves esta cicatriz? —me dijo señalando la ceja—. Lo que viste en Construcciones Callaghan & O’Neill... No es la primera vez que le he intentado partir la cara. —Se pasó la mano por la cabeza—. Si no hubieras respondido a ese beso no estaría aquí como un imbécil, ni reuniría fuerzas para enfrentarme a él, pero sentí tu cuerpo reaccionar cuando te quité el jersey.

»El malnacido se ha salido con la suya, ha logrado que me fuera de la empresa como siempre deseó, mi presencia le recuerda cada día su cobardía. No tuve nada que ver con tu despido, fueron patrañas de ese maldito cobarde.

»He sido honesto, Jennifer, lo que ves ahora es lo que has visto desde que nos conocimos. Mi único error fue no haber tomado precauciones a sabiendas de lo que era capaz. Fui un ingenuo en pensar que al ser distinta a Kim se aburriría pronto de ti. Tal vez sí sentía algo por ti de verdad.

—Ese cabrón no siente nada por nadie —le respondí, y él sonrió de lado.

—Si fuese por mí, no estaría en este mundo. He vivido un maldito infierno por su culpa, habladurías y todo ese morbo que nadie pregunta de frente y se teje por detrás, he tenido que sacrificar mi orgullo, mi dignidad por el bien de otros.

—Cualquiera que te escuchase llegaría a pensar que se acostó con tu exmujer. —Fitz cerró los ojos, y no pude disimular mi sorpresa. Nunca me imaginé algo así, creí que Nilson lo hacía por increparlo—. Fitz..., yo...

—Hasta luego, Jennifer.

Se dio la vuelta y se alejó dejándome traspuesta.

## Veis que estoy a punto de palmarla...

Me abracé a mí misma sin saber qué hacer. Me sentía como una idiota por haberme dejado llevar por el cabrón de Nilson y por haber traicionado a Fitz. Nilson me había mentido en todo. «*Y lo más vergonzoso es que le creíste, Jenny, le seguiste el juego y te acostaste con él.* —Sentí arcadas, iba a comenzar a fustigarme—. *No tenías idea de lo sucedido*». Era absurdo que intentase justificarlo cuando sabía lo que se sentía al descubrir una infidelidad: humillación, rabia, asco.

Miré al frente, tratando de ver si aún tenía tiempo de alcanzarlo, pero ya había desaparecido, me sentía avergonzada, cada palabra había sido cargada de la verdad absoluta, me dejé llevar por lo más cómodo que sabía hacer y tenía razón, ¡mierda!

«*Cuánta razón tiene, Jennifer, te conoce más que yo.* Es cierto, querida conciencia». El problema no lo tenía él, lo tenía yo por no aprender en aquellos meses a dejar ir el pasado aferrándome a viejos fantasmas, el sentimiento de culpa apareció fustigándome con muchos «tal vez...»:

Tal vez si me dejase llevar menos por el orgullo.


Tal vez si aprendiera a observar mejor lo que sucede a mi alrededor.

Tal vez si dejase de culparme y enfrentara las situaciones muchos de los malentendidos en mi vida se solucionarían.

Tal vez si me dejase de tanto pensar y sacara mi móvil para llamarlo hasta que me respondiera... Respiré profundo y saqué el teléfono de mi bolso. La vida no era fácil, teníamos demonios que combatir, inseguridades que queríamos ocultar pensando que el hacernos los fuertes nos hacía poderosos, como esos superhéroes de las revistas de cómics que sacaban su superpoder para salvar al planeta, lo que acarrecaba tener ese listón de salvaguardar a las personas cada vez más alto de alcanzar.

Todos esos meses intentando dejar de lado el aprendizaje que conllevaba cada mala experiencia y tenía que venir él, el hombre más imperfecto para mi gusto, a decirme que a pesar de todos mis defectos me había metido en su corazón.

«*Nadie te había dicho nunca eso, Jenny.* Es así, nunca antes ha sucedido. *Entonces desbloquea el móvil y llámalo*». Busqué su nombre entre la lista de bloqueados dispuesta a hacerlo, sintiendo temor a que me rechazara, que sería lo normal que sucediera, y opté por el camino más fácil; un mensaje.

JENNY:   
Lo siento...

—¡Jenny! Al fin te encuentro —gritó mi madre. Guardé el móvil en el bolso sin terminar de enviar el mensaje—. Tenías que haber estado cuando le dije a esa chica que era la madre de Brad y buscaba la corbata para el enlace de dentro quince días. ¿Ha ocurrido algo? ¿Te ha llamado ese tal Fitz? Mira que, si es él, me das ahora el teléfono para ponerle los puntos sobre las íes.

—Es un mensaje de Ruperta diciéndome que me echa de menos. —No debía mentirle, era una de las cosas que me había prometido, pero no era el lugar apropiado para contarle lo que había

pasado.

—Puede venir cuando quiera a casa, eso sí, que sea más comedida. —Evité que se me saltarán las lágrimas pensando en que Fitz se hubiese metido en el bolsillo a mi madre al conocerlo mejor, no por ser reservado, sino por el hombre que había detrás.

—La llamaré y se lo diré, no prometo nada.

—¡Santo Dios! Esa chica me da miedo, puede soltar en cualquier momento alguna barbaridad que hace que me abanique. —Sonreí.

—Cuéntame qué ocurrió con Syn, me muero por saberlo —la animé dejando el libro en la primera estantería que encontré.

—¿No te lo llevas?

—No, prefiero escucharte, mami. —Sonrió, y salimos del departamento. Yo escuchándola, y ella hablando con más dramatismo de lo normal.

Unos días después de Navidad volví a casa para reunirme con Ruperta y Yanira Guacimara, que sugirió hacer un plato español, las tres hicimos una tortilla de patatas junto a unas croquetas de jamón entre risas, vino y harina.

Cerca de la medianoche, después de varias copas, nos acomodamos en la mesa picoteando y me di cuenta de que debía contarles lo que había sucedido entre Fitz y yo.

—Hace unos días me tropecé con Fitz. —Ruperta, que comía un trozo de tortilla, se atragantó comenzando a toser. Se dio unos golpecitos en el pecho hasta que una lágrima recorrió su rostro.

—¡Sois unas desalmadas! —protestó tosiendo—. Veis que estoy a punto de palmarla... —dijo, carraspeó y bebió un poco de la copa tosiendo de nuevo— y seguís sentadas bebiendo y comiendo, ojalá tengáis una puta pesadilla con una croqueta de jamón gigante que os persiga.

—¡Vaya deseos! Y todo por un trozo de tortilla —le reclamó Yanira Guacimara—. Nadie ha muerto por ello. —Bebió de la copa y fijó sus ojos en mí—. Ahora, que Ruperta logró con éxito revivir de su atragantamiento, puedes seguir contando ese encuentro, cómo y por qué coño no lo habías dicho en el grupo y te has esperado hasta ahora.

—Cierto —protestó Ruperta de nuevo carraspeando—. ¿En qué habíamos quedado?

—Reconozco que debí decíroslo, solo que necesitaba tiempo para asimilar todo lo que me dijo, de entender que los obstáculos en las relaciones aparecen para que aprendamos a enfrentarlos en pareja... Yo tengo que reaprender que no es la misma persona la que siempre debe tirar del carro. —Las dos se quedaron en silencio, parpadeando por mi verborrea, verlas así logró que me entrase un ataque de risa.

—No sé si mandarte a la mierda, por habernos tomado el pelo, o buscar la consulta del psicoanalista —me dijo Ruperta.

—Perdonadme, es que vuestros rostros me han hecho reír y todo lo que he dicho es lo que siento.

—Quítale la copa y la botella —ordenó Yanira Guacimara—. Vas a contarnos qué rayos pasó o me veré obligada a llamar al capullo de Tom y pedirle el número de Fitz.

—Dudo que te conteste —respondí—. El que follaras con él no te da ese poder, es otra quien le hace las mamadas ahora.

—¡Dios mío! ¿Dónde está tu madre? —exageró Ruperta burlándose sin vergüenza alguna—. Tiene que descubrir que no soy yo la que pervierte a su hija. —Volví a reír.

—Por favor, Ruperta, deja que cuente antes de que se arrepienta —le pidió Yanira Guacimara. Fijaron sus ojos en mí logrando que continuara.

—Nunca pensé encontrármelo tan pronto, mi corazón se aceleró y las manos me temblaron. En un principio le eché en cara lo que para mí había sido su comportamiento y cómo me llegué a

sentir. Él no se quedó atrás, sacó todo lo que tenía guardado, razonamientos que vosotras me habéis soltado más de una vez y lo que sentía por mí. Allí fue cuando me di cuenta de que fue el orgullo, junto con mis miedos, los que actuaron por mí. Reconoció que debió ser sincero desde el momento en que aceptamos dar un paso adelante, tal vez quería asegurarse y es entendible cuando también había vivido una infidelidad.

—No entiendo.

—Su mujer lo engañó con Nilson.

—¡QUÉ!

—Eran muy amigos en la universidad —proseguí antes de que sus conjeturas logaran que olvidara lo que pasó—. No entró en detalles, la única vez que habló sobre esa relación me explicó que había comenzado mal, ella prefería otro estilo de vida diferente al que él le gustaba. Sin embargo, nunca me contó los verdaderos motivos de que no confiara en Nilson, que no le creyese cualquier tontería que llegase a decirme, pensé que era cuestión de celos, de hombría de...

—Ver quién meaba más lejos.

—Sí.

—¿Y qué sucedió? Os habéis pedido perdón, y tu Úrsula está ejercitándose. —Negué con la cabeza.

—Cuando le fui a responder, se despidió y se fue. Creo que mi rostro, como solía decirme, se adelantó a mi lengua y prefirió no escuchar alguna palabra de lástima.

—Eso no es sentir lástima, es una noticia que te deja sin palabras, no todos los días un amigo se folla a tu mujer.

—Y no todos los días adivinas lo que va a decirte la mujer de la que te enamoraste y, sí, llegué a sentir pena por él olvidándome por unos segundos de que sé lo que se siente cuando te miran así.

—Tienes que llamarlo y tratar de quedar con él.

—No creo que responda, también tiene orgullo y es normal que se niegue cuando yo no respondí a ninguna de las suyas.

—Lo que no entiendo es por qué trabajaban en la misma empresa.

—Su exmujer es una Callaghan, y el capullo de Nilson es un O'Neill, no sé cómo se conocieron, Tom me contó que estudió con Adele el primer año y ya existía en su vida.

—Perdonad, la juez que hay en mí quiere reflexionar, te dije que la historia cojeaba y sigue cojeando a mi parecer, me es muy extraño que vayas a trabajar en una empresa que pertenece a la familia de tu ex, y que el hijo de puta que decía ser tu amigo y se la tiró también trabaje en la misma.

—No sé, Ruperta, él me habló de que tuvo que hacerlo por el bien de otros, que decidió eso a pesar de saber todo lo que hablaban por detrás. —Se miraron y luego fijaron sus ojos en mí.

—¿Y qué se supone que harás? ¿Cerrar definitivamente al amor?

—El amor no está hecho para todos, os lo dije, me ha tocado a mí pertenecer a esa lista y cerraré mi corazón a cal y canto.



## Cómo se podía poner de acuerdo al corazón y a la mente...

A principios de marzo recibí una llamada para una entrevista de trabajo de una pequeña contratista, tras haber tocado puertas y no tener respuesta alguna. Por lo que volví a casa para llegar puntual a la misma. Me decanté por una blusa rosa con cuello mao, manga tres cuartos, un pantalón marrón y unos *stiletos* beis. En cuanto entré al despacho, me presenté, tendiendo la mano a un hombre de mediana edad que me trató con amabilidad desde el primer instante.

Me informó de lo que hacían, solían trabajar en las diferentes funciones de ingeniería que prestaban y necesitaban a alguien con mi perfil para el proyecto que acababan de ganar. Les informé sobre el cargo que había desempeñado, los programas con los que estaba familiarizada y los proyectos de los que fui parte, a la vez que me preparaba para cuando me preguntase qué había ocurrido para no seguir en una empresa tan importante como Callaghan & O'Neill.

Ensayé varias respuestas horas antes. Desde que mi madre había sido operada de juanetes hasta que iba a hacer una maestría y necesitaba tiempo. Solo entonces me percaté de que no tenía ni idea de qué diría en la constructora, así que solo me quedaba contar la verdad a medias.

—Es interesante su hoja de experiencia —me dijo releendo lo que había enviado—. ¿Por qué no sigue en una constructora tan importante?

—Digamos que fue un mutuo acuerdo en reducción de personal.

—Sí, he oído que han tenido problemas y que un jugoso contrato los salvó de entrar en números rojos.

—Ya lo ve.

—Me gustaría aclarar que no tendrá las mismas condiciones. Como verá, Byrne Ingeniería es una empresa pequeña con deseos de crecer y expandirse a su debido tiempo y queremos gente que tenga ganas de trabajar.

—Lo entiendo, sé que no puedo esperar lo mismo.

—¿Y qué espera lograr si llegase a entrar?

Era una pregunta trampa a la que tenía que dar una respuesta que no fuera tan idealista, pero que pudieran comprender, que el crecer en conjunto irían de la mano. Podía decir que era una nueva oportunidad en mi vida profesional en ese nuevo año, para seguir con esos propósitos que apenas había tocado; tratar de dar lo mejor de mí para olvidarlo a él.

Sí, habían pasado casi tres meses y aún mi piel se erizaba al pensar en la última vez que nos tropezamos, en las ganas de volver a sentir sus labios estrellarse en los míos, en sentir el calor de sus abrazos y en lo mucho que lo echaba de menos. Podía explicarles que sería la vía de escape perfecta, pero nadie debía enterarse de ello a pesar de que prometí contarles a Ruperta y a Yanira Guacimara lo que me reservaba solo para mí.

Sonreí al hombre que esperaba mi respuesta.

—Obtener los resultados a los que desean llegar.

—Es un poco arrogante por su parte.

—Deseáis que la empresa crezca, y yo deseo ser una de esas hormiguitas que lo logren. —Me observó unos segundos frunciendo el ceño, tras lo cual se levantó, lo imité y alargó la mano para que se la estrechase.

—Tenemos otros posibles candidatos y luego me reuniré con la directiva y el ingeniero que

será jefe del proyecto para llegar a una decisión, en unos días le daremos una respuesta.

—Gracias por la oportunidad.

—Buen día, Jennifer Bond.

Me limité a sonreír en cuanto se despidió de esa manera, me traía recuerdos que hicieron estragos en mis sentimientos. Salí del lugar y me dispuse a caminar un buen rato pensando en Fitz, en hacerle caso a Ruperta y a Yanira Guacimara cuando me reprochaban por no dar el paso de llamarlo, siempre era tan práctico decirlo, sin embargo, al hacerlo te arriesgabas a sentirte peor de lo que podrías encontrarte, así que prefería quedarme en el banquillo siendo la lesionada de por vida.

Bajé a la estación del metro y decidí que debía seguir mi vida, ese año no solo me había propuesto seguir en el curso de cocina *online* y el de aprender español, sino tomarme en serio el volver a estudiar.

El lunes, mientras intentaba aprender a decir un trabalenguas español de unos tigres y su tristeza, mi móvil comenzó a vibrar, lo giré y al ver el número supe que eran buenas noticias. La primera vez que me llamaron guardé el número con la esperanza de que volviera a ocurrir. Sonreí pensando que Ruperta tenía razón, la vida comenzaba a cambiar y respondí de inmediato.

—¿Jennifer Bond?

—Sí.

—Buenos días, la llamo de Bryne Ingeniería y nos gustaría concertar una segunda entrevista sobre las cuatro de la tarde del día de hoy, ¿es posible?

—Sí, estaré puntual, muchas gracias.

—Buen día. —Colgó.

—¡Sí! —grité sintiéndome optimista por primera vez en meses y parafraseé una de las canciones de Bruno Marx saltando y bailando.

Me apresuré a buscar qué ponerme y ducharme. Traté de comer algo, pero me fue imposible por lo que a las tres de la tarde bajé deteniendo un taxi en dirección a Byrne Ingeniería.

Al llegar me pidieron que tomase asiento.

—Jennifer, gracias por venir —me dijo el hombre que me había entrevistado la vez anterior y que me pidió que lo siguiera hasta un pequeño despacho y me sentara.

—Verás, después de conocer al resto de candidatos, el jefe del proyecto se ha decantado por ti. Nos gustaría saber cuándo estarías disponible para empezar y a su vez recordarle que es un pequeño proyecto.

—Ahora mismo. —Sonrió.

—De acuerdo —respondió sonriente, seguidamente me informó del sueldo a percibir.

Una vez acordado, llamó a la asistente para tomarme los datos.

Al día siguiente fui presentada al resto de compañeros que de inmediato me acogieron y me informaron sobre lo que tenían avanzando. Echaba de menos toda aquella faena, esa vez no había un *office*, sino una mesa con una cafetera expreso y vasos de plástico, pero eso no era lo distinto del lugar, fue la amabilidad de todos.


Al llegar el fin de semana Ruperta y Yanira me convencieron para salir a cenar para celebrarlo y allí conocí a Shaun, el policía que traía de cabeza a mi amiga.

Las siguientes semanas me dediqué de lleno a revisar de forma correcta el coste correspondiente a las previsiones hechas, la ejecución progresiva en condiciones de seguridad, así como también a promover la seguridad laboral en todas las instalaciones para alcanzar los estándares de calidad requeridos, con el objetivo de alcanzar las metas deseadas después de verano.

Era septiembre y el cambio de estación comenzaba a notarse. Un cambio que me daba cierto respiro a pesar de haber apartado de mi vida a personas queridas, como Adele, pero era lo mejor para mí y mi corazón.

Estaba haciendo estimaciones y comenzando a crear una oferta para uno de los proyectos que quería licitar Byrne Ingeniería para el año siguiente y contaba las horas para las ansiadas vacaciones. Yanira Guacimara y Ruperta habían organizado una escapada a Canarias, recordando aquel fin de semana en el que nos habíamos olvidado del mundo.


Acepté la idea por complacerlas, pero, al final, me dejé llevar por su entusiasmo. Proseguí con el trabajo hasta que mi móvil vibró haciendo temblar la mesa.

GRETA:   
¡Jennifer! No puedes irte sin saber lo último,  
el proyecto de Asia es un hecho, incluso han  
contratado a un nuevo ingeniero y tengo información de primera; estás dentro.


Abrí los ojos sorprendida. Greta era la asistente de la empresa que me recordaba a Elly, sin la mala leche que era la marca personal de ella.


Con Elly mantenía contacto, de vez en cuando me escribía y me preguntaba cómo me iba. Elly era un ejemplo de cómo las personas podían engañarte con su actitud y la vida falsa que se creaban.


El mensaje de Greta me llenaba de entusiasmo, era un proyecto que había ayudado a ofertar y que me asignaran como parte del equipo lograba cumplir uno de mis objetivos; volver a creer en mi capacidad de trabajo. Releí el mensaje sonriente hasta que me percaté de ese detalle.


JENNY:   
¿Un nuevo ingeniero?


GRETA:   
Viene a encargarse de Construcción y Proceso.

JENNY:   
Byrne se quiere asegurar un gran éxito.

GRETA:   
Sí, amiga, dará la noticia en breve.

JENNY:   
¡Qué misterio!

GRETTA:   
Ahora sí puedes irte feliz a esas merecidas vacaciones.

JENNY:   
Voy esperar el correo antes de hacerme ilusiones.

Se despidió con un emoticono y seguí trabajando con ese gusanillo de querer saber si me habían asignado, aunque eso del nuevo compañero despertó en mí una sensación que no tenía desde hacía casi nueve meses. Solté aire al pensar que era imposible y recriminándome que volviera a mi mente cuando, precisamente para tratar de seguir adelante, le había rogado a mi madre que no me pidiera ir a ninguna de las celebraciones familiares y que ninguno de ellos intentase comunicarse conmigo.

Cobardemente, decidí bloquear sus números de mi teléfono, llegué a la conclusión de que era la mejor manera de seguir adelante.

Me limité a esperar hasta que Byrne apareció y nos pidió atención para dar la noticia y comunicarnos quiénes estaríamos asignados a ese proyecto. Al nombrarme sentí cierta vergüenza cuando todos comenzaron a darme la enhorabuena. Byrne me pidió que fuese a su despacho, que deseaba hablar conmigo en privado, y me levanté para ello mientras me seguía explicando lo que pasaría.

Entré y me senté a la espera, taconeando el piso con cierta ilusión, en mi mente maquinaba todo lo que tenía que planificar. La puerta se abrió, ladeé la cabeza y ahí estaba Fitz.

—Hola, Jennifer. —No es que no desease durante todos aquellos meses volver a verlo, pero no en esa situación, era como si hubiera caído en un sueño y acabara de despertar en Callaghan & O'Neill. Él dio un paso, y yo me levanté sobre la marcha sin poder ignorar cuánto me afectaba que estuviéramos en la misma habitación.

—Intenté que fuera lo menos traumático posible, por eso le pedí a Byrne que nos permitiera hablar.

—¿Qué?

—Antes de que comiences a imaginar tonterías, no sabía que trabajabas en esta empresa hasta la semana pasada, para mí también fue toda una sorpresa encontrarte y sé que no tengo ninguna excusa, han pasado muchos meses en los que pude intentar buscarte y no lo hice. Byrne me ha hablado de tu desempeño y dedicación en los proyectos, le he dicho que lo conozco de buena mano, por lo que le conté nuestra historia. —Se acercó a mí, y no me moví, las piernas me temblaban tanto que temí que si daba un paso me caería.

—¿Por qué?

—Tuve la impresión de que quería saber si éramos capaces de trabajar de nuevo juntos.

—¿Y tú crees que somos capaces de hacerlo?

—Por primera vez no sé si lo que pueda responder será lo correcto.

—Entonces tenemos un problema, yo tampoco lo sé. —Fitz sonrió, y traté de disimular mis nervios. ¿Cómo se podía poner de acuerdo al corazón y a la mente para que entendieran que esa nueva oportunidad ninguno de los dos la había buscado y que la respuesta que él deseaba no podía dársela a la primera de cambio? Escuché unos nudillos tocar en la puerta y ladeé la cabeza en cuanto vi a Byrne.

—No quiero presionaros, tenéis días para pensarlo —dijo adivinando lo que se me cruzaba por la mente—. Lo que sí es cierto es que no me gustaría perderos. Jennifer, afirmaste que nos ayudarías a cumplir metas y nos has demostrado tu empeño en lograrlo y, si bien me tomó por sorpresa que Fitz me confesara lo vuestro, comprendí que es un hombre honesto y eso es lo más importante en esta empresa.

—No puedo negar que esto es demasiado violento para mi gusto —le confesé—. Y que me ha tomado tan desprevenida que no sé qué responder, tampoco deseo ser la que dé la última palabra y que pueda perjudicar a alguno de los dos o a la empresa.

—Es comprensible, si finalmente no deseas trabajar al lado de Fitz te reubicaremos en otro proyecto, espero que a la vuelta de tus vacaciones me dejes saber la decisión que has tomado.

—Gracias, Byrne. —Miré a Fitz y apreté mis labios—. Buenas tardes —fue lo único que pude decir para huir del despacho con rapidez.

Mi corazón desbocado necesitaba unos minutos a solas. Unos minutos en los que pudiera entender que de nuevo Fitz entraba en mi vida. Tomase la decisión que tomase, aún teníamos mucho de qué hablar.

Cerré los ojos tratando de calmarme, dejando que el cosquilleo, que había vuelto a aparecer dentro de mí, tuviera más fuerza que nunca. ¿Qué haría? La decisión no quería tomarla a sabiendas

de que mis sentimientos estaban más vivos que nunca. Sonreí como una tonta, no podía ignorar que había cambiado ese aspecto de seriedad con el cual lo había conocido, estaba más guapo, más desenfadado.

«*¿Eso es lo único que has notado de lo que acababa de suceder?* Claro que no es lo único, noté cómo me miraba, cómo su sonrisa hizo mella en mí y cómo él metió las manos dentro de los bolsillos del vaquero, tal vez también ansioso por este nuevo encuentro. *¿Que harás, Jenny?* No lo sé, tengo tiempo de reflexionar».

Bufé para mí misma, ese viaje que haría ya no sería por placer, sino para tomar una gran decisión en mi vida.

## Un don nadie

Recogí mi bolso y me despedí, decidiendo comenzar mis vacaciones. Sabía que nadie iba a estar murmurando, no esa vez, por lo que prometí volver bronceada...

«¿Desde cuándo puedes darte ese lujo?». Era verdad. Siendo pelirroja lo que menos pasaba era que alcanzara ese color que Yanira Guacimara traía en su piel cada vez que regresaba de sus vacaciones. La odiaba, el mío era un color gamba que acabada de pasar por la plancha, sin dejar de lado mi pelo. Digamos algo así como una gamba con peluca. Comencé a dar vueltas a la cabeza pensando en cómo contarles a las chicas sobre el proyecto.

Podía omitir lo de Fitz y confesárselo en cuanto estuviese con varias copas de más. Sí, era lo mejor, si se lo contaba antes de nuestro viaje cambiarían totalmente nuestros planes. En cuanto me senté en el vagón busqué los auriculares para ponérmelos, abrí el Spotify con la mala suerte de escuchar esa canción que intenté cantar la primera vez que Fitz pisó mi casa.

La escuché con los ojos cerrados, tratando de entender la letra, ya que era en español y dejando que mi mente se llenase de esas imágenes en la que me había pillado en pleno ataque de espontaneidad. Sonreí al recordar que había disimulado que le gustaba lo que veía. Mientras ambos tratábamos de ignorar lo que sentíamos en nuestro interior.

El móvil vibró con un mensaje privado de Ruperta recordándome la cena que había prometido hacer y que llevaba tres días practicando para intentar que saliera lo más parecido a la imagen original, sin embargo, las chicas me animaron a que no desistiera. Corrí a darme una ducha rápida antes de que llegasen.

Cuando tocaron el telefonillo les abrí con el mejor aspecto que podía darle: «el pijama».

—Confío en que la próxima vez que te vea salir de una habitación sea con un vestido medio puesto o de lo contrario la libido me llegará a mínimos.

—Me parece que eso del vestido lo hemos discutido, y aceptaste mi decisión —le respondí tratando de seguirle la corriente. Ruperta levantó una ceja.

—No, en ningún momento la he aceptado, estoy convencida de que después de atiborrarte de alguna bebida lograré que te lo pongas y folles.

—No sé si seguir alimentando tus esperanzas.

—Hablando de alimentar, he venido a eso y espero que esta vez no quemaras el caldero. —Volteé los ojos, no olvidaba ese percance que había pasado meses atrás.

—O la guindilla —chinchó Yanira Guacimara ganándose una mirada asesina por mi parte. Por qué se empeñaban en recordar momentos en los que Fitz estuvo presente, por qué justo ese día...

—Estáis a punto de que me arrepienta y llame a Adele para invitarla junto a sus cachorritos.

«¿En serio has dado esa respuesta? Sí, lo sé», Adele era a la que menos debía nombrar, dadas las circunstancias y mi comportamiento, lo más probable era que estuviese decepcionada conmigo después de no responder a ninguno de sus mensajes y bloquearla por un buen tiempo para que desistiese, me sentía muy avergonzada al suponer lo que todos conocían.

—El repertorio de excusas se te está acabando, y creedme que lo que tengo que contarte me ha costado mantenerlo en secreto hasta este día. —Ruperta dejó de reír al igual que yo.

—¿Qué ha pasado?

—Por favor, no me digas que tengo que volver a buscar antecedentes de alguno de los tipos

raros que te has tirado.

—¡Serás zorra! Te recuerdo que estoy del lado de la ley desde hace unos meses.

—¡Pasad, que hace frío! —les pedí antes de que comenzaran a hablar de sus relaciones y del tamaño de las pollas de los que solían acostarse.

Cerré la puerta y volví a la cocina para retomar fuerzas y seguir guardando mi secreto, saqué las copas sirviendo el vino, mientras ellas dejaban sus pertenencias en el recibidor.

—Primero voy a comer —advirtió al entrar a la cocina.

—Espero que no nos hayas tomado el pelo o te enviaré tanta negatividad que tu Úrsula terminará con sequedad.

—Va siendo hora de que dejes a ese *hippie* con el que estás liada —le pidió Yanira Guacimara—. Esos tipos de pensamientos no son acordes a ti.

—Es profesor de yoga y enseña posturas excelentes para follar, no te imaginas que... —La interrumpí.

—Quiero saber qué es eso que Yanira Guacimara tiene que contar y guarda con tanto hermetismo.

—Es mejor que cenemos y luego os cuente, si lo hago ahora no podrás volver a probar bocado, Jennifer.

Abrí los ojos en cuanto dio a entender que tenía que ver conmigo, lo primero que me pasó por la cabeza era Fitz, al segundo lo descarté, no lo conocía y me reproché por darme cuenta de que volverlo a ver me había afectado más de lo que creí.

Respiré profundo y me dispuse a poner la mesa con la vajilla y la cubertería. Yanira Guacimara comenzó a hablar sobre el viaje, mientras me ayudaba y, a pesar de querer prestarle atención, mi cabeza solo me recordaba cada instante del encuentro. Su saludo, su formalidad, su sonrisa. ¿Estaba dispuesta a trabajar con él cada día sin poder ignorar el deseo de sentir sus labios de nuevo? Tal vez no podría.

—Así que hoy toca comida francesa —afirmó Ruperta en cuanto vio la *tartiflette* a la francesa.

—Sí —respondí evitando que preguntaran por qué estaba tan distraída. Terminé de servir y las miré.

—*Bon appétit*<sup>[25]</sup>.—Esperé pacientemente a que alguna de las dos diera un bocado y establecieran un veredicto. Ruperta suspiró en alto, cortó un poco y se lo metió en la boca. Me miró a mí y luego a Yanira Guacimara hasta que tragó.

—Yanira Guacimara, no seas cabrona y prueba también, no esperes a que te diga si está bueno, la que estaba desesperada por comer eras tú. —Sentí ganas de estrangularla, fingí que ese comentario no me molestaba. Corté un trozo y lo probé. Miré a Yanira Guacimara que al verme se echó a reír, bebió un poco de vino y sonrió.

—Está muy bueno, primera vez que te sales, Jenny, te has superado, amiga. —Sonreí a modo de agradecimiento.

—Gracias, me ha costado lo suyo, pero vuestro veredicto me anima.

—Aunque no lo creas, ahora podrás ir a casa, a mi impoluta cocina, ya no me ahumarás mis calderos relucientes.

—¡Vete a la mierda, Ruperta! —le dije entre risas. Alzó la copa y nos miró. Decidí que era hora de contarle lo sucedido omitiendo a Fitz—. Tengo algo que contaros.

—Vas a quitarle el candado a tu Úrsula.

—No, seguirá en celibato —sentenció cortando el tema que trataba de meter—. Hoy en la empresa nos han anunciado que han logrado un nuevo proyecto y es importante.

—Eso es bueno —indicó Yanira Guacimara.

—Y me han incluido en él.

—¡Qué alegría, Jennifer! —Ruperta se levantó para abrazarme—. Al fin la vida te vuelve a sonreír, brindemos, ¡por muchos más proyectos para nuestra Jenny! —Yanira Guacimara alzó la copa, y yo también lo hice, a la vez que las chocamos y siguieron indagando. Traté de darles detalles, evitando hablarle de Fitz. Sentía que se me atragantaba cada vez más, pero Yanira Guacimara se adelantó antes de que finalmente les contase.

—Jennifer, necesito que seas capaz de comprender lo que voy a contar, es sobre Fitz. —Abrí los ojos preguntándome qué sabía ella.

—¿Cuándo y cómo lo has conocido?

—No, aún no hemos sido presentados, tengo la esperanza de que me lo presentes, aunque sí sé quién es y creedme que entendí muchas cosas y no sé... —Se echó a reír—. Perdonad, pero estoy imaginándome algo que Ruperta entenderá luego.

—¡Quieres hablar de una puta vez! —le advirtió Ruperta.

—Hace días Shaun me invitó a cenar a un restaurante lujoso, pensé que me propondría dar un paso más e imaginé miles de excusas para negarme a ello. Después de pedir, y que nos trajeran el vino, miré a mi alrededor tratando de darle tiempo a que soltase lo que quería. Sin embargo, perdió mi interés en cuanto vi al cabrón de Nilson con otra. Sentí ganas de acercarme y dramatizar con que era mi marido, pero no tuve tiempo. —Yanira Guacimara bebió de la copa dejándonos a la expectativa, estaba nerviosa desde que lo nombró y tras decirme que había entendido muchas cosas, pero era difícil de asimilar que estuviera también Nilson... ¿Los dos en el mismo lugar?, fijé la mirada en ella, que mantenía la copa en sus labios, por lo que me levanté y se la arrebaté.

—Basta de jueguitos, vas a contar todo de una buena vez. —Se echó a reír de nuevo.

—Como iba diciendo, estaba dispuesta a hacerlo, pero un hombre alto, rubio y con gafas se acercó a ellos dándole las buenas noches, fijó la mirada en la mujer y le dijo: «Espero que te des cuenta de que este que tienes frente a ti es un cabrón con las mujeres, es mejor que te levantes antes de que lo sea contigo, además, él y yo tenemos que finiquitar unos cuantos asuntos pendientes». La mujer se levantó y sin decir nada desapareció.

»El hombre de gafas volvió a mirar a Nilson y le reprochó: «Sabía que en cualquier momento te volvería a encontrar, y nadie me impedirá romperte las pelotas esta vez. Lograste llenar de dudas a Jennifer, alejándola de mí». —Yanira Guacimara bebió un poco de la copa suspirando, para después fijar los ojos en mí—. Sí, Jennifer, te nombró con voz frustrada. «Eres un mierdecilla egoísta al que no le importa ensuciar el trabajo honesto de otros, aunque te salió mal la jugada, me alegro de que el sindicato de trabajadores de Construcciones Callaghan & O'Neill te demande».

»Nilson no se sintió afectado o eso me pareció ya que le respondió sin temor alguno: «Siempre supe que ese sentido de honestidad tuyo rozaba lo exagerado, lo que no puedes pasar por alto es que al final somos iguales. Estuviste a punto de mandar a la quiebra a una empresa tan prestigiosa como Construcciones Callaghan & O'Neill en cuanto tuviste esa absurda idea de renunciar, a sabiendas de que el cliente quería que fueras parte del proyecto. Es tan estúpido perder un prestigio como el que estabas cosechando por una mujer que no es nadie, dejándote llevar por los sentimientos. Deberías agradecerme que la catara antes, aunque yo siempre me adelanto, Fitz». —Ruperta soltó el tenedor en el plato, sorprendida, al igual de lo que yo estaba—. Sí, yo estaba igual que vosotras, ya que ahí supe quién era.

»Él se acercó y lo agarró por la camisa. «Adelante, pégame», lo retó Nilson. «Sabes que no miento, siempre pruebas las sobras que deajo, primero Kim y luego Jenn...». No alcanzó a terminar cuando un puño se estrelló en su cara, cayendo al suelo, pero el capullo se levantó, acariciándose



la mandíbula y lo increpó. —Volvió a beber un sorbo de la copa, nos miró a ambas y sonrió. «*¡Vaya manera de hacerte sufrir!*, cierto, querida conciencia», y se lo iba a hacer saber. Sin embargo, Yanira Guacimara se dio cuenta y decidió proseguir—. «Si tanto la querías, ¿por qué ignoraste las advertencias de Leonard de que no te metieras? Tanto alardear de rectitud y honestidad, cuando no fuiste sincero con ella, al igual que nunca has querido dar el paso de despejar esas dudas con el asunto en el que siempre me has querido involucrar».

»De nuevo Fitz volvió a darle otro puñetazo logrando que cayera en la mesa de unos comensales. El metre se acercó, tratando de calmarlos y llamando a otros camareros para que avisasen a la policía. —Parpadeé varias veces sin poder asimilar lo que sucedía—. Aún no he terminado —dijo Yanira Guacimara. Cerré los ojos y solté aire esperando lo peor—. Él le dijo: «¡Maldito cabrón! No podía hacer nada hasta que la sentencia saliese, muy a mi pesar tuve que escoger entre Jennifer y Gabriel, y él está por encima de todos, incluso de ti».

»En ese instante se acercó un niño de unos tres años y le sujetó la mano. Fitz lo alzó dejando perplejo a todo el restaurante al ser el vivo retrato de Nilson, el niño lo miró y preguntó: «¿Quién es, papá? Por qué le haces pupa en la nariz». «Un don nadie», le respondió Fitz.

## La vida te volverá a sonreír, esta vez de verdad

¿Padre? ¿Fitz, padre? Me supuse tantas cosas de por qué nunca me aclaraba sobre ese asunto familiar. Llegué a pensar que no se había divorciado o que su carrera era más importante que todos lo que le rodeábamos, incluso que su familia tenía una deuda de dinero con los Callaghan, con eso de que debía favores, pero que fuese padre nunca se cruzó por mi mente. Y recordé esa ocasión en la que se atrevió a preguntarme qué pensaba sobre los niños.

«¡Maldición! *Después de la respuesta que le diste, es normal que se pensara el contarte algo tan importante.* Es comprensible, sobre todo que no era...». Abrí los ojos y miré a Yanira Guacimara, no podía ser cierto.

—¿A que no te habías percatado de eso?

—¿Tanto se parecían?

—Era calcado a ese capullo... —Solté aire cerrando los ojos. Era muy difícil estar en sus zapatos, tenía que haber un buen motivo para que aceptase semejante responsabilidad.

—Jennifer, esta vez te has superado.

—No es gracioso, Ruperta, me cuesta entender por qué aceptó esa paternidad.

—Tal vez su honorabilidad lo llevó a hacer la buena acción de su vida.

—Te has pasado de frívola, Ruperta —protestó Yanira Guacimara. Me uní a mi amiga, por mucho que uno quisiese vivir la vida de manera correcta, cada día nos equivocábamos y aprendíamos de los errores, sin embargo, tomar una decisión así...

«*Tal vez deseaba ser padre. Pero ¿a qué precio?*». Al fin entendía eso de las habladurías y de lo que podían decir sobre él. Era de valientes llevar la cabeza en alto a sabiendas de que todos conocían la verdad.

—Sé que en estos momentos crees que todo está perdido, no sabemos con exactitud qué ocurrió realmente para que él decidiera irse de Callaghan & O' Neill sin decírtelo, deberías llamarlo.

¿Llamarlo? Estaba dudando sobre trabajar de nuevo codo con codo junto a él y con aquello no podía ni siquiera mirarle a la cara, evitando que se diera cuenta de que conocía la verdad. Me convertiría en una más de ese grupo de personas que se acercaban a él por curiosidad.

«*Di la palabra, Jenny.* Lástima. En algún momento pasará y no sé si soportaré el sentimiento de culpabilidad por haberme dejado llevar por la vergüenza. *¿Y si te recuerdo esa pregunta sobre los niños? ¡Maldita sea mi lengua! Eso pudo haberlo empujado a no contarme nada.*».

—Sé por qué nunca me lo dijo.

—Porque no dejaste que hablara cuando te lo pidió.

—No, su decisión la tomó mucho antes.

—¿Qué demonios hiciste?

—Dije. —Suspiré en alto—. Hablábamos de los cachorritos de Adele, y le solté que los niños eran seres demoniacos que podían atemorizarte y que jamás me vería con uno, ya que era un desastre para tener una responsabilidad así para toda la vida, que estaba segura de que lo perdería en cuanto comenzara a caminar y lo llevase a un parque. —Ruperta y Yanira Guacimara se miraron de reojo y de inmediato se echaron a reír.

—No sé de dónde has sacado semejante conclusión —respondió Ruperta.

—Está claro que has olvidado aquella vez que fuimos a casa de Lynda a conocer a su pequeña —añadió Yanira Guacimara.

—No entiendo.

—Conmigo no dejaba de llorar, Jenny —me recordó Ruperta—. En cambio, en cuanto estuvo en tus brazos comenzó a reír y a mover las manos y los pies.

—¿Y eso qué quiere decir?, que recuerde aún no me he convertido en *Nurse Matilda*.<sup>[26]</sup>

—Cuando quieres hacerte la tonta, lo logras a la perfección —protestó Yanira Guacimara.

—Creéis que hacer reír a una pequeña es sinónimo de llevarme genial con todos los niños del mundo, pues no y, además, ¿qué tiene que ver con Fitz y su hijo?, nada.

—Tiene que ver y mucho, si bien no fue la primera vez que sucedió, ¿recuerdas al hijo de Adele? —Y empecé a reír, en cuanto me vino a la mente lo indignada que estaba por las palabras que su cachorro había aprendido.

—Se acuerda, acaba de sonreír —dijo Ruperta.

—Eso no ayuda en nada —respondí sonriendo—. Yo no puedo llamar a Fitz y decirle «quiero hablar contigo, por casualidades de la vida me he enterado de que eres padre». No es tan fácil cuando ni siquiera lo puedo asimilar.

—Pero lo echas de menos.

Sí, lo había echado de menos hasta entonces que había vuelto a verlo.

—Sí. —No podía ocultarlo y me costaba cada vez más confesarles que había vuelto a mi vida.

—Creo que eso no es lo que realmente debes preguntar —añadió Yanira Guacimara mirándome a los ojos

—¿Y qué debía? —preguntó Ruperta.

—Si sigue sintiendo ese cosquilleo que nos confesó hace meses...

¿Que si lo sentía? Desde esa mañana estaba más segura que nunca. Mi corazón se aceleró de una manera única y no podía seguir negando que cada noche al cerrar los ojos llegaba a sentir su respiración jugar con mi oreja, sus labios rozar los míos y sus manos acariciar mi piel. No solo era físico, tenía que ver con el haberme ayudado a enterrar esos demonios que Brad había sembrado en mí. Fijé los ojos en Yanira Guacimara con la plena convicción de contarles lo que había ocurrido.

—¿Recordáis cuando hablamos de los diferentes amores y...? —Mi móvil comenzó a sonar llamando la atención de todas.

Lo cogí al ver que era mi madre, entendí que no debía contarles aún, era mejor esperar a que volviera de vacaciones, estaría más despejada y nada influenciaría en mi decisión.

—Hola, mamá.

—Jennifer, cariño, quería saber cuándo viajabas —me preguntó desde el otro lado de la línea.

—El lunes.

—¿Qué te parece si vienes a comer el domingo?

—Tengo que hacer equipaje y mañana me iré de compras o Ruperta moriría de un infarto con mis bañadores, y eso me llevará mucho tiempo. Te prometo que a mi regreso pasaré por casa.

—¡Bikinis! Aclárale, por favor. —Se entrometió con un único fin. Volteé los ojos a sabiendas de que no iba a callarse—. Como uses esos que vi en el cajón, no vas a follar con ningún morenazo español —soltó para fastidiar a mi madre que de inmediato gimió—. Tienes que renovar esa ropa que parece congelada en el tiempo.

—Jenny, si tienes sexo, usa preservativos.

—¿En serio has creído a Ruperta? —Las muy cabronas comenzaron a reírse a carcajadas, frunció el ceño esperando a que pararan.

—Yo qué sé, Jenny, habla tan en serio.

—Tienes que aprender a ignorar a ciertas amigas que tengo.

—Lo intentaré, un beso y disfruta.

—Hasta luego, mami. —Miré a mis dos amigas cruzándome de brazos, sabía que lo habían hecho a propósito, mi pobre madre lo intentaba, y Ruperta aprovechaba solo para mortificarla.

—Un día de estos voy a ir a casa de tu madre a preguntarle si se tropezaron y caíste al suelo al día siguiente de nacer. —Yanira Guacimara volvió a reírse—. Hablo en serio, esto no se puede considerar normal y lo peor de todo es que eres jueza.

—Pobres los culpables cuando dictaminas la sentencia: el Juzgado de Primera Instancia lo encuentra culpable y cumplirá la condena de matarse a pajas durante veinticinco días —indicó Yanira Guacimara.

—La verdad es que eso nunca lo he propuesto, pero puede ser una solución y, por cierto, da las gracias a tu madre porque llamó, estabas a punto de confesar quién sabe qué, y no quiero seguir viéndote tan triste, es como si un nubarrón gris invadiera este espacio —protestó Ruperta, levantándose para llenar las copas de vino y alzar la suya—. Y declararé a partir de ahora que desde el lunes todo cambiará, la vida te volverá a sonreír, esta vez de verdad.

Después de ese brindis Ruperta cambió el tema encendiendo el Google Home para pedirle canciones al alzar.

—Y, si no follas tú, lo haré yo, pero las vacaciones serán nuestro segundo resacón —afirmó señalándome y siguió bailando. Traté de seguirlas, fingí que me divertía, pero lo que en realidad deseaba era enviarle un mensaje a Fitz pidiéndole vernos para revivir esa historia entre él y yo.

Las chicas no dejaban de decir burradas sobre lo que haríamos en cuanto entrásemos en el avión, seguía la conversación a ratos. Lo único que tenía en la mente era romper esa barrera que había puesto entre los dos, pero me había propuesto aprender de mis errores y temía que al enviarle un mensaje caería en esa actitud que mantuve con Brad, la de mendigar su atención.

En cuanto pidieron que apagáramos los móviles, lo saqué del bolso para hacerlo.

—Escríbele —me dijo Yanira Guacimara.

—Solo hay tres opciones: que pase de ti, que te tenga bloqueada o que responda, y para vivir todo el tiempo con incertidumbre es mejor arriesgarse. Además, solo él, tú y nosotras sabremos de ese mensaje —concluyó Ruperta

—¡Tan temprano y tan resolutiva! —chinchó Yanira.

Tenían razón, a lo mejor era una metedura de pata, pero una más en mi vida ya no importaba. Abrí el chat, busqué su nombre y le escribí:

JENNY: 🌙

Me es difícil escribir este mensaje, no estoy convencida de si hago bien, solo quería decirte que me ha gustado volver a verte.

Apagué el móvil y me puse el cinturón para el despegue, no tenía ni idea de qué pasaría luego, solo que por primera vez en mucho tiempo sonreí con verdadera ilusión.

## Finjamos que es de burra, por favor

En cuanto aterrizamos encendí el móvil con impaciencia por descubrir si me había respondido, pero se volvió a apagar, había olvidado cargarlo al completo, tendría que esperar hasta llegar a casa de los padres de Yanira Guacimara para enchufarlo, lo cual no pude hacer ante el recibimiento que tuvimos.

Comida, bebidas, bailes y el desparpajo de los familiares lograron que olvidara por completo lo que dejaba atrás, hasta el siguiente día cuando encendí el móvil después de cargarlo toda la noche. Me sentía como esos momentos en los que estabas a punto de recibir esa noticia que te cambiaría la vida, las pulsaciones se aceleraron y hasta las manos me sudaban. Solté aire y abrí el wasap.

FITZ: 📄

Sabes que no soy de expresar mis sentimientos, me metí en la cabeza que no volvería a verte de nuevo y me equivoqué. Espero no equivocarme al aferrarme a la idea de volver a verte en unos días.

Sonreí como nunca, expresaba tanto en esas palabras que esa sensación que oprimía mi pecho comenzó a desvanecerse. Guardé el móvil para que las chicas no advirtieran que me había respondido y comenzaran a atosigarme para que le escribiese, y me dispuse a intentar seguir las vacaciones.

Los primeros días del viaje fueron divertidos, conociendo diferentes lugares de la capital, Yanira Guacimara nos enseñaban palabras y modismos imposibles de pronunciar, que, junto con los sabores de la comida, se convertían en una experiencia distinta.

Ruperta fue la que más aprovechó el tiempo conociendo a fondo a uno de esos primos que intentaban ligar con nosotras. El compartir con ellos me recordó a mi familia y sus celebraciones llenas de algarabías, risas y bromas. Durante las noches las ganas de escribirle volvían para contarle sobre mis vacaciones, pero esa no era la mejor manera de intentar acercarme, como si no hubiera sucedido nada entre los dos. Así que intenté centrarme en el viaje y en los días siguientes. Partiríamos al sur con un solo propósito; lo que pasara ese fin de semana se quedaría allí.

De antemano sabía que si no tomaba las medidas pertinentes en algún momento pasaría a modo langostino. Lo que nadie esperaba era que sería Ruperta la que se convertiría en un alíen rojizo andante y que terminásemos buscando toda clase de remedios para aliviarle sus quemaduras, por tanto, lo que sería un fin de semana de fiestas y copas acabó entre leche, yogur, risas, burlas y confesiones, hasta que Yanira Guacimara decidió acabar con ese modo abstemio.

Entre copas y quejas de Ruperta, me di cuenta de que había llegado el momento de contarles a las chicas la verdad, pronto volveríamos a Londres y seguía sin saber qué hacer. Bebí un largo trago del vaso con ron y las miré.

—Tengo algo que deciros.

—Si es que te has estado mensajeando con Fitz, lo sabemos —respondió Ruperta maldiciendo el tener que moverse un poco—. Y, si necesitas privacidad para sexo telefónico, no cuentes con que me vaya de la habitación, apenas puedo moverme.

—Solo recibí una respuesta, Ruperta, y no me he atrevido a escribirle nada más. —Resopló mascullando unas palabras malsonantes.

—¿Y por qué no te has atrevido? —preguntó Yanira Guacimara—. Tenía la teoría de que los mensajes impersonales daban más valor a la persona para poder decir lo que siente que haciéndolo frente a frente.

—Con Jennifer parece que no da resultado.

—Es que hay más. —Ambas fijaron su mirada en mí—. No sé si es casualidad o es que el destino decidió que fuese así, el caso es que, el día que anunciaron el nuevo proyecto, volví a ver a Fitz.

—¿Por qué coño no nos habías dicho nada?

—Estuve a punto de hacerlo, hasta que Yanira Guacimara contó lo de su paternidad, me bloqueé, sigo estándolo y súmale a eso miedo. Pensé que nunca volvería a verlo y que esto que siento se iría apagando y no fue así, ese día casi me desmayo.

»¿Os acordáis cuando dije todo lo que bullía en mi interior?, ese día explotó como nunca y desde entonces mis pensamientos se contradicen una y otra vez. Quiero llamarle y pedirle disculpas por no darle la oportunidad y a la vez pienso sobre las veces que le di esa oportunidad a Brad y cómo terminó. No quiero caer en ese círculo vicioso de nuevo, por lo que estos días he llegado a tomarme en serio la otra opción que me dio Byrne.

—¿Cuál se supone que es?

—Negarme a trabajar de nuevo con Fitz, no es lo más valiente y demuestra que mis inseguridades siguen a flor de piel, pero no quiero seguir disimulando, no quiero ir por la vida aparentando que soy fuerte, que nada me afecta, cuando no es así. Me gusta sentir, que mi piel se erice, sonreír al ver una pareja darse arrumacos, suspirar por ello, tener miedo a lo desconocido, me gusta sentir al cien por cien.

Era consciente de que las cicatrices de relaciones de años no se podían curar de un día para otro, sobre todo, las secuelas, sin embargo, todos teníamos otra oportunidad de intentarlo en la vida si habíamos aprendido de esas malas experiencias.

—La verdad es que no sé cuándo pasamos de estar maldiciendo a los bronceadores a hablar de sentimientos y de lo que estamos hechas. Si bien las mujeres somos fuertes y decididas, somos las que más amor damos —respondió Ruperta—. No conozco aún a ninguna persona que salga ilesa de una relación difícil —prosiguió acercándose a mí sujetándome la mano—. He tenido casos duros de los que no quiero dar detalles, pero la huella que dejan en la autoestima no sana con rapidez y si la persona no desea seguir adelante aprendiendo a aceptarse como es vivirá en un continuó ciclo de caer en relaciones parecidas a las que dejó atrás.

»Ya hemos hablado sobre Brad, y no voy a perder valiosos segundos para volver a él, sin embargo, tienes un reto bastante peculiar. Fitz es distinto, por lo que me has dicho, y me atrevería a decir que él también tiene demonios que combatir.

—Y no es que esté cachas, pero tiene ese sexapil —indicó Yanira Guacimara, sonreí—. Es normal que tengas miedo, sigo dándole largas a mi policía y sé que en algún momento tendré que dar el siguiente paso y quisiera tener esa misma sensación que tienes. No es que no la tenga, me gusta y mucho, pero a mí no me pasa eso que hacen tus ojos cuando lo nombras.

—¿Y qué hacen?

—Chiribitas.

—¿Chirriqué? —preguntó Ruperta por esa palabra en español que no comprendíamos. Yanira Guacimara se echó a reír.

—¡Chispas!

—Chispas saltarán si no vuelvo a echarme leche en el cuerpo, ¡maldito bronceador de coco!  
—Corrí a buscar lo quedaba de leche, a la vez que Yanira Guacimara la ayudaba a entrar de nuevo

a la bañera—. Solo espero que a Cleopatra le funcionaran esos baños de leche que se echaba.

—Me parece que la leche de Cleopatra era de burra.

—Por favor, Jennifer, no me desilusiones más de lo que estoy, quería que Úrsula tuviera su fiesta española y aquí me tienes, metida en una maldita bañera un sábado a las once de la noche, echándome una leche de cartón, finjamos que es de burra, por favor, mejor aún de bu...

—Finjamos que es de burra y punto —concluyó Yanira Guacimara riéndose.

—Prometeme que nadie en la vida sabrá lo que ha ocurrido en este hotel.

—Prometemos que mientras estemos sobrias —añadí—, nadie sabrá de tu experiencia lechera.

—¡Jennifer! Llámalo, es hora de que comiences bien este capítulo de tu vida.

Sonreí con sinceridad.

El «otra vez me engañaron, otra vez me mintieron» inunda tu mente, tu corazón

Regresamos a Londres y con ello a la realidad. Las chicas no volvieron a tocar el tema, ya que no querían interferir en mi decisión. Retomé mi rutina de hacer ejercicios y pasar unos días en casa de mis padres. Podía llamarlo y pedirle quedar en algún lugar, pero eso condicionaría a ambos lo que pudiéramos aclarar. Lo mejor era esperar hasta el lunes. Sin embargo, el domingo, cuando regresaba a casa mi madre, me tomó desprevenida, era el cumpleaños de uno de los cachorritos de Adele.

Comencé a negarme, estaba segura de que, si iba, me tropezaría con Fitz, quería verlo, pero no exponerme delante de toda mi familia, que habían visto de primera mano lo sucedido con él en aquella fiesta de cumpleaños. No, no estaba preparada para tener que lidiar con murmullos y sonrisillas de medio lado, y mucho menos para tenerlo tan cerca y a la vez tan lejos.

«*Tal vez sea el lugar perfecto para hablar.* No, querida conciencia, es el peor lugar para una conversación que me negué en su momento a mantener», pero mi madre insistió pidiéndome que me sentara en la cama a su lado.

—Hazlo por mí, Jenny.

—Mamá, no quiero ser la prima solterona que va a todos los cumpleaños.

—¡Mira que eres dramática!

—Tengo a quien salir. —Sonrió.

—Jennifer, no eres la única con la que la familia Bond se ha ensañado con burlas, yo también las sufrí, era torpe e ingenua. A diferencia de mí, decidiste alejarte y hacer tu vida aparte, yo lo hubiera hecho, pero quiero a tu padre, a pesar de ese carácter tan pasivo y de sus hermanos burlones.

»Tengo que pedirte perdón al ser cómplice de las burlas y habladurías de la familia, de no detenerlo y no percatarme de cuánto podía influir en tu vida. He hablado con todos, incluso con Gordon, y les he recordado a cada uno los errores que han cometido y que han traído consecuencias.

Digerir todo lo que me decía no era fácil, nos habíamos acostumbrado a que el mundo debía girar en torno al más fuerte, el que tenía que ser una piedra que no sintiese por muchos tropiezos y golpes que se diera y esconder nuestros sentimientos para que otros no siguieran burlándose o humillarnos y es que el mostrar un ápice de ser diferente era señal de debilidad.

Había dado en el clavo con que estaría más vulnerable que nunca y odiaría que todos me mirasen con vergüenza, no quería eso, prefería mil veces volver a casa a tener que percibir ese sentimiento en ellos.

—No quiero que nadie se sienta forzado a... —Levantó la mano pidiéndome que la dejara terminar.

—¿Tom te ha llamado disculpándose?

—No.

—Entonces no adelantes acontecimientos.

Acepté acompañarla y para cuando llegamos se escuchaban murmullos, risas, una música que



no llegaba a molestar, junto al olor a comida que llegaba de algún lugar del fondo de la casa, todo aquello era parte de la identidad de los Bond. Odiaba los comentarios burlones, pero quería volver a disfrutar de lo que Brad había logrado que me alejase.

—¡Melda! —Abrió los ojos en cuanto el cachorrito de Adele me reconoció.

—¡Coleguilla!

—¡Vichiosho!

—¿Qué ha dicho? —preguntó mi madre abriendo mucho los ojos y mirándome a mí.

Me eché a reír y me incliné para estar a su altura y levantar la mano, pero supuse que no tendría ni idea de chocarla, sin embargo, me dio una lección acercándose y uniéndola con la mía.

—*Zhapatito achul*, ¡Cher!

—Avanzas muy rápido para seguir los pasos del tío Tom y los Bond, colega. —Levanté de nuevo la mano y volvió a chocarla riéndose.

—¿Jenny? —me saludó con desconcierto—. No tenía ni idea de que venías.

—¡Vichiosho! —Gordon abrió los ojos.

—¿Qué has dicho? —No pude evitarlo y me reí aún más.

—Perdón, pero no puedo evitarlo.

—Ya veo que te hace gracia.

—Dejémonos de tonterías. —La falsa sonrisa con la que solía saludar se borró, torciendo los labios—. Me saludas porque Adele te lo exige, si no me mandarías a la mierda.

—¡Jenny!

—De paseo —me corregí complaciendo a mi madre.

—Definitivamente, necesitas mucho cariño, pero mucho. —Comencé a morderme la lengua.

—Gordon, te lo has buscado —respondió mi madre por mí—. Cualquier cosa que te responda haré que no la he escuchado.

—Se te revoluciona el pueblo, Gordon... —Quería seguir increpándome y al ver a mi madre a la espera de su respuesta bufó, y aproveché la oportunidad—. Te cuento que la amazona y yo hemos firmado la pipa de la paz. —Estaba mintiendo de manera descarada—. Comportate como el angelito que no eres o lograré que hoy no folles y tendrás que matarte a pajas una buena temporada.

Abrió los ojos a la vez que mi madre se tragó un gemido, hasta que escuchamos las carcajadas de Tom.

—Sabes que aposté a que no volvería a verte en una buena temporada.

—Lo sé —mentí de nuevo—. Ahora iré a por mi parte.

—Soy tu maestro y sé que mientes. —Y sin más me eché a reír, y nos abrazamos.

—Odio que reconozcas de qué pie cojeo.

—Sabía que echabas de menos estar con tus primos preferidos.

—¡Que sentimental te has puesto!

—Bueno, hay cosas que van cambiándole la vida a uno. —Fruncí el ceño ante esa reflexión tan poco de él. El Tom que tenía a mi lado no era el que conocía.

Siempre le gustaba llamar la atención, como esa vez en la que él y Harry aparecieron en una cena navideña vestidos con un pulóver de un muñeco de nieve boca abajo, en donde lo que usualmente era la nariz, «la zanahoria», sobresalía más de lo normal y el gorro tenía dos bolitas doradas a los lados con campanillas incluidas y, por supuesto, todos se percataron de la doble intención. Sus madres tardaron meses en dirigirles la palabra de nuevo.

—En fin, voy a ayudar a mi mujer antes de que quemé la cocina.

—Entonces ha dado en el clavo en casarse con un Bond. —Rio dándome un empujoncito con la

cadera en cuanto nos separamos—. Tengo la sensación de que buscas darle más cachorritos a tía Mary. —Tom soltó una carcajada.

—¡Esa sí es buena, Jenny!

—¡Oye, Gordon, no te enfades! No tengo la culpa de que tengas complejo de caballo ganador. —Tom volvió a reír a carcajadas mientras escuchábamos a Gordon maldecirme.

—Siento todo lo que te he hecho —me dijo en tono bajo Tom—. Quiero que sepas que me alegra que vuelvas y todo va a marchar bien desde ahora. —Se separó guiñándome un ojo.

Me acerqué aún más al salón y mis temores se hicieron realidad, al ver a Fitz salir de la cocina con una mujer sonriendo a su lado con complicidad.

Quise dar un paso atrás, aquello era bastante violento y comencé a arrepentirme de haber aceptado venir. Si hubiera mantenido mi decisión no tendría que haber pasado por esa vergüenza de verlo con otra.

—Hola, Jennifer.

Comencé a preguntarme por qué demonios me pasaban situaciones donde la vida me dejaba en evidencia y a eso le añadíamos que el silencio absoluto se instaló en la casa. Sí, era como si todos esperaran mi respuesta, quizás un «no me llamo Jennifer» o, lo que es peor, un «que te den».

—Hola, Fitz —respondí—. Solo he venido a saludar y desearte un feliz cumpleaños al cachorrito, tengo..., tengo otro compromiso.

—¡Papá! —Se abalanzó sobre él un niño sujetándose al bajo de los pantalones. Al verlo no pude pasar desapercibido el enorme parecido con Nilson. Yanira Guacimara tenía razón. Di un paso hacia atrás del que Fitz fue consciente.

—No, espera. —Alzó al niño y se acercó rápidamente a mí—. Gabriel, ¿quieres conocer a una persona especial para papá?

Me pasé la lengua por los labios y pensé en lo irónica que era la vida para tener que hacernos pasar por aquella situación en donde se suponía que debía ser algo tan personal y no en una habitación rodeada de gente atenta a mi respuesta. Sonreí nerviosa y me acerqué temblorosa secándome la mano en un torpe intento de presentarme.

—Hola..., Ga... —Carraspeé un poco—Hola Gabriel. —Tendí la mano, y el niño escondió su rostro en el pecho de Fitz.

—¡A que es muy guapa! —le dijo Fitz, volvió a mirarme y me sonrió—. Eleonor, puedes llevarte a Gabriel, Jennifer y yo tenemos una conversación pendiente.

—Conozco el lugar perfecto para ello —anunció Adele.

Ladeé la cabeza al verla a mi lado, preguntándome cómo había llegado hasta allí, era como esa hada madrina que apareció cuando la desgraciada chica no sabía cómo ir al baile, solo le faltaba decir «*Bibidi bábidi bu*».

—No hace falta un lugar perfecto, Adele —le respondí pidiéndole que no siguiera, me ignoró por completo sujetándome del brazo.

—Tenéis una cuenta pendiente conmigo, y tú —dijo y me palmeó el brazo más de lo normal—, me hubieras llamado o respondido a uno de los miles de mensajes que te he enviado, te hubieras evitado esto, y tú —indicó cruzando su brazo con el de Fitz—, te has hecho de rogar mucho, así que estáis en mi territorio y haréis lo que yo diga. Ahora vais a ir a cierto lugar a resolver vuestro dilema.

—¡Joder, Adele! Mira que eres aguafiestas, esto era lo único con lo que me iba a divertir.

—¡Cállate, Tom! O te reventaré la sorpresa. —Y eso era lo normal en las celebraciones de los Bond. Adele nos empujó hasta su despacho—. Muy bien, tenéis toda la tarde para hablar y, Fitz, no te preocupes por Gabriel, está con tu hermana y luego irá a jugar con mis hijos. —Cerró la

puerta y nos dejó a solas.

Aquello era lo más difícil que había tenido que vivir en mi vida. Los dos de pie sin decidir quién sería el que tomaría la iniciativa de comenzar, él me miraba, y yo lo miraba con los nervios a punto de traicionarme.

«*Menudo lío, Jenny*. Así es, querida conciencia». Se acomodó las gafas y soltó aire.

—He tenido que dar muchas explicaciones últimamente, pero, de todas, esta es la que me siento menos seguro de comenzar. Quizás debería contarte esas partes que omití en aquella conversación que tuvimos y entiendas por qué soy padre de un niño de tres años y no lo era cuando nos conocimos. —Estuve a punto de confesarle que lo sabía, pero prefería que él me contase todo con lujo de detalles para poder hablarle sobre lo que Yanira Guacimara presencié. Quería sentarme en una de las sillas que estaban frente a la mesa, para evitar que mi pierna comenzara a martillear el piso, por lo que apoyé mi culo en la mesa y esperé que prosiguiera—. Hay actitudes y situaciones que por mucho que evitamos caer en provocaciones pueden estallar en cualquier momento. —Soltó aire y me miró a los ojos—. ¿Recuerdas lo que te conté de mi exmujer y cómo conocí a Nilson en la universidad?, de hecho, lo llegué a considerar mi mejor amigo durante un buen tiempo. Siempre ha sido él el que cae bien a todos, es su mejor carta de presentación, por lo que conocía todo de mí. Él fue quien me presentó a Kim, ya se conocían por amigos en común, la familia de ambos, me quedé prendado de ella.

»Al principio se lo tomó como algo pasajero, pero conforme vio que iba en serio se alejó o eso es lo que me dio a entender. A Kim le causaba terror mi entorno, Harry estudiaba Medicina; Adele, Odontología, y ella escondía algo que ellos podían deducir si los trataba con frecuencia. Allí comenzaron nuestros problemas y el descubrimiento de lo que sucedía cuando vi lo peor de ella. Mi exmujer sufre de trastorno maniaco-depresivo. Aceptarlo no fue fácil, me di cuenta de que no era su culpa haber nacido con esa enfermedad y decidí seguir a su lado en el mundo donde se sentía más segura, en donde su familia podía acallar bocas con un fajo de billetes. Nilson, su amigo, optó por alejarse en los momentos más bajos de Kim y seguir con su vida, para él yo perdía mi tiempo.

»Así es de hijo de puta. Kim logró salir de ese episodio no por mi ayuda, sino por ella misma, gracias a que llevaba el tratamiento a raja tabla. Fuimos felices, no puedo ocultarlo, durante un buen tiempo, y me centré más en terminar mi carrera, el postgrado y el máster. Logré encontrar mi primer trabajo como ingeniero en Edimburgo en una compañía trasnacional. Un jugoso puesto para un joven y le pedí que comenzara los preparativos de la boda.

»Después de casarnos, Kim comenzó a exigirme ser más participativo en eventos que me eran súper aburridos y llenos de hipocresía, no me percaté de que en realidad volvían de nuevo síntomas, gastaba más dinero de lo normal y siempre estaba sonriente y ansiosa por tener sexo. Lo achaqué a que estaba más dedicado a ganar experiencia y méritos en el trabajo. Se lo confesé a Nilson, y él me sugirió sustituirme para que me centrara en mi carrera. Éramos buenos amigos, casi hermanos, y ella era como una hermana para él, esas fueron sus palabras.

»Sentí alivio, Jennifer, y así volvieron los episodios con mayor intensidad, sobre todo después de lo que ya sabes, y él desapareció.

—Lo siento, sé qué es una infidelidad, también la viví, pillé a mi ex entrar en un reservado del Barrio Rojo en Ámsterdam.

—Siempre te dirán que es duro, no me quiero poner en tus zapatos, no sé qué decir... y es cierto, la traición es tan dolorosa que no se superará nunca, aprendes a vivir con ello, pasarán los años y alguien conocerá tu historia y lo comentará y todo volverá a ser recordado. Solo nos queda aceptarla, seguir adelante para superarla. Kim terminó confesándome que se acostaba conmigo y

con Nilson al mismo tiempo, después de volver de una clínica en donde estuvo bajo terapia, allí me reveló que estaba embarazada y no sabía quién de los dos era el padre.

»Lo más fácil para todos era que interrumpiera el embarazo, pero no quiso, para ella era el mejor regalo que la vida le regalaba. Pude desentenderme, pero era mi mujer con una grave enfermedad que no era consciente de las consecuencias de sus actos. Ahí se dio cuenta de que la utilizaba, que esas promesas que le hizo nunca serían reales. Me dio la opción de hacerme las pruebas en cuanto naciera y salir con la cabeza en alto, pero Gabriel no tenía culpa, él no pidió que lo engendraran ni que su padre fuese un cabrón al que solo le importaba su polla y dónde meterla.

»Los episodios aumentaron cuando decidimos separarnos de mutuo acuerdo, fuimos conscientes de que no había esa conexión que se necesitaba en un matrimonio. ¿Recuerdas ese domingo que nos tropezamos en la librería?, la mujer que apareció situándose a mi lado era ella. —Por supuesto que lo recordaba, ella era impresionantemente guapa y me hizo sentir tan mísera a su lado, jamás hubiera podido competir con ella—. Kim me preguntó quién eras, y se lo dije. Temí que eso pudiera repercutir en su decisión, pero lo que me dijo me sorprendió, que había visto cómo me gustaba más de lo que yo mismo pudiera creer. Ese día trató de hacerle entender a su familia que no quería seguir siendo una carga para mí, sin embargo, no lo aceptaron y los trapos sucios terminaron saliendo en el juicio que deseábamos evitar. Hasta ese domingo que me llamó la chica que cuidaba de Gabriel asustada, Kim no quería salir de la habitación de él, temerosa de no volverlo a ver.

»Sabía que el juicio estaba perdido, por lo que tuve que viajar y encontrar la forma de que no terminase en algo trágico. A pesar de no tener mi sangre es mi hijo, lo amo y deseo lo mejor para él. Quizás el miedo de perderlo me llevó a ser egoísta, pero todos los niños se merecen estabilidad en su vida para crecer felices. Después de esa semana de mierda, logramos llegar a un acuerdo en el que Kim visitaría a Gabriel sin tener que renunciar a él.

»Debí contártelo mucho antes y no reservármelo cuando sabía que las dudas siempre rondaban entre nosotros, aunque al final los dos perdimos.

—Siento todo lo que has tenido que vivir —le dije con sinceridad—, no puedo imaginar el dolor que llegaste a sentir al descubrir la verdad sobre tu hijo. Sé qué clase de hombre es Nilson, y yo buscaba una relación como la que aparentemente me ofrecía hasta que apareciste en mi vida y me hiciste entender que no podía volver a lo mismo de acomodarme en relaciones temporales. Fue tan intenso lo que nació que acepté volver a intentarlo de nuevo.

»Me equivoqué al dejarme llevar por el miedo y la vergüenza de volver a pasar por un engaño. Las huellas que dejan algunas personas te hacen ser más precavido de lo normal y protegerte de los daños sin medir consecuencias, sin tan siquiera dar oportunidades. El «otra vez me engañaron, otra vez me mintieron» inunda tu mente, tu corazón, logrando que te culpes y te escondas en tu caparazón.

—Perdóname por haberte hecho daño, Jennifer, no fue nunca mi intención. Uno no va por ahí presentándose con un «hola, estoy colgado por ti, pero tengo un hijo y un proceso de divorcio complejo». —Sonreí dándole la razón.

—Lo que no entiendo es cómo podías trabajar en el mismo lugar que el hijo de puta que te destruyó la vida.

—Tener que trabajar en el mismo lugar no ha sido fácil, lo hacía por el juicio, por tener un medio seguro para lograr la custodia. Temía que en cualquier momento Gabriel acabara con sus abuelos y no quería eso teniéndome a mí. No te negaré que cada día las ganas de partirle la cara crecían. Me fue muy difícil asimilar que salías con él, llegué a pensar que era yo el del problema,

tal vez sí le llegaste a gustar, hasta que se dio cuenta de mi interés y quería provocar enfrentamientos para hacerme la vida más difícil.

—¿Nunca se le atravesó en la cabeza que podías haber pedido las pruebas?

—Sabe que no lo haría, ni Kim se merecía esa humillación. Afortunadamente, intenta ser una buena madre en cuanto están juntos. Gabriel es un niño muy inteligente y cariñoso que no se merece vivir con esa cruz, algún día será él quien tome la decisión de enfrentarse a Nilson, de momento se merece ser feliz, a pesar de tener un padre con manías, que no sabe si será perdonado por la mujer que lo tiene de cabeza y con la que desea volver a retomararlo en ese punto en el que se quedó —dijo rompiendo la distancia sin llegar a intimidarme.

—Quién sabe, a lo mejor el padre de Gabriel se cansará de las meteduras de pata de esa mujer —respondí dando otro paso hacia él, sus brazos me cobijaron logrando que el cosquilleo apareciera y recorriera todo mi cuerpo.

—Entonces me atrevería a decir que tú y yo y esta historia de los dos no tiene punto y aparte, que te arriesgarás a trabajar de nuevo con ese jefe tiquismiquis que necesita comer más fibra.

Reí y afirmé con la cabeza, estrelló sus labios con los míos rindiéndome totalmente a él.

## Epílogo

### Un año después

—¡Elly! ¿Dónde demonios está Nancy? La presentación ha comenzado y estoy a punto de un ataque.

—Ha ido al baño, Jennifer, algunas también tenemos necesidades fisiológicas que atender y deberías calmarte, habéis estudiado a la perfección la oferta para no saber presentarla.

—Hasta que el cliente no firme, no se está seguro. —Volteó los ojos.

—Pues deberías estarlo, tú y Fitz nos habéis tenido trabajando como putos esclavos durante semanas.

—Elly, ¿de verdad no entiendes que es importante para nosotros?

—Me ofende que me digas eso a mí, que en el momento en el que contactaste conmigo acepté venir a trabajar con vosotros.

—Debería recordarte lo que nos dijiste: sois como el agua y el aceite, así que, si tú la cagas, él lo arreglará, como si Fitz fuera el Dios todopoderoso.

—No lo es, pero está a un escalón.

—Reconoce que te equivocaste.

—Hace seis meses estaba desesperada por encontrar trabajo y acepté el reto, aunque os tengo guardado lo del *office*. Lo prometiste y aún no tenemos uno.

—Todo a su tiempo. —Elly frunció el ceño observándome, no era para menos.

A principios de año Fitz decidió montar una empresa de consultoría de ingeniería y me pidió ser su socia, dudaba de ello por conflicto de intereses, me recordó que en el plano profesional ambos trabajábamos organizados y dedicados en nuestros campos, finalmente acepté ser parte de su sueño.

Comenzamos con trabajos pequeños gracias a Byren, que nos ayudó a seguir adelante, poco después se nos unió Elly y Nancy, que no dudaron en acompañarnos hasta que la oportunidad había llegado con la primera oferta importante de trabajo.

—Jennifer, ¡es hora de la presentación *online*! —gritó Fitz.

—Deséanos suerte.

—Rezaré, de esa presentación depende mi trabajo. —Caminé apresurado hasta llegar a la sala de reuniones y allí vi que ya hablaba con el cliente.

Entre los dos logramos alquilar un pequeño local con varias habitaciones, la más grande la convertimos en la sala reuniones con toques minimalistas y acogedora. Las otras habitaciones eran en las que trabajábamos los cuatro, dejando la última a los archivadores, fotocopiadoras y demás material, aparte del baño. Decidimos dejar en el pasillo una mesa con una cafetera expreso y bollería que Elly se encargaba de traer junto con frutas frescas.

—Perdón por la tardanza —dije al entrar.

—Os presento a mi socia, Bond, Jennifer Bond.

—No soy familia del superagente del MI6. —El cliente sonrió.

—Para seros sinceros, me había ilusionado con la oportunidad de conocerlo si finalmente aceptaba la oferta. —Fitz me miró guiñándole el ojo.

—Buenos días —saludó Nancy.

—Nancy es parte de nuestro equipo de ingeniería, es ella quien les explicará la oferta y la planificación que tenemos proyectada, antes me gustaría hablarles sobre nuestra empresa.

—Me parece perfecto, he estado al tanto de que habéis trabajado en conjunto en el proyecto de la parada de planta en Dubái, por lo que he querido conocerlos. —Fitz se levantó acercándose a la pantalla y antes de hacerlo pasó por mi lado y me susurró.

—Sabes que tú y yo tenemos una historia que dejamos en pausa esta mañana. —Evité mostrar cualquier muestra de que me habían afectado sus palabras, estaba demasiado nerviosa para que me hablase de sexo en esos momentos y a modo de venganza decidí responderle en voz baja.

—¡Vicioso! —Siguió caminando dándome la espalda, se acomodó las gafas y solo cuando ladeó la cabeza le vi la sonrisa genuina que tanto me gustaba.

Sí, había pasado mucho tiempo desde aquel domingo en casa de Adele, en donde sus labios volvieron a recorrer mi piel, sus manos lograron encontrar el punto exacto para hacerme gemir y su sonrisa ocupó su boca más de lo habitual gracia a mis locuras y tonterías.

No, no fue fácil adaptarse a las diferentes manías ni poder fingir esa maravillosa semana donde mi conejillo rosa pasó a mejor vida. Me fue terriblemente difícil que Yanira Guacimara y Ruperta fuesen comedidas, sobre todo cuando Fitz reconoció a mi amiga canaria.

A ella se le olvidó contar una pequeñísima parte de lo que vio entre Fitz y Nilson y fue aquella en la que se levantó y comenzó a gritarle «gilipollas, pichacorta» a Nilson, sumándole que aseguraba que él solía usar la pastilla azul para poder copular.

Ruperta no perdió la oportunidad de rogar al cosmos que su Úrsula tuviera gripe vaginal por reservarse algo tan importante, acto seguido le preguntó cómo se había tomado el policía cachas eso de que ella sabía que Nilson usaba la pastillita azul para copular. Desde entonces, siempre solía preguntarnos si habíamos copulado o no ese fin de semana.

Al decidir mudarnos juntos sabía que lo hacía con Gabriel también, fue un desafío lleno de dudas y miedo. Nunca había convivido con un niño, lo máximo que había estado de tiempo eran minutos, por lo que le pedí consejo a Adele, y me pidió estar un día con ella y sus hijos. Fue uno de los días que más pude reírme de mi vida, en cuanto su cachorrillo demostró que era un digno Bond en eso de sacar de sus casillas a su padre llamándolo caballillo domado, logrando que por un buen tiempo no volviera a pisar la casa de Adele.

Sin embargo, Fitz se encargó de que entre los tres lográramos encontrar ese equilibrio para formar un hogar, claro está, Gabriel era como me lo había descrito; cariñoso, risueño que, junto al cachorrillo, pudiera adiestrarlos para que fueran la próxima generación de dolores de cabeza de los Bond.

Sí, Gabriel se había ganado mi corazón.

Convivir con Fitz era todo un reto que me gustaba vivir a diario. Su paciencia y cariño ayudaron a enterrar mis inseguridades para dar paso a valorarme de verdad, como él continuamente hacía. El muy gruñón se había ganado mi amor para siempre y, como dicen las historias románticas —esas que leía cada vez que podía—, mi corazón.

—Nuestra empresa nació a partir de un sueño en común de Jennifer... —explicó mirándome fijamente. Sonreí contemplándolo con orgullo e ilusión porque descubrí que mi gruñón predilecto también conocía lo que era sentirse nervioso y se ruborizaba cuando le decía que me traía de cabeza, porque sí, había encontrado al Fitz sensible que escondía detrás de ese disfraz de seriedad—. Y mío, sobre agilizar el tiempo de producción con los siguientes mecanismos que a continuación explicaremos.

—Me gustaría conocer esa historia entre los dos —dijo el cliente.

—Vamos a ello —respondió Fitz—. Jennifer. —Me levanté pasando por su lado—. Eres la mejor para presentar esta primera parte —me murmuró al oído, un gesto que él sabía que me trastocaba, que me volvía loca cuando lo hacía mientras sus manos recorrían mi cuerpo

erizándome la piel, lo miré de reojo.

—Gracias a que tenemos esta historia, cariño. Esta historia que es de los dos.

**Fin**



## Agradecimientos

Por dónde comenzar...

Jennifer y Fitz aparecieron una mañana a las siete en plenas vacaciones.

Escribí un boceto rápido en el bloc del móvil y, para cuando regresé de las mismas, dejé que ellos me susurraran y vaya que me quedé infinidad de veces pensando en muchas situaciones de las que vivieron, en la historia detrás que entendí que debía plasmar al tener una conversación con *my sister at heart*.

No es fácil salir de cualquier relación, mucho menos de aquella en la que has dado lo mejor de ti y es de admirar a todas las personas que lo admiten y piden apoyo. Sois grandes, nunca lo olvidéis.

Jenny aprendió de ello y de que no hay nada más bonito que aceptarse tal como eres, Fitz es como aquel amigo que jamás te hubieras esperado que fuera un pilar fundamental para ti o que se lo digan a Ethan...

El año 2019 no fue un año fácil para mí, los miedos y dudas me acompañaron durante gran parte del mismo y en los que aprendimos que la constancia te lleva a un buen resultado. Me enorgullezco de ver cómo él, mi chicuelo, logró recuperarse por sí mismo. Te quiero tanto, hijo, como me has dicho siempre «hasta el infinito y más allá».

A mi otro hombretón, Carmelo, que acepta mis quejas, mis frustraciones y los silencios cuando escribo, gracias por apoyarme, el *yin y yang* ahora sí están conectados (me odiará cuando lea esto).

Mamá, gracias por ayudarme, cuando comencé en esta andadura fuiste la única que apostaste por mí, pero, por favor, has dulces para diabéticos que siempre me dejas desconsolada.

A mis maracuchas, Anita y Andre, sin ellas no habría podido escribir algunas de las escenas de Ruperta, Yanira Guacimara y Jennifer. No importa los miles de kilómetros que nos separan, la confianza de tantos años (digamos que veintiocho) de amistad ha logrado momentos épicos en el wasap, las quiero un montón, sois mis hermanas *forever*.

A Cristian, tal vez, el criarnos juntos logró que puedas entender los correos sobre las portadas, confieso que la mayoría de veces no entiendo ni lo que te he pedido, tengo que agradecerte por tu paciencia, a pesar de los momentos tan duros que has vivido estos últimos meses.

Natalia, cruzo los dedos para que este año podamos volver a vernos, eres esa multimédico a la que recurro cuando necesito opiniones distintas, esa voz de la conciencia que ve las cosas de manera pacífica y que muchas veces necesitamos, treinta años de amistad da para eso.

A mi Patri, que me hace reír todos los días con sus llamadas después de mis eternos audios, las risas que nos echamos y los cabreos que agarra por contarle *spoilers* de las series y libros. Me alegras un montón los días, te quiero mucho a pesar de que me digas enana.

A Bárbara Padrón, por leer cada novela con cariño y prestarse a ser lectora cero sin dudarle, gracia siempre por tu ayuda.

A Raquel Antúnez. Ra, no solo te agradezco los consejos al hacer las correcciones, sino por el cariño que me has dado y esa disposición de ayudar, eres un sol enorme en ese bosque perdido en el que vives.

A Yanira García, ella aparenta ser un cactus y ¿sabes qué te digo?, que me alegra tanto tener la oportunidad de conocerte, de saber que dentro de ese cactus hay un enorme corazón, te quiero mucho, mi niña.

A Charo, eres de esas personas con las que puedes contar siempre, que te aconsejan con ese pensamiento positivo y están dispuestas a embarcarse en locuras.

A mi querida Fifi, gracias por estar ahí. Nunca olvidaré ese treinta y uno de diciembre que me acompañaste a pesar de tener miles de cosas por hacer. *My sister at heart*, me has malacostumbrado tanto a esas horas y horas de llamadas y, no solo a mí, también a los chicos que te quieren como una tía y cuñada. Si no fuera por ese océano que nos separa podría decir que cada día nos sentamos a tomarnos un café.

Me siento tan orgullosa de la *superwoman* que eres, saliendo adelante a pesar de todos los obstáculos que has tenido y de confiar en mí para todo. Sé que volveremos a reencontrarnos.

Y gracias a ti, lector, por darme de nuevo la oportunidad.

## Biografía



Desde pequeña leía mucho y devoré todo aquello que pillaba en la pequeña biblioteca que estaba en el salón de esa enorme casa de mi abuela. Incluso, en vacaciones, cuando visitaba a mi padre, leía una y otra vez libros referentes a mi país, aunque los que marcaron mi infancia y adolescencia fueron esos libros con lomo rojo y cubierta amarilla que, al abrirlos, me trasladaba a la selva o viajar por un submarino y, por supuesto, soñar mil y una noches.

He de dar las gracias a mi profesor de literatura, su insistencia en leer logró seguir desarrollando mi imaginación, aunque fuese en forma secreta. Tras emigrar por amor, afloraron las ganas de escribir nuevamente y, desde entonces, vivo con voces en mi cabeza (no estoy loca).

Esas voces me piden a gritos escribir sus historias y lo hago desde las islas afortunadas, sintiéndome feliz por ello y con ganas de contar sobre el amor y todo lo que conlleva. Más de una vez, me han preguntado si mis novelas tienen parte de mí. No, ninguna, aunque sí soy fiel defensora de los amores por Internet (Y también las pelirrojas se enamoran, es la respuesta a esa defensa).

Hasta la fecha, cuento con un total de los siguientes libros publicados:

Autopublicado: *Trigésimo cumpleaños* de temática comedia romántica publicado en el 2017.

Ediciones Besos de Papel: *Doce oportunidades de vivir* de temática New Adult, publicada en mayo 2018.

Autopublicado: *7 Historias para una tarde de verano*, varios relatos, julio del 2018

Autopublicado: *Y también las pelirrojas se enamoran*, de temática contemporánea, octubre 2018.

Autopublicado: *Cuatro citas falsas de amor*, de temática contemporánea, marzo 2019.

Autopublicado: *Antarlia: Una lucha de ideales*, de temática distópica new adult, julio 2019.

Autopublicado: *¿Te llamas Julieta?*, de temática comedia romántica-erótica, octubre 2019.

Autopublicado: *Antarlia, un nuevo mundo, un nuevo comienzo*, de temática distópica new adult julio del 2020.

Autopublicado: *Y te cruzaste en mi camino*, de temática contemporánea, otoño del 2020.

Versiones en otros idiomas:

Babelcube: *Trentesimo compleanno*, versión italiana, diciembre 2017

Babelcube: *7 Historias para una tarde de verano*, versión italiana, noviembre 2018.

Babelcube: *7 stories for Summer Afternoon*, versión inglesa, diciembre 2018.

Babelcube: *7 histoires pour un après-midi d'été*, versión francesa febrero 2019.

Babelcube: *The Thirtieth Birthday*, versión inglesa, 2019.

Eso sí, no olvidéis que tengo mi lado oscuro. Soy una friki a la que le vuelven loca las películas de Marvel y DC junto a las series y hablar de libros, novelas y lo que voy leyendo.

A eso añadiremos que soy algo alienígena, dependo mucho de las fases lunares, (los astrólogos lo justifican por el signo zodiacal al que pertenezco).

Así que no es de esperar que algunas veces me encuentre al lado de los cabecillas liderizando movimientos algo inusuales, pero otras, prefiero desaparecer ya que, en esos momentos, subo a la luna para soñar mientras escribo historias que podréis disfrutar.

¿Quieres saber más? Te invito a conocer mis novelas y seguirme en mis perfiles en las redes sociales.

Más información a través de

Facebook JossyLoes

Instagram jossyloes

Twitter Jossylo03

---

[1] Servicio de inteligencia británico.

[2] Periódico londinense.

[3] Excantante del grupo Beatles.

[4] Protagonista de *Kill Bill*.

[5] Es un personaje de la serie de películas *A Nightmare on Elm Street*.

[6] Se refiere a la película de *Charlie y la fábrica de chocolate*.

[7] Diosa nórdica.

[8] Lengua que hablan en Asgard, reino ficticio del universo Mavel que se basa en los dioses de la mitología nórdica.

[9] Detective ficticio belga creado por Agatha Christie.

[10] Franquicia de cafeterías en Reino Unido.

[11] Consiste en ir golpeando con un disco volador dieciocho objetivos hasta acabar en un cesto, se practica en Inglaterra, Noruega, Japón, Australia y Canadá.

[12] Marca de ropa íntima.

[13] Fuente que se encuentra en el Hyde Park.

[14] Término coloquial con el que llaman los ingleses la policía metropolitana de Londres.

[15] Nombre de la policía metropolitana de Londres.

[16] Los lobos Stark de *Juego de Tronos*.

[17] Sabio, astrólogo y practicante de las ciencias ocultas que cautivó a la corte inglesa del siglo XVI.

[18] Protagonista de la novela *Cuatro citas falsas de amor*.

[19] Restaurante ficticio.

[20] Un tipo de *makizushi* muy sencillo que se caracteriza por su pequeño tamaño y su sencillez a la hora de elegir los ingredientes.

[21] Personaje creado e interpretado por el actor británico [Rowan Atkinson](#), que ha protagonizado una serie de televisión homónima.

[22] Canción del grupo Locomía, del álbum *Loco Vox*.

[\[23\]](#) La cuerda que va desde la lancha hasta la persona que practica el deporte.

[\[24\]](#) El payaso de It.

[\[25\]](#) Buen apetito (francés)

[\[26\]](#) Cuento perteneciente a una antología de libros infantiles escritos por Christianna Lewis.